



D LOS PERROS

ROBERT
CALDER

¿quién
los convirtió
en fieras?

Lectulandia

¿Qué pasa cuando un perro deja de ser el mejor amigo del hombre? En un centro experimental donde tratan de elevar al máximo el potencial natural del perro, se ha extraviado un cachorro. Un profesor sensible lo encuentra y adopta. A los pocos meses el magnífico pastor alemán se transforma en una extraña criatura con reacciones casi humanas. El perro huye al bosque, retorna a los orígenes y se convierte en el líder de una jauría que lucha por la supervivencia... El terror y la tragedia se desencadenan.

Lectulandia

Robert Calder

Los perros

ePub r1.0
sentinel 20.07.14

Título original: *The dogs*
Robert Calder, 1976
Traducción: Jordi Arbonés
Diseño de cubierta: Yzquierdo

Editor digital: sentinel
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para
MICHAEL y JOYCE PERKINS
que nunca fueron equívocos

El sol calentaba vigorosamente y el aire estaba embalsamado; las hojas tenían un tierno color verde. Era un día que invitaba acerbamente a gozarlo, pero Bauer no podía responder a la invitación: el tedio era su enemigo.

Los estudiantes tomaban el refrigerio a la sombra de un frondoso roble. El arquitecto había conservado el árbol como áncora visual. El edificio de ladrillos del Tully English Hall, de forma achatada, constituía su contrapeso en el ángulo opuesto del patio cuadrangular. En medio del grupo de estudiantes, dos perros yacían en el suelo, con la cabeza entre las patas delanteras, siguiendo con la mirada los movimientos de las manos de aquellos que se llevaban la comida a la boca. Cuando caían algunas migajas, se abalanzaban sobre ellas. Otro animal vagaba sin rumbo. Se detenía, husmeando, para escarbar el suelo, y se escabullía en cuanto alguno de los estudiantes trataba de llamar su atención para que se le acercara.

En el centro del patio, un perdiguero labrador negro corría siguiendo el vuelo de un disco de plástico. Cada vez que el disco era lanzado fuera del círculo de jugadores, el perro se precipitaba tras él, saltaba y lo cazaba al vuelo con la boca; luego giraba en redondo, sosteniendo su trofeo en alto. Dos perros más pequeños le seguían, ladrando de envidia. El labrador aminoraba el paso con ánimo de fastidiarles, y luego los hacía rodar por el suelo con un golpe de sus cuartos delanteros o emprendía de nuevo la carrera. Devolvía el disco a uno de los jugadores, moviendo la cola, y se aprestaba para el próximo lanzamiento.

Eran varios los perros que merodeaban por el predio de la escuela. Algunos tenían dueño, la mayoría, simplemente habían sido llevados de un apartamento a alguna casa de alquiler, para acabar abandonados luego, y unos pocos eran perros vagabundos que hacían su aparición de cuando en cuando en busca de un bocado o con el propósito de remover el contenido de algún cubo de basura, o bien, con menos frecuencia, para mendigar un poco de afecto. El otoño anterior, un gozque de color canela había mordido a la esposa de un profesor y a su hijito. Se presentó un policía motorizado del Estado, mató al perro de un balazo y lo llevó a Covington, a los efectos de determinar si estaba rabioso. El resultado fue negativo, pero a pesar de ello un funcionario de salud pública compareció a los pocos días con el fin de hablar ante una asamblea de estudiantes sobre los problemas que planteaban los perros perdidos y sin dueño, tema de preocupación constante para las autoridades de Covington. Sin embargo, su visita no tuvo ningún efecto apreciable.

Bauer cruzó el patio hasta el Tully Hall, un edificio de dos plantas, con un pasaje central abovedado. La hiedra trepaba hasta lo alto de sus muros laterales. El despacho de Bauer estaba situado en el segundo piso. Tenía un ventanal altísimo a través del cual la luz entraba alegremente a raudales desde fines de la primavera hasta el fin del

verano. En invierno, el sol daba sobre el ala opuesta, y el despacho quedaba sumido en una opaca claridad grisácea. Bauer había hecho pintar las paredes de amarillo, pero ello no había tornado más cálido el invierno.

Tomó una pila de cuadernos azules del extremo de un estante para libros y se sentó ante el escritorio con el fin de calificarlos, escribir a máquina un comentario para cada uno de ellos y abrocharlo en el interior de la contratapa. Aquélla era la hora abierta a las entrevistas, pero no esperaba que se presentara nadie. Sólo media docena de los estudiantes que asistían a sus clases habían recurrido a él durante el último trimestre, y de todos ellos, uno lo hizo buscando alguna suerte de terapia, más bien que consejo académico. Aquello tenía gracia: ¡Bauer convertido en consejero psicológico! Temió que el muchacho le abriría los más profundos reductos secretos de su alma, que no podría dominarse, y entonces él eludió la posibilidad de tener que asumir tanta responsabilidad. Al fin, había actuado como un amigo benévolo (al menos, eso era lo que creía; en realidad, se vio trascendido por la autocompasión del muchacho). Nunca supo si le había ayudado o no. El chico abandonó la escuela.

Llegó al cuaderno de Lesley Burrows —una estudiante reservada y muy aplicada— y recordó que le había prometido hablar con Farrell acerca de ella. Se dirigió a la otra ala del edificio. La puerta del despacho de Farrell estaba cerrada. Golpeó con los nudillos.

—Adelante.

Bauer abrió la puerta y asomó la cabeza. Farrell, con corbata y la chaqueta puesta —era uno de los pocos profesores que usaban aquellas prendas— estaba con un estudiante.

—Discúlpame, quisiera hablar contigo cuando dispongas de un minuto.

Farrell pareció ponderar sus palabras.

—Bien —dijo—. Aguarda en el vestíbulo, ¿quieres?

—Por supuesto.

Bauer prendió un cigarrillo. Nadie hacía caso de los letreros que decían: PROHIBIDO FUMAR, ni siquiera los conserjes, que tenían que barrer las colillas. Tosió. Había dejado el tabaco, con sumo esfuerzo, hacía unos diez años, pero luego volvió a habituarse cuando arrestaron a DiGiovanni.

Esperó durante quince minutos, la mitad de los cuales transcurrieron después que se hubo retirado el estudiante.

Aquello era muy del estilo de Farrell. Si se encontraba solo, le decía a uno que estaba enfrascado en un asunto apremiante, que tuviese la amabilidad de esperar. Si uno le telefoneaba, se hallaba en la mitad de algo, y sólo al cabo de un par de días se dignaba tener la atención de devolver la llamada.

—Entra, Alex.

Farrell se subió los puños de la camisa y empezó a llenar la pipa sirviéndose de

una tabaquera de madera labrada. Apisonó el tabaco y lo encendió, aspirando reiteradas veces hasta que empezó a arder de manera uniforme. Luego hizo girar el sillón para encararse con Bauer. A sus espaldas, las obras de los autores isabelinos y jacobinos, en antiguos volúmenes de lomo dorado, estaban cuidadosamente alineadas en los estantes de nogal. En las paredes laterales colgaban, lujosamente enmarcadas, páginas de la «Wintergreen Poetry Review», de la cual Farrell era el director, con dedicatorias de los autores.

—¿De qué se trata?

—Tengo una alumna, llamada Lesley Burrows, que...

—Sí, ya sé. Solicitó pasar al curso superior de lenguaje. Rechacé su petición.

—Está capacitada para ello —insistió Bauer.

—Eres el único que así lo cree. Apenas logró pasar las demás materias.

—Ha faltado de la escuela durante un tiempo. Todavía anda a tientas.

—Y tú, ¿la tientas a ella?

Bauer ignoró la pregunta.

—Mira, Farrell, es una muchacha endemoniadamente inteligente.

—Estamos hablando de un curso superior —señaló Farrell—. Ella no es una estudiante superior. La respuesta me parece evidente, ¿no crees?

—No. Es una chica que ha leído mucho y tiene buena redacción. Quiere pasar a ese curso; creo que será conveniente para ella y que sabrá desenvolverse bien.

—Me sorprende que una estudiante pueda conferirte su confianza. En una ocasión, le sugerí a Conde que tus antecedentes constituirían un foco de animación para la clase. Ofrecen cierto entretejido ético y moral muy interesante, ¿no te parece?

—No para otro que no sea yo mismo.

—¡Oh, te equivocas en ese punto! La «New York Review of Books» te mencionó en relación con aquel caso de Detroit. Y en Filadelfia, el gobernador citó tu testimonio como parte de su argumentación.

—Quiero que Lesley Burrows siga ese curso, Farrell.

—Tenacidad. Decisión. Admirables cualidades, Alex. Sigue cultivándolas: a veces pueden proporcionar integridad y fuerza de carácter. No creas que no te compadezco..., debe de ser endemoniado hacer un balance de las propias acciones y descubrir que arroja un saldo negativo.

Poder apasionarse, aferrarse a una convicción, ¡Dios, qué magnífico sería! Bauer le espetó:

—¡Eres un imbécil!

—Es posible; pero con principios.

Bauer dejó caer dos manuscritos sobre el escritorio de Farrell.

—Esto demuestra que la muchacha está preparada. Si tú no lo crees así, entonces se los llevaré a Pritchard.

Se dispuso a abandonar el despacho.

Farrell dijo:

—Ayer me encontré con Ursula en la ciudad. Una de las cosas que no puedo censurarte es tu buen gusto por las mujeres. Fuimos a tomar una copa. ¿Quieres que la salude de tu parte la próxima vez?

—Por supuesto, somos conocidos.

Bauer cerró la puerta tras de sí.

La esposa de Farrell, Hilary, había acosado a Bauer con el entusiasmo de un delfín juguetón en cuanto él llegó a Wintergreen. El hecho no era particularmente halagador, por cuanto casi toda criatura sin senos la excitaba. Felizmente, ello brindó a Farrell excusas para sus propios galanteos, que eran muchos. Charlando, entre copa y copa, Farrell había explicado que estaba casado meramente en un sentido técnico: Hilary era su casera, su cocinera y su secretaria, de modo que cualquier placer primitivo que ella pudiera procurarse gracias a su cándida personalidad, para él no tenía mayor importancia que los devaneos de una sirvienta. Farrell dedicaba muchas energías a remover el pozo de la amargura que constituía el núcleo de su ser: la amargura de haber sido rechazado en Cambridge, en su época de graduado, de no haber conseguido una cátedra en Harvard, de ver su librito sobre Herrick hecho papilla por sus pares.

La clase de Bauer era muy animada. Aquel semestre dictaba un curso de literatura norteamericana. No estaba calificado para ello, pero en el departamento faltaban profesores de la materia. Pritchard, el presidente —que debería haberse retirado hacía varios años, pero que se mantenía obstinadamente en el cargo con el solo objeto de evitar que Farrell, a quien detestaba, ocupara la presidencia— le había dicho a Bauer que no se preocupara. «Usted sabe leer, ¿no es cierto? Usted es una persona inteligente, ¿no? Entonces, léase los buenos textos de crítica y podrá enseñar con tanta eficacia como cualquiera. Éste es un curso de introducción, eso es todo. No se preocupe». Y Pritchard tuvo razón, lo cual, en cierto modo, fue una decepción para Bauer. Su recelo había sido como una brillante mancha de color en el paisaje de su malestar.

La clase leía *Moby Dick*, y a la mayoría de sus alumnos les encantaba. Se desencadenó una interesante discusión, que se hizo más acalorada hacia el final. Bauer fue aclamado. Emerson no logró causar más que un efecto soporífero, a excepción de una débil reacción con su Trascendentalismo; Hawthorne les aburrió, y Bauer no creía que Poe o Crane fuesen mucho de su gusto. Abrigaba ciertas esperanzas con respecto a Twain.

Al término de la hora, un grupo se demoró con el fin de prolongar la discusión, pero no tardaron en perder interés, renuentes a desperdiciar su tiempo libre de aquella

manera. Con breves frases de salutación (*Adiós, profesor Bauer* y *Hasta la vista, Alex*) se fueron despidiendo.

Kathy Lippman fue la última. Se acercó a su escritorio, mientras él cerraba la cartera.

—La clase de hoy fue realmente estupenda —le dijo—. Logró que todo el mundo participara.

Bauer sonrió:

—Gracias. Anduvo muy bien.

Kathy Lippman tenía el cutis blanco y una larga cabellera de pelo castaño. Sus pechos eran grandes y, en conjunto, estaba ligeramente entrada en carnes. Tenía un aire ingenuo.

—Me gusta su modo de enseñar. Jamás pensé que podría interesarme por esos personajes, pero usted consiguió que llegara a comprenderlos y me causaran gran impacto. Y, bueno, quería darle las gracias.

Parecía decirlo con toda sinceridad.

—Aprecio tu gentileza —repuso él—. Tú te defiendes muy bien.

Aquello pareció complacerla.

—Me leí *Moby Dick* hasta el final —explicó—. No podía esperar. Pero, en verdad, después de leer las primeras páginas, pensé que sería un tedioso sermón cristiano.

—Tedioso, no; pero es un sermón, si por sermón entendemos la expresión de una personal visión ética.

—Cuando Achab dice: «Ahora te conozco, conozco tu espíritu diáfano, y ahora sé que tu verdadero culto es el sacrificio...».

—Sí.

Fue demasiado brusco. Ella se sintió ofendida.

—¿Le estoy haciendo perder tiempo? Lo lamento. Sólo quería aclarar algunas cosas...

En su turbación, se le quebró la voz.

—No —respondió él—. De ninguna manera.

Pero ella no pareció convencida. O bien, se complacía en mostrarse apesadumbrada. A Bauer le pareció perverso de su parte haberse librado a aquella especulación.

—Lo analizaremos en clase —agregó ella.

—Si no, podemos convenir una cita y charlaremos sobre ello.

—Está bien.

Pero no era suficiente. Bauer se sintió molesto consigo mismo. A los estudiantes se les puede frustrar si uno se los saca de encima cuando están excitados por algo.

—¿Hacia dónde vas? —le preguntó—. Yo voy en dirección al Pabellón de

Ciencias.

—Bien. Tengo que hacer algo allí. Le acompañaré.

Bajaron los escalones y salieron. Los estudiantes tomaban el sol en el patio. Un grupo jugaba a las cartas; unos pocos holgazaneaban, leyendo algún libro. Kathy llevaba un perfume de almizcle. Resultaba agradable.

—¿Dónde dictaba clases antes? —inquirió.

—No lo hacía.

De pronto, Bauer lamentó haberla alentado. No quería hablar de sí mismo. Le gustaba Wintergreen por una razón: de acuerdo con sus disposiciones, él debía hablar y exponer ideas, aunque fueran las ideas de otros. Tenía poco que decir de su propia cosecha.

Wintergreen era una pequeña escuela no diferenciada (sin «grados» en el sentido tradicional), un sustituto del *college*, una especie de paso intermedio para chicos impertinentes, perezosos o retardados, de entre aquellos que se orientan hacia los estudios académicos. La escuela aceptaba a los expulsados de otras escuelas, a los que abandonaban los estudios, a los toxicómanos, a los extravagantes, a los inadaptados sociales y a los pasmarotes e incapaces. La mayoría dejaba la escuela al cabo de uno o dos semestres, y los que se despertaban intelectualmente solían ingresar en alguna otra parte con el fin de graduarse.

Las clases exigían bastante de Bauer, pero no demasiado. Cuando estaba solo, escuchaba música o miraba la televisión. De noche, dormía de nueve a diez horas. A veces, leía novelas policíacas.

—¿No? —dijo Kathy—. ¡Ah, es cierto! Oí decir que trabajaba para un periódico o algo parecido.

—Así es.

Caminaron en silencio. Un muchacho seguía a Kathy con la mirada. La chica era atractiva, se dijo Bauer. Se movía con una asombrosa coordinación. Había una despreocupada y saludable feminidad en su porte. Bauer se tornó consciente de su propio físico. Era alto y desgarbado. Sus miembros parecían actuar en asociación forzada, como si siempre tuvieran que estar alerta para el siguiente movimiento, aprestándose a cooperar con el fin de que él pudiese andar por el mundo sin tropezar con los objetos o dar de narices en tierra. Los cabellos tendían a precipitarse sobre su frente, por cuyo motivo los mantenía cortos. Aún no habían empezado a caérsele, pero comenzaban a tornarse grisáceos en algún que otro mechón. Su rostro era alargado, de pómulos prominentes, y tenía una expresión de adolescente. Cuando era más joven, las mujeres adoptaban una actitud maternal para con él, de lo cual había sacado ventaja en más de una ocasión. Ahora, ello ya no le agradaba; se habían terminado los placeres de la adolescencia. Era delgado, y a veces se entregaba durante largos meses a orgías calóricas, tratando de rellenar algo más su figura.

Usaba anteojos. No importaba qué tipo de montura eligiese, las gafas siempre le otorgaban una expresión vivaz, lo cual constantemente provocaba expectativas específicas en los demás. En el pasado, había tratado de no defraudar dichas expectativas, sin lograrlo jamás, por lo que su actitud adquiría un aire afectado, y la gente se sentía decepcionada.

Kathy parecía cómoda en su mutismo. A Bauer le pareció oírla tararear una canción en voz baja. Se quedó perplejo. Llegaron a la altura del Pabellón de Ciencias.

Kathy le preguntó:

—¡Ah! ¿Fuma usted?

—Sí —repuso él, con cierto asombro.

La muchacha extrajo una cajetilla del bolsillo y la sacudió para sacar un cigarrillo de marihuana, y entonces él comprendió. ¡Dios santo, qué abismos separaban a las personas!

—Tome. —Kathy le alargó el cigarrillo sin hacer esfuerzo alguno para ocultarlo—. Es una hierba muy buena de Jamaica, muy estimulante. Gracias por haber estado tan tremendo. Es usted real. Que se divierta, le veré el lunes.

Y subió la escalinata del Pabellón de Ciencias.

Bauer se quedó contemplándole el trasero. Parecía firme, hasta tenso, bajo la tela tirante de sus tejanos. Imaginó la suavidad del hoyuelo en el extremo inferior de la espina dorsal, el marcado pliegue definitorio en la base de las nalgas, donde nacían los muslos. Experimentó una leve erección, una reacción exclusivamente física. El plasma germinativo era el motor del organismo; en sí mismo era sólo un viajero vagabundo.

Salió del predio de la escuela y enfiló la Wolsey Road. Su casa estaba situada a poco más de un kilómetro y medio de distancia. Se había comprado una bicicleta en cuanto se mudó al lugar —era saludable para el corazón y los pulmones, un placentero ejercicio para los músculos—, pero prefería caminar cuando las condiciones meteorológicas no eran infames, y aun con frío y lluvia, porque caminando invertía más tiempo. La carretera seguía el curso del río Macamook, que corría a su izquierda. Entre el camino y el río se extendía una franja de tierra poblada de árboles y arbustos achaparrados. A la derecha, la vegetación era boscosa, quebrada por algún que otro prado, y dos arroyuelos pasaban por los conductos abiertos bajo la carretera, para desembocar en el río. Los montes se elevaban en los cuatro puntos cardinales. Unas nubes dispersas se acercaban por el oeste, y el sol poniente les teñía las enormes panzas de un tinte rosado.

«¿Soy real? —pensó—. Kathy Lippman así lo cree. Me dio el cigarrillo para demostrarlo. Drogarse es rendir un homenaje a lo real. ¿Es así? Este asfalto, la corteza de los fresnos, todo eso sí que es real. Aquel halcón, o lo que sea, que vuela en lo alto. Los gladiolos, el amor, las ballenas blancas y el espacio curvo. Las ardillas

en celo. El tiempo. Siéntese sobre mi rostro, señorita Lippman, y conozca la esmaltada realidad de mis dientes».

Trató de distraerse. No se podía creer en nada. Se puso una brizna de hierba en la boca. La masticó, concentrándose en su sabor, y desechó las preguntas que le asaltaban. Cuando se ablandó, escupió el hierbajo y recorrió la distancia restante silbando las briosas marchas de Sousa.

El alquiler de la cabaña de troncos prefabricada incluía seis acres de tierra, en uno de los cuales se habían talado los árboles; era en el centro de aquel claro donde se levantaba la cabaña. Se habían plantado arbustos ornamentales, pero no resistían las inclemencias del tiempo y siempre estaban achacosos, moteados de herrumbrosas hojas muertas. Los troncos de la cabaña habían sido unidos torpemente. En algunas partes él mismo tuvo que tapar las hendiduras, así como clavar un burlete en los resquicios de las ventanas. Los ratones se lo iban llevando a pedazos para hacer sus nidos. Al igual que en muchas otras viviendas a lo largo del Macamook, el sistema del pozo séptico descargaba los residuos en las aguas del río. El consejo sanitario del condado había advertido que en aquel sector muy pronto no sería posible bañarse ni pescar; sin embargo, debido a los altos costos, no lograba el apoyo necesario para la ejecución de un programa correctivo. En invierno, en los bosques cercanos habían abierto una ruta mediante vehículos quitanieves y el fragor de las máquinas quebraba el silencio y aterrorizaba a la fauna de la zona. En marzo, un borracho se hundió en las heladas aguas del Macamook, al romperse el hielo, y se ahogó.

Bauer introdujo la llave en la cerradura. Al otro lado de la puerta, la cola de Orph tamborileaba contra el piso. Bauer abrió, y Orph se le echó encima de un salto. Sus patas delanteras golpearon con fuerza el pecho de Bauer, y éste fue a dar de espaldas contra la jamba. Orph empezó a lamerle la cara.

—¡Fuera!

El perro se puso a saltar ante él profiriendo ansiosos gañidos de contento, sin dejar de sobarle con las patas.

—¡Fuera!

Bauer apoyó una rodilla en el pecho de Orph. Alguien le había dicho que aquél era el sistema para lograr que un perro dejara de saltar. «Hazlo con fuerza —le dijeron—, no te preocupes, que no le lastimarás». Pero Bauer temía hacer daño al animal y no se atrevía a golpearlo. Además, estaba encantado con las exuberantes expresiones con que acogía su regreso. Por lo tanto, sólo le dio un empujón con la rodilla, lo cual casi se había convertido en un juego: salto, empujón..., salto, empujón...

—¡Al suelo! —le ordenó Bauer.

Tuvo que repetirle la orden varias veces antes que el perro se bajara de mala gana al piso, quedando más en posición agachada que tendido.

—Algún día voy a tener que hacer realmente algo para adiestrarte —dijo Bauer.

Dejó la cartera a un costado e hincó una rodilla al lado del perro. Orph se sentó, agitando la cola. Las comisuras de su boca se distendieron en lo que parecía una sonrisa y le lamió la cara y el cuello, hundió el hocico bajo su brazo y se estremeció de felicidad. Bauer le rascó la cabeza, detrás de las orejas, y le acarició el lomo y el pecho.

—¡Buen chico! Sí, yo también me alegro de verte. ¡Éste es mi buen perro querido!

Por extraño que pareciera, Orph, un perro, un animal, se había convertido en el centro de sus afectos, el único ser en quien podía refugiarse, después de que sus hijos, lamentable y dolorosamente, sólo eran suyos de cuando en cuando y nada más. Amaba al animal. Le causaba un gozo desacostumbrado.

Hacía más de un año que vivían juntos. Bauer había encontrado a Orph, cuando todavía era un cachorro, perdido entre las sombras, en los alrededores de una estación de servicio. El cadillo se había alejado al acercarse él, pero manteniendo la distancia. Bauer se agachó y le llamó. El perro dio unos pasos hacia adelante, vaciló, retrocedió, se acercó de nuevo, describiendo un semicírculo, y luego se tendió en el suelo y se quedó mirando a Bauer lastimeramente.

—No temas —le dijo Bauer—. Nadie va a hacerte daño. Eres un buen cachorro. Ven aquí.

Bauer tenía los brazos apoyados en las rodillas. Dejó caer las manos y empezó a frotar los dedos índice y pulgar mientras le hablaba para tranquilizarle. El cadillo se fue acercando centímetro a centímetro y, por fin, estiró el cuello para lamerle las manos. Bauer le tocó. El animalito se estremeció. Bauer le hablaba con tono afectuoso, lo acariciaba, y luego le pasó la mano por debajo de la barriguita y lo levantó del suelo. El cachorro se retorció y le lanzó un mordisco.

—No temas —repitió Bauer—. Tranquilízate.

Lo apoyó en su antebrazo, sin dejar de hablarle y acariciarle. El animalito no intentó morderle de nuevo, pero se mantuvo con el cuerpo en tensión, y el corazón le latía rápidamente. Bauer regresó a la zona iluminada por los faroles de arco.

El encargado estaba terminando de limpiar el parabrisas.

—¿De quién es este bicho?

El muchacho se encogió de hombros.

—Apareció por aquí hace un par de horas. Ha estado dando vueltas por la oscuridad. Debe de andar perdido.

—Es un cachorrito.

—¿Sí? —El muchacho se metió el trapo con que limpiaba el parabrisas en el bolsillo de atrás—. El aceite está bien. Son nueve con sesenta, por la gasolina.

—¿Conoce a alguien que haya tenido cría últimamente?

—No lo sé.

—Bueno. —Bauer frotó la cabeza del cadillo. Éste le miró con recelo, pero sin temor—. ¿Qué debo hacer contigo, eh?

—Lléveselo. Si le deja aquí, lo atropellará un coche o alguien lo matará de un tiro.

—¿De un tiro?

—Ésta es una región de venados, señor, y de granjas. ¿Nunca vio un animal muerto por los perros?

—¡Dios Santo, pero si sólo es un cachorro!

—Sí, pero crecen.

Bauer le dejó el nombre y su número de teléfono —el muchacho dijo que no era necesario— y puso el cadillo en el asiento trasero del auto. No lo quería, pero le dolía dejarlo, por el temor de que lo matara un coche en la carretera o que le pegaran un tiro. El animalito se enroscó confortablemente en el asiento y se durmió. Al llegar a su casa, Bauer lo bajó al suelo, sobre la hierba. El perro se desperezó y siguió a Bauer hasta el interior de la cabaña.

La vivienda estaba compuesta de una cocina, una sala de estar y tres dormitorios. Cuando los hijos de Bauer iban a visitarle, dormían en una de las habitaciones; él usaba la más pequeña como despensa.

—¿Qué te parece?

Encontraba estúpido hablarle al animal.

El cachorro levantó la cabeza. Bauer se agachó y le hizo caricias. El perro agitó la cola y se restregó contra su pierna; luego se alejó. Trató de enderezar sus caídas orejas, al tiempo que se le erizaba el pelo de una manera que a Bauer le pareció muy cómica. Olfateó el aire. Dio una vuelta por la sala de estar, deteniéndose de cuando en cuando para examinar los muebles, un caballo-mecedora con el que solía jugar Jeff, el hijo de Bauer, unos libros apilados en el suelo. Husmeó y se paseó por la pequeña alfombra. Una vez revisada la sala de estar, recorrió la cocina; luego enfiló el pasillo y se metió en cada una de las habitaciones. Bauer le siguió, divertido.

—Eres un condenado fisgón, ¿no es así?

El cadillo volvió la cabeza para mirarle y en seguida siguió su camino. En cuanto completó el recorrido y decidió que todo estaba en orden, regresó a la habitación de Bauer, recogió una zapatilla y la llevó hasta la puerta, donde Bauer estaba de pie, pasó por su lado y se dirigió a la sala de estar.

—No —dijo Bauer—. No.

Alargó la mano para coger la zapatilla. El cachorro no la soltó.

—Vamos. Suéltala.

El perrezno afirmó sus patas en el suelo.

—Vamos, te lo digo en serio. Dámela. —Bauer obligó al perro a abrir la boca,

oprimiéndole con el dedo uno de sus afilados colmillos de leche. Señaló la zapatilla—. Esto es un «no» —dijo—. ¿Entiendes? Un «no». ¡Buen chico!

Puso la zapatilla en lo alto de una estantería.

El cachorro se fue trotando por el pasillo; al cabo de un instante, apareció con la otra zapatilla. Bauer también se la sacó. El animal se resistió denodadamente a soltarla. Bauer se dirigió al cuarto de los chicos a buscar una pelota de goma. Se la mostró al perro al tiempo que le decía:

—¡Anda a buscarla!

Y la lanzó. El cadillo se puso rígido. Giró bruscamente la cabeza siguiendo la trayectoria de la pelota. Ésta chocó contra el suelo y, cuando rebotó, el perro se abalanzó hacia ella, sin lograr atraparla con los dientes; saltó inútilmente en el aire al segundo rebote y la persiguió hasta que la pelota fue a dar contra la pared. El animalito frenó en su carrera y se deslizó por las enceradas maderas del suelo con las patas extendidas. Luego se precipitó sobre la pelota y le hincó profundamente los dientes. Arrancó un pedazo de goma, lanzando un gruñido de triunfo.

—¡Qué fiero! —exclamó Bauer—. Estoy impresionado.

El cachorro le cercenó otro pedazo a la pelota; luego, se quedó inmóvil con aire contrariado. Aflojó la presión de sus patas delanteras, entre las cuales mantenía sujeta la pelota, y la empujó con el hocico. La pelota rodó por el suelo. El animal saltó tras ella, la cogió con los dientes y, soltándola de vuelta, observó cómo se alejaba rebotando. De pronto, el cadillo emprendió una carrera alrededor de la sala golpeando la pelota con las patas, gruñendo con marcada afectación y sin dejar de hincarle los dientes.

Bauer se fue a la cocina y volcó una porción de carne picada en un bol, ralló un pedazo de queso y, seguidamente, lo desparramó sobre la carne. Llenó un segundo bol con agua y colocó ambos recipientes en el suelo. El cachorro estaba fatigado y descansaba tendido de costado sobre la alfombra, frente al sofá.

—¡Eh! —llamó Bauer—. Ven aquí, pequeño. Vamos. Ven.

El perro alzó la cabeza.

—Vamos, ven aquí.

El animalito se desperezó y, pausadamente, se acercó a la puerta.

—La comida —dijo Bauer, pero el animal no pareció desesperarse.

Con sus abultadas patas, se veía tan grotesco como un chico con los zapatos de su padre; sus bien desarrollados huesos estaban cubiertos por el tejido adiposo, propio de su tierna edad, que otorgaba una graciosa redondez a su figura.

Bauer repiqueteó con las uñas contra uno de los boles.

—La cena. Comida.

El cachorro olfateó el aire. Se precipitó hacia la carne y empezó a comer con voracidad. Bauer encontraba sumamente divertida su situación en relación con el

perro.

Más tarde el cadillo intentó mordisquear un libro, luego se ensañó con la pata de la mesita de café. Bauer hurgó en su armario tratando de encontrar sus botas de excursionista. Le entregó una de ellas al perrezno, el cual se tendió en el suelo y se dedicó, muy contento, a tarascar el cuero.

Antes de cerrar la cabaña para irse a dormir, Bauer sacó al perro por última vez, y éste, tal como había sucedido después de comer, no tardó en hacer sus necesidades. Después Bauer extendió un par de hojas de papel de diario en un rincón de la cocina y utilizó una gruesa toalla de baño doblada para preparar un lecho. El cachorro se había dormido en la sala de estar, con los belfos sobre la bota. Bauer le acarició la cabeza y el lomo.

—Despierta, pequeño. —El perrito abrió los ojos—. Lo siento, pero tenemos que encerrarte.

Teóricamente, resultaba ridículo darle explicaciones al animal, pero le parecía natural y correcto. Cogió la bota y se la llevó a la cocina. El cadillo le siguió. Bauer palmeó la toalla y puso la bota en un costado. El perro se dejó caer en el improvisado lecho y lamió ligeramente la bota. Bauer le acarició de nuevo.

—Aquí estarás cómodo. Que duermas bien.

Con una silla, atrancó una tabla de madera contra ambos lados de la puerta. El cachorro le contemplaba, sin alarmarse. Bauer apagó la luz de la cocina. El perro no pareció inmutarse.

Bauer se acostó.

Se despertó temprano y permaneció tendido en la cama experimentando la gris aflicción de tener que enfrentarse con un nuevo día. Cerró los ojos. No tenía clase por la mañana. Podía dormir —y soñar— durante unas horas más. Había llegado un momento en su vida que lo que más placer le causaba eran los sueños, en los que encontraba dramatismo y emoción. Entonces se acordó del perro.

—¡Bien, diablo!

El despertar se le antojó más atractivo. Separó las cobijas hacia un costado.

El cachorro se había levantado. Estaba sentado en el centro de la cocina y empezó a menear la cola en cuanto le vio.

Había mojado los papeles de diario durante la noche, pero por lo menos los había usado.

—Eres un bicho muy listo.

Bauer echó a la basura las hojas de diario y sacó al perro a pasear. No sabía cuánto comían los cachorros ni en qué momento del día. Cuando era chico, había tenido un perro durante un tiempo, pero no se acordaba muy bien de aquellos detalles. Sus padres se libraron de él porque había crecido mucho y ladraba demasiado.

Le preparó más carne picada con queso, y el animal lo devoró todo y terminó lamiendo el bol. Bauer se duchó y vistió. El cachorro exploró la casa de nuevo, como si quisiera confirmar las impresiones de la víspera; luego no cesó de seguirle por todas partes, mirándole anhelante y con expectación cada vez que Bauer se volvía hacia él o le hablaba. Mientras Bauer se tomaba el café, el cachorro comenzó a dar vueltas, inquieto, alrededor de la mesa, dirigiéndole breves ladridos, como si esperara algo.

Bauer recorrió concienzudamente la sección de pérdidas del «Covington Freeman». El cachorro no figuraba en ella. En la sección de veterinarios del listín telefónico encontró un tal doctor E. V. Collier, en el sector más cercano de Covington. Metió el cachorro en el auto y se dirigió a la ciudad.

El doctor era una mujer. La primera inicial correspondía al nombre de Elizabeth. Tenía unos treinta años, rostro ovalado, con largos cabellos rubios, que le caían hasta los hombros, y ojos grises. Llevaba una almidonada chaqueta blanca de médico, desabrochada, sobre un suéter y una falda. Bauer tuvo que esperar una hora.

—Debería haber telefonado para pedir hora —le dijo a Bauer, cuando le hizo pasar al consultorio—. Hola, cachorrito —saludó al perro.

—Lo siento. No lo sabía.

—Bueno, ahora ya lo sabe. —Su secretaria estaba enferma, y ella se sentía cada vez más irritada, por el hecho de tener que atenderlo todo ella sola. Apoyó la punta de la estilográfica sobre una ficha—. Su nombre, por favor. —Anotó su dirección y número de teléfono—. Nombre y edad del perro.

—No los conozco. Me lo encontré. Sólo quería que lo inspeccionara, saber qué vacunas hay que administrarle y cómo hay que alimentarle.

Ella lanzó un suspiro y dejó la estilográfica sobre la ficha.

—Muy bien. Póngalo sobre la mesa.

Bauer levantó el cachorro hasta la resbaladiza superficie metálica. La veterinaria colocó la mano a la altura de la cabeza del animal y dejó que la olisqueara; luego le acarició el lomo.

—Buen chico —dijo.

Le pasó la mano por debajo del vientre y le mantuvo levantado sobre las patas traseras. Le palpó el abdomen, le auscultó el corazón y los pulmones con un estetoscopio, le obligó con suavidad a abrir la boca y le examinó los colmillos. Le tomó la temperatura. Todo lo efectuó con habilidad. Le palmeó la cabeza.

—Eres un buen chico.

El perro la miraba calmadamente.

Mientras llenaba la ficha, la veterinaria le explicó a Bauer:

—Ha encontrado usted un pastor alemán de pura raza y es un magnífico animal. Debe de tener unos cuatro meses y probablemente sus progenitores eran alemanes. Los perros de origen alemán engendran unos ejemplares más pesados y más grandes

que los norteamericanos. Su conformación, es decir, su constitución física, proporciones, angulación, todas esas cosas, es espléndida. Algo le arrancó un pedacito de oreja, pero la herida ya está cicatrizada. Displasia de las ancas es el problema físico más serio en los perros pastores. Para asegurarse, puede hacerle sacar una radiografía, pero a mí me parece perfecto. Será un ejemplar enorme. La dentición es magnífica, tiene colmillos sanos y en buen estado. A los cachorros hay que aplicarles una serie de cuatro dosis de vacuna triple, para prevenir el moquillo, la hepatitis y la leptospirosis, una vez cada quince días, durante dos meses. Es probable que se las hayan dado, pero personalmente preferiría estar segura. Una doble aplicación no le hará daño alguno. Las vacunas cuestan cuatro dólares cada una, o sea veinte dólares la serie. Lo dejo a su criterio. La antirrábica no se les inyecta hasta que cumplen los seis meses. No puedo asegurar que no tenga parásitos, para ello deberá hacer analizar una muestra de materia fecal. Últimamente, se han dado varios casos de cardiopatía. Yo aconsejaría un análisis de sangre. La decisión corre por su cuenta.

El tono de su voz delataba impaciencia.

—Mire, yo no soy un especialista en vivisección —declaró Bauer—. El animal me gusta.

La veterinaria pareció sorprendida. En seguida le dirigió una sonrisa. Una sonrisa profesional, pero sonrisa al fin. Su voz se suavizó:

—Lo lamento. Esta semana se me han presentado un sinnúmero de casos de maltratos, descuidos, estupidez y crueldad lisa y llana. Hay treinta millones de perros en este país y renunciaría a mi título si más del cinco por ciento de sus propietarios tiene la más remota idea de qué es un perro o de cómo hay que cuidarlo. Conozco un criador que dice: «Si mis perros fuesen tan brutos como la mitad de las personas que acuden a mi criadero, los eliminaría a todos». A veces me sacan de quicio. Pero lamento haber estado tan brusca.

Bauer le pidió que administrara al cadillo la primera de la serie de vacunas DHL y que le extrajera una muestra de sangre. Convinieron el día que se lo llevaría para la segunda dosis. Ella le entregó una hoja mimeografiada con las instrucciones para su alimentación.

—Realmente es un magnífico animalito —comentó la veterinaria, a modo de conciliación, antes de despedirse—. Es despierto, confiado y muy seguro de sí mismo, para su edad. Tal vez demasiado. Cuando crezca será temerario e independiente. Si quiere tener ascendiente sobre él, adiestrele bien y dele pautas constructivas, y entonces podrá dominarlo. Si no lo hace, puede tener problemas.

Bauer compró los diarios de las localidades circundantes y recorrió las secciones de pérdidas, pero siguió despertándose por las mañanas con la creciente satisfacción que le causaba saludar al perro y apreciar su presencia, la noción de contar con otro

ser vivo en la casa, y se sorprendió al constatar la autonomía del animal y sus mínimas exigencias. A medida que transcurría el tiempo, posponía el momento de echar una ojeada a la sección de pérdidas, anhelando no descubrir el reclamo de su propietario, y hacia el fin de la semana, considerando que había cumplido con su obligación moral, dejó de tomarse aquella molestia.

Decidió que Orphan^[1] era tan buen nombre como cualquier otro. Pero resultaba demasiado formal para ser pronunciado con facilidad, de modo que no tardó en convertirse en Orph.

Bauer se cambió de ropas, poniéndose unos pantalones vaqueros y un suéter de algodón, mientras Orph esperaba, impaciente, con los ojos brillantes y la cola medio levantada.

—¡Vamos!

Orph salió del dormitorio y dio una vuelta por la sala de estar. Alzándose sobre las patas traseras, empezó a arañar la puerta.

—¡Fuera! Maldito seas, Orph, ¡basta ya!

La hoja y el marco de la puerta presentaban profundos arañazos. Había hecho saltar buena parte del revestimiento. Bauer debería hacerla cambiar cuando se mudara.

Orph recorrió el patio con el hocico pegado al suelo hasta que encontró una rama. Volvió al lugar donde estaba Bauer, y la dejó caer a sus pies. Bauer la lanzó con fuerza; la rama giró en el aire en dirección al lindero del bosque. Orph se precipitó en su busca, la cogió en cuanto tocó el suelo y regresó saltando al lado de Bauer. Al segundo tiro, el perro se excedió en su carrera, resbaló levantando una nube de polvo al tiempo que giraba en redondo y atrapaba el palo al vuelo. La madera registraba las profundas marcas de sus colmillos. Bauer se entretuvo lanzando el palo durante un cuarto de hora. El entusiasmo de Orph no decayó ni un instante y todavía respiraba sin dar muestras de fatiga.

—Basta —dijo Bauer—. Vamos a dar un paseo.

En aquella zona, la arboleda estaba compuesta principalmente de álamos, con algunos plátanos, pinos y fresnos, los cuales en aquella época del año constituían un bosque de fácil acceso. Dentro de un tiempo, brotarían las ortigas, y las espesas enredaderas se entrelazarían por el suelo y alrededor de los troncos de los árboles, trepando hasta las ramas más bajas, como telas de psicóticas arañas gigantes; entonces, resultaría arduo caminar por el bosque, pero ofrecería la compensación de una buena y profusa sudación. Caminaron siguiendo el curso de un arroyo, cuyas aguas estaban muy frías y crecidas a causa de las lluvias primaverales. Orph se introdujo en él y se puso a beber. Se entretuvo un rato chapaleando en los vados

tratando de ahuyentar a un cardumen de pececillos que se apiñaban alrededor de sus patas y le mordían los pelos. Frustrados sus intentos, empezó a ladrar y a lanzar mordiscos a la superficie del agua. Bauer se sonrió. Orph salió del arroyo y se acercó a Bauer en busca de caricias afectuosas. Satisfecho, cruzó la corriente hasta la orilla opuesta, y una vez allí se sacudió para secarse.

Después de seguirse mutuamente por un buen trecho, Orph se desvió bruscamente de su camino y desapareció entre los árboles, siguiendo un rastro que le intrigó. Perseguía algún conejo, arremetía contra una bandada de perdices o intentaba trepar a un árbol tras algún mapache. De cuando en cuando, tardaba horas en volver, y en una ocasión no regresó hasta la mañana siguiente, pero, por lo general, aparecía al cabo de cinco o diez minutos después que Bauer empezaba a llamarle.

A Bauer el paseo le sirvió de sedante y le abrió el apetito. Encendió el horno y cocinó una enorme patata. Dio de comer a Orph. Él se preparó un whisky con hielo y se sentó cómodamente para telefonar a Ursula.

—Diga —respondió ella.

—¿Qué tal? —le dijo Bauer a modo de saludo—. Soy yo.

—¡Hola! —replicó ella, y esperó.

—¿Cómo va todo?

—Muy bien.

Una profunda depresión invadió a Bauer. Últimamente, Ursula le hacía sentir como si él le estuviese robando un tiempo precioso.

—Magnífico —comentó Bauer.

Siguió un silencio mortal.

—¿Están ahí los chicos? —inquirió él.

—Se encuentran jugando en el patio.

Bauer, contrariado, dijo:

—Muy bien. Diles que les veré mañana por la mañana, entonces. Lo de mañana sigue en pie, ¿no es cierto?

—Sí. Pero te esperarán en casa de Janie. Pasaré el fin de semana fuera, y debo salir temprano.

—¿Estarás de vuelta cuando les lleve a casa?

—Sí. El domingo a las cinco y media.

—¿Te gustaría almorzar conmigo algún día de la próxima semana, el miércoles o el jueves?

Luego de una pausa, ella respondió:

—Bueno. El miércoles.

—Cuando tú digas.

—Pero preferiría comer en la ciudad.

Cuando se encontraban, generalmente lo hacían en su cabaña. Ella nunca le

invitaba a almorzar en su casa. Decía que no era conveniente para los chicos.

—¿En la ciudad?

—Lo preferiría.

De mala gana, él accedió.

Se escanció otro whisky después de colgar, y algo más tarde, otro más. Cuando la patata estuvo bien blanda, puso a freír un par de chuletas de cerdo, abrió una lata de maíz tierno desgranado y, después de verter el contenido en un recipiente, lo puso a calentar. Al terminar de comer, se sirvió otro trago.

Un guardián caminaba en torno del almacén con un perro pastor alemán pegado a su pierna. La trailla colgaba formando un arco de la mano del guardián —en la cual había arrollado el tramo sobrante—, y la gaza del extremo rodeaba su muñeca. El almacén quedaba a su derecha, y el aparcamiento, a su izquierda. Enfrente, donde terminaba la zona de aparcamiento, empezaba el bosque, que estaba separado del almacén por una senda de césped bien segado.

El guardián y el perro llegaron a la altura de los árboles. El hombre se detuvo. El animal se sentó inmediatamente, sin esperar que se lo ordenaran, y levantó la vista hacia su guiador. El hombre hurgó bajo la chaqueta, buscando los cigarrillos. El perro miró distraídamente a su alrededor. El guardián se puso el cigarrillo en los labios y se inclinó sobre el fósforo.

De detrás de un camión aparcado aparecieron dos hombres. Vestían abultadas cazadoras de cuero y holgados pantalones, e iban armados con sendas cachiporras. El guardián apagó la cerilla. El perro se levantó de pronto sobre sus cuatro patas y giró en redondo, gruñendo roncamente. El hombre se giró. Los hombres se acercaban corriendo.

—¡*Fass!* —gritó el guardián.

El perro se abalanzó hacia adelante, tensando la trailla, y se quedó levantado sobre sus cuartos traseros. El ancho collar de cuero mitigó el tirón y frenó su avance sin ahogarle. El perro empezó a ladrar furiosamente; de su boca saltaban diminutas gotas de saliva. Los hombres retrocedieron. El perro se dejó caer sobre sus cuatro patas y tiró de la correa, sin dejar de lanzar dentelladas hacia los intrusos, arrastrando al guardián antes que éste tuviera tiempo de sujetarle.

Los dos individuos se separaron, cada uno por su lado. El perro se precipitó hacia ellos, oscilando de uno a otro lado, con ferocidad. Los dos hombres trataban de esquivarle, pero el perro era más rápido. El individuo que se encontraba más cerca del almacén descargó su cachiporra. El perro se escabulló al tiempo que saltaba hacia el brazo armado. El hombre se echó atrás. El perro se prendió de la manga y se la arrancó desde el hombro hasta el sobaco; luego la soltó y se volvió para enfrentar al otro individuo, que le atacaba. El perro le atenazó la pierna por encima de la rodilla. El hombre lanzó un grito, golpeando la cabeza y el lomo del animal con su cachiporra. El perro gruñía sin soltar presa. Tiró con fuerza y derribó a su atacante, el cual se hizo un ovillo, cubriéndose la cabeza con los brazos, sin dejar de chillar. El animal le soltó, embistió contra su espalda y acto seguido se volvió para atacar de nuevo al primer hombre.

Éste se giró y salió corriendo. El perro, levantándose sobre las patas traseras al quedar frenado en el extremo de la trailla, empezó a ladrarle. El guardián recogió la

correa con ambas manos, oprimió el resorte de la traba y gritó:

—¡*Fass!*

El perro se lanzó hacia adelante como una bala, con la cabeza y el lomo agachados. El perseguido miró hacia atrás por encima del hombro, vio que no tenía escapatoria, se detuvo dando tumbos y se volvió, al tiempo que sacaba un revólver que llevaba bajo el cinturón.

¡*Buuuum!* El estampido de un arma de grueso calibre.

El perro no aminoró la marcha.

El individuo disparó dos veces más en rápida sucesión. ¡*Buuuum!* ¡*Buuuum!*

El animal despegó del suelo. Sus mandíbulas se cerraron firmemente sobre el antebrazo del atacante. Sus patas traseras apenas rozaban el suelo, por lo que sus cuarenta y tres kilos quedaron colgando de sus colmillos. Forcejeó con violencia y logró derribar al hombre, que golpeó contra el suelo. El perro le trituraba el brazo, sacudiendo la cabeza como un pez en el anzuelo, y arrastrando por el césped a su presa, que lanzaba unos gritos desgarradores.

El guardián gritó:

—¡Panzer, *aus!*

El perro soltó el brazo y retrocedió un paso. Permaneció con la vista fija en el individuo sin dejar de lanzar profundos ladridos.

—Panzer, ¡atento! —le ordenó el guardián. Luego le espetó al hombre—: En cuanto muevas un pelo, se te echará encima de nuevo.

Esposó al primer individuo, y le obligó a ponerse al alcance del perro. Panzer gruñía, pero se mantenía a distancia. El guardián recogió el revólver y se lo introdujo en el cinto.

—Panzer, siéntate. Quieto.

Hizo levantar al segundo hombre, ordenándole que mantuviese los brazos tras la espalda.

—Soy una estatua.

El guardián le puso las esposas e hizo sonar un silbato. El motor de un vehículo se puso en marcha en la zona de aparcamiento. Un *jeep* descapotado se acercó velozmente y frenó con un chillido de los neumáticos. El conductor llevaba un mono verde con las iniciales C. P. C. —Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta— bordadas sobre el pecho, y un arma blanca enfundada en el cinto. En el asiento de al lado, iba un hombre de más edad, que lucía una espesa barba rojiza, vestido con unos pantalones de pana y un suéter de cuello alto. Ambos descendieron del *jeep*.

El guardián ordenó al perro que se tendiera en el suelo.

Uno de los hombres esposados le dijo al de la barba:

—No voy a trabajar más con este bicho sin el manguito acolchado. El muy maldito casi me rompe el brazo.

Bajo la manga desgarrada, se veía la protección de cuero de tres capas. Formaba parte de una casaca cuyo cuello se alargaba hacia arriba para proteger la garganta y la nuca. Bajo los pantalones, sus piernas estaban protegidas de manera similar, hasta el cuello de las gruesas botas.

Su colega dijo:

—Sus colmillos llegaron hasta la carne del muslo; siento que me sangra.

—Que les examinen en la enfermería —indicó el barbudo—. Dígale al doctor McGill que me pase un informe esta tarde.

El conductor hizo subir a los dos hombres al *jeep*, bajo los atentos ojos de Panzer, y partió. El perro no habría creído en la autenticidad del ejercicio, si los agitadores simplemente se hubieran alejado caminando.

El hombre de la barba comentó:

—Permaneció demasiado tiempo aferrado a la pierna de Harry. Roy habría tenido tiempo de atacarte si hubiera sido un malhechor de verdad.

El guardián movió la cabeza.

—No lo crea. Ayer le puse a prueba en una manifestación de protesta. Mantuvo a raya a ocho tipos. Puede verificarlo con el doctor Tilson.

—En el lugar de Roy, yo te hubiera liquidado. ¿Y qué me dices del revólver? A estas alturas, ya debería estar avezado a recoger las armas.

El guardián se movió, inquieto.

—Bueno..., precisa algo más de tiempo.

—¿Por qué? —inquirió el de la barba.

—Parece que... Parece que experimenta cierta molestia al sentir el contacto del metal en los dientes.

—¿Lo rechaza?

—No exactamente.

—Te concedo tres días más. Si en ese lapso no se acostumbra a cogerla, como si fuera un bistec, entonces quiero que me lo hagas saber. Tres días.

—¡Diablos! —exclamó el guardián, disgustado—. Tiene sólo veinte meses. Pero es como una máquina en el ataque. Registra el máximo puntaje en obstáculos y recorre el laberinto como una computadora. No hay quien le supere en un área de búsqueda. ¿Qué quiere usted, un superperro?

—Exactamente. Tres días. Llévale a la perrera y que descanse.

El barbudo se alejó. El guardián se quedó contemplándole. Panzer percibió las emociones de su amaestrador y gruñó. Se le erizaron los pelos. El guardián palmeó cariñosamente la cabeza del can.

—Me encantaría, muchacho, pero ambos lo pasaríamos mal si te soltase.

El doctor Chaim Mendelberg les saludó en la sala de conferencias del edificio de

vidrio y acero inoxidable, que constituía el centro neurálgico de las instalaciones. Estaba amueblada con butacas y sofás Naugahyde, parcamente tapizados, mesas con revestimiento de formica blanca, y tenía el suelo cubierto con una alfombra de desvaído color café. Las litografías abstractas de las paredes eran absolutamente insulsas. La sala había sido proyectada con el propósito de que no resultara demasiado confortable y con el mínimo de motivos que pudiesen distraer la atención.

Había dos senadores, el presidente de un instituto dedicado al estudio del conductismo, una mujer muy pálida, de aspecto severo, del Centro Espacial de Houston, un investigador, especialista en el comportamiento canino, del Johns Hopkins, un representante de la Sociedad Protectora de Animales y dos miembros del Pentágono, vestidos de civil, bastante incómodos en su atuendo.

Mendelberg no conocía a ninguno de los presentes, no sentía interés alguno por ellos y estaba disgustado por tener que sacrificar su tiempo en beneficio de aquellas personas. De cuando en cuando, en las publicaciones especializadas se hacía referencia a los trabajos que se llevaban a cabo en el Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta, lo cual despertaba interés y provocaba consultas. Todo esto era pasable, pero recientemente un par de artículos, estúpidos e inexactos, aparecidos en revistas populares, habían provocado acusaciones de que se infligían malos tratos a los animales y un clamor público lo suficientemente intenso como para inquietar al Pentágono, cada vez más preocupado por su autoimagen y más ávido de poder. Una parte sustancial de la labor que efectuaba el C. P. C. era suscrita por dicho organismo, y cuando éste experimentaba presiones que le obligaban a tirar de los hilos, entonces el C. P. C. tenía que saltar. El Pentágono había expresado claramente que era Mendelberg en persona, y no un subordinado, quien había de presentar el informe.

Mendelberg era el director de la división de Nueva Inglaterra del C. P. C. y de su Programa de Ampliación Canina. Tenía treinta y tres años, era retraído e incisivo, podía concentrarse hasta el extremo de parecer sumido en un estado catatónico, con una mente capaz de efectuar intuitivas transiciones cuánticas, así como análisis dignos de una computadora electrónica. Las emociones no le causaban mayor efecto que el que produce una suave brisa en la superficie de un estanque, pero tenía fama de ser un hombre genial, franco y con los pies bien asentados en la tierra, una pose que se había visto forzado a adoptar, con renuencia y un enorme esfuerzo, por razones de índole social y pragmatismo profesional. Si hubiera meditado sobre el particular, habría descubierto que consideraba a los seres humanos como una especie de imperfecta manifestación de una abstracción interesante, burdas calculadoras analógicas corpóreas, y ese descubrimiento, luego de haber sido debidamente anotado y clasificado, no habría alterado ni una sola fibra de su cuerpo.

Una cafetera de treinta tazas había sido colocada entre dos fuentes de canapés.

Mendelberg se sirvió una taza y sonrió a los visitantes.

—¿Falta alguien? ¿Están todos instalados? Muy bien. Magnífico.

Se dejó caer en una butaca, cruzó las piernas y, adoptando una postura descuidada que pretendía ser natural, dijo:

—En primer lugar, quisiera ponerles someramente en antecedentes de las características generales de los perros. Cada una de las partes de nuestro programa de ampliación deriva de la comprensión de dichas características. El perro, tal y como nosotros le conocemos, el *Canis familiaris*, pertenece a una especie que apenas cuenta con unos setecientos cincuenta mil años, más o menos el mismo lapso que la especie humana. Todavía es muy controvertida la teoría sobre su origen exacto, pero lo más probable es que descienda del lobo, o de algún progenitor, ya extinguido, que dio origen tanto al lobo como al perro. Sea como fuere, pertenece al género *Canis*, que incluye también a los lobos, chacales, hienas, coyotes y demás. Es un animal depredador, y muy eficiente, por cierto, y se caracteriza por su gregarismo. Como la mayoría de las especies que cazan en manada, el perro mantiene unas relaciones muy diversas y complejas entre sus congéneres. Esta cualidad le confiere la capacidad de adaptarse fácilmente para vivir entre seres humanos: la familia humana es el sustituto de la manada.

»Pero olvidémonos por un momento de que es un animal doméstico. Ese papel, en la cultura occidental, lo asumió en fecha relativamente reciente, digamos a fines del siglo dieciocho o principios del diecinueve. Con anterioridad, a lo largo de los diez mil años en que ha convivido con el ser humano, el perro no ha sido más que una especie de herramienta. El escaso afecto que el hombre sentía por el perro podría compararse con el orgulloso entusiasmo que despertaba en él una flota cañonera o un arma hábilmente fabricada. La función primaria del perro fue cooperar en la caza, que constituía la actividad más crucial del día. El animal poseía excelentes cualidades para esta tarea y era un colaborador altamente apreciado, si no indispensable. Le vemos cazando con los hombres en las pinturas rupestres del neolítico, en los tapices de la Edad Media y en los cuadros renacentistas, y mientras permanecemos aquí sentados esta tarde, hay literalmente varios millones de ellos, en este país y en todo el mundo, cuyos dueños los poseen tan sólo por su valor utilitario como elemento de caza: perros de muestra, de ojeo, cobradores, ventores y animales rastreadores.

»A medida que el hombre se tornó menos nómada y empezó a fundar poblados y pueblos, fue otorgando al perro una segunda función básica: la de defensa. El poderoso instinto de lealtad a la manada, junto con su sentido de dominio territorial, propio de los animales depredadores, constituían unas características ideales para este papel. Protegía la población, vigilaba los rebaños de su dueño y defendía a los miembros de la familia. Por lógica extensión, de guardián se convirtió en guerrero. En los jeroglíficos egipcios y en los bajorrelieves asirios encontramos perros de

guerra. Los usaron los persas, lucharon bajo las órdenes de adiestradores griegos, y los celtas les acorazaban con armaduras de cuero provistas de afiladas cuchillas. Los romanos enterraban en la misma fosa al adiestrador y a su perro. Enrique VIII les enviaba al campo de batalla, y los conquistadores españoles les utilizaron en América del Sur. En la guerra moderna, las armas de fuego disminuyeron la eficacia de los canes; sin embargo, éstos han continuado actuando en su carácter de guardianes. Setenta mil sirvieron en la primera guerra mundial, y se distinguieron en la segunda guerra mundial, en Corea y Vietnam. El primer cuerpo de perros policías se constituyó en Saint-Malo, en el siglo catorce. En la actualidad, en Estados Unidos, existen más de cien mil perros, de propiedad privada, adiestrados para el ataque, y otros diez millones de “domésticos”, sin adiestramiento especial, cuyos dueños los poseen, en gran parte, por su innata capacidad protectora.

»Un número más reducido se dedica a tareas especiales: puede detectar aludes, contrabandos, etcétera. El hecho es que el perro trabaja. Con ese fin se les ha criado durante miles de años. Las razas específicas que conocemos no son fruto de un accidente biológico o el capricho de una clase privilegiada. El pachón no es sólo un fenómeno grotesco de la naturaleza. Tiene el cuerpo largo y las patas cortas y es de carácter osado justamente porque su misión consiste en desalojar a las alimañas de sus escondrijos. Los de Terranova, en el polo opuesto, son dóciles, fuertes y grandes, de pelaje espeso y patas palmeadas, para poder nadar en aguas frías, tras las víctimas de un naufragio, las cuales se aferrarán a los largos pelos del animal mientras éste les remolca hasta la playa. Los perros de busca, o terriers, se han tornado cada vez más agresivos y ágiles porque se les utilizaba para cazar ratas.

»Así tenemos ahora que el perro es un animal gregario, fiel y depredador de suma utilidad. Es, asimismo, una criatura de una inteligencia relativamente alta. Puede asimilar conceptos, de una manera rudimentaria, y es capaz de realizar ciertas abstracciones. Experimenta emociones y puede ser víctima de una serie de neurosis y desórdenes de conducta. La domesticación ha sido desastrosa para él. Semejante estado no es inherentemente contrario o extraño a su ser, pero ha servido de barrera para que la gente en general comprendiera su verdadera naturaleza, su realidad. La gente le ve poco más que como un juguete animado y servicial. Como consecuencia directa de ello, contamos con innumerables perros cuya verdadera naturaleza está pervertida, cuyo carácter está degradado, cuya inteligencia está obnubilada, a quienes se les niega la manifestación controlada de impulsos que son poderosísimos, y que viven en un estado de enorme frustración. Entre otros problemas cada vez más graves, durante los últimos años hemos asistido a una serie dramáticamente creciente de muertes a dentelladas causadas por perros, y de ataques poco menos que fatales, que no harán más que multiplicarse. Todo ello es el resultado de la presunción de que el perro no es más que lo que nosotros deseamos que sea, y de una degeneración

genética acelerada. Actualmente, a la mayoría de los perros se les cría atendiendo a aquellas cualidades que normalmente se aprecian en los animales domésticos y que son: subordinación y servilismo. En su estado natural, estas cualidades sólo se encuentran en animales muy jóvenes. Ellas sirven para proteger a los cachorros contra la agresión de los perros de más edad. Sea por ignorancia, para diversión personal o para beneficiarse con las demandas de las cadenas de supermercados y tiendas dedicadas a la venta de animales domésticos, el objetivo siempre es el mismo: los criadores de perros se dedican denodadamente a la consecución de un perro híbrido de características infantiles y regresivas, tanto desde el punto de vista mental como de la conducta.

»En el Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta, nosotros estamos empeñados en crear lo que consideramos como el perro ideal. Ello no significa lograr una nueva especie y ni siquiera una mutación genética. Tratamos de *llevar al máximo el potencial natural* del perro. Nuestro propósito es una cuestión de grado. A partir de una comprensión profunda del animal, pretendemos desarrollar los rasgos que conduzcan a lograr el grado *máximo* de vigor físico, el *más alto* grado de inteligencia, un temperamento *absolutamente* estable, la *más aguzada* capacidad olfativa y así sucesivamente. El problema lo enfocamos desde dos ángulos: el genético y el psicobiológico. Tenemos un programa de adiestramiento, pero es de carácter incidental, más bien un índice de evaluación. Operamos exclusivamente con perros pastores de origen alemán. Son los mejores, los más perfectos y, tal vez, la raza más quintaesenciada que existe.

»Muy bien, la genética. Pero, primero..., primero me apetece otra taza de café. ¿Alguien quiere acompañarme?

King's Indian — Karla Vom Hanckschloss

Camada Alfa. Edad, 4 semanas.

Resumen preparado por la doctora Lily Quick.

Estado físico: Sano; buena conformación; una hembra con cabeza excesivamente grande; decoloración de algunas uñas, con tinte grisáceo; osamenta fuerte; profunda cavidad torácica; cuello grueso; las características generales responden a la tipología clásica alemana.

Visión: Buena.

Capacidad auditiva: Buena.

Capacidad olfativa: Por encima de la común.

Sensibilidad a la voz: Irregular, evaluación difícil en este punto.

Sensibilidad al tacto: Un macho y una hembra, común; el resto, por debajo de la común.

Inteligencia: De común a medianamente alta.

Obediencia: De común a por debajo de la común.

Viveza: En muy alto grado.

Curiosidad: De común a por encima de lo común.

Independencia: Por encima de la común.

Agresividad: Irregular; de común a por encima de la común.

Defensa: Por encima de la común.

Observaciones: Una camada interesante, que justifica un control estricto. Se esperaba un alto grado de

independencia e intrepidez en esta cría y, aparentemente, se ha logrado. Se registra inesperada agudeza en la capacidad olfativa aparente. Una ligera disminución respecto del alto grado de inteligencia que es dable suponer en la progenie de Indian. Se ha constatado el alto grado de viveza, supuesto como objetivo secundario. La sensibilidad a la voz humana resulta inquietante: posiblemente es irregular debido a la falta de madurez y, según esperamos, no a la inestabilidad. El bajo coeficiente registrado en cuanto a la obediencia ante los cuidadores, probablemente está correlacionado con el creciente grado de autoconfianza. También parece existir una mayor integridad emocional que la observada con anterioridad (todos estos cachorros, menos uno, soportaron las pruebas provocadoras de *stress* con más facilidad que los sujetos anteriores, promediando el 13,2 por 100 sobre los coeficientes máximos habituales). Es indicado el mantenimiento de toda la camada. Recomiendo la socialización de acuerdo con las normas estándar para cuatro de los cachorros (que servirán de control; al propio tiempo se asegurará el adiestramiento pleno), pero escaso contacto (el mínimo requerido para activar la personalidad y asegurar el ulterior amansamiento) para los tres restantes. Considero de suma importancia, respecto de esta camada, observar por lo menos a dos o tres de sus miembros, durante el proceso de maduración, de la manera más indirecta posible.

Los cadillos de Rhoda I tenían siete días; peludas y gordiflonas caricaturas de los perros que llegarían a ser; desmañados y quejumbrosos animalitos, de caras achatadas y ojos cerrados. Se subían unos encima de los otros dentro del carrito de Toby. Éste les hablaba alegremente, aunque sabía que eran demasiado pequeños como para que su voz les proporcionase solaz alguno.

Cuando Toby puso a los perreznos en el carro, Rhoda I gruñó en la jaula donde les había parido. Era un animal asustadizo. Los cuidadores la llamaban «cagona». No era la clase de perro que Toby prefería, pero sin embargo se compadecía de ella. Trató de calmarla, prometiéndole que le devolvería sus cachorros en seguida. A Toby le gustaban los perros: desde el animal más temeroso hasta los chuchos abandonados de la perrera de la Sociedad Protectora de Animales, pasando por los más fieros y peligrosos. Pero tenía sus preferencias, y los «cagones» figuraban en último término. Rhoda I era el único perro con semejante temperamento en el Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta. La conservaban por su elevada inteligencia y la espectacular habilidad para ventear. A la mayoría de sus cachorros se les eliminaba a los pocos meses de nacer. Sólo uno vivía todavía, Rhoda II, una hembra querida por todos, lista, gran rastreadora y con el temperamento, sólido y extraordinario, de su progenitor, un Schutzhund III, importado.

De cuando en cuando, algún cuidador era mordido al sacarle los cachorros a la madre, por cuyo motivo a veces encerraban a la perra lejos de su lechigada, aunque ello contravenía las reglas. Toby jamás lo había hecho; le parecía demasiado cruel. No había sido mordido en su vida, aunque corrió grave riesgo un par de veces. Fuera del área de los perros guardianes —animales con un profundo instinto de dominio territorial a quienes se les ha enseñado a considerar cualquier persona, a excepción de los adiestradores, como a enemigos que deben ser agredidos en cuanto les ven—, Toby podía manejar a cualquier perro del C. P. C., salvo a un par de ellos, bastante recalcitrantes.

Toby salió con el carrito de la sección de cría, que estaba alejada del pabellón

principal de las perreras, siguió por un sendero de grava y, después de cruzar la abertura de un seto, penetró en un edificio de cemento pintado de verde, de dos plantas, pasó ante el ascensor de servicio —del que un ayudante sacaba una camilla con un perro atado a ella, anestesiado y con una pata vendada— y entró en la primera sala de la izquierda.

En una de las paredes colgaba una hilera de tablillas de madera, provistas de sujetapapeles, y otra estaba cubierta por un encerado de plástico con infinidad de anotaciones escritas con un lápiz grueso. Había un escritorio metálico, dos archivadores y un tambor de metal, abierto en su parte superior, dividido en varios compartimientos en toda su circunferencia. De la base del aparato salía un sinfín de cables eléctricos que se extendían hasta un simple tablero de control, situado en un costado.

—¡Hola, Bill! —saludó Toby.

—¿Qué tal, Toby? —El técnico llevaba una chaqueta de enfermero—. ¿Los cachorros de Smiler? ¿Son los que tuvo Rhoda í?

—Así es, en efecto.

—Camada Delta.

Billy comprobó los datos consignados en la lista de control.

Cogieron a los cachorros —que habían sido marcados, mellándoles las orejas con las iniciales del Centro, dos días antes— y los colocaron en los compartimientos del tambor. Los cadillos lloriqueaban. Toby les dio unas palmaditas cariñosas, y uno de los perreznos, hambriento, intentó chuparle un dedo.

—Bien —dijo Bill—. Dos G, durante tres minutos. —Hizo girar un conmutador calibrado y puso en marcha el reloj automático—. ¡Ahí vamos, pandilla!

Y pulsó un botón.

El motor arrancó con un chasquido, se oyó un zumbido eléctrico y el tambor comenzó a girar. Toby se obligó a sí mismo a no apartar la vista de la máquina. Era el castigo que se autoimponía por participar en aquella operación. Cuando la fuerza centrífuga actuó sobre los cachorros, superando a la fuerza de gravedad, éstos quedaron comprimidos contra las paredes de sus compartimientos. La estructura ósea de los perreznos adquirió relieve; empezaron a esforzarse en respirar y sus horribles gñidos se hicieron audibles a pesar del ruido de la máquina. Toby dejó que su visión se desenfocara, y el tambor giratorio se convirtió a sus ojos en una mancha brillante, ribeteada de negro y plata. «No, no —se decía—, ¡tienes que mirar!». Contaba mentalmente los segundos, tensando los músculos de su cuerpo a medida que progresaba la cuenta, y cuando llegó a los 180, el motor se paró automáticamente, el ruido se extinguió, y el tambor fue perdiendo gradualmente velocidad. Entonces, Toby lanzó un suspiro y aflojó la tensión con que mantenía los puños cerrados.

Los cachorros estaban gimiendo. La mayoría había vaciado la vejiga y evacuado

los intestinos. Vacilando, algunos trataban de levantarse sobre las cuatro patas. Uno de ellos temblaba violentamente; otro se tambaleaba como si estuviese ebrio y caía de costado. Echándoles de cuando en cuando una mirada de soslayo, Bill iba tomando rápidamente breves notas en un formulario sujeto a una tablilla de madera.

—Son todos tuyos —dijo al fin—. Devuélveselos a su mamita.

Toby fue sacando a los cachorros del tambor, cogiéndolos con delicadeza. Les hablaba en un susurro, como cantando una canción de cuna. Los animalitos se amontonaban en el fondo del carro, pataleando y sin dejar de lloriquear.

Cuando Toby empujó el carrito hasta la entrada de la jaula, Rhoda le metió el hocico en uno de los rombos del tejido metálico y empezó a gemir. Los cachorritos la llamaban. La perra lanzó un ladrido y se levantó sobre las patas traseras. Al abrir la puerta, Toby tuvo buen trabajo para evitar que saliera de la perrera. La perra apoyó las patas en el borde del carro, hundió la cabeza en su interior y comenzó a lamer a sus cachorros. A medida que Toby los sacaba, Rhoda les iba olisqueando con detenimiento, como para asegurarse de que eran suyos y que no le faltaba ninguno. Luego, más tranquila, se acostó en el suelo y se dispuso a amamantarlos. Los cadillos se precipitaron, empujándose unos a otros, hacia las ubres de la perra. Rhoda empezó a limpiarles con la lengua las heces y los orines con que se habían ensuciado en la centrifugadora. Toby humedeció un trapo con el agua del bebedero y la ayudó en aquella tarea.

—De manera que, en definitiva —decía Mendelberg—, no se ha introducido ninguna verdadera innovación en nuestro programa genético. En lo que se diferencia de otros programas parecidos es en el número de rasgos que pretendemos fijar. Es sustancialmente más elevado que cualquiera de los que se establecieron hasta la fecha, y por lo tanto las dificultades son considerablemente mayores, y los problemas, mucho más complejos. Me atrevería a afirmar que nos encontramos a mitad de camino. Hemos logrado especímenes sobresalientes, pero hacen falta cuatro o cinco años más para poder sentirnos seguros en cuanto a los verdaderos resultados.

»Personalmente, me siento orgulloso de lo que estamos logrando en el ámbito de la psicobiología. El trabajo que se lleva a cabo en esta esfera se subdivide en tres categorías generales: *stress*, estimulación y desarrollo forzado. El desarrollo forzado consiste, simplemente, en someter al perro a una serie de pruebas que le lleven al límite de sus capacidades físicas y mentales. Se podría poner como parangón el régimen de entrenamiento en un atleta: primero se le exige un diez por ciento más de esfuerzo, luego un cinco adicional, más tarde, el dos restante, y así sucesivamente. Los límites no se conocen hasta que son alcanzados. Por ello, nuestros obstáculos son cada vez más altos, los canales de carreras, cada vez más largos, los ejercicios de

rutina y de capacitación, más exigentes. Estos programas son controlados de la manera más estricta, con el fin de evitar que algún animal pueda ser sometido a una exigencia extrema. En una palabra, se le pide lo que puede dar, pero no más.

»La estimulación se inicia en cuanto las facultades sensoriales y los procesos mentales del cachorro empiezan a funcionar por encima del nivel básico, alrededor de los diez días de vida y prosigue hasta los dieciocho meses, a cuya edad se puede decir que un perro es adulto, en lo que se refiere a su desarrollo intelectual, hormonal y fisiológico. Esta fase incluye la introducción a situaciones nuevas que comprometen su acción, diversas formas de juegos y solución de problemas muy elementales. Le proporcionamos un entorno interesante que estimula su actividad física y su desarrollo mental.

»Nuestro programa de sometimiento al *stress* es único y el más promisorio. Se inicia cuando el cachorro tiene una semana, se intensifica durante las siete semanas siguientes y se continúa en una forma moderada hasta que cumple los seis meses. Hemos llegado a la conclusión de que, después de esa edad, es poco lo que se puede lograr. Al menos, en lo que a nuestros cachorros se refiere; hemos operado con animales de más edad, pero sin experiencias similares previas, hasta de tres y, en un caso, de cuatro años, y se obtuvieron resultados positivos, pero no en un nivel que justifique el esfuerzo. El *stress* en sí es neutral. Puede causar efectos destructivos o constructivos, según el grado de intensidad con que se aplique. Si a un organismo, humano o animal, le aplicamos demasiado y supera su resistencia, destruiremos dicho organismo. Si se extrema el *stress* físico, se mutila el sujeto. (Pongamos demasiado peso sobre un hueso y lo fracturaremos). Si se extralimita el *stress* psicológico el resultado será la psicosis. (Aislemos totalmente a un individuo durante el tiempo suficiente, y éste enloquecerá). Sin embargo, el *stress* controlado constituye un factor fortificante. Eso es precisamente lo que hacemos cuando ejercitamos los músculos, forzando de manera gradual su desarrollo, exigiendo un esfuerzo adicional en cada nueva ocasión. Respecto del *stress* psicológico, puede establecerse una comparación directa con esto, sólo que, ahora, lo que se fortifica y afirma es el carácter. Ello comprende la integridad mental, la capacidad de adaptación, la inteligencia y la contextura emocional. Son varios los métodos que utilizamos: una centrifugadora, exposición a temperaturas extremas, luces y ruidos bruscos, laberintos sin salida, cámaras con paredes móviles, pisos vibratorios, etcétera. Los resultados han superado nuestras expectativas. Aquí tenemos ejemplares que son verdaderamente fenomenales: nada de perros fantásticos, animales “pensantes” o monstruos, sino perros que funcionan al máximo de su capacidad, en términos de aptitudes caninas innatas, las cuales son suficientemente impresionantes por sí mismas.

En la entrada del túnel, una perra de catorce meses se detuvo, agachó la cabeza, la

levantó de nuevo y volvió a agacharla. Se le formó una arruga entre los ojos.

—Adelante —le ordenó el amaestrador—. Vamos, muchacha.

Pero la perra experimentaba una creciente sensación de vacío en el pecho, una vaga sensación de ausencia. Se le secó la lengua.

El adiestrador la incitó a avanzar otra vez, y el animal se adelantó con renuencia, para volver súbitamente sobre sus pasos.

Empezó a gañir y a rasguñar el suelo.

—¿Qué sucede, eh?

El amaestrador se dejó caer sobre una rodilla y palpó el césped. Sus dedos detectaron una finísima grieta en la tierra. Escarbó con ambas manos, metió los dedos en la grieta y tiró hacia arriba, levantando una tapa de madera de casi un metro cuadrado, sujeta a unos goznes y cubierta de tierra, que dejó al descubierto un hoyo profundo y oscuro. El hombre y la perra escrutaron el pozo. El animal retrocedió algunos pasos.

El hombre abrazó a la perra, acariciándola profusamente.

—¡Buena chica, lo descubriste! ¡Buena chica!

Extrajo un pedazo de carne seca del bolsillo y se lo dio a la perra, que lo engulló complacida, moviendo la cola y con el lomo estremecido de satisfacción.

Un macho joven avanzaba olfateando a diez metros de su amaestrador por el bosque que se extendía detrás del almacén. Al llegar ante un sarmiento que colgaba formando como un aro, el perro se sentó y empezó a ladrar. El adiestrador se le acercó, le dio unas palmadas en la cabeza y le dijo que era un buen perro, ordenándole acto seguido que no se moviera. Partió el sarmiento por la mitad con unas tenazas de cortar alambre y separó los extremos hacia los costados. Colmó al perro de alabanzas y le dio un trozo de carne seca.

Esperó hasta que el animal hubo terminado de comer, y después, señalando con la mano, le ordenó:

—¡Sigue!

El perro empezó a andar con paso largo y confiado, con aire majestuoso. Caminó unos cien metros, disminuyendo su atención al notar que todo estaba en orden y se concentró en un agradable cosquilleo que sentía en la piel, una incipiente anticipación del cepillado a que le someterían más tarde.

En su distracción no vio el fino alambre tendido bajo la hojarasca. Una mina de pólvora explotó con un inofensivo pero tremendo estruendo y una brillante llamarada.

El perro lanzó un aullido y se dejó caer temblando al suelo, con las orejas pegadas al cráneo.

—¡Qué vergüenza! ¡Inútil! ¡Deberías avergonzarte!

El animal hundió la cabeza entre las paletillas, con los ojos casi firmemente

cerrados.

—¡Es una vergüenza! ¡Si llega a ser una mina de verdad, habrías saltado por los aires, hecho pedazos! ¡Deberías avergonzarte!

A unos tres kilómetros del Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta, en una extensión de tierra rocosa, donde casi no persisten los olores de los rastros, y que la institución había alquilado a un granjero, un amaestrador se dedicaba a ejercitar la capacidad olfativa de un macho de dieciocho meses. La trailla tenía tres metros y medio de longitud, y el perro llevaba un arnés de rastreo. Se había tendido una pista olfativa en una extensión de un kilómetro y medio, veinticuatro horas antes, ocho horas más del límite óptimo incluso en un terreno ideal.

El amaestrador parecía fastidiado. Aquél era un buen perro, con un olfato extraordinario. El adiestrador sabía que sería capaz de realizar el ejercicio con toda facilidad, pero el director había insistido en que lo efectuara igualmente. El amaestrador disimulaba su aburrimiento, sabiendo que deprimiría y confundiría al animal si lo exteriorizaba.

El perro siguió la pista hasta el fin —una mochila de lona que conservaba el olor del hombre que había dejado el rastro—, hincó los dientes en la mochila y ladró alegremente. El amaestrador manoseó al animal con afecto, luego le soltó la correa y se dedicó a lanzar trozos de ramas para que el can los fuera a buscar y se los trajese, un juego que les encanta a los perros de rastreo. Decidió visitar al superior de su director para pedirle que le asignara un ejercicio que pusiera verdaderamente a prueba a aquel perro y que le permitiera demostrar sus brillantes cualidades, tal como se merecía.

Dirigiéndose a la cantina, Cindy Falk y Ron Schlegel pasaron ante una jaula de alambre en la cual un cachorro de cinco semanas permanecía acurrucado en un rincón, con los belfos cubiertos de espesa saliva. Distribuidos alrededor de la sala, había media docena de cachorros encerrados en jaulas similares, los cuales formaban parte del programa de *stress*. Los perros generan una intensa ansiedad cuando se les somete a encierro solitario, en particular los más chicos. Las jaulas de paredes opacas mitigan en parte ese efecto, al ofrecer la sensación de seguridad de un refugio, pero las de tejido metálico, como aquéllas, les hacen sentir no sólo atrapados, sino vulnerables. Estaba prohibido hablar u ofrecer algún otro tipo de solaz a los perros encerrados en jaulas de alambre. Dichas jaulas estaban situadas en áreas de mucho movimiento, y a veces las llevaban al aparcamiento de un centro comercial cercano o al campo de deportes de la escuela secundaria.

Ron pidió un emparedado de jamón y patatas fritas; Cindy eligió una porción de

pastel y café. Se acercaron a una mesa y tomaron asiento en las sillas de plástico moldeado.

—Gratificarles con comida es contraproducente, a los efectos de la motivación —dijo Cindy, retomando el hilo de la conversación.

Cindy adiestraba perros del C. P. C. para el ataque y les enseñaba a obedecer. Ron operaba en pruebas de inteligencia. Casi eran novios, pero no totalmente, y era aquella pequeña brecha la que hacía que Ron, sin poder evitarlo, discutiera con ella mucho más de lo que consideraba prudente.

Ron se valía de los pedazos de carne seca para hacer actuar a sus perros. Trataba de persuadir a Cindy de que aquél era el mejor método.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Qué motivación más básica que ésta podrías encontrar? La comida significa supervivencia. Cada uno de sus impulsos celulares provoca en el perro el deseo de comer.

Cindy sacudió la cabeza, agitando sus cabellos.

—Eso es rudimentario. Mira, en el adiestramiento para la obediencia, no sólo se debe someter al animal a una serie de pruebas rutinarias hasta que le crean hábito. Es necesario que *piense*, para que pueda *comprender* qué se desea de él y se concentre en los ejercicios. Esto lo hace, en primer lugar, porque constituye una forma de manifestar su inteligencia y le permite enorgullecerse de su habilidad, y en segundo lugar, y mucho más importante, porque es el medio para complacer a su adiestrador, el objeto amoroso, el lobo Alfa, el líder, que le proporciona su beneplácito y su afecto a cambio. Con la gratificación alimentaria, sólo piensa en su estómago y, por lo tanto, no se concentra en los ejercicios. Y tú te ves obligado a andar todo el tiempo con los bolsillos llenos de dulces, porque si no le puedes ofrecer una recompensa después de ordenarle algo un par de veces, no confiará en ti, y tú tampoco podrás tener confianza en él. Eso en cuanto a la obediencia. Por lo que respecta a los ejercicios de ataque, no merece la pena hablar de ello. La motivación en este caso la constituye estrictamente la defensa de la manada, la lealtad y el afecto. Lo que menos le importa es recibir un bocado.

—Eso es un juicio de valor. Sólo puedes sustentarlo con tu intuición.

—Eso es un hecho —le replicó ella, ligeramente irritada.

—Te diré algo categórico, cierto e indiscutible: sin la gratificación alimentaria, no podría obtener de mis perros ni un diez por ciento de esfuerzo. Esto es biología pura y llana, muñeca, y no tiene caso darle más vueltas al asunto.

—Si te tomaras la molestia de ver un poco más allá de la puerta de tu laboratorio, te darías cuenta de que no pasas el tiempo suficiente con ninguno de tus perros como para establecer con él una relación más sólida que la que logras forjar con la cajera de un supermercado. Y si no fuese por la comida, ¿por qué otra cosa un perro intentaría salir de un laberinto o diferenciar un triángulo de un círculo? Estas figuras son tan

artificiales y sin sentido para él como un Rembrandt.

—Eres realmente obstinada, ¿sabes? Sólo porque eres eficiente en uno de los extremos de la cadena, te crees una experta. ¿Qué sabes tú en realidad de la naturaleza canina, eh? Quiero decir: ¿dónde lograste tu título universitario, o por lo menos el de aspirante, si vamos al caso?

—¡En un extremo de la cadena, estúpido! —Tiró la servilleta sobre la mesa y se puso en pie—. Y si vosotros, los *científicos*, pasarais más tiempo en el mismo lugar o bien os tomarais la molestia de convivir con un perro, lograríais reducir el presupuesto a la mitad y aprenderíais más en cinco meses de lo que aprendéis en cinco años.

Dio media vuelta y se fue. Ron la vio alejarse, mientras la desdicha caía sobre él como la sombra de una nube ligera. Debía llevarla al cine a la salida del trabajo. Probablemente, ella aún querría ir, pero era evidente que aquella noche no se acostaría con él.

King's Indian — Karla Vom Hanckschloss

Camada Alfa.

Resumen preparado por Leonard Atwood.

De los siete cachorros de esta cría, se extravió uno de los machos de quince semanas y todavía no ha sido hallado; se eliminaron por eutanasia un macho y una hembra a las treinta y dos semanas, una hembra a las cuarenta y un macho a las cincuenta y dos. El macho y la hembra restantes se conservan para reproducción y ulterior observación, bajo los nombres respectivos de Héctor y *Benny's Baby*.

La camada era físicamente sana, con leves defectos de conformación.

La percepción sensorial era buena, con capacidad olfativa por encima de la normal. Inteligencia media ligeramente alta. Viveza y tolerancia al *stress* excepcionalmente altas; curiosidad por encima de la media. El grado de intrepidez e independencia de esta camada era muy uniforme, el mayor logro de la cría. Sin embargo, presentaba una desalentadora inestabilidad temperamental. De acuerdo con la opinión de la mayoría de los instructores que trabajaron con esta lechigada (y personalmente la comparto), dicha inestabilidad no proviene de un defecto del carácter, sino que más bien constituye la manifestación de una cierta indiferencia hacia los seres humanos, como si los adiestradores fuesen tan sólo parte del entorno en vez del punto central.

La reacción positiva ante las personas —juegos y buena disposición para el entrenamiento— fue inconsecuente y parecía determinada fundamentalmente por el estado de ánimo o los deseos de los perros. Las demostraciones de aprobación y afecto por parte de los amaestradores carecían de especial significación para ellos. Los castigos por mal comportamiento ejercían un mínimo efecto; la gratificación alimentaria era motivo de alegría, pero no les motivaba de manera precisa. Los ejercicios de obediencia lograron los efectos normales, aunque no eran efectuados con buena disposición, y los animales se resistieron con frecuencia, y a veces enérgicamente. Los perros se manifestaban muy seguros de sí mismos y capaces de ser agresivos en extremo, si bien, por lo general, reprimían ese impulso.

La cría fue un éxito completo en cuanto al grado de independencia que se deseaba lograr. No obstante, la indiferencia y la reacción irregular ante los seres humanos —posiblemente correlativa con el alto grado de autonomía, en especial, cuando se compara con la preferencia de los perros por la actividad y la interrelación con los miembros de la camada y otros perros— es un rasgo atávico de la personalidad y definitivamente contraindicado en nuestro programa. Se registró una cierta diferencia, pero no apreciable, entre los cuatro cachorros sometidos al grado máximo de socialización y los tres que sólo la recibieron en grado mínimo. Héctor y *Benny's Baby* pertenecen al primer grupo. Estos dos animales deberán criarse con miras a que conserven su autonomía, aunque compensándola con una intensificación creciente del grado de reacción positiva.

Jugar con los cachorros era la parte de su trabajo que a Toby más le encantaba. A las siete semanas se les separaba de sus madres y eran encerrados en perreras individuales. El período crítico de socialización estaba comprendido entre las siete y las dieciséis semanas. Era el momento de mayor sensibilidad emocional y psicológica, en la cual el perro formulaba sus actitudes básicas y las estructuras mentales que marcarían sus pautas de conducta durante toda su vida adulta. Si se le deja sólo entre perros, siempre vive de manera más armónica con otros perros que entre los seres humanos. Alejado de los miembros de la lechigada, pero sin ser sometido al adecuado proceso de socialización, jamás se adapta plenamente a convivir con los seres humanos ni con otros perros.

La población canina del Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta variaba entre los 150 y los 200 animales y, normalmente, había dos o tres crías sometidas al proceso de socialización. Toby se pasaba la mayoría de las tardes con esos cachorros; les llevaba de a uno o de a dos a una gran jaula de juegos donde les palmeaba o rascaba la cabeza, les hacía rodar por el suelo, acariciándoles la barriga, jugaba con ellos, tirando de una anilla que el animal aferraba con los dientes, o les lanzaba una pelota o un juguete que emitía un chillido al apretarlo. Les hablaba con voz afectuosa, les decía palabras cariñosas, les explicaba quiénes eran y les contaba cosas de su propia vida y de temas que le interesaban, señalándoles las formas de las nubes.

Toby tenía veinte años. Era espigado, de pelo oscuro y tenía una cara alargada con grandes y dulces ojos castaños. Era un muchacho tranquilo. La gente le aturdía, y cuando hacía acopio de coraje para hablar con alguien, las palabras volaban de su mente cual pájaros asustados ante el ataque de un gato. Vivía en un cuarto amueblado en la ciudad, que le alquilaba una viuda muy amable, llamada señora Harris. El hijo de la señora Harris había muerto en Vietnam, y Toby ocupaba la habitación que había sido del muchacho. La ayudaba en las tareas domésticas más pesadas y le cuidaba el jardín; cuando ya llevaba unos meses viviendo en la casa, la mujer le dijo que no le cobraría más el alquiler. Toby le daba algo de dinero todas las semanas para la comida, y realizaba todas las reparaciones necesarias en la casa. La viuda cocinaba, y Toby comía con ella y con su hija. Ésta era fea y estaba excedida en peso. Al cabo de poco tiempo de haber alquilado el cuarto, Toby fue seducido por ella y, a partir de aquel momento, la muchacha se introducía en su cama una o dos veces por semana. Era una mujer insaciable y, al principio, Toby se asustó, pero en cuanto se hubo acostumbrado, sus relaciones funcionaron a las mil maravillas.

Toby siempre se había sentido a gusto y feliz con los animales. Con cualquier clase de animales. No lograba comprender por qué otras personas no experimentaban lo mismo, y tan raras veces sabían cómo tratarles. Todo lo que uno debía hacer era acercarse a ellos, mirarlos fijamente a los ojos, observar cómo se movían sus cuerpos y relajarse; entonces uno empezaba a sentir lo mismo que ellos sentían, no

exactamente lo mismo, porque siempre era una sensación vaga, como la niebla arremolinándose en el bosque, pero lo suficientemente intensa como para saber qué hacer, y entonces uno sólo tenía que hacerlo, despacio y con cuidado, adaptándose a los cambios que percibía en el animal, y luego ellos le comprendían a uno, y todo salía a pedir de boca y se podía hacer lo que tuvieran que hacer juntos. Con los perros, era mejor. Todo resultaba más fácil que con otros animales. A menudo hablaba con ellos. No mediante palabras, sino más bien como si se estableciera un intercambio de fuerzas, palpándoles con las manos, estableciendo contacto con alguna zona oscura de la mente, pero siempre hablando, y se entendían mutuamente. A veces la comprensión residía simplemente en llegar al entendimiento de no violar los derechos del otro, pero, en verdad, era tan efectiva y profunda como cualquier otra.

Toby había deseado ser veterinario. Tardó cinco años en cursar los estudios secundarios, y aun así, luego se preguntaba en qué habían consistido aquellos estudios, y ninguna de las facultades de veterinaria a las que presentó la solicitud de ingreso quiso aceptarle. Su consejero logró por fin que le admitieran con carácter condicional en una de New Hampshire, pero él no alcanzaba a comprender los textos y, al cabo del primer semestre, le suspendieron en los exámenes. Regresó a su casa, y se puso contento al poder ingresar en el C. P. C. como limpiador de perreras. Un supervisor no tardó en darse cuenta de sus facultades. Le pusieron a trabajar con los cachorros, y Toby se sintió más feliz de lo que jamás se hubiera imaginado. En un corto tiempo llegó a conocer, al menos de una manera superficial, a todos los perros del Centro y consideró que, en cierto modo, todos le pertenecían. Amaba en especial un macho enorme llamado King's Indian. Todo el mundo quería a Indian, incluso las personas a quienes no les gustaban los perros, y de éstas había muchas en el C. P. C. Indian era grande y hermoso, un animal fuerte, cordial e inteligente, con un espíritu alegre. No se destacaba bajo ningún aspecto en especial, pero poseía, con la firmeza de una roca, todos los rasgos deseables del espectro, y era un reproductor de un control excepcional. Raras veces mitigaba las características dominantes de la hembra en la progenie, y era altamente eficaz en cuanto a corregir sus defectos. No se destacaba por haber producido una mutación genética extraordinaria en los perros de C. P. C., pero había contribuido, de una manera poco común, a mejorar sus características, lenta y permanentemente, por lo cual se le utilizaba con más frecuencia que a cualquier otro de los reproductores.

Buena parte de su tiempo libre, Toby lo pasaba con Indian. El contacto de la enorme lengua rosada del animal al lamerle la cara era para él como un beso de la mujer amada. Suspiraba por Indian, como suspira un joven poeta por una mujer madura de sublime belleza. Sabía que Indian jamás podría ser suyo; sin embargo, soñaba con el perro, y su corazón latía con más fuerza cuando se acercaba a su cubil.

Estaba obsesionado con el animal. Se inquietaba, se sumía en la melancolía, empezaba a perder peso. Una tarde, mientras jugaba con algunos de los cachorros de Indian, quedó perplejo ante la súbita revelación de que Indian vivía en sus vástagos; de que, si bien le estaba vedada la posesión del propio Indian, podía poseer, si se lo proponía, uno de sus hijos; y aquel mismo día, mientras acariciaba la ancha cabeza de Indian y le contaba la idea que se le había ocurrido, el perro sentado ante él con los ojos semicerrados de gozo, Toby sintió que Indian le comprendía y consentía, y que infundiría su alma en uno de sus cachorros con el fin de poder ir a vivir, espiritualmente, con Toby y ser feliz con él.

Karla Vom Hanckschloss fue la hembra elegida por Toby. Era un animal de recio carácter, que causaba muchos quebraderos de cabeza al personal del C. P. C. Pero ello se debía a que vivía su propia vida, a que estaba menos dispuesta a transigir y a que no se dejaba intimidar por los seres humanos. Exigía una relación más compleja. No todas las personas la comprendían o sabían tratarla como correspondía. Pero era un excelente animal, quizá la mejor hembra del Centro, si uno llegaba a comprenderla como Toby la comprendía. Era la hembra ideal para Indian: eran tal para cual. Y, a través de su hijo, Toby les tendría a ambos consigo.

Era necesario cometer un robo, aunque Toby no lo consideraba como tal. Él no era un ladrón o una persona deshonesto. Se trataba simplemente de un medio de adquisición. El Centro no vendía perros. Conservaba a sus animales o les eliminaba eutanásicamente, sin excepciones.

Toby seleccionó un cachorro de fuerte contextura y muy independiente, un pequeño baladren testarudo que, de alguna manera, debía de presentir la fuerza de la herencia, aunque le faltaban aún muchos meses para adquirir aquella fuerza, y por ello interpretaba su papel de una manera jactanciosa, que resultaba divertida. Toby le adoraba. Le apenó el hecho de que, a él y a dos de sus hermanos, les marcaran para ser sometidos a un mínimo grado de socialización, lo cual significaba que no podría estar mucho tiempo con él; pero se conformó, pues sabía que sería por un corto lapso.

Esperó a que el cachorro tuviese cuatro meses, porque deseaba que ya hubiera dado un paso hacia la madurez y porque el animalito se encontraba en plena fase del programa de *stress*, durante las primeras semanas, y en cualquier momento podía aparecer alguien para llevárselo a cualquier otro lugar del establecimiento. Pero, en cuanto el cadillo cumplió las tres semanas, cada día llegaba al trabajo dispuesto a llevárselo, y esperaba a que se le presentase la ocasión, que no tardó en llegar. Una tarde a última hora, todo el mundo estaba ocupado en algún otro lado, y en el área de las perreras no había personal. El control de los movimientos de los animales no era muy estricto. Los cuidadores debían firmar por los perros que sacaban en la cabina situada al final del pasillo, donde, por la noche, un sereno leía o bien contemplaba la televisión, dando una vuelta por las perreras cada dos horas para verificar que no

hubiera algún problema, pero nadie prestaba mucha atención al reglamento, y los cuidadores siempre se olvidaban de anotar algún que otro perro o bien anotaban movimientos adicionales para justificar sus actividades del día, antes de marcar la tarjeta en el reloj de control.

Fue muy simple. Toby abrió la perrera, enganchó una trailla al collar del cachorro, entornó la puerta para que pareciera cerrada y se fue a través del campo de entrenamiento en dirección al bosque. Luego se adentró en él hasta el linde por un camino lateral, donde terminaba la propiedad del C. P. C. Un cartel clavado en un árbol rezaba:

Propiedad Privada
Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta
No pasar
Cuidado
Perros adiestrados para el ataque

En realidad, sólo unos pocos perros eran entrenados como guardianes, y se les mantenía bajo estricta vigilancia. Sin embargo, el cartel servía para alejar a los curiosos, y como sea que el Centro estaba en cordiales relaciones con la comunidad, nadie formulaba objeción alguna.

Toby cambió la trailla por una cadena con el fin de que el cachorro no se liberara de ella mordiendo la correa, y lo dejó atado a un arbolito. Al tiempo que le daba unas palmadas en la cabeza, le dijo:

—Ahora espérame aquí. Todo saldrá bien. Ya verás. Vas a tener un hogar. Volveré en un par de horas. Pórtate bien.

El perro no le prestó interés.

Toby regresó a su tarea, y dos horas más tarde, cuando salía del aparcamiento, habiendo concluido la jornada, todavía no se había descubierto la ausencia del cachorro. Toby estaba sudando. Al tomar la autopista casi chocó contra un mojón. Tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse y mantener una presión constante en el acelerador. Cuando enfiló el camino del bosque le temblaban las manos. El cachorro estaba tendido en el suelo mordisqueando una ramita. Levantó la cabeza al acercarse Toby, movió la cola una vez y se concentró de nuevo en la rama. Toby le desenganchó la cadena y tomó al cadillo en sus brazos, estrechándole afectuosamente. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Le llevó hasta el auto y le dejó sobre el asiento trasero. El cachorro investigó, saltó al piso del vehículo, lo olfateó y se trepó de nuevo al asiento. Toby puso el motor en marcha y giró. Al cadillo no le gustó el mullido asiento. Saltó otra vez al piso y se enroscó en él, bostezando.

Toby se dirigió al centro comercial y aparcó. El cachorro levantó la cabeza. Toby le dijo que regresaría en seguida. El animalito bajó de nuevo la cabeza y cerró los

ojos. En el supermercado, Toby llevó el carrito hacia la sección de artículos para animales domésticos, donde pasó varios minutos decidiendo qué comprar, sumamente excitado. Adquirió un bebedero y un bol para la comida, un collar de cierre automático importado de Alemania, una trailla de adiestramiento, dos pelotas de goma dura y unos cuantos juguetes para morder. Compró dos docenas de latas de comida para perros y una bolsa de veinte kilos de harina. Luego fue cargando apresuradamente los artículos de la lista que le había dado la señora Harris.

Pagó en la caja y se balanceó sobre los talones mientras la empleada colocaba en las bolsas de papel los diversos productos. Los colocó en el carrito y se dirigió al aparcamiento.

Se había olvidado del lugar donde había dejado el auto. Empezó a ir de un lado para otro con el carrito, buscándolo. Su angustia iba en aumento. Aquí, aquí mismo había dejado el vehículo, estaba seguro. Pero en su lugar había una camioneta rural de color rojo. Recorrió la zona de aparcamiento una vez más, realmente asustado. Un par de personas le observaban con curiosidad.

El coche había desaparecido.

Era imposible, pero no podía dudar más. Se mordió el labio, cerró las manos clavándose las uñas en las palmas y se apretó las mejillas con los puños cerrados. «¡Mi cachorrito!».

Abandonó el carrito y corrió a la cafetería en busca del teléfono público. Hurgó en los bolsillos buscando una moneda. Notó que no llevaba las llaves del auto. Trató de recordar. Había tirado del freno de mano y se había girado para decirle al cachorro que regresaría en seguida. Había sacado las llaves del contacto... No, no pudo recordar haberlo hecho; sólo había descendido del vehículo... «¡Oh, maldito sea!».

Marcó el número de la operadora, sintiéndose morir de angustia durante la espera, hasta que atendieron su llamada.

—Póngame con la policía —dijo—. ¡Es urgente!

Cheryl tenía quince años, pero aparentaba tener veinte, lo cual constituía uno de los problemas; a los doce años, se había acostado por primera vez con un muchacho, y desde entonces muchas veces más. Su padrastro la atrapó un par de veces y le propinó unas palizas tan sensacionales, que tuvo que quedarse en casa sin poder ir a la escuela. Era un podrido hijo de puta, que le pegaba porque hacía con los muchachos lo que él hubiera querido hacer con ella. Lo intentó una vez, pero cuando ella se lo contó a su madre, ésta sólo le encajó una bofetada y le dijo que era una ramera mentirosa. Su madre bebía tanto como su padrastro.

Melissa tenía catorce años. Sus padres poseían mucho dinero y no bebían, pero ella les odiaba igualmente porque nunca le dejaban hacer nada y siempre la importunaban queriendo que fuese distinta de como era. Sus padres no la

comprendían en absoluto. Melissa y Cheryl estaban planeando fugarse, y Melissa le había robado a su padre una suma de dinero, con el que podrían arreglarse hasta que consiguieran un empleo. Se dirigían a Nueva York, al East Village, y si no les gustaba se marcharían a San Francisco o tal vez a Los Angeles. Sabían que tenían atractivos suficientes como para poder ascender al estrellato cinematográfico.

Estuvieron sentadas en la cafetería con un par de muchachos bien parecidos desde la salida de la escuela, y ahora eran más de las seis, demasiado tarde para llegar a casa a la hora de la cena. Puesto que de cualquier manera las recibirían a gritos, decidieron irse al cine. Cuando cruzaban la zona de aparcamiento, Cheryl vio las llaves en el viejo Corvaire. Se detuvo, le pegó un codazo a Melissa y señaló con el dedo. Echó una ojeada a su alrededor, pero nadie les prestaba atención.

—Podríamos estar en Nueva York antes del amanecer.

—¡Oh, diablos! —exclamó Melissa.

—¿Llevas el dinero encima?

—Claro. Pero, no sé, Cheryl. Quiero decir que... ¿y si nos atrapan?

—No nos cogerán. Pero aunque así fuera, las cosas no pueden estar peor en casa, ¿no es cierto? Y además a nosotras no nos han arrestado nunca por ningún delito, por lo tanto el juez se limitará a dejarnos ir, bajo libertad vigilada o algo así.

—Pero... —dijo Melissa, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—No hay pero que valga. Decidimos largarnos, ¿no es así? Entonces, ¿qué estamos esperando? No se nos presentará una ocasión mejor que ésta.

Melissa se encogió de hombros. Luego se precipitó hacia la portezuela del Corvaire, la abrió de un tirón y se metió dentro de un salto.

—¡Vamos! ¡En marcha!

Cheryl se volvió hacia el costado del volante. Giró la llave del contacto y el motor arrancó.

—¡Qué fenómeno! —exclamó, y puso la primera sin vacilar un instante.

Cuando ya llevaban recorridos unos ochenta kilómetros, Cheryl tenía los ojos irritados y lagrimosos, le chorreaba la nariz y no cesaba de estornudar.

—Tienes un aspecto como si te fueras a morir —le dijo Melissa, preocupada.

—¡Dios mío, así es como me *siento*! —Estornudó de nuevo, cubriendo el parabrisas de nuevas gotitas—. Es un perro; el hijo de puta dueño del auto debe de tener un perro. Soy alérgica a los perros. En cuanto entro en casa de alguien que tenga un perro, empiezo a hincharme. ¡Santo Dios, me siento morir!

—¿Qué podemos *hacer*?

—Seguir adelante —contestó Cheryl, sombría—. Ahora es demasiado tarde. Nos detendremos en alguna farmacia y compraré un antihistamínico. A veces alivia.

Quince kilómetros más adelante, se sobresaltaron al escuchar una especie de gemido soñoliento, mitad gañido, mitad ladrido. Melissa se arrodilló en el asiento,

mirando por sobre el respaldo a la parte trasera.

—¡Cheryl, hay un perro aquí!

El cachorro se desperezó, contempló a Melissa, algo adormilado, y profirió un sonido interrogador. Tenía hambre.

El auto se estaba acercando a una estación de servicio, iluminada por luces de arco. Cheryl frenó y espió por encima del hombro.

—Deshazte de ese maldito animal —dijo.

—Es sólo un cachorrito.

—No me importa, aunque sea un muñeco de trapo. Veinte minutos más en este estado, y deberán ponerme una máscara de oxígeno.

Aspiró ruidosamente por las narices y se frotó los húmedos y enrojecidos ojos. Melissa cogió el perro y abrió la portezuela.

—Lo lamento, chiquito, pero ya encontrarás a alguien que cuide de ti.

Le dio un empujón al cadillo y cerró la puerta.

Cheryl aceleró y el vehículo salió disparado, levantando una nube de tierra y grava. El perro contempló las luces traseras del coche que se alejaba; luego lanzó un gáñido.

Aquella noche, Alex Bauer se detuvo a cargar gasolina. Puso al cachorro en su auto, y al cabo de una semana el animal ya tenía nombre: se llamaba Orph.

Tres semanas después de haber sido robado, la policía de la ciudad de Nueva York recuperó el Corvair de Toby. No pudieron localizar al ladrón. Tampoco pudieron informar a Toby qué le había sucedido a su perro. Toby consideró el hecho como un castigo de Dios. Se sentía demasiado atormentado por el remordimiento y estaba demasiado asustado como para realizar más indagaciones. Durante años, y con profunda tristeza, se preguntó qué se había hecho del perro.

Dr. Nathan Mills

Presidente del Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta

One Dag, Hammar skjold Plaza

Nueva York, N. Y.

Querido Nate:

Agradezco tu carta del 25 del actual. Lamento haber omitido formularte ulteriores comentarios sobre el perro faltante, pero consideré que esta clase de detalles administrativos eran los que te hacían perder tiempo. No se te escapa nada, ¿no es cierto? Adjunto una fotocopia que, según me temo, no te servirá de mucho. Las fichas de salida no estaban completas (ése es uno de los problemas con que debemos lidiar con respecto a los adiestradores: la falta de disciplina), por lo tanto, interrogué a todo el personal del sector, sin resultado alguno. Hicimos dos batidas por los alrededores y pusimos avisos en los diarios locales durante dos semanas (con toda discreción, por supuesto, pues corren infinidad de rumores, que parecen extraídos de una historieta de horror, con respecto a lo que aquí hacemos). El resultado final fue totalmente nulo. Comprendo que esta clase de irresponsabilidad es inadmisibles, pero lo más que hemos logrado es llegar a la conclusión de que alguien se olvidó de correr el cerrojo y el cachorro simplemente se escapó. Sólo Dios sabe adónde. Nosotros lo ignoramos. Hemos reprendido en forma a todo el personal. No volverá a suceder. Todo cuanto puedo decir

es: indiquen a Contaduría que anoten en el haber, en concepto de pérdida matérial, la suma de 350 dólares, aproximadamente.

Lamento que esta información no haya sido incluida en el informe trimestral, pero, repito, consideré que eran datos superfluos.

Saludos para Joan y los chicos.

Tuyo,

Dr. Chaim Mendelberg

Director del Centro para el Perfeccionamiento de la Conducta
Departamento de Nueva Inglaterra

Una vez al mes, Bauer suspendía una clase e invitaba a los estudiantes a un seminario informal en su casa. La asistencia no era obligatoria, pero más o menos la mitad de sus alumnos solía concurrir. Las reuniones resultaban agradables y generalmente eran fructíferas.

Aquella tarde había doce estudiantes. Bauer servía cerveza y vino, queso y patatas fritas, y café. Dos de los muchachos se presentaron estando bajo los efectos de la marihuana. Bauer había probado la hierba un par de veces, y le pareció divertido, aunque, si bien comprendía que encerraba cierto atractivo, él era demasiado mayor — un miembro de la recia generación del alcohol— y no lograba comprender cómo alguien podía intentar desenvolverse intelectualmente bajo sus efectos.

Un periodista le había manifestado que no se podía escribir cuando se estaba drogado, pero que era posible retener ciertas ideas que surgían en ese estado y utilizarlas de manera inteligente una vez pasados los efectos.

Bauer no lo sabía. En Wintergreen había estudiantes que habían realizado su primer «viaje» con el LSD a los doce años, y era innumerable la cantidad de productos químicos que habían aspirado, fumado, ingerido, o que se habían instilado o inyectado a partir de entonces, y sus cerebros parecían haberse ablandado hasta convertirse en una jalea. Otros, igualmente veteranos de la cultura de la droga, razonaban con absoluta claridad, aunque sus procesos mentales le parecieran a veces obtusos. De los dos muchachos que aquella noche se encontraban bajo el efecto del estupefaciente, uno permanecía sentado y concentrado en sí mismo, mientras que el otro participaba activamente, y sólo sus elucubraciones tendían hacia un cierto barroquismo, que en sí resultaba estimulante. De todo ello, Bauer no hubiera logrado sacar conclusión alguna, si hubiese sentido necesidad de hacerlo. En verdad, a él le importaba muy poco la conducta de la gente.

Los concurrentes se arrellanaban en las butacas dispuestas ante los troncos ardientes de la chimenea, permanecían sentados sobre almohadones en el suelo o tendidos de costado con la cabeza apoyada en la palma de la mano. La sesión fue positiva: profundizaron el estudio de Melville, y Bauer logró provocar cierto entusiasmo retroactivo por Hawthorne.

Con anterioridad, antes de la llegada de los estudiantes, Orph había manifestado su desagrado cuando Bauer encendió la lumbre. A Orph no le gustaba el fuego. Se refugió en un rincón, se echó al suelo y permaneció contemplándolo con recelo, y cuando algún tronco quemado se desplomaba o saltaban algunas chispas, gruñía y se incorporaba con el pelo erizado. Siempre que el fuego estaba prendido, se negaba a abandonar la estancia, como si se tratara de un adversario que se tornaría peligroso en cuanto dejara de mirarle con sus ojos vigilantes. Bauer, a quien le encantaba el fuego

de la chimenea, no lo encendía con la asiduidad con que le hubiera gustado hacerlo.

Cuando los primeros estudiantes llamaron a la puerta, Orph se precipitó ladrando hacia ella. Después, le gruñó a una chica que se reía a carcajadas, y más tarde, a uno de los muchachos que discutía. Bauer consideró prudente encerrarle en el dormitorio.

A veces, a Orph le gustaba lo suficiente una persona como para dejarse acariciar por ella, y en raras ocasiones buscaba semejante atención; en general no sentía afecto alguno por los seres humanos y parecía tolerarles mediante un esfuerzo de voluntad. A Ursula, el perro no le hacía mucha gracia. Se mostraba desdeñosa, casi despreciativa, ante el afecto que Bauer sentía por él, y cuando el animal estaba presente, ella parecía renuente a dejar a los chicos en su compañía. Le había pedido a Bauer que se deshiciera del perro. Orph aceptaba a los hijos de Bauer cuando iban de visita, pero nunca dejaba de manifestar su contento cuando se marchaban y él volvía a ser el dueño de su hogar, de su cubil.

La primera vez que Orph, cuando ya tenía siete meses, le mostró los colmillos a alguien, Bauer consultó a la veterinaria.

—Bueno —le dijo ella—, ahora tiene un hogar, que constituye su territorio y se está volviendo posesivo en relación con él. Además, están las hormonas. Los cambios hormonales empiezan a los seis meses y no se estabilizan hasta los dieciocho, que es cuando el animal alcanza la madurez. En los machos, ello se traduce, entre otras cosas, en un incremento de la agresividad. De manera progresiva, se torna más fiero, hasta que su metabolismo se equilibra, y a partir de entonces permanece estable. Se le puede dominar mediante el adiestramiento, por supuesto, pero no se pueden aminorar los efectos del proceso.

Orph ya tenía diecinueve meses, y Bauer se sintió aliviado. Se figuró que podría dominar al perro y que el grado de agresividad se mantendría en aquel nivel.

El seminario llegó a su término con toda felicidad. Unos cuantos estudiantes remolonearon bebiendo vino y tomando café. Kathy Lippman fue la última en irse. Sostenía su cárdigan de punto, colgado de un dedo por sobre el hombro.

—Muchas gracias —le dijo a Bauer—, fue fantástico. Aunque, ahora, detesto marcharme y dejarle solo limpiando y ordenando todo este revoltijo.

—No tiene importancia, no me llevará demasiado tiempo.

—¿No quiere que le eche una mano?

Bauer sonrió y movió la cabeza.

—¡Oh!, déjeme ayudarle de todos modos. —Arrojó el suéter sobre una silla—. Es un fastidio tener que limpiar lo que han ensuciado otras personas.

—Te lo agradezco, pero, realmente, no es necesario, Kathy.

—Lo sé —repuso ella, empezando a vaciar los ceniceros—; sin embargo, me sentiría culpable si me fuese y le dejara arreglárselas solo. Y usted no querrá que me vaya con este remordimiento, ¿verdad? El sentimiento de culpa es algo muy

destrutivo.

—Está bien. De acuerdo —accedió Bauer, haciendo un gesto de impotencia con las manos—. Tú ganas.

—Estupendo. Me gusta hacer esto.

Recogieron los platos, vasos y tazas y los llevaron a la cocina. Kathy abrió el grifo.

—Siéntese y tómese un coñac o lo que sea mientras lavo todo esto.

—Vamos, yo sólo lo hubiera dejado todo en remojo y lo habría fregado por la mañana.

—Siéntese y quédese calladito o le limpiaré la cocina también.

Bauer se escanció un coñac.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí? —inquirió Kathy mientras sumergía la vajilla en agua jabonosa.

—Poco más de un año.

—Y antes de ser profesor, hacía de periodista.

—No. Entre una y otra actividad, me dediqué a las relaciones públicas por un corto tiempo.

—¡Qué asco!

—Eso pensaba yo también.

—¿Por qué abandonó el periodismo? ¿Por culpa de aquel testimonio?

—Más o menos —respondió Bauer, con voz queda.

—Debió de ser un mal trago. Lo leí en la biblioteca la semana pasada.

De pronto, Bauer se alarmó. Trató de adoptar un tono casual cuando le preguntó:

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, de espaldas a él.

—Sentía curiosidad. El tipo era un gorila. Es una suerte que esté en la cárcel.

Bauer no formuló comentario alguno.

—¿Por qué Wintergreen en vez de cualquier otro lugar?

Él no estaba acostumbrado a que le hicieran preguntas tan directas, y la ingenuidad de Kathy le exasperaba.

—Mi meta era Covington; Wintergreen era el medio de alcanzarlo.

—¿Por razones particulares?

—¡Ajá!

—¿Alguna mujer? —Kathy le miró por encima del hombro—. ¿Son demasiado personales mis preguntas?

—Mi esposa.

—¡Oh! ¿Ex esposa o esposa, todavía?

—Vivimos separados. Supongo que tiende a convertirse en ex.

—Lo lamento.

—Es algo que suele suceder.

—En efecto. ¡Listo! —Puso la última taza en el escurridor y se secó las manos—. ¿Podría tomar un poco de eso que está bebiendo?

Se sentó junto a él.

—Delicioso. ¿Qué es?

—Metaxa, una bebida griega.

—Me gusta. —Enzarcó los pulgares en sus cabellos y se los echó hacia atrás en un gesto desafiante, absolutamente femenino—. ¿Se fumó el cigarrillo que le di?

—Aún no.

—Es una hierba excelente. ¿No le gustaría fumárselo ahora?

Bauer vaciló un segundo; luego dijo:

—Preferiría dejarlo para mejor ocasión. ¿No te importa?

—Por supuesto que no.

Si Kathy se sintió decepcionada, Bauer no lo percibió. Continuó hablando con la misma vivacidad de antes, pero él notó que sus preguntas eran más neutras. Kathy se terminó el coñac.

—Llegó la hora de ahuecar el ala —declaró.

En la puerta, Bauer le dijo:

—Gracias por tu ayuda, Kathy.

—No fue nada. ¿Cómo se llama su esposa?

—Ursula —contestó él, estupefacto ante la pregunta.

—Apostaría cinco contra uno a que tiene que verla un día de éstos.

—Mañana por la noche.

—Sentimiento de culpa —dijo ella—. Es destructivo.

Ella le tomó la mano y, llevándosela a la mejilla, se la oprimió con calor. Luego se la soltó y esbozó una sonrisa.

—Buenas noches, profesor Bauer.

Bauer esperó a que ella encendiera los faros del auto. En seguida cerró la puerta y dejó salir a Orph del dormitorio. El perro pasó por su lado rozándole la pierna. Recorrió toda la casa, olfateando, sin dejar de lanzarle miradas de reproche.

—Sí. Bien, por si puede servirte de consuelo, probablemente soy un solemne papanatas.

Como para darle la razón, Orph se fue al otro extremo de la sala y se tendió en el suelo, dándole la espalda a Bauer.

Bauer se acostó en el sofá, con las manos unidas detrás de la cabeza. Pero no quería pensar en Kathy Lippman, por lo que se levantó al cabo de un par de minutos. Intentó sacar a Orph de su actitud arisca, lo cual no era tarea fácil. Cuando el perro se enfadaba, se mantenía en sus trece. Sin embargo, no tardó en deponer su actitud y se fueron a dar un paseo. El aire fresco le aclaró las ideas a Bauer.

En cuanto regresaron del paseo, Bauer se acostó. Orph dejó reposar la cabeza en la cama para que se la acariciara, y luego se fue. Dormía en la sala de estar, cerca de la puerta. Tenía el sueño ligero; se despertaba con frecuencia y, en los intervalos, hacía un recorrido de inspección por toda la casa. Durante la noche, entraba dos o tres veces en la habitación de Bauer para constatar su presencia.

Bauer había comprado uno de los manuales de adiestramiento recomendados por la veterinaria y había puesto en práctica algunos ejercicios indicados —lograr que se acostara, que se tendiera en el suelo y que se sentara—, pero no tenía habilidad ni disposición para tomarse en serio la tarea de amaestramiento, y no tardó en abandonarla. Ello le creó un sentimiento de culpabilidad. Orph se comportaba de manera más o menos civilizada con los seres humanos, pero era un perro muy agresivo. Necesitaba severo control y pautas constructivas de conducta.

Bauer gozaba con su compañía. Si bien nunca le atribuía características antropomórficas, consideraba al animal como un amigo. Parte del valor de aquella amistad residía en el desapego del perro. Le encantaba contemplar los abismos de los graves ojos castaños del animal, notar el mar que le separaba de él, las pequeñas islas que constituían los solapos de sus propios seres y los puntos de concordancia de su mutuo entendimiento. Amaba a Orph, y aprendía de él. Orph estaba satisfecho de su propia singularidad: un ser completo en sí mismo. Bauer, por su parte, se sentía como una criatura amorfa, deficientemente dotada para vivir solo. Si bien a veces todavía se hundía en los cenagales del abatimiento y se sumía en un estado de depresión, tomando al perro como una suerte de modelo, hacía un esfuerzo de voluntad (a pesar de parecerle un ejercicio de autoengaño) para emular la entereza del animal y asumirla. No había sufrido una metamorfosis, pero al menos experimentaba, durante ciertos momentos, una especie de firmeza, y el intento le proporcionaba la sensación de contar con una ocupación positiva.

Cuando Orph tenía nueve o diez meses, regresó de una de sus correrías de la tarde con un conejo entre los dientes y lo exhibió orgullosamente. A pesar de que Bauer no poseía muchos conocimientos acerca de esas cosas, tenía entendido que un conejo sano era demasiado veloz para dejarse atrapar por un perro que no fuese un perdiguero de raza. Cogió el animal muerto para examinarlo. Orph esperó meneando la cola. El conejo parecía normal, pero Bauer temía correr el riesgo de que estuviera enfermo. Por ello, lo llevó afuera, lo arrojó en el cubo de la basura y cerró la tapa. Orph miró alternativamente el cubo y a Bauer, y empezó a gañir.

—Lo siento —dijo Bauer—, pero no podemos arriesgarnos. Vamos. ¡Adentro!

Orph, de un salto, derribó el cubo de la basura. Al chocar contra el suelo, saltó la tapa, el conejo cayó fuera del recipiente y Orph lo recogió.

—¡No!

Bauer levantó el cubo, echó de nuevo el conejo dentro y colocó la tapa en su

lugar. Orph no quiso moverse de allí, de modo que Bauer le cogió por el collar y le obligó a entrar en la casa. El perro se sentó ante la puerta, gruñendo. Más tarde, cuando Bauer salió a buscar un libro que había dejado en el auto, Orph se escabulló en cuanto entreabrió la puerta, corrió hasta donde estaba el cubo de la basura y lo derribó nuevamente. Bauer encerró el conejo muerto en el baúl del coche. El perro se plantó junto al parachoques trasero sin moverse. Le ladró a Bauer.

Orph no volvió a llevar ninguna otra presa a casa, pero a veces regresaba con gotitas de sangre seca pegadas en el hocico y no quería comer.

Cuando Orph cumplió un año, logró arrancar a Bauer del mundo racional. Era invierno, los esqueletos de los árboles caducifolios estaban convertidos en hielo, y el suelo, cubierto por una espesa capa de nieve. Bauer se despertó con la mente en blanco, el escroto fruncido y las palmas de las manos cubiertas de sudor. El aullido resonaba en su cabeza y le recorría la columna vertebral: era como el gemido de un héroe insepulto, el lamento de un espectro errabundo.

Se incorporó con un nudo en la garganta.

Su mente reaccionó prestamente a la defensiva, y pensó: «Orph, es Orph». Y el miedo empezó a evaporarse, con lentitud, como el agua en un sótano inundado. El aullido se atenuó, seguido de un instante de silencio; luego fue creciendo en intensidad nuevamente.

Bauer saltó de la cama y recorrió el pasillo con los pies descalzos, hasta detenerse en el extremo de la sala de estar.

Bañado por la tenue y fría luz de la luna llena, el perro estaba sentado sobre sus cuartos traseros ante la ventana, con la cabeza levantada, formando arco con el lomo; sus ojos eran dos rendijas y mantenía las orejas pegadas al cráneo, abiertas las fauces, mientras su garganta se agitaba al tiempo que profería aquel aullido desgarrador.

Bauer se quedó helado. La salvaje ululación le atenazaba las entrañas con la fuerza de un oleaje, enajenándole. Aquel sonido alcanzaba la nota culminante; luego iba decreciendo, como en espiral, durante una eternidad, hasta que se hacía un silencio de muerte. El perro miraba por la ventana hacia el cielo, contemplando la luna. Bauer apenas respiraba. El animal volvió la cabeza. Fijó su mirada en los ojos de Bauer y le contempló con una calma absoluta. Bauer estaba inquieto y sobrecogido de temor. Sintió como si le desalojaran del hábitat de su propio ser y fuese arrastrado hacia un reino desconocido, donde se sentía perdido e ingrátido. Le pareció que se sumergía en un río sombrío, presa del vértigo, dominado por el miedo, en tanto que el perro, lo único concreto y corpóreo en aquel universo, le observaba con indiferente resignación. Aquella sensación resultaba intolerable, pero Bauer no podía sustraerse a ella. Por fin, Orph le liberó del hechizo, al girar la cabeza hacia la luna. El animal volvió a sumirse en su soledad, aunque Bauer aún permanecía en el umbral de la puerta, y, levantando la cabeza, lanzó su llamada, su testimonio de

vasallaje y soberanía; su reconocimiento, su aseveración y su integración; su claro grito de dominio a través del espacio.

Bauer regresó a su habitación. Se acostó y permaneció con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y los ojos abiertos, escuchando a Orph. La comunión del perro no tardó en concluir, y Bauer no volvió a oír al animal en todo el resto de la noche: ni el crujido de una tabla bajo su peso, ni el rasguño de sus uñas contra el piso.

El *Country Inn* era un restaurante de paredes rústicas, sillas de lona y manteles de guinga, cuya especialidad consistía en platos a base de carne de ternera y de frutos de mar. Bauer se sentó en una mesa y pidió un whisky doble. Al terminar de tomárselo, Ursula aún no había llegado, así que encargó otro y, cuando andaba por la mitad, ella apareció por el amplio arco que separaba el bar del salón-comedor. Llevaba tacones altos y un traje sastre de un color verde pálido. Era una mujer alta, pero siempre estuvo orgullosa de su estatura y le gustaba usar zapatos de tacones altos porque acentuaban la esbeltez de sus pantorrillas. Era hermosa, de ojos verdes, tez clara y complexión delicada; poseía unos senos enhiestos y cimbreantes; sus nalgas eran firmes y turgentes, y sus piernas, soberbias. Se movía con la agilidad y firmeza de un nadador, y su mente razonaba con claridad y rapidez. Los hombres sentían antipatía por ella o bien la deseaban apasionadamente; a veces, ambas cosas. Bauer siempre la había deseado, aun ahora; la inaccesibilidad de su ser, que él había descubierto —o más bien tuvo que aceptar como algo intrínseco y no como una actitud protectora, deliberadamente asumida, que podría suavizarse o incluso desaparecer con el tiempo — sólo al cabo de algunos años de casados, le había causado una gran desilusión, pero de ningún modo atemperó su amor por ella.

Se saludaron. Bauer separó la silla para que ella se sentase: una convención social que, si bien gozaba cada vez de menos popularidad, él era incapaz de romper.

Bauer notó que su esposa se había teñido los mechones grises de sus cabellos. Era la primera vez que le descubría un síntoma de inseguridad. Sintió compasión por ella mezclada con una cierta irritación: Ursula siempre le había recriminado acerbamente sus propias confusiones, aunque las de él no tenían un origen físico.

El nuevo tono de sus cabellos le quitaba unos cuantos años de encima, aunque a Bauer no le importaba, pero suponía que aquél era el motivo por el cual se los había teñido.

—Me gusta el color de tus cabellos —le dijo.

—Gracias —repuso ella con cautela, considerando el cumplido por obligación.

Al observarla, Bauer comprendió que no era sólo por causa de otro hombre que ella se había mostrado fría para con él, en aquel último período de indiferencia, sino que quería terminar de una vez para siempre. Normalmente, cuando cenaban juntos, él cocinaba en su casa, y Ursula se quedaba a pasar la noche.

No parecía tener prisa. Mientras tomaban el aperitivo, conversaron acerca de Michael y Jeff, y hablaron de sus respectivas ocupaciones —brevemente, ya que él no estaba más interesado en los nuevos modelos que ella adquiriría para la tienda a cuyo cuerpo ejecutivo pertenecía, que ella en sus nuevos alumnos— y luego comentaron diversos temas relacionados con la vida social de la localidad. Ambos eran inteligentes y sentían admiración mutua por sus dotes intelectuales. Cuando vivían juntos, su relación se fundamentaba más sobre una base intelectual que emocional. Las personas demasiado expansivas e inquisitivas en lo tocante a problemas íntimos y personales, siempre les perturbaban, sobre todo a Ursula. Ésta detestaba la notoriedad, y consideraba la candidez como una debilidad.

Durante la cena se sintieron cómodos, dentro de los moldes de la costumbre, y Bauer disfrutó realmente de ella.

Mientras tomaban el café, Ursula dijo:

—Quiero hablar seriamente contigo, Alex.

—Muy bien. ¿Sobre nosotros?

—Sí. Yendo derecho al grano, creo que es hora de que nos divorciemos.

—¿No ves posibilidad alguna de que podamos arreglarlo?

—No.

—Yo tampoco lo creo muy probable, pero estaría dispuesto a intentarlo, aunque sólo fuera para agotar todas las instancias. Todo terminaría mejor, si ambos estuviésemos convencidos de que nuestro amor ha muerto.

Sin brusquedad, ella le pidió:

—Alex, te lo ruego, no insistas. Es posible que nos lleváramos bien: nos apreciamos, al menos yo te aprecio, cuando no te sumes en esa melancolía y en esa angustia existencial a que te has entregado, pero ¿para qué, con qué objeto? El hecho de ser amigos no justifica el esfuerzo cotidiano de vivir juntos.

Él sonrió.

—Bueno, en la cama eres estupenda.

—También lo eres tú, cuando no andas buscándole un sentido a la existencia, pero, en ese aspecto, hay muchísimas personas que lo son y no es necesario casarse con ellas para poder dormir juntos, por lo tanto eso no tiene ninguna importancia, ¿no crees?

—La formalidad de un divorcio tampoco parecería tener importancia, a menos que uno de nosotros deseara volver a casarse.

—El matrimonio me parece un concepto útil en las sociedades nómadas y en territorios de frontera, pero en otros medios considero que es una convención sin sentido. Por supuesto que tú puedes tener tus propios puntos de vista, pero ya que a tu juicio dicha formalidad carece de significado especial, entonces no hay motivo para que pongas objeciones. A mí me molesta la ambigüedad de la situación y me gustaría

resolverla.

—Ése es el inconveniente de las ambigüedades: pueden destrozarte anímicamente. Por desgracia, vivimos en un mar de ambigüedades, y una de sus características es la imposibilidad de resolución.

—Bueno, en tus manos está poder resolver una de ellas, y de inmediato te sentirás más aliviado, como si te hubieras sacado un gran peso de encima. Vamos, Alex, dejémonos de sutilezas. ¿Te parece que podremos llegar a un acuerdo amable, o bien tendremos que lidiar a través de los abogados?

Bauer hizo una seña a la camarera y pidió dos coñacs.

—De acuerdo —le dijo a Ursula—. Divorciémonos.

Ella le miró con desconfianza.

—Lo digo en serio —agregó Bauer—. Está bien.

Ursula asintió y dijo:

—Gracias, Alex.

—¡Demonios, qué formal estás...! De nada.

Les sirvieron los coñacs. Bauer levantó la copa.

—Por un largo y feliz divorcio.

—Aparentemente, te lo tomaste muy bien, pero dudo que en el fondo estés tan tranquilo.

—Lo estoy —repuso él, con expresión seria—. ¿Cómo pensabas que reaccionaría?

Ella se encogió de hombros. Bauer encendió un cigarrillo con la colilla del que se consumía en el cenicero. Aspiró y tuvo un acceso de tos.

—Deberías dejar de fumar —dijo ella—. El cigarrillo te matará.

—Puede ser. Algún día quizá lo deje. Supongo que no tenemos que pelearnos por los chicos o por la asignación o por alguna de esas tonterías, ¿no?

—No, a menos que quieras cambiar las cosas de como están ahora.

—Me gustaría que los chicos vivieran conmigo.

Ella meneó la cabeza.

—Es mejor para ellos que sigan a mi lado.

—Probablemente para ellos sea lo mismo.

—Pero cuando sean mayores, si ellos quieren irse a vivir contigo, yo no me opondré.

—Muy justo de tu parte. —Bauer permaneció callado unos instantes—. Ursula, no te alejes de mí. El amor o lo que sea, cualquier clase de unión, constituye un contexto en el que la gente puede trascenderse a sí misma, puede convertirse en un ser más vasto, más múltiple de lo que podría llegar a ser jamás estando sola.

—Tus experiencias difícilmente podrían fundamentar una teoría tan sugestiva.

—No encontramos la manera, eso es todo.

—¡Oh, por el amor de Dios! Eso son paparruchadas románticas, Alex. ¿Sabes lo que es real? La roca es real. Nada más. No haces más que hundirte en las arenas movedizas del intelecto. Alex, te estás destruyendo mentalmente. No lo hagas. — Ursula apoyó su mano en la de él—. La clase de amor en la que nos enseñaron a creer no existe —agregó con voz queda—. Y eso nos lastimó a ambos. Ninguno de los dos tuvo la culpa. Yo te aprecio, Alex, aunque quizá tú no puedas llegar a comprender la simplicidad de ese afecto.

Bauer colocó la otra mano sobre la de Ursula.

—Entonces, en aras del espíritu de camaradería, ¿por qué no me acompañas y pasas una noche amigable conmigo?

Ursula retiró la mano.

—Puedes llegar a ser detestable.

—Lo decía en broma. Enfrento el horror con mi más bizarra sonrisa. En el interior, hay un hombre que llora.

Pronunció estas palabras como burlándose de sí mismo, la única actitud que Ursula podía tolerar, pero, en cierto modo, casi respondía a la realidad.

Bauer escuchó música y bebió en exceso; fumó hasta sentir que le ardían los pulmones y se preguntó cómo era posible que no reaccionara. Se acostó y se durmió en seguida.

A la mañana siguiente, se sentía profundamente deprimido. La noción de la falta de sentido de la existencia se precipitó sobre él como un muro y quedó sepultado bajo los escombros. Se aferró a la imagen de sus hijos; ellos no requerían *raison d'être*; se negaba a someterlos al potro de tortura de la averiguación.

No podía aceptar el punto de vista de Ursula. Ello requería una lobotomía del espíritu, algo a lo cual se habría sometido en muchos momentos de su vida, y con suma alegría, si hubiera sabido cómo hacerlo. Quizá, pensó, estoy loco.

Se habían casado jóvenes y ambos fueron felices durante los primeros años de matrimonio. Eran activos y decididos, poco dados a la reflexión. Bauer poseía cierta capacidad reflexiva. Nunca la había ejercitado mucho, ocupado como estaba por los problemas perentorios, pero la preservó, con la idea de que algún día como pasatiempo, podría dedicarse a ella. Pensaba que formaría parte de su vida con Ursula, pero ésta lo tomó como una quimera, como una ilusión infantil, y Bauer descubrió que ella había blindado su ser más íntimo con una coraza tan resistente, que ni lograba percibir su existencia. Y Bauer se resignó con tristeza, pero sólo con cierta tristeza, pues su vida en pareja era plena, activa y gozaban juntos, y él descubrió que Ursula era una persona buena y de recio carácter, y fue lo suficientemente razonable como para amarla tal como era en vez de alejarse de ella por el hecho de que no podía comprender sus fantasías. Los hijos los tuvieron tarde y fue en ellos, sobre todo en

Jeff, el menor, que Bauer experimentó su más íntima gratificación. Fue más intensa de lo que jamás hubiera imaginado; se sumergió sin reservas ni aprensiones en otro ser humano. La corriente de su contemplación comenzó a fluir. Simultáneamente, alcanzaba una edad en la que veía realizados muchos de sus proyectos de juventud y empezaba a vislumbrar los límites de su vida, pudiendo predecir con cierta justeza cómo se desenvolvería hasta el fin. Después de cumplidos los treinta años sufrió, con sorpresa e incompreensión en un primer momento, el climaterio espiritual que suele sobrevenirles a muchos hombres en mayor o menor grado, a esa edad, y le provocó una intensa crisis. Cada vez se le hacía más imperativa la necesidad de encontrar una explicación a su existencia, de hallar su justo lugar en el rompecabezas del cosmos, de poder decir algo más aparte de que había nacido, se había reproducido y, sin duda, moriría. Asimismo, notaba que él y Ursula empezaban a distanciarse. Al principio, este hecho era casi imperceptible, pero fue tornándose dolorosamente evidente a medida que pasaban los meses. Ella no pudo o no quiso compartir con él los avalares de aquel proceso. Sus antiguas diversiones se convirtieron en algo vacío; la excitación que le causaba su trabajo, que había llegado a consumirle, ahora carecía de sentido; él y Ursula habían logrado conocerse mutuamente hasta el máximo de sus propias capacidades; una cierta indiferencia se abatió sobre ellos; y Ursula llegó a la conclusión de que la tierra no temblaba ni los cielos se estremecían, que no se escuchaban músicas celestiales, que todo ello no eran más que mentiras transmitidas a través de generaciones con el mero fin de asegurar la continuidad de la especie, y se sintió traicionada y ello hizo nacer en su interior un profundo resentimiento.

El caso DiGiovanni hizo eclosión en aquel período. Bauer estuvo preparando una serie de artículos sobre los grupos paramilitares. Gracias a la confianza a que se había hecho merecedor tuvo acceso a información muy sutil y peligrosa. Organismos federales y del Estado le presionaron para que les proporcionara dicha información, y él rehusó hacerlo. Luego, después de una semana de batallas raciales en las escuelas secundarias de Newark, dos adolescentes negros fueron introducidos en un automóvil por individuos armados, les llevaron fuera de la ciudad y les mataron en una ciénaga salitrosa. Anthony DiGiovanni, un contratista de obras y fundador de la organización los Defensores Norteamericanos, fue arrestado junto con dos de sus hombres. Sus coartadas eran sólidas, y si bien el fiscal del distrito logró fundamentar la acusación, las pruebas eran circunstanciales y por consiguiente resultaba dudoso que le condenaran. Bauer se había ocupado extensamente de los Defensores en sus artículos. Fue citado a atestiguar.

De pronto la vida de Bauer se convirtió en un infierno. En otras ocasiones ya había sido interrogado acerca de las actividades de los Defensores: por vez primera, en un caso de incendio premeditado; por segunda vez, en ocasión de un ataque armado contra un centro de operaciones de un grupo militante en que hirieron a un

negro. Él sabía que los Defensores eran responsables de los hechos; sin embargo, en ambos casos guardó silencio, a pesar de correr el riesgo de ser encarcelado. Debido a ello, DiGiovanni y los Defensores le consideraron digno de confianza y un simpatizante acérrimo de la organización. Durante la semana que transcurrió entre los asesinatos y las detenciones, Bauer estuvo en el sótano a prueba de ruidos de DiGiovanni con algunos integrantes de los Defensores. DiGiovanni, después de haberse tomado medio cajón de cervezas, solía mostrarse expansivo y lengua sucia.

—¡Mierda, amigo! —había dicho—. ¿Quién crees que se cargó a esos negros cochinos? Nadie más tuvo los huevos de evitar que quemaran las escuelas que los condenados tipos de tierno corazón construyen para que ellos aprendan el sistema de despachurrar este país.

—¡Tony! —le dijo alguien en tono de reconvención.

Pero DiGiovanni estaba demasiado seguro de sí mismo y no le hizo caso.

—Fuimos yo y Martha, amigo, con un poco de ayuda de parte de Cari y de Bill.

El arma favorita de Tony era una Army 45, sin número de registro, que había traído de Corea. Le encantaba referirse a sí mismo y a su arma con la expresión: «Yo y Martha».

—Fíjate en el informe policial, si no me crees. Aquellos tipejos fueron liquidados con balas dum-dum. Pero eso no lo dijeron los diarios; entonces, ¿cómo podría yo saberlo, eh? Vamos, dímelo.

Aquello planteaba un enigma de responsabilidad moral. La ley y el gobierno eran hacedores de hombres, de juicios de valor, que sufrían mutaciones, se invertían y hasta llegaban a contradecirse en el continuo de la historia. Los héroes de ayer eran los monstruos de hoy, los estúpidos de mañana; nada era permanente; él había dado su palabra, el único absoluto en que podía creer; solo, debía formular una conclusión moral y, consecuentemente, determinar el futuro de tres seres humanos. ¿Qué deuda tenía contraída con los muertos, con los vivos, con la ley, consigo mismo? El fiscal juró encarcelarle si callaba. La prensa clamaba su colaboración. Cartas anónimas le amenazaban de muerte, cualquiera que fuese su decisión final. Ursula estaba furiosa por su vacilación angustiosa, le decía que era un loco, que gozaba infligiéndose un autocastigo. No lograba encontrar una salida y no sabía qué hacer, ni siquiera cuando le llamaron a ocupar el estrado de los testigos. Bañado en sudor, se adelantó, prestó juramento y escuchó su propia voz, que le parecía la de un extraño, respondiendo a las preguntas que le formulaban. Repitió las palabras de DiGiovanni y describió el lugar donde estaban depositadas las armas, dato que los Defensores no tenían noción de que él lo supiera. Al día siguiente, la «Martha» de DiGiovanni ya estaba en el juzgado, con las huellas dactilares de su propietario, y las estrías del cañón del arma casaban con los surcos de la bala encontrada. Santo DiGiovanni, el anciano padre de Anthony, un hombre achacoso vestido con un traje ordinario impecablemente

planchado, que había asistido al juicio sumido en un silencio inexpresivo, se volvió y clavó la mirada en el rostro de Bauer. Una lágrima se deslizaba por la mejilla del viejo. Éste se levantó y abandonó la sala con paso cansino, de artrítico, y la cabeza gacha. Y el impulso de Bauer —puesto que no había respondido a una decisión, sino que era un reflejo condicionado en respuesta a la obligación social, al acuerdo sináptico-cultural de que el crimen debe ser castigado— se resolvió en un acto de efecto físico: todo había terminado.

Sin embargo, Bauer no encontró respuesta alguna; su voluntad y su espíritu permanecían paralizados; atrapado como se sentía, no podía más que esperar el curso de los acontecimientos. Fue maldecido por todos, nadie quedó satisfecho con su acción. El mundo externo apenas era real. La brecha entre él y Ursula se fue ensanchando. Al cabo de poco tiempo, ella solicitó la separación. Bauer trató de disuadirla. Al no lograrlo, la poca vitalidad que le restaba se esfumó. Ursula quiso alejar a los chicos del cáncer metastásico de la ciudad. Se fue a vivir de nuevo a Covington, donde ella había crecido, donde tenía parientes y antiguos amigos, y una ocupación decente.

Él la siguió a los pocos meses. Ursula y los chicos constituían todo lo que para él era verdadero.

Harry Wilson estaba sentado frente al micrófono en la sala de grabación de la emisora WCVS, observando la manecilla del enorme reloj que, segundo a segundo, se deslizaba hacia el 12. Harry Wilson era el propietario de la estación radiodifusora y poseía además el 51 por 100 de las acciones del «Covington Freeman», todo ello legado de sus padres. Hacía ocho años que ambos habían muerto en el lapso de doce meses, mientras él se encontraba en la universidad, a punto de graduarse. Harry era un hombre vehemente que defendía muchas causas, a menudo impopulares, pero siempre provocadoras de controversia, lo cual era, en definitiva, el propósito que buscaba. En algún momento de su vida, Harry había tenido convicciones personales, y aún ahora se decía a sí mismo que podría volver a encontrar alguna si se lo proponía, pero el proceso de sentarse a meditar era un lujo reservado a los obesos y satisfechos, y Harry no era ni una cosa ni la otra. Él aspiraba a integrar el cuerpo legislativo del Estado y pretendía llegar a ser gobernador algún día. Luego, Washington. El tiempo y las mareas no tienen espera.

La manecilla llegó al 12, se encendió una intermitente luz roja, y el técnico de la cabina de control le apuntó con el dedo.

Harry buscó con la mirada la primera hoja mecanografiada. El encabezamiento — *Ésta es la WCVS, Su Voz en el Valle, que presenta su «Editorial del Aire» a cargo del presidente y director de la emisora: ¡Harry Wilson!*, seguido de una cortina musical — sería leído por el locutor antes de salir al aire la grabación magnetofónica.

—Anoche, en el cruce de las calles Prince y Fair, un enorme perro extraviado atacó ferozmente a una mujer anciana, que sufrió tremendas mordeduras —leyó Harry—. Éste es el sexto incidente de esta naturaleza que ocurre en Covington este año. Con anterioridad, nos hemos referido varias veces al problema que plantean los perros. Ahora creemos que ha llegado el momento de atacar la cuestión sin paliativos. Es necesario *hacer* algo al respecto. A continuación les detallaré algunos datos que, gusten o no, constituyen hechos incontrovertibles.

»*Primer punto*: En esta ciudad, solamente, hay seis mil perros. Cada día estos animales descargan cinco mil cuatrocientos litros de orines y evacúan mil trescientos cincuenta kilogramos de excrementos en nuestras calles y jardines.

»*Segundo punto*: Este material puede provocar no sólo distintos tipos de infección, sino también una serie de graves enfermedades tales como la parasitosis provocada por *Toxascaris canis*, miasis viscerales producidas por larvas *migrans* y *leptospirosis*, las cuales pueden causar ceguera, lesiones irreversibles en el sistema nervioso, meningitis y daños en las células cerebrales. Con frecuencia, estas enfermedades son diagnosticadas erróneamente, y algunas autoridades en la materia consideran que están alcanzando la etapa epidémica en esta comarca.

»*Tercer punto*: En el curso del último año, doscientos setenta y cuatro ciudadanos de Covington fueron mordidos de tal gravedad, que se vieron en la necesidad de solicitar atención médica.

»*Cuarto punto*: La Sociedad Protectora de Animales de Covington tuvo que eliminar casi dos mil perros abandonados o perdidos en el curso del año pasado. En el ámbito nacional, la cifra ascendió a quince millones, con un costo de sesenta millones de dólares.

»*Quinto punto*: En Estados Unidos existe una explosión demográfica de perros, y estos animales aumentan en número a razón de un treinta y seis por ciento anual.

»*Sexto punto*: De acuerdo con los datos del Instituto de la Alimentación de Animales Domésticos, el pasado año los perros devoraron dos mil setecientos millones de kilos de comida especial para perros, lo que significó para sus dueños un gasto de mil millones de dólares. Como sea que estamos en una época de recesión económica, ello obliga a los ciudadanos que no poseen animales domésticos a competir económicamente con los perros en lo que a productos derivados de la carne se refiere.

»*Séptimo punto*: En todo el país, existen miles de perros que se han vuelto salvajes, y sólo en este Estado, el número de ellos puede ser de diez mil. El pasado año, en Georgia, los perros en estado salvaje mataron unas cinco mil cabezas de ganado. En nuestro propio Estado, despedazaron más de doce mil venados e incontables ovejas, cabras, gallinas, piezas de caza menor y hollaron innumerables nidos de pájaros. Destacados naturalistas creen que los perros amenazan convertirse

en el más terrible animal depredatorio que esta comarca haya tenido que enfrentar jamás, y los perros en estado salvaje son más feroces y temibles que los lobos.

»Los propietarios de perros rehúsan asumir sus responsabilidades, y las autoridades, aparentemente, no hacen nada para cumplir con sus obligaciones legales. Perfectamente. Si así es como quieren las cosas, así se las daremos. Consideramos que no nos queda otra alternativa que proponer al ayuntamiento las siguientes medidas, por draconianas que puedan parecer, y *exigir* su promulgación con fuerza de ley. Primero: elevar a cincuenta dólares la licencia para poseer perros. Segundo: aplicación de una multa de cien dólares al propietario de un perro que no le lleve sujeto o no lo tenga encadenado o encerrado tras una cerca, la primera vez que infrinja la disposición; de doscientos dólares en el caso de una segunda transgresión, y la confiscación del animal en caso de reincidir. Tercero: confiscar y eliminar por eutanasia cualquier perro que muerda a un ser humano, a menos que se pueda demostrar que la víctima provocó directamente al animal. Cuarto: extender licencias especiales para quienes posean perras con fines reproductivos, y ordenar la castración de todas las hembras no amparadas por dichas licencias, a la edad de doce meses. Quinto: ordenar a los guardias del departamento de conservación y a cualquier otro personal designado por la ley, que disparen sobre los perros que vaguen por los bosques o los prados; asimismo, toda la población civil estará facultada por la ley para hacer lo propio.

»He aquí todo. Ya hemos dejado de preocuparnos por un problema: estamos combatiendo una crisis. Y puedo asegurarles que por drásticas que sean las medidas que debemos tomar, las *tomaremos*. No permitiremos que esta ciudad, este Estado y el país entero sean devorados por los perros.

»Les habló Harry Wilson, que cierra este “Editorial del Aire” de la WCVS.

La luz roja se apagó. El técnico de sonido levantó el dedo pulgar. Su voz salió por el altavoz de control de la sala.

—Estuvo magnífico, señor Wilson. ¿Quiere usted escucharla grabación?

—Sí.

Wilson escuchó. Estaba satisfecho de su alocución. Dio orden de colocar una telefonista adicional al día siguiente, en que se retransmitiría la grabación a cada hora, para atender las llamadas.

Homer McPhee descargó la bala de heno en el prado y llevó la carretilla por la rampa que conducía al establo de cemento. Dicho establo ya no lo utilizaban sino que dejaban que el ganado inviernara en el apacentadero. La idea había sido suya. Su padre pronosticó que perderían media docena de cabezas debido a la inclemencia del tiempo. Homer replicó que de suceder tal cosa, él se haría cargo del valor de las reses perdidas. John McPhee accedió sobre la base de esta condición. Hacía seis años que

mantenían un pequeño rebaño vacuno, de raza Angus negro, compuesto de un toro y dieciocho vacas, y cada invierno morían uno o dos animales y a veces tres a causa de afecciones respiratorias. Homer argumentó que la humedad del establo era demasiado elevada, que el estado de las vacas sería más saludable si permanecían a la intemperie. Homer estuvo en lo cierto, y su padre se sintió feliz al tener que reconocerlo.

John McPhee se había educado en la ciudad, pero empezó a amar el campo a partir de la primera vez que su padre alquiló una casa de veraneo y la familia pasó en ella las vacaciones. En cuanto se hubo graduado en el State Teacher's College, buscó empleo en Covington y se casó. Al fallecer su padre, su atribulada madre, totalmente negada para las operaciones financieras, le entregó la suma del seguro de vida, y John adquirió una enorme extensión de tierra que un par de generaciones atrás había sido explotada para cultivo —y que entonces estaba cubierta de árboles primiciales, con excelentes lomas, riachuelos y dos lagunas alimentadas por sendos manantiales—, y en la cual construyó una casa confortable y suficientemente grande como para alojarse él, su esposa, su madre y un par de chicos. John McPhee enseñaba matemáticas en Covington, y le gustaba hacerlo, pero amaba la tierra sobre todas las otras cosas. Durante los fines de semana y en la temporada de verano edificaba, desbrozaba, excavaba y entarquinaba la tierra y construía cercados. Asimismo empezó a cultivar hortalizas, a criar aves de corral, ovejas y algunas cabezas de ganado vacuno. Se sentía en armonía con la tierra y, con orgullo, pensaba que si la civilización se iba al diablo, él y su familia podrían salir adelante.

Homer, su hijo mayor, le proporcionaba grandes satisfacciones. Era un muchacho corpulento, fuerte y capaz, y miraba aquellas tierras con los mismos ojos con que un barón de la Edad Media debía de contemplar su feudo; le pertenecía por primogenitura y constituía su heredad; formaba parte de él como su propio corazón. John se habría sentido más feliz si Homer hubiese ido a la facultad de agronomía, pero éste era un joven impaciente y *seguía* unos cursos por correspondencia que preparaba el mismo centro de estudios, los cuales, a la larga, posiblemente resultarían suficientemente eficaces. John delimitó cuarenta hectáreas para el muchacho y le dijo que las escrituraría a su nombre en cuanto Homer hubiera construido una casa y arado unas cuantas hectáreas dejándolas preparadas para cultivo y pastoreo. John tenía cuarenta y cinco años y gozaba de una salud de hierro; para él la vejez era algo muy remoto en el futuro, pero le encantaba pensar que la pasaría acompañado de su hijo Homer, el cual, al igual que sus duros antepasados, podría proveer, gracias a sus habilidades, las necesidades de ambos.

Homer dejó la carretilla en su lugar y se fue a la casa, a su habitación, y sacó de su escondite la jeringa y el frasco de hormonas. Una vez en el apacentadero, clavó la aguja en el tapón de goma del frasco y llenó la jeringa. Inyectó las hormonas en uno

de los terneros que estaban pastando, el cual sólo lanzó un mugido y dio un paso hacia un costado. Cargó de nuevo la jeringa y se acercó a otro ternero. Su padre se habría puesto hecho una furia. Homer le adoraba, pero John McPhee era un hombre que vivía en el pasado. Se negaba a utilizar fertilizantes químicos y, por consiguiente, cosechaba tan sólo una pequeña porción de lo que hubiera podido recoger. No quería modernizar el corral. «No es natural —decía— que una criatura viva encerrada en una jaula de alambre desde que nace hasta que muere, sin tocar siquiera la tierra». Ni automatizar el sistema de alimentación. Rehusaba forzar el crecimiento del ganado. Homer, secretamente, había inyectado hormonas a todos los terneros del año anterior y, en el momento de venderlos, pesaban entre 90 y 120 kilos más, con lo que obtuvieron mayores beneficios, que era todo lo que Homer pretendía. John se mostró maravillado del vigor de su ganado y se vanagloriaba de ello. Homer, por su parte, sonreía y callaba su secreto. Había muchas cosas que su padre no estaba dispuesto a hacer, casi tantas como las que Homer no tendría escrúpulos en realizar.

Bauer fue a buscar a los chicos a la casa de Janie, la vecina de Ursula, el sábado por la mañana temprano. Janie evitaba por todos los medios mirarle a los ojos. Aquella actitud era habitual en ella cada vez que Ursula había salido con un hombre.

Bauer se fue de compras con sus hijos y les compró zapatos deportivos y camisetas de manga corta. En el departamento de menaje, adquirió algunos cacharros cuya compra siempre había estado posponiendo. A los chicos les encantaba deambular por los pasillos del supermercado y ninguno de los dos era demasiado exigente sino que, por el contrario, se mostraban felices con cualquier chuchería que les llamaba la atención. Jeff tenía ojos verdes, como su madre; sus facciones eran tan delicadas como si hubieran sido cinceladas con un buril y tenía un lustroso cabello castaño. Andaba cogido de la mano de su padre y charlaba por los codos. Tenía cuatro años, y era extrovertido y alegre. Michael había cumplido siete; adoptaba una actitud sumisa y demostraba interés por todo con marcado aire de dignidad. Era un muchacho retraído a quien la separación de sus padres le había traumatizado más que a su hermano, y todavía le guardaba rencor a Bauer por ello. Cuando salían, hasta al cabo de un par de horas no se mostraba cordial con su padre. Bauer lo sabía y lo aceptaba con paciencia.

Almorzaron en el restaurante MacDonald, lo cual para los chicos representaba un agasajo especial, y luego Bauer les llevó al cine. Al salir estaban sumamente animados.

Orph colmó de afecto a Bauer cuando llegaron a casa. Obsequió a Michael con una lamida; después soportó de mala gana las caricias y abrazos de Jeff, pero sólo porque Bauer lo dominaba con la mirada. A Orph no le gustaban los chicos. Toleraba a los hijos de Bauer porque no tenía más remedio. Sentía preferencia por Michael,

quien solía dejarle tranquilo. Jeff estaba enamorado del perro y, si Bauer se lo hubiera permitido, no se habría movido de su lado.

Al caer la tarde, Bauer sacó la parrilla portátil del garaje, le puso carbón y le prendió fuego. Luego dispuso una mesa plegable y sillas y empezó a traer de la casa la carne, panecillos, agua de seltz y platos. Los chicos estaban jugando en el jardín de delante, y Orph descansaba cerca de ellos.

En la cocina, Bauer puso los condimentos en una fuente, sacó cubitos de hielo del congelador y empezó a distribuirlos en los vasos.

Jeff chilló. Michael gritó. Bauer salió corriendo.

Jeff estaba arrodillado en el suelo, temblando violentamente, con las manos levantadas como si quisiera empujar algo hacia atrás. Profería unos agudos chillidos de terror. El lado izquierdo de su rostro se había teñido de un vivo color escarlata. Se veía el hueso del pómulo. Una tira de carne de la mejilla colgaba de su mandíbula como un largo carrillo sanguinolento.

Michael estaba de pie entre Jeff y Orph empuñando una rama. Tenía el rostro ceniciento. La entrepierna de sus pantalones estaba completamente mojada.

Orph tenía el pelo erizado y mostraba los dientes.

—¡Orph! —gritó Bauer.

El perro agachó la cabeza, pero permaneció con el cuerpo en tensión.

—¡Maldito seas! —rugió Bauer—. ¡Vete adentro!

El animal dio un paso hacia Bauer, con la cola gacha en señal de sumisión. Bauer levantó a Jeff con un brazo y con el otro estrechó a Michael. El perro se quedó mirándoles fijamente, con los pelos vibrantes como hojas de hierba agitadas por el viento. Retrocedió unos pasos. Bauer le lanzó una maldición.

Orph se debatía entre impulsos encontrados. Se dirigió hacia la casa, se detuvo, se alejó un poco, miró a Bauer y se dejó caer sobre su vientre. Temblando, se levantó de nuevo. Mantenía las orejas gachas proyectadas hacia delante; se sacudió violentamente, como si quisiera sacarse algo de encima, o liberarse de algo que le encadenaba; luego dio media vuelta y se alejó corriendo en dirección al bosque.

Jeff gemía.

Michael tenía el rostro hundido en el costado de Bauer.

—¡Le mordió! —sollozaba—. Orph le mordió en la cara. —Atenazó con sus manos crispadas el cuerpo de su padre—. ¡Nos matará! ¡No dejes que lo haga, papá! ¡No!

Jeff se desmayó. La cabeza le cayó hacia atrás, con la boca totalmente abierta. Se le pusieron los ojos vidriosos. Respiraba con agitación. La sangre había empapado sus ropas y manchado la camisa de Bauer.

—¡Michael! —Bauer hundió sus dedos en el hombro del chico y le sacudió—. ¡Michael!

El muchacho se llevó las manos a la boca. Alzó la cara macilenta hacia su padre.

—Escúchame atentamente —le dijo Bauer—. ¿Puedes entender lo que te diga?

El chico asintió.

—Bien. Quiero que vayas a la cocina. Coge cuatro paños para secar los platos, vierte todos los cubos de hielo que puedas en uno de ellos y ata las cuatro puntas que quede como una bolsa. Llévalo al auto. Yo estaré esperando allí con Jeff. Todo saldrá bien. ¿Me comprendes?

—Sí —musitó Michael.

Bauer conducía con una mano, mientras con la otra sostenía la improvisada bolsa de hielo sobre la mejilla de Jeff. La cabeza de éste yacía sobre el regazo de Bauer y sus piernas estaban extendidas por encima de las de Michael, quien cambiaba los paños a medida que la sangre y el agua derretida los empapaba. Bauer mantenía una velocidad constante de cien kilómetros. Le hablaba a Michael con voz calma y trataba de reanimar a Jeff.

Kathy Lippman aparcó su Volkswagen en el término de la sucia carretera, junto a una vieja furgoneta Chevy. En uno de los costados del furgón había pintado un cielo multicolor con un sol anaranjado que se ponía detrás del pico de una montaña, y en la portezuela del lado del conductor, un pequeño oricteropo estilizado. Kathy no se tornó la molestia de cerrar el auto con llave. La superficie del camino, cubierta de maleza, estaba surcada por las huellas que habían dejado infinidad de ruedas hacía muchos años, cuando en los alrededores se levantaban algunas cabañas de troncos: en el bosque todavía quedaban los antiguos cimientos y las largas cercas de piedra, pertenecientes a una época de la que ningún ser viviente conserva memoria.

Kathy se sacó las sandalias y las guardó en el bolso. Enfiló el sendero, llevando el bolso en la mano. Tenía las plantas de los pies delicadas y de pronto dio un salto, profiriendo una exclamación de dolor, y se mantuvo en equilibrio sobre una pierna, mientras examinaba el otro pie para ver si se había lastimado (no tenía sangre). Siguió caminando descalza, con el deseo de que se le endureciera de nuevo la piel después de llevar zapatos todo el invierno.

Por el camino recogió algunas flores silvestres y se las insertó en el pelo. Llevaba un vaporoso vestido de verano, que la brisa arremolinaba entre sus piernas. Los tirantes caídos dejaban sus hombros al desnudo. La brisa, levemente fría, se filtraba entre sus senos, causándole una deliciosa sensación, que le endurecía los pezones. Levantó el rostro hacia el sol, cerró los ojos y se pasó la punta de la lengua por los labios como para saborear la primavera. Sacudió la cabeza, agitando los largos cabellos... ¡Santo Cielo, qué hermoso día!

Se acercaba al final del sendero; se había alejado unos cuatrocientos metros del lugar donde dejara el auto, y se sentía feliz. Se calzó las sandalias de nuevo y salió al claro del bosque. Experimentó una súbita sensación de angustia. La escuela le parecía, de pronto, vulgar y estúpida. Debería haber abandonado los estudios al término del último curso, cuando Josie se fue a vivir allí. Bueno, no era exactamente eso lo que deseaba. Por una parte, le gustaba demasiado profundizar las cosas, con todo lo que ello implicaba. Pero a veces era presa de la ansiedad.

Josie, Harriet y Billy estaban cavando la huerta, detrás de la cerca metálica. Ed, subido al tejado de la casa, clavaba unas planchas alquitranadas. Ellen, desnuda, estaba sentada al sol con Amanda, su hijita, y Hero, el niño de Harriet. Hero tenía tres años. Llevaba una de las camisetas de manga corta de los muchachos, cuya parte inferior le llegaba a los tobillos, y las mangas, a los codos. Golpeaba con las manos un muñeco de fabricación casera, que colgaba de una cuerda. Un individuo barbudo, a quien Kathy no conocía, estaba sentado junto a Ellen, tocando la flauta.

—¡Hola!

Kathy fue recibida con sonrisas y gestos de salutación.

—¡Hola! —dijo Ellen—. ¡Cuánto has tardado! Pensábamos que vendrías en cuanto empezara el buen tiempo, si es que todavía andabas por aquí.

—Trabajo, trabajo —repuso Kathy—. Primero, era cuestión de días, luego, sin darme cuenta, fueron pasando las semanas. —Tomó a Hero en sus brazos, le estrechó y le besó—. ¿Me echaste de menos?

El chiquitito se libró de ella, buscó refugio al lado de Ellen y se comportó como si Kathy no estuviera presente.

—Se ha vuelto muy tímido —comentó Ellen—. Le durará un par de días.

—¡Oh, Hero!

Kathy había vivido en la Casa del Árbol durante el verano anterior, y Hero se había ganado su afecto. Ahora la ignoraba.

—¿Trabajo literario? —inquirió Ellen.

—Sí, algo parecido. Me tiene ocupada, por lo menos temporalmente.

Ellen se encogió de hombros.

—Los caminos son infinitos.

—¡Qué grande está Amanda! —comentó Kathy.

Ellen tomó a la nena en brazos.

—¿Verdad que sí? Cumplió nueve meses la semana pasada. Pesa nueve kilos. —Amanda se prendió del pecho de Ellen—. No, no; ya comiste. —Ellen agitó un palito para distraerla. La pequeña lo cogió y se lo llevó a la boca—. Kathy, éste es Pancho. Pancho, Kathy.

Pancho separó la flauta de sus labios. Contempló a Kathy durante un largo rato y luego dijo:

—¿Qué tal?

—Bien —le contestó Kathy.

Él hurgó en un bolsillo y extrajo un cigarrillo de marihuana.

—¿Quieres fumar?

—Luego.

Pancho retomó la flauta.

—¿Te quedarás a pasar el verano? —le preguntó Ellen a Kathy.

—Eso creo, si hay un lugar para mí.

—Estupendo. Pero será mejor que hables con Bill..., ya tenemos dos invitados; habrá lugar sólo para uno o dos más.

—Muy bien.

Amanda empezó a inquietarse. Ellen se tendió de espaldas sobre la hierba y levantó a la nena en el aire, mientras le cantaba una canción sin sentido y la hacía brincar sobre su cuerpo. Los piecitos colgantes de Amanda rozaban la tupida maraña de pelo del pubis de Ellen, que le cubría el bajo vientre y se extendía como

zarcillos hasta el ombligo. Ed introdujo el mango del martillo bajo el cinturón y se bajó del tejado. Le dio un fuerte abrazo a Kathy, levantándola del suelo al tiempo que la besaba.

—¿Cómo estás, muñeca?

Durante casi todo el verano pasado, Ed había sido el hombre de Kathy. Luego Ed y Josie se juntaron, y Kathy formó pareja con un muchacho flaco y avisado de California.

—Muy bien. ¿Cómo habéis pasado el invierno?

—No del todo mal. —Ed la llevó hacia el corral de las cabras—. Nevó un par de veces y las hortalizas no crecieron mucho, pero fue un invierno menos crudo que el de otros años. Las cosas marchan bien.

Tres de las cabras habían parido, una de ellas tuvo mellizos. Todos estuvieron encantados ante aquella superabundancia y le cambiaron el nombre al chivo, a quien llamaban Jerk, por el de James Bond. Los cabritos eran una delicia. Uno de ellos trató de chuparle los dedos a Kathy, haciéndole cosquillas.

Ed hizo entrar a Kathy en la casa. Billy Harris, Ed y otro muchacho, que se había marchado al cabo de poco tiempo, habían levantado la estructura de la vivienda de techo alto alrededor de un enorme roble. El tronco se elevaba en el centro, desaparecía a través del cielorraso, y la frondosa copa protegía el techo de los ardientes rayos del sol de verano. Las vigas y los tirantes eran troncos partidos, y las paredes estaban hechas con tablones burdamente cepillados de una serrería de la localidad. Las ventanas y demás zarandajas habían sido recogidas entre los escombros de algún derribo o se las habían apropiado de alguna casa en construcción. Se proveían de agua mediante una bomba manual. Durante el invierno habían construido unos antepechos para las colchonetas, con lo cual se les redujo considerablemente la provisión de madera que guardaban para caldear la vivienda. Había un retrete situado a corta distancia de la casa, en la parte posterior; un cobertizo donde guardaban las herramientas y equipos, y un sótano que servía de despensa y bodega. Criaban aves de corral, cabras, conejos y, en invierno, cazaban algún que otro venado. El número de residentes variaba entre ocho y diez personas y siempre había una o dos más que se alojaban allí transitoriamente, y algunas más que se quedaban mientras duraba el buen tiempo. Cuando era necesario, uno de los hombres se iba a trabajar de carpintero o de pintor durante algunas semanas, o bien alguna de las muchachas se empleaba como camarera. El lugar era espléndido, y su modo de vida, satisfactorio.

Billy Harris le dijo a Kathy que no había inconveniente alguno, que podía quedarse durante el verano si así lo deseaba, con tal que se lo confirmara en el curso de las próximas semanas.

Kathy encontró a Spirit royendo un hueso. Era un perro blanco y negro de regular

tamaño, con largo pelo sedoso y una cola muy poblada. A diferencia de Hero, no era nada tímido. Se acordaba de Kathy —al menos eso fue lo que a ella le pareció; resultaba difícil afirmarlo, por cuanto el animal era afectuoso con todo el mundo— y tamborileó el suelo con la cola y le lamió la cara en cuanto la vio. Spirit se quedaba allí la mayor parte del tiempo, pero se iba y volvía cuando le venía en gana. Le alimentaban con las sobras de las comidas, aunque en general no eran muy abundantes, porque en la Casa del Árbol se desperdiciaba poca comida, sobre todo por el hecho de que todo el mundo debía cuidarse de mantener su propio peso. Por consiguiente, tenía que procurarse en el bosque buena parte de lo que comía, de manera que a veces desaparecía durante un día o toda una semana.

A la hora del crepúsculo, algunos miembros de la comunidad se trasladaron a un risco cercano, desde donde se dominaba todo el valle, y se sentaron con las piernas cruzadas, las muñecas apoyadas en las rodillas, con las palmas de las manos hacia arriba, y las puntas de los dedos pulgar e índice en contacto, y meditaron hasta que oscureció. Entonces regresaron a la casa, iluminada por las lámparas de petróleo, donde Josie preparaba la cena, e hicieron circular una pipa cargada con un poco de hierba libanesa roja. Kathy lanzó un suspiro, como solía hacer algunas veces cuando todas las agobiantes vicisitudes de la vida se alejaban de ella y se sentía flotar en el espacio, elevándose hacia la felicidad, diciéndose a sí misma que aquel estado duraría eternamente.

Ursula le dijo que fuera cuando los chicos ya estuviesen acostados, pues no quería que les viese. Era tanto el desprecio que experimentaba hacia sí mismo, que él casi accedió. Pero luego la ira le embargó y repuso:

—No; quiero llevarles a la cama yo mismo.

—Ya has hecho bastante —replicó ella.

—Llegaré a las siete, después de cenar.

—Encontrarás la puerta cerrada con llave.

—Deja ya de fastidiar, Ursula. *Voy a ir* para ver a mis hijos.

Ella le saludó con frialdad. Recogidos en un moño, sus cabellos se mantenían pegados a las sienes lo cual otorgaba más relieve a sus agudas facciones. Sus labios apretados parecían el filo de un cuchillo. Le dejó entrar, luego se ausentó a la cocina mientras él conversaba con los chicos y les ponía en la cama. Jeff todavía estaba tembloroso. Después de suturarle la herida, le vendaron la cara y, aunque habían transcurrido cinco días, todavía se hallaba bajo los efectos de sedantes. Había perdido las ganas de jugar. Bauer le leyó un cuento. Por lo general, Jeff se mostraba juguetón y locuaz antes de acostarse, pero ahora permanecía callado, acurrucado en un rincón de la cama, abrazado a su almohada, observando a Bauer fijamente, como si temiera algún acto de violencia de su parte, y a Bauer se le partía el corazón.

Ursula hojeaba una revista en la sala de estar.

—Tenemos que hablar —le dijo Bauer.

—En la cocina. No quiero que ellos nos oigan y se alteren.

Se sirvió una taza de café. Bauer tuvo que pedirle que sirviera una para él.

—Esta vez sí que la has hecho buena —comentó Ursula—. Dejaste que aquella bestia le arrancara media cara a tu hijo. ¡La cara de mi pobre hijito! Se despierta chillando. Lo tomo en brazos, lo acuno, pero él no tiene noción del lugar donde se encuentra. Se pone a gritar: «¡Mamá, no dejes que se acerque! ¡Cógele, mamá!». Te mataría, Alex.

—Bueno, basta. Ambos le queremos.

—No pluralices. Has perdido todos tus derechos.

—En primer lugar, fue *Orph* quien mordió a Jeff, no yo. En segundo lugar, el que sufre es él, no tú ni yo, por lo tanto deja de solazarte en tu papel de madre. No les hiciste bien alguno con la escena que representaste en el hospital.

—¡Dios Santo, eres increíble! Tu perro casi mata a mi hijo, y resulta que soy yo la responsable de ello.

—No es cierto que el perro «casi le mató». Le mordió, Ursula. Una sola vez. Si le hubiese agredido realmente, habría sido mucho más grave.

Ursula torció los labios con gesto de fastidio.

—No veo la diferencia.

—Jeff incitaba a *Orph* a jugar con un palo. El perro trató de escabullirse. Jeff le golpeó en un ojo. Fue un accidente. El animal reaccionó instintivamente. Pero *no* se ensañó con él.

Bauer no le contó cuan poco había faltado para que el perro atacara con ferocidad. A Jeff, a Michael e incluso a él mismo. Bauer también se despertaba de noche después de sufrir horribles pesadillas.

—Ahora resulta que la culpa la tuvo Jeff. No, Alex. La culpa no es mía, ni de Jeff, ni siquiera fundamentalmente de aquel monstruo. La culpa es *tuya*. Porque tú protegiste a una criatura como ésa..., una peligrosa fiera salvaje que debería haber sido eliminada o, al menos, encerrada en una jaula donde no pudiera hacer daño a nadie. Pero tú te encaprichaste en conservarla contra mi voluntad, contra mis deseos, y no hiciste nada para dominarla, sino que dejaste rienda suelta a sus instintos y ni tan sólo accediste a encerrarla cuando te visitaban tus propios hijos. Tú tienes la culpa, Alex. *Tú* eres el responsable de esto. La semana próxima tengo que ver a un abogado. No puedo confiarte los chicos de nuevo. No me opondré a que les veas, por lo menos, por ahora, pero será aquí, en esta casa, bajo mi vigilancia.

Bauer fijó la vista en su café. Hizo una pausa hasta que se pudo controlar.

—No. Hay una cosa, y tal vez sea la única, a la que no renunciaré y respecto a la cual no aceptaré compromiso alguno: los chicos.

—Algo es algo. Puede ser un buen comienzo. Pero ya no estás en condiciones de elegir.

Bauer se puso en pie.

—Ursula —empezó a decir sopesando las palabras—, si tu abogado es un buen profesional, te dirá que no llevas las de ganar. Pero si tienes ganas de pelear, entonces inicia el juicio. Quizá sea preferible que todo esto quede asentado en el papel. Pero los chicos pasarán los veranos conmigo, así como los días de fiesta alternados y todos los fines de semana, si puedo lograrlo, o por lo menos dos veces al mes, si no puedo, y haré que todo figure por escrito a los efectos de que no puedas alejarte a más de cien kilómetros de la localidad. Eso para empezar, Ursula. No vuelvas a amenazarme jamás con eso de los chicos. Si por cualquier motivo consigues privarme de ellos, entonces me los llevaré a Europa, Ursula, y no volverás a verlos hasta que seas una vieja desdentada. Soy capaz de hacerlo, y sabes que lo haría. De modo que medita muy bien lo que vas a hacer antes de actuar.

Ella le dedicó una desdeñosa sonrisa.

—Buenas noches —dijo Bauer.

Ursula le siguió hasta la puerta y permaneció allí mientras él bajaba las escaleras del porche.

—Cuando ese perro vuelva a tu casa —dijo—, quiero que lo maten. Conseguiré una orden judicial, si es necesario. Pero quiero tener la certeza de que le han eliminado, para poder decirle a Jeff que no podrá hacerle daño de nuevo, para que pueda dormir tranquilo de noche.

Bauer siguió caminando hacia su automóvil sin girarse.

Orph estuvo terriblemente hambriento durante los dos primeros días. Las ardillas eran demasiado veloces, los ratones de campo desaparecían en cuanto él se movía, y el pájaro inerte sobre el que se abalanzó pareció estallar en el aire y se alejó volando; cuando se dio cuenta, se había alejado demasiado del nido y no pudo encontrarlo de nuevo. Se pasó una tarde cavando un largo túnel sin lograr más que un bocado de basura. Al tercer día, ya no se internó en el bosque al olfatear el rastro de un ser humano, como había hecho las veces anteriores, sino que lo siguió lentamente hacia el lugar que se hacía más intenso. Lo rastreó hasta el límite de la arboleda, donde adquiriría una intensidad tal que superaba toda la otra gama de olores y la relegaba a un estadio inferior de sus sentidos, se detuvo allí y se tendió entre las sombras a contemplar la casa desconocida. Tragó la saliva que se le formó en la boca provocada por el estrato de múltiples fragancias de comida entremezcladas con el olor a ser humano. No percibió movimiento alguno, pero sabía que estaban allí; su olor llegaba a oleadas: una presencia viviente, no el rastro de su paso. Esperó hasta el anochecer. Los seres humanos son criaturas de la luz.

Se levantó del suelo envuelto por la espesa oscuridad y dio un rodeo por la parte de atrás de la casa en dirección a la comida. Los sonidos del interior de la vivienda indicaban que los humanos estaban ocupados en sí mismos, ajenos a su presencia. La comida estaba en un cubo de metal, semejante al que utilizaba él, su dueño. Orph empujó la tapa con el hocico. El cubo se balanceó ligeramente sobre la piedra, produciendo un ruido. Orph se quedó inmóvil y escuchó esperando oír algún sonido proveniente de la casa. No hubo alteración alguna. Empujó de nuevo la tapa, que permaneció firme en su sitio. El animal miró hacia la casa. Olfateó el aire al tiempo que movía las orejas en todas direcciones. La noche estaba sumida en el silencio. Orph volcó el cubo. La tapa saltó con estrépito, y el contenido del recipiente se desparramó por el suelo. Trozos de carne y de grasa, algunos huesos. Empezó a engullir con voracidad. Una luz se encendió en el porche posterior. Orph levantó la cabeza, sin dejar de masticar, triturando los huesos más pequeños. Se abrió la puerta, apareció un hombre, que se llevó la mano sobre los ojos a modo de visera, alargando el pescuezo.

—¡Eh! ¡Largo de aquí!

Orph retrocedió un paso, desgarró una bolsa de papel e hincó los dientes en un pedazo de grasa.

—¡Largo, maldito seas! ¡Fuera!

El hombre cogió un leño y lo lanzó con fuerza. El madero pasó rozando por encima de la cabeza de Orph. El hombre empuñó otro y bajó las escaleras.

Orph tragó lo que tenía en la boca, clavó una dentellada en un hueso enorme del que pendían algunos cartílagos y, dando media vuelta, salió corriendo. Un leño se estrelló contra la rama de un árbol cuando él se introducía en el bosque. El hombre no le siguió. Orph trotó hasta encontrar un lugar adecuado; luego se tendió y concentró su atención en el hueso. Después de estirar y roer los tejidos blandos, astilló el hueso entre sus poderosas mandíbulas y lamió el tuétano del interior.

Durante una semana estuvo aprendiendo. Empezó a prever los pasos y movimientos de su presa, se tornó paciente. Permanecía ante los nidos de ratones avanzando centímetro a centímetro, con el pelo erizado, luego saltaba y cerraba las mandíbulas. Atrapó algunos, pero aún seguía hambriento. Volvió a salir del bosque, de noche, se acercó a otra casa y derribó el cubo de basura. Estaba repleto de desperdicios. Comió durante varios minutos, luego brilló un haz de luz en una ventana oscura, que se proyectó sobre él y la comida. Oyó las voces de un hombre y una mujer. Un sonido metálico. Sintió, de pronto, una resonancia alarmante en los músculos del pecho; una oleada de ira le asaltó desde la casa. Orph olfateó profundamente. Percibió el efluvio de una intensa exudación, preñada de ferocidad y ansia de matar; mezclado con ello, le llegó el olor de aceite y de metal, y una acerbidad que no le era familiar. Sonó un trueno seco, una lengua de fuego salió de la

ventana. Una punzada de dolor le recorrió el lomo. De un salto se introdujo en las sombras y corrió hacia el bosque. El haz luminoso le persiguió, pero no volvió a alcanzarle.

Orph se lamió la herida durante toda la noche. A la tarde del día siguiente se le había formado una costra, y sentía una ligera picazón, pero el dolor no era muy intenso.

Ahora, cuando descubría el rastro de un ser humano, huía, no demasiado velozmente, pero sí con sumo cuidado. Una vez percibió una emanación acre mezclada con el efluvio de la muerte, con el olor del aceite y del metal y de la negra acerbidad que había captado la noche que le hirieron, y en esa ocasión se alejó corriendo hasta llegar al otro lado de la montaña, donde se sintió seguro.

Sus células se agitaron al encontrarse entre las rocas y los árboles. La presión agobiante con que había vivido hasta entonces disminuyó hasta desaparecer por completo. Se hizo como una claridad en su interior. Se sintió contento, exultante.

Por momentos, sin embargo, experimentaba cierta desazón, como un desequilibrio, una discordancia, que era para Orph lo que más se aproximaba a la infelicidad. No poseía una memoria literal, la recordación de secuencias completas, pero en una unión de reflejos sensoriales podía ver la imagen de *él*, percibir *su* olor, oír el timbre de *su* voz. Entonces se producían en su ser vibraciones de emoción: colores, oleadas de afecto, apetitos que no podían ser calmados con comida, dulces sensaciones que penetraban bajo su piel hasta las fibras que le hacían estremecer.

Una noche, todo ello le obligó a regresar. Surgió de entre los árboles en la oscuridad para quedarse contemplando la cabaña iluminada. Sentía *su* olor, escuchaba la música que *él* tocaba. Experimentó el solaz de *su* proximidad, de los lazos que les unían, el contacto cálido de *sus* manos juguetonas: aquella cosa extraña que le excitaba el deseo de estar junto a *él*.

Orph avanzó en dirección a la cabaña.

Se sentía atado a los bosques que dejaba atrás. La inminencia de *él* le atraía suavemente. Orph se estremeció.

Un rancio olor a sangre. El gruñido de su propia garganta. Sus colmillos. El *shock* que le causó *su* cólera. Bochorno y confusión. La pulsación estremecida de *su* deseo de matar. La luna fría y poderosa sobre su lomo. El murmullo del bosque. Morada: Hogar. Orph se había quedado paralizado. Se le llenó la boca de saliva. Un torbellino en el cerebro, furia, un dolor insostenible, las patas no le sostenían, una gota de orina se escapó de su miembro. Empezó a jadear y a gañir. Retrocedió un paso, luego otro, y por fin, volviéndose, corrió hacia el bosque.

Los dientes de la sierra mordieron la última sección del tronco del pino, escupiendo un rocío de serrín resinoso, y el árbol comenzó a ladearse, con un crujido;

Buddy Stokes oprimió el botón de la aceitera, para lubricar la sierra ardiente, mientras el agudo chillido resonaba en sus oídos, a pesar de los tapones protectores, pero aquello formaba parte de las circunstancias de la vida, constituía la música de sus días, y él estaba encantado de escucharla.

El árbol se fue inclinando y los pocos centímetros de tronco sin cortar empezaron a astillarse en agudas fibras. Stokes entrecerró los ojos y curvó los labios hacia abajo, concentrándose expectante en su trabajo: presionó con fuerza la cadena dentada contra la madera con el fin de producir la ruptura final, de terminar de una vez, y entonces la sierra se hundió, el pino quedó cercenado y se estrelló con estrépito contra el suelo.

Stokes soltó el gatillo y dejó que la sierra aminorara la velocidad hasta enmudecer con un silbido ahogado. Se sacó los tapones de las orejas. Se pasó el antebrazo por la frente. El pino había caído bien, en el lugar donde él quería. Estaba trabajando en una suave ladera, la cual casi se encontraba despojada de árboles: los rugosos troncos yacían diseminados como cadáveres de valientes y arrojados soldados después de una matanza. Al día siguiente, Stokes cortaría las ramas de los pinos que había abatido durante la jornada, y a media tarde ya podría empezar a arrastrarlos para sacarlos del bosque.

Se sentó en el tocón del árbol que acababa de cortar y encendió un cigarrillo. Se sentía satisfecho. A Buddy Stokes le gustaba derribar árboles. Le encantaba sentir en los brazos el peso de la sierra mecánica. Le gustaban las cosas grandes, las cosas pesadas, las cosas duras y resistentes. Le gustaba oír en los bosques el tronar de su motocicleta de remolque y de su vehículo quitanieves, forzar el motor de su automóvil hasta que estaba a punto de estallar, las armas pesadas, el revólver Ruger 41 Magnum de un solo cañón con que cazaba venados, y la Magnum Browning 338, automática, que usaba contra los osos. Le gustaba joder a su mujer por el trasero y armar camorra en los bares. No le importaba que le rompieran algún que otro diente. En uno de sus musculosos antebrazos llevaba tatuados un mazo y un yunque.

Terminó de fumarse el cigarrillo y aplastó la colilla con el talón de la bota. Se puso en pie, echó los brazos hacia atrás, desperezándose, y bostezó ruidosamente. Como un oso feroz; con el bramido de un venado. Abandonó el asolado bosque en dirección al *Jeep*; colocó la motosierra en la parte trasera. Al girar con el vehículo, las ruedas surcaron la tierra. Se dirigió al Granite Bar and Grill.

—¡Hola! ¡Aquí estoy yo, Buddy! —bramó.

Se saludó con dos de los hombres que allí había, palmeándose la espalda y descargándose puñetazos en los brazos.

—¿Alguien sabe cómo quedó el doble de Green Mountin? —preguntó Buddy.

—Cinco y dos.

—¡Maldita sea! Yo tenía cinco y tres.

—Pagaron novecientos ochenta y siete.

—¡Maldita sea! —exclamó Buddy de nuevo.

Charlie, el cantinero, le sirvió a Buddy una medida de Seagram's y una jarra de cerveza. Buddy vertió el whisky en la cerveza y la engulló de un trago.

—Hará más o menos una hora, llamó Willis Quigley —le dijo Charlie—. Dice que le telefonees.

—¡Yupiiii! ¡Eso es lo que estaba esperando! —gritó Buddy—. Dame cambio para el teléfono, Charlie.

—¿Crees que lograrás una suma tan grande?

—Tan grande como pueda. Mamá necesita el dinero.

—¿Apostaste esos cien por mi cuenta?

—No encontré quien aceptara en la localidad. Nadie quiere apostar contra mí. ¿No vas a venir?

—No sé si podré escaparme.

—Bueno, si no puedes, házmelo saber. Habrá una manada de apostadores de otras ciudades. Encontraré alguno que quiera arriesgarse.

Charlie asintió.

Buddy se metió en la cabina telefónica y cerró la puerta. Marcó el número.

—Deseo hablar con Willis Quigley —le dijo a la mujer que atendió el teléfono.

Esperó.

—Diga.

—¿Quigley? Soy Buddy Stokes.

—¿Qué tal, Stokes? —le saludó Quigley con tono cordial—. Oí decir que vas a presentar una buena pieza el domingo.

—Así es.

—¿Digger?

—¡Ajá!

—Dos veces triunfante, ¿no es cierto? Dos muertes.

—Cierto. Contra Red Dragon. De Gene Murphy, el de Cambridge. El mismo *record*. Dinero seguro. ¿Qué piensas hacer?

—Algo alrededor de los quinientos dólares.

Stokes lanzó un resoplido.

—Diablos, con eso no hay ni para pagar el combustible o el veterinario.

—Que sean mil.

—Que sean mil quinientos.

—Tienes una apuesta, Stokes.

—Tengo un ganador, Quigley.

—Te veré el domingo —dijo Quigley.

—Estupendo.

Stokes colgó y salió de la cabina. Le dijo a Charlie:

—¡Le convencí, muchacho!

—¿Cuánto?

—Mil quinientos.

—¡Santo Cielo, Buddy! Con eso llegas a tres mil, tres mil quinientos, uno encima de otro, ¿no es cierto?

—Cuatro mil, pero es dinero en el banco, amigo.

Durante la primera semana que pasó en el bosque, Orph había hallado el rastro de otro perro. Respetando los derechos del animal, él siguió en línea paralela al límite de su territorio y lo cruzó por la parte más alejada.

A la segunda semana, encontró otro territorio dominado por más de un perro. Olfateó profundamente, captando algo vago que le impelía a trasponer la barrera. Se le llenó de saliva la boca. Un estremecimiento le sacudió el lomo. Olfateó rápidamente; luego levantó la cabeza.

Cruzó el límite del territorio.

Con el hocico en alto, trató de descifrar aquel olor que se mezclaba con los otros. Se concentró. De pronto, estuvo seguro de lo que percibía. Se le encendió la sangre.

Avanzó con cautela por el territorio prohibido, intranquilo por la violación que cometía, poniéndose cada vez más tenso a medida que se hacía más inminente la presencia de los otros perros. Sus orejas apuntaban hacia delante atentas a los crujidos y rumores del bosque. Sus ojos veían un telón incoloro, matizado con toda la gama de tonos grises; la oscilación natural de la vegetación era armoniosamente suave; el movimiento abrupto de la vida animal alteraba la placidez del ambiente, reclamando la presta atención de Orph. Olfateaba rítmicamente mientras caminaba; a intervalos regulares se detenía y, quedándose inmóvil, escrutaba, sentía y escuchaba el bosque.

Al acercarse, avanzó con más temeridad, preparándose para enfrentar el desafío, dispuesto a tomar la perra en celo.

Él les vio primero, cuando cruzaba un macizo de alisos negros. Escuchó un profundo gruñido y se quedó paralizado. Eran tres, tal como había adivinado en cuanto penetró en su territorio.

Se encontraban descansando en la sombra. Uno de ellos era un corpulento macho negro lanudo, algo más alto y recio de pecho que Orph. A su lado reposaba la perra en celo, un animal de pelo castaño, que pesaría unos veinticinco kilos. El otro era del tamaño de la hembra, un macho moteado de enroscada cola. Este yacía a varios metros del negro y la perra.

Orph había llegado en dirección contraria al viento, por cuyo motivo les sorprendió. El negro se levantó de un salto, con el pelo erizado desde la cabeza hasta

el nacimiento de la cola. Contrajo los belfos, descubriendo los gruesos colmillos, y comenzó a gruñir. La perra lanzó un ladrido, un ladrido tímido, no amenazador. El moteado se levantó, roncando. El negro ladró airado y retrocedió unos pasos con la cola entre las patas. Si la perra no hubiera estado en celo, y el negro no hubiese impuesto su dominio sobre el moteado, los tres juntos habrían atacado a Orph y le hubieran obligado a salir de su territorio.

El negro agachó las orejas. Su belfo superior se torció por encima de las encías, exhibiendo los largos y afilados colmillos en toda su magnitud. Su mirada se clavó en los ojos de Orph.

Orph le sostuvo la mirada. Avanzó con las patas rígidas, amenazador, la cola enhiesta. Él y el negro empezaron a moverse en círculo, enfrentándose con tres cuartos de perfil, sin dejar de acercarse ni apartar la mirada el uno del otro, a punto de embestirse.

La perra hipaba con excitación y corría alrededor de los contendientes. El moteado gañía.

El negro lanzó un aullido. Orph le respondió. Se abalanzaron uno sobre otro.

Se atarazaron las mandíbulas, zamarreando la cabeza. En el hocico de Orph se abrió un surco; en la lengua del negro, un corte longitudinal. El negro buscó el brazuelo de Orph. Éste le hincó los dientes en el costado del cuello y le arrancó una tira de carne. El negro lanzó una dentellada hacia su oreja; un colmillo arañó el cráneo de Orph. Se levantaron sobre los cuartos traseros, dándose mordiscos. El negro se deslizó hacia el costado y le abrió el ijar a Orph. Entonces Orph logró ponerse encima del negro y le desgarró el lomo. Éste apernó a Orph y le hizo caer. Los dos perros rodaron por el suelo, encarnizándose uno con otro. Tenían la piel cubierta de sangre y saliva, los pelos pegoteados de barro. El negro, al lograr levantarse antes que Orph, se le echó encima tratando de atazarle la pata. Orph se escurrió por debajo del pecho de su adversario, arqueó el lomo y abrió las quijadas en busca de su cuello. Hundió los colmillos y atenazó la carne con sus mandíbulas, pero contuvo la extraordinariamente poderosa flexión de sus músculos, que habrían arrancado la garganta del negro, hasta el filo de su columna vertebral. Se quedó inmóvil con todo el cuerpo en tensión. Un profundo gruñido roncaba en su pecho embravecido.

Al negro se le escaparon unas gotas de orina, abrió las patas traseras, dejando al descubierto sus órganos genitales. Su cola se curvó hasta quedar pegada al bajo vientre. Torció la cabeza, ofreciendo plenamente su garganta a Orph.

Orph le soltó y retrocedió unos pasos, vigilante.

El negro esquivó la mirada de Orph. Rodó en dirección opuesta y se levantó. Con la cabeza gacha se alejó, se tendió en el suelo sin mirar a Orph y empezó a lamerse las heridas. El moteado le lanzó unos ladridos. El negro saltó sobre él, le derribó y se

le colocó encima gruñendo con ferocidad. El moteado no opuso resistencia alguna, sometiéndose atemorizado. El negro dejó que se levantara y se alejase de él a toda prisa.

La perra miraba a Orph con ojos brillantes, agitando la cola en alto. Orph se le acercó al trote. Permanecieron uno junto al otro. Él levantó la cola para que la perra le olfateara; sintió el contacto de su hocico. Ella levantó la cola a su vez. Orph lamió la zona entumecida de la perra. Las patas le temblaron de excitación. Le puso una de ellas sobre el lomo.

La perra giró en redondo para encararse con él. Unieron las puntas de sus hocicos, meneando ambos la cola. Ella le palmeó la cabeza con la pata. Él le devolvió la caricia. Se levantaron sobre las patas traseras y se golpearon mutuamente con las delanteras. Orph empezó a correr alrededor de la perra, luego, precipitándose hacia el lugar donde ésta estaba, saltó y fue a caer a escasos centímetros frente a ella. La hembra giró sobre sí misma, y después de restregar sus nalgas contra el flanco de Orph, se alejó de él corriendo. Orph la siguió. Corrieron dando grandes saltos. Él la acosó a topetazos de sus cuartos delanteros, guiándola hacia los arbustos, por donde se introdujeron.

Corrieron durante una hora, atosigándose mutuamente. Ella se detuvo con la lengua afuera, resollando. A Orph se le tensaron los músculos y pareció aumentar de tamaño. Apoyó las patas delanteras sobre el lomo de la perra, y ésta pareció hundirse bajo su peso, pero separó las patas y se mantuvo firme. Orph inició un movimiento de vaivén con la parte posterior de su cuerpo contra el costado de la perra. Ella permaneció inmóvil. Luego Orph se fue deslizando hacia las nalgas, con torpes pasos de sus patas traseras. Su miembro emergía hasta la mitad. Entonces lo apretó contra el muslo de su compañera; en seguida trató de introducirlo entre los cuartos traseros de ésta, pero tropezó con la barrera de la cola. Ella adoptó una actitud pasiva durante varios minutos, pero de pronto se escabulló de debajo del cuerpo de Orph y se alejó corriendo de nuevo.

Se incitaron durante dos días; el olor y el sabor del órgano entumecido de la hembra aumentaba la pesantez de Orph. Comieron y bebieron poco o nada. Ambos corrían y se enzarzaban en simulacros de lucha hasta el cansancio.

Cuando ella se agazapaba para orinar, Orph lamía el líquido con los belfos cubiertos de saliva espumosa. Al terminar ella, él se detenía, para proyectar un chorro de su propia orina en el mismo lugar.

El perro negro y el moteado les seguían a unos seiscientos metros de distancia. En una ocasión, el negro se aproximó mientras Orph y la perra estaban descansando, pero Orph le persiguió mostrándole los colmillos, y aquél huyó apresuradamente para no volver más.

En la mañana del tercer día, Orph lamió a la hembra y le flaquearon las patas. Se

le hizo un nudo en la garganta, empezaron a temblarle las ijadas. Se abalanzó sobre la perra. Ella le esquivó. Orph la acometió con rudeza, mordiéndole el pelaje y empapándose de saliva. Por fin, ella se quedó quieta. Agachó la cabeza y, con la cola alzada hacia un costado, expuso abiertamente las nalgas. Orph se levantó de inmediato sobre sus patas traseras, sujetando fuertemente a la perra por los muslos con las delanteras. Así encaramado sobre ella, con los ojos vidriosos y goteándole largos hilos de saliva de los belfos, la embistió con fuerza. En un instante, la penetró, arrancándole un gañido, y presionó frenéticamente durante un rato. A la hembra se le dobló una pata, y ambos trastabillaron mientras ella trataba de afirmarse de nuevo; pero Orph no cejó en sus movimientos, y prosiguió durante varios minutos hasta que, jadeando, fue aminorando el ritmo y luego permaneció inmóvil: su miembro entumecido había penetrado profundamente, quedando aprisionado por la protuberancia que se le formó en la punta. Entonces, Orph se bajó del lomo de la hembra, deslizándose por un costado, aún unido a ella, y lentamente pasó la pata trasera del lado izquierdo por encima de su compañera hasta tocar el suelo, y los dos se inmovilizaron con las nalgas pegadas y las cabezas orientadas en direcciones opuestas.

Al cabo de un cuarto de hora, toda la energía de Orph se descargó en el interior de la perra. Después se separó estremecido, extrayendo el miembro, y se alejó con pasos vacilantes. Se detuvo. Comenzaron los espasmos. Su abdomen se contrajo hacia la espina dorsal, la presión avanzó hasta el diafragma, recomenzó desde la parte posterior y así se fue repitiendo varias veces. Emitía sonidos ahogados. Vacío su estómago de golpe. Las arcadas duraron unos instantes más, y luego se dejó caer al suelo, exhausto. Los párpados se le cerraron estremecidos.

Más tarde, el moteado se acercó cauteloso a la perra, que sólo había descansado un breve momento y ahora deambulaba con paso cansino. El olor del rival penetró hasta el aletargado cerebro de Orph, y éste se despertó. Se abalanzó hacia él con un gruñido. El moteado salió corriendo. Orph le alcanzó y le lanzó dos fuertes dentelladas en las nalgas. El moteado empezó a aullar. Orph dejó de perseguirle y permaneció alerta un largo rato para asegurarse de que el otro no volvería; luego retornó junto a la perra.

Orph la montó dos veces más durante los dos días siguientes. Los otros perros permanecían a corta distancia. Al tercer día, Orph dejó que se acercaran. La perra ya no estaba en celo, por lo cual no le importaba. Ella les recibió con agrado, pero cuando trataron de montarla, les repelió a mordiscos: su período había terminado.

Orph estaba famélico. Los otros tres perros jugaban entre ellos indiferentes. Orph empezó a dar vueltas por los alrededores, con la cabeza alta, olfateando el aire. Por fin, del sector del sol poniente le llegó el olor de un animal comestible.

Orph partió en aquella dirección. La perra, el moteado y el negro le siguieron.

Elizabeth Collier se lavó la cabeza y se cepilló los cabellos hasta que le quedaron brillantes y sedosos, caídos sobre los hombros. Se puso una blusa roja con cuello de puntas largas y mangas fruncidas, y unos ajustados pantalones negros de esquiar. Su aspecto era admirable, provocativo. Por lo general, se preocupaba poco de su apariencia. Pero la sección de Covington de la Legión Norteamericana la había invitado en su carácter de veterinaria y como autoridad en materia de conducta canina a mantener un debate público con Harry Wilson. Pretendía desconcertarle. Era una táctica despreciable, pero no le importaba. Wilson no le gustaba. Era un oportunista pomposo, engreído y fatuo. Estaba casado con una criatura azorada, a quien convertía en blanco de sus chistes mordaces. Había pretendido salir con Elizabeth, y en una ocasión, cuando la acorraló en un rincón y se propasó con ella durante una fiesta, le dijo que prefería quedarse soltera toda su vida y se figuró que no había perdido nada al tomar esa decisión.

Wilson se estaba retrasando. Esperaron. El público se impacientaba. Media hora más tarde de la anunciada para la iniciación del debate, telefonearon de la oficina de Wilson disculpándose en su nombre e informando que todavía estaba ocupado. Por lo tanto, Elizabeth tuvo que hablar sola.

El público no quedó satisfecho. Aquellos que aborrecían a los perros sólo querían escuchar a alguien que les dijese que dichos animales constituían una amenaza y una plaga, lo cual era cierto, y los poseedores de perros rehusaron aceptar responsabilidad alguna.

Elizabeth salió de la conferencia airada y deprimida. La impresión que se llevaba de la raza humana no era muy favorable y no le habría otorgado más de un cincuenta por ciento de probabilidades con respecto a su capacidad de sobrevivir. No estaba muy segura de que eso tuviera mucha importancia. Con toda seguridad, el planeta sería un lugar mucho más encantador sin su presencia.

Después de la clase, Bauer descendió la escalinata del Tully Hall acompañado de Kathy Lippman. Se había apresurado a reunir sus elementos en la cartera y se sentía estúpido y ridículo. Ella había borroneado unas notas finales, luego hurgó en su portamonedas un largo rato antes de levantarse, siendo uno de los últimos estudiantes en salir del aula, por cuyo motivo él supuso que quizá le esperaba. No estaba seguro. Jamás había sido demasiado listo para reconocer las insinuaciones del sexo opuesto.

A partir de la noche del seminario, ella se había mostrado amigable y animada, muy desenvuelta, pero todo ello quizá no significaba nada en absoluto. Tal vez para ella era un capítulo terminado. ¿Cómo podía saberlo? Estaba azorado y se sentía

incómodo.

—¿Piensas seguir el curso de verano?

—No. Ésa es una de las cosas que no puedo hacer: estudiar cuando hace buen tiempo. Pondré todos mis esfuerzos para terminar el presente curso.

—¿Te marcharás a tu casa o tienes planeado emplearte en Covington?

Ella lanzó una carcajada.

—A casa no, salvo por un largo fin de semana. Mis padres no pueden hablarse si no es a gritos. Nos llevamos bien si me limito a visitarles un par de veces al año. Hay una especie de comunidad cerca de Sproul's Mountain. Pasaré allí el verano.

Salieron del edificio al patio, donde cada cual tomaría su camino. Bauer estaba en tensión. ¿Cómo? Diablos, cada vez era como la primera, como si no lo hubiera hecho antes. Kathy le miró con curiosidad. «¡Bueno, mierda!», pensó. Si ella le decía que no, no iba a morir por ello. Al fin y al cabo, le estaría pagando en la misma moneda.

—Pienso fumar me aquel cigarrillo esta noche. Yo... estuve dudando..., no sé por qué extremo hay que prenderlo.

Aminoraron el paso.

—Normalmente —repuso ella, inexpresiva—, una de las puntas es más delgada y más compacta que la otra. Ésa es la que debe ponerse en la boca. Enciéndelo por el extremo más grueso.

—¡Oh! —exclamó él.

No había picado. ¡Maldición!

Ella continuaba mirándole.

—Pensé —logró decir él, haciendo un esfuerzo— que quizá te gustaría compartirlo conmigo.

—Pues claro.

Bauer se sintió más aliviado, y feliz.

—Bueno, ¿por qué no lo dijiste antes?

—Lo hice. Unos días atrás, ¿recuerdas? Rechazaste mi invitación. Me pareció que esta vez deberías pedírmelo tú abiertamente, sin insinuaciones.

—Me parece muy justo.

—Y, como ves, yo no te he rechazado.

Bauer empezaba a sentirse satisfecho de sí mismo.

—Tal vez soy un tipo irresistible.

—No, en absoluto. Pero eres atractivo.

—Primero me pegas y luego me consuelas.

—Eso forma parte del juego, ¿no? Además, ambos sabemos adónde queremos llegar.

Mientras se dirigían caminando a su casa, Bauer se animó por la compañía de

Kathy, excitado sólo de pensar que gozaría con ella, aunque se sentía tranquilo y profundamente gratificado por la certeza de lo que le esperaba. Resultaba agradable, pues, demorar el instante. Se contaron mutuamente pequeñas anécdotas personales, se hicieron algunas bromas. Ella era una chica divertida, de una manera intuitiva y exuberante. La tensión que experimentara Bauer se había ido relajando. Intercambiaban ligeras sonrisas, francas miradas apreciativas de las mutuas cualidades corporales, saboreando por anticipado el inminente momento.

Hacia poniente, el horizonte era una brillante herida sangrienta cuando llegaron a la cabaña. Kathy echó una mirada a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde está tu perro?

—No lo sé. Se..., se marchó al bosque hace dos semanas. Todavía no ha regresado.

—¿Suele hacerlo a menudo?

—De vez en cuando, pero nunca estuvo tanto tiempo sin volver.

—¿Crees que regresará?

—No lo sé.

—Lo lamento. Pero me siento un poco más cómoda, ¿sabes? No parecía gustarle la gente; a mí me ponía nerviosa.

Bauer había puesto un aviso en el diario, preguntó en las casas vecinas y deambuló durante horas por el bosque, llamándole por su nombre. En un primer momento, se enfureció contra el animal, y aún sentía algo de ira, pero con pesar llegó al convencimiento de que él había malogrado al perro y frustrado a sus hijos. Las recriminaciones que se hizo le llevaron al autodesprecio.

No sabía qué haría cuando Orph volviera, si es que volvía. Por supuesto, no le mataría. Comprendió finalmente que el perro era en realidad peligroso, pero —y en este punto se preguntaba, por odioso que fuera, si amaba tanto al animal y tenía tanta necesidad de él que llegaba al extremo de perdonarle que hubiera mutilado a su propio hijo— no moralmente culpable; tan sólo era lo que era: una criatura irracional que obraba por instinto. Existía una culpa, pero esa culpa era de Bauer. Estaba en deuda con sus hijos por el dolor y el terror pánico que habían sufrido. Estaba en deuda con Orph por no haberle brindado el adiestramiento e impuesto la disciplina que habrían evitado la agresión.

El abogado de Ursula le había llevado los papeles del divorcio, que incluían los derechos de custodia exclusiva sobre los niños (el abogado defendía fielmente a Ursula, pero le indicó que consideraba extremada la actitud y que trataría de hacerla entrar en razón) y peticionaba ante la corte una orden disponiendo la eliminación del perro. De cualquier manera, tanto si accedían a su petición como si no lo hacían, Bauer no podría conservar a Orph. Jeff jamás debería volver a acercarse al perro, ni Bauer debería permitirselo. Había ciertas alternativas. Orph era un soberbio perro

pastor alemán. Si bien se desconocía su procedencia, existían procedimientos para obtener un certificado de registro condicional. Bauer podía entregarlo a un criador de perros de exhibición, a una división canina de la policía o al ejército, o a una escuela de perros guardianes. En resumen: a alguien experimentado en perros de las características de Orph. Bauer podía optar por cualquiera de las alternativas, por mucho que le doliera. La pérdida sería sensible para él; Orph probablemente no lo sentiría. Aunque quería ver a Orph y saber que había sido bien cuidado, interiormente deseaba que el animal se hubiera adaptado a la vida salvaje y que no volviese jamás. Ahora que lo pensaba, comprendía que Orph nunca había sido un animal doméstico, que su alma siempre había estado en las montañas, ajena a los trabajos de los hombres, y que se había desarrollado en libertad, convirtiéndose en la criatura que le ordenaba la sangre.

Bauer compartió el cigarrillo de marihuana con Kathy. La hierba penetró en él y le llevó hacia las alturas; su sensibilidad táctil se acrecentó, empezó a pensar con diáfana claridad, se relajó y se sintió tranquilo y cómodo con Kathy. Las anécdotas carecían de importancia. Hablaron de los hechos inmediatos, de los insignificantes y de los fundamentales, y la experiencia resultaba sosegadora. Puso en el tocadiscos la *Misa en si menor*. Se acostaron en el diván. Bauer le palmeó el cabello, le desabrochó la blusa y le acarició los pechos. Ella le pidió que se girara boca abajo. Luego se puso a horcajadas sobre él y empezó a masajearle la espalda. Al final del «Gloria», le dijo:

—Si te duermes, te asesinaré.

—No hay cuidado —musitó él.

Kathy extrajo otro cigarrillo de su bolso. El efecto fue inmediato. Bauer se sintió invadido por una intensa voluptuosidad. Comenzaron a manosearse el uno al otro. Bauer exploró la boca de Kathy con su lengua. Después la de ella se deslizó sobre la de Bauer, y por debajo de ella, le recorrió los carrillos, y se introdujo entre los labios y las encías. Con un rápido movimiento de hombros, se liberó de la blusa, y acto seguido de los tejanos y las bragas; le sacó la camisa a Bauer y dejó que las puntas de sus cabellos y los pezones cosquillearan su pecho. Le desabrochó los pantalones. Después comenzó a deslizarle los calzoncillos hacia las piernas con lentitud, liberando su duro y entumecido miembro gradualmente y, cuando éste saltó con violencia, ella le acarició el glande con los labios, se lo introdujo en la boca con suavidad hasta llegar a la base del pene, fue deslizando la boca hacia arriba con el mismo cuidado y lo soltó. Entraron en el dormitorio. Kathy se abrió de piernas y se unieron como dos piezas claves en un *puzzle*, y en seguida encontraron un ritmo sincrónico, acariciándose mutuamente distintas zonas del cuerpo sin dejar de moverse y, al cabo de un instante, su profunda vibración dejó de ser un medio para llegar a un fin y adquirió plenamente su propia significación; él la enlazó con los brazos, y juntaron con fuerza las mejillas, jadeando hipnóticamente, casi al unísono,

dilatándose hacia una fusión total, que no les fue posible alcanzar, y gradualmente cada cual se concentró en sí mismo, con beneplácito, y se hundieron más y más profundamente, y al percibir la inminencia de la culminación de él, Kathy se olvidó de sí, ayudándole, incitándole a penetrar en ella con fuerza, y él, alcanzado el límite, arqueó el torso, echó hacia atrás la cabeza y se vació con espasmos que le sacudieron todo el cuerpo, mientras profería un ronquido ahogado. Permaneció largo rato inmóvil, una vez hubo pasado todo, y acto seguido comenzó a moverse de nuevo, arrancando a Kathy del éxtasis en que se había sumido al librarse plenamente a él, reanudando la excitación antes de que pudiera decrecer su intensidad, llevándola de nuevo al centro de sí misma, al tiempo que él se convertía en su acólito, en el instrumento y dueño de su voluntad, y ella se movía ávidamente, entregándose con despreocupación; pero fue ardua la ascensión por la cuesta del placer, aunque no muy prolongada, y cuando ella se instaló con todo su ser, estremecida, en el filo de la cúspide, él asumió el control por un instante y la empujó hacia la culminación a cuyo borde ella vaciló, luego se sometió de nuevo a él y su pelvis se elevó, sus ojos se abrieron desorbitados, extraviados, y de las profundidades de su pecho surgió un «¡Aaaaaaaahhhhhhh!» tembloroso e interminable, y cuando la intensa sensación pareció decrecer, Bauer pujó una y otra vez, y ella se remontó nuevamente, mientras él esperaba que empezara a descender en espiral, para hundirse otra vez en ella; unas gotas de saliva aparecieron en las comisuras de los labios de Kathy, su cabeza se zarandeó espasmódicamente, y Bauer la mantuvo en aquel paroxismo hasta que ella fue presa de las convulsiones, y a él le flaquearon, al fin, las fuerzas, y entonces se desplomó sobre los mullidos senos, su cabeza se hundió sobre el hombro de Kathy, y ésta quedó exánime bajo su cuerpo.

Después de un largo silencio, ella musitó:

—¡Oh, Dios Santo!

Más tarde hicieron otras cosas.

Bauer se despertó con la salida del sol y el coro de los pájaros. Estaba acostado boca arriba, y Kathy dormía a su lado, acurrucada contra su cuerpo. Experimentó una extraña sensación. Le gustaba el calor que emanaba de ella. Recordó la noche pasada con asombro, apenas capaz de creer que había sido él quien la había vivido. La analizó minuciosamente, tratando de ubicarla en un contexto. Un cierto malestar se perfilaba en su interior. Se esforzó en dejar de pensar, pero al mismo tiempo le parecía que estaba eludiendo una obligación, que dejaba de cumplir con algo que no lograba precisar en qué consistía. Procuró alejar aquella sensación que le intranquilizaba. Ahora, en aquel preciso instante, se sentía bien, y estaba harto de no sentirse nunca feliz. Dejó que el placer perdurara lo más posible. Durante un instante se preguntó si todavía se encontraba bajo los efectos del estupefaciente, y resolvió que si lo estaba, le importaba un comino. Se giró de costado y se acopló al cuerpo de

Kathy, dejando reposar una mano sobre sus pechos. Ella se apretujó contra él, sin despertarse. Bauer cerró los ojos y se volvió a dormir, embriagado de felicidad.

Orph llevaba la delantera; los otros le seguían. El negro era más experimentado y más hábil cuando de matar a una presa se trataba, pero Orph era más fuerte y osado. Orph también era el primero en comer, mientras mantenía alejados a los demás con sus gruñidos. Al cabo de unos cuantos días permitió a la perra que comiera junto a él. Cuando quedaba satisfecho y se alejaba, el negro y el moteado se precipitaban famélicamente sobre los restos.

La perrada había matado algunos venados durante el invierno, cuando los animales estaban atrapados por algún alud de nieve, pero, en otras condiciones, los ciervos eran demasiado veloces y grandes, y hubiera sido necesario una jauría más numerosa para atraparlos y darles muerte, y por ello no lo intentaban con frecuencia y preferían esperar la suerte de hallar algún cervatillo o, eventualmente, un animal que estuviera enfermo o tullido. En su ignorancia, Orph les incitaba a perseguir los venados, lo cual les sorprendía. Realizaban la persecución en una sola fila, cubriendo una distancia de unos trescientos metros, y el moteado, que era el más veloz, no tardaba en tomar la delantera. Cuando el animal perseguido empezaba a zigzaguear, el perro que tenía más posibilidades de interceptarle se adelantaba y los demás le acosaban por los flancos. Una vez, en un terreno llano que corría a lo largo de un arroyo, el moteado acorraló a una gama en una garganta sin salida, formada por dos altos despeñaderos de roca. El animal trató de trepar por uno de ellos, pero resbalaba y volvía a caer al suelo. El perro moteado le apernó una de las patas traseras. La gama se liberó dando una coz y giró en redondo. El perro se abalanzó sobre ella, lanzándole una dentellada al hocico. El venado saltó hacia atrás, batiendo con energía las patas delanteras, armadas de afiladas pezuñas. Una de ellas le golpeó dolorosamente en el brazuelo, y la otra le rasguñó la piel del morro y le quebró un colmillo. El perro rodó por el suelo, momentáneamente sin sentido. La gama saltó por encima de él y huyó de la trampa en que se había visto atrapada. Al cabo de media docena de persecuciones frustradas, Orph no hizo ningún nuevo intento.

Pasaban la mayor parte del tiempo buscando comida, al igual que todas las demás criaturas del bosque. Comían ardillas y ranas, las crías de algunos animales y los polluelos de ciertos pájaros. Orph iba aprendiendo: se enfrentó con su primer puerco espín él solo, mientras los demás daban vueltas nerviosamente a su alrededor, acosándole con ladridos pero conservando la distancia; el animal erizaba las púas, las cuales duplicaban su tamaño, pero Orph no cesaba de dar saltos hacia él sin querer atender el sentido que le anunciaba el peligro y le inhibía de lanzarle una dentellada, cuando de repente la cola del puerco espín le golpeó una de las patas delanteras y a Orph le pareció que le habían arrimado un hierro candente. Algunas púas se le

quedaron clavadas en la pata, causándole un dolor tremendo. Orph retrocedió. Los otros tres perros le siguieron complacidos. Él se tendió en el suelo y empezó a sacarse las púas con suaves mordiscones. El puerco espín contempló a los perros durante varios minutos, retrocedió unos pasos, luego dio media vuelta y se alejó lentamente. Orph tuvo que clavar sus dientes en la carne para poder extraer hasta la última púa. Estuvo enfermo durante dos días.

Comían marmotas cuando lograban hacerlas salir de sus madrigueras. Orph devoraba la parte anterior del animal, mientras el negro atacaba el lomo, o las entrañas si Orph lo había descuartizado, y la perra y el moteado se conformaban con las patas o las nalgas.

Su territorio se iba desplazando a medida que se adentraban en otros parajes, abandonando sus antiguos dominios y marcando límites nuevos. Se mostraban más activos en las primeras horas de la mañana y hacia el anochecer. Al mediodía, reposaban a la sombra de los árboles y se espulgaban y aseaban, solos o unos a otros, y a veces luchaban o se perseguían mutuamente en juegos. Por la noche, daban vueltas sobre sí mismos, apisonando la hierba para formar un lecho, y se acostaban muy cerca unos de otros, despertándose a intervalos para alzar la cabeza, escuchar u olfatear el aire. Orph tenía un sueño inquieto: se levantaba con el fin de dar una vuelta por los alrededores y detectar alguna señal de peligro. Al principio, los otros perros se ponían en pie de un salto, alarmados, cuando él se levantaba, pero pronto se acostumbraron a sus movimientos y no le prestaban mayor atención.

Cuando se tropezaban con el rastro de algún ser humano se alejaban de él, a menos que percibieran un olor a comida muy intenso; entonces, si estaban hambrientos, lo seguían y devoraban lo que encontraban en el campamento, si no había nadie, o husmeaban buscando los desperdicios enterrados o abandonados, en el caso de que se tratara de un lugar donde hubieran acampado hacía tiempo.

Se reunieron en un granero medio derruido de una granja situada a unos cincuenta kilómetros de Covington. Un par de gruesos troncos, en los que todavía quedaban restos de corteza, y sobresalían los nudos de las ramas cortadas, apuntalaban las paredes que amenazaban con derrumbarse. Un sector del alto techo se había hundido. Durante años, el granero había cobijado animales; por todas partes había piezas de carretas y herramientas herrumbradas, así como ingentes montones de basura. Se sentía un acre olor a polvo.

Empezaron a llegar a partir de las siete de la mañana en camiones cerrados, furgonetas, coches deportivos y sedanes, evitando formar una larga caravana que habría llamado la atención y hubiera podido atraer a la policía. Las matrículas de los vehículos eran, en su mayoría, locales, pero estaban representadas Nueva York, Rhode Island y Massachusetts. Un individuo había llegado de Ohio. Un grupo de aficionados había viajado en un automóvil desde Virginia. Trajeron a los perros en los camiones cerrados y en las furgonetas, dentro de jaulas de tejido metálico. Se reunieron más de un centenar de hombres.

Un solo cordón eléctrico se extendía por todo el granero, conectado a una caja central. Simples pantallas protegían las lamparillas desnudas. En el centro colgaba un reflector de 200 vatios, sobre un área de tierra recién rastrillada. Uno de los hijos del granjero, con un sombrero puntiagudo y un mono, vendía cervezas, que mantenía en una tina con hielo, a un dólar la lata. Su madre, tras un tablón de madera a modo de mostrador, despachaba emparedados a un dólar y medio cada uno. Aún no eran las nueve, pero ya se habían vaciado tres cajones de cerveza, y unos cuantos individuos echaban algunos tragos de sendas petacas de whisky. El humo del tabaco formaba una capa espesa bajo las crudas luces.

Buddy Stokes llegó vociferando y con aire de fanfarrón. *Sabía* que Digger vencería al Red Dragon de Murphy, y había decidido que bien valía la pena apostar todo, por cuyo motivo solicitó otros tres mil dólares al banco sobre la base de un préstamo fraudulento para «Reparar la vivienda». Deseaba sacar de quicio a la buena gente, fastidiar en forma a los niños bien para que se murieran de envidia.

El palenque tenía diez metros cuadrados, y las vallas, altas hasta la cintura, eran unos paneles de madera terciada provistos de goznes, que se armaban y desarmaban con facilidad y estaban cubiertos de manchas oscuras de sangre seca. Eran propiedad de un tipo de Mount Vernon. Las habían montado en torno del área de tierra rastrillada, bajo la luz del reflector.

Stokes arriesgaba siete mil dólares. Si perdía —lo cual no sucedería, él estaba convencido de ello— tardaría de dos o tres años en poder emerger del pozo donde se hundiría. Pero si Digger salía triunfante, había catorce mil dólares de apuestas. Esa

suma sería suficiente para financiar la participación en Florida, en el mes de noviembre, y en Texas, en diciembre, el gran momento, la riña de los billetes grandes. Digamos que se le fueran cuatro mil dólares en gastos, le restarían diez mil. La pelea de Florida era segura. Presentaría a Digger por cinco mil. Si perdía, todavía le quedarían cinco mil para Texas. Pero si ganaba, tendría quince mil dólares en el bolsillo, y entonces, los texanos ya podían temblar. Tanto en aquella pelea como en la de Florida, suponía que Digger tenía todas las probabilidades de salir vencedor. Le retiraría con todos los honores, le conservaría durante un par de años para fanfarronear, y luego iría a parar al macizo de rosales de su jardín. Algunos tipos vendían sus perros viejos a los criadores de cerdos, por unos pocos cientos de dólares. Stokes sentía demasiado respeto por sus animales. Cuando se hacían viejos o perdían sus facultades, los eliminaba personalmente de un balazo, y los enterraba bajo los rosales. Su perro flor era un animal enorme, una montaña de fuego, una de las maravillas de la comarca. Lo había demostrado con los innumerables gatitos y algunos perros con que le había cebado.

Si llegaba a Texas, presentaría al Bad Boy de Buddy y le respaldaría con quince mil dólares. Bad Boy era hijo de Digger y de una magnífica hembra de Syracuse, la perra más feroz, más terrible y carnicera que Stokes había visto en su vida. Stokes no tardó en sospechar que tenía un campeón genuino en sus manos y puso todo su conocimiento y empeño en entrenar al animal. No quedó defraudado. Le había hecho pelear una sola vez, en Concord, en una pequeña reunión, con el ánimo de probarle sin llamar mucho la atención. ¡Santo Cielo! Stokes jamás había *oído* contar siquiera algo semejante a lo que vio aquel día. Boy era un condenado destapador: cuando terminó de sembrar el palenque con los pedazos de carne de su adversario, empezó a buscar a su alrededor algo más que destrozar. Las revistas especializadas hablaron mucho de Bad Boy, lo cual era algo que Stokes no quería que sucediese (no tenía sentido hacer saber a sus opositores con qué tendrían que enfrentarse), pero en general las informaciones estaban basadas en rumores, y no volvió a presentarlo en ninguna otra pelea, a pesar de las invitaciones que recibió. Era cuestión de dejar crecer las conjeturas. A menos que Bad Boy tuviera que enfrentarse con un jabalí, en Texas, haría añicos a cualquier animal que le presentaran, y Stokes se marcharía con treinta mil flamantes dólares, o más, si lograba que las apuestas se concentraran en el contrincante, lo cual era muy posible ya que casi nadie había visto la clase de bestia que era Bad Boy. Entonces sí que todo iría viento en popa.

El árbitro no había llegado, los hombres rezongaban y su humor empezaba a agriarse cada vez más. Se producían discusiones, algunos gritos. Varios individuos se ofrecieron para arbitrar, pero se les acusó de haber apostado demasiado como para poder ser jueces imparciales. Willis Quigley, enjuto, con un fino bigote y un enorme

brillante en el dedo anular de cada mano, propuso elegir, tirando una moneda al aire, el árbitro de la primera riña entre los hombres que enfrentarían a sus animales en la segunda; de la misma manera se determinaría entre los dueños de los perros de la tercera pelea quién haría de juez en la segunda; uno de los hombres de la cuarta arbitraría la tercera, y uno de la primera sería el juez de la cuarta. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una magnífica solución y la selección se llevó a cabo rápidamente.

A Stokes le tocó ser el árbitro de la primera pelea.

—Bueno —dijo a los competidores—, traigan a los perros y empecemos de una vez.

Por encima de la mampara, Buddy saltó a la arena y, rascándose la barriga, subrepticamente deslizó la automática Mauser 380, que llevaba en el cinto, hacia una posición más cómoda. Las peleas de perros constituían un deporte de caballeros, minoritario, pero cada vez tenían más adeptos, y las apuestas eran más abultadas, por lo que se iban infiltrando algunos elementos indeseables. El año anterior, en Georgia, un par de matones habían dado muerte a un fulano por un botín de veinte mil dólares en apuestas. Stokes ya se había percatado de que, de los hombres reunidos en el granero, cinco o seis llevaban un arma escondida. La 380 era una pistola de pequeño calibre, pero fácil de ocultar, de rápida acción y muy certera; además, Stokes usaba cartuchos cargados a mano y balas de punta hueca, capaces de arrancar un buen pedazo de carne. A corta distancia, el plomo tenía el impacto de una 38 Special, una decorosa arma para liquidar a un tipo.

Trajeron a los perros. Stokes se sintió disgustado. Aquella pelea sería aburrida. Uno de los animales era un cruzado de Gran Danés y de Doberman, que gruñía y mostraba los colmillos a diestro y siniestro. Le habían llenado de anfetaminas. El uso de drogas era muy raro cuando se trataba de un perro de raza; su efecto tenía corta duración, y les debilitaba de tal forma que quedaban a merced de su oponente. El alano era dos veces más grande que su contrincante, un hermoso mastín Staffordshire blanco y negro. Unos pocos aficionados comenzaron a gritar sus apuestas por el cruzado. Los más listos las aceptaron sin dudar un instante. Un par de conocedores arriesgaron una pequeña suma, sobre la base de cinco a uno, sólo por el placer de apostar. Los palurdos se intranquilizaron, sospechando que les habían embaucado, lo cual era cierto.

Siguiendo las instrucciones de Stokes, los perros fueron introducidos en el palenque. El alano atacó con fiereza al mastín, clavándole dentelladas en el lomo y el flanco. En silencio, el mastín le apernó una de las patas delanteras al cruzado y se la quebró. Éste luchaba como un ave de presa enloquecida; el mastín, como un imperturbable jugador de rugby. La pelea duró menos de tres minutos. Con varios huesos rotos y profundas heridas sangrantes en el pecho y los costados, el alano metió

la cola entre las patas, profiriendo lastimeros aullidos, y trató de huir.

—¡Es un gozque! ¡Se ha acobardado!

Stokes se volvió hacia el dueño del cruzado, que lo había comprado a un trapero vagabundo por cien dólares.

—Su perro se acobardó, señor Andrews. Terminó la pelea.

Andrews embutió las manos en los bolsillos del pantalón y miró con aire desconsolado el palenque, donde el mastín tenía al cruzado aferrado por el cuello.

—¡A la mierda! Deje que el perro de Scanlan acabe con él.

Al cabo de unos minutos, el cruzado estaba muerto. Alguien ayudó a Andrews a sacar su cadáver de la arena. Scanlan se hizo cargo de su perro y empezó a limpiarle las heridas. Sólo una de ellas debería ser suturada. El animal le lamió la cara a su dueño.

Los ganadores recogieron su dinero; el granjero rastrilló la tierra y esparció unos puñados de serrín para que se secara la sangre. Se anunció un intervalo de diez minutos. Los concurrentes tomaron más cerveza y engulleron más emparedados. Algunos fanfarroneaban, contando anécdotas fantásticas de otras peleas, especulando sobre las que se iban a realizar. Todo el mundo hablaba por los codos.

—¡Eh, Charlie! ¿Qué vas a escribir sobre este aborto?

El hombre que formuló la pregunta llevaba la camisa desabrochada hasta el ombligo. Un tatuaje de dos perros enzarzados le cubría el pecho.

Charlie Daws publicaba una clandestina revista de noticias destinada al público aficionado a las peleas de perros. Guardaba celosamente la lista de suscriptores y tomaba sus buenos recaudos antes de aceptar nuevas suscripciones. Parecía fastidiado.

—Una pelea asquerosa —contestó—. Iron Bite, de Scanlan, mató a un enorme mestizo en quince minutos.

Stokes trajo a Digger, un Staffordshire amarronado de cuatro años con el pecho blanco. El terrier de Staffordshire es el resultado de la evolución, a lo largo de los siglos, de los mejores perros que en una época eran los más apreciados para la práctica del deporte ampliamente popular de las peleas de perros. Su progenitor, perdido en los albores de la historia, fue el primitivo mastín inglés, una bestia terrible que las tribus velludas enviaron contra los romanos en la bárbara Bretaña. Los romanos quedaron tan impresionados por la ferocidad de aquellos animales, que les bautizaron con el nombre de *Canis pugnaces*, perros guerreros, y les introdujeron en su país a millares con el fin de hacerles luchar en la arena contra hombres, osos y toros bravíos, y les incorporaron a sus ejércitos donde su fiereza y bravura eran utilizadas para romper las filas de la infantería y derrotar a la caballería.

El Staffordshire es levemente más pequeño que el perdiguero de Labrador, pero ahí termina la comparación. La cabeza y el hocico del Staffordshire son recios, el

cráneo, ancho y prominente. Los músculos de las quijadas sobresalen como tripas hinchadas. Su pecho es macizo y duro. Las amplias paletillas aparecen acorazadas de músculos. Las costillas están bien formadas, y el lomo y los cuartos traseros se diría que se encuentran recubiertos por cables en vez de músculos. De cuando en cuando, se hace luchar a perros de otras razas, y siempre hay alguien que experimenta con los cruces y pone a prueba los frutos en el palenque, pero el terrier Staff es el perro favorito, y el mejor luchador de la tierra. Todo su ser se convierte en un núcleo de energías a punto de estallar en pelea en cuanto ve a otro perro; es una criatura poderosa, de un coraje cerril, y el dolor le tiene sin cuidado. Con los seres humanos se muestra afectuoso y manso, con una marcada inclinación hacia los niños, a quienes protege con pasión.

Algunos criadores manifiestan que todas estas cualidades se encuentran ya en la sangre, y que no se logra gran cosa mediante el adiestramiento; que es del todo imposible infundir coraje en un perdedor nato. Esta afirmación es cierta sólo en parte; el resto son patrañas. Por naturaleza, el animal es un monstruo, un destripador feroz capaz de seguir atacando luego de ser despedazado con un hacha, pero son el adiestramiento y el trato adecuados lo que constituyen la profunda diferencia entre la gloria y la fortuna y un saco lleno con los despojos del animal muerto.

Stokes empezó a trabajar con el cachorro cuando éste tenía tres meses. Utilizaba una correa de cuero —al extremo de la cual el animalito se aferraba con todas sus fuerzas, mientras él tiraba de la otra punta—, para fortalecer sus colmillos y desarrollar su musculatura. Cuando el cadillo tuvo seis meses, Stokes empezó a llevar a casa algunos gatitos; algo más tarde, gatos adultos. Les cortaba las uñas con unos alicates para alambre y colgaba a los felinos, metidos dentro de una bolsa de malla, en el extremo de una soga atada a un resorte, sobre un pequeño palenque que tenía en su cobertizo. Sujetaba al cachorro con el fin de que su voracidad y frustración fuesen en aumento mientras el gato se debatía y maullaba, y luego le decía: «¡Vamos, atrápalo!», y le soltaba, azuzándole excitadamente durante todo el tiempo que el cadillo atacaba al gatito. Si éste sobrevivía, Stokes volvía a colgarle sobre el palenque al día siguiente, para que el cachorro acabara con él. Utilizaba hasta cincuenta animales, entre gatitos y gatos adultos, con cada perro, y los esqueletos los enterraba bajo el macizo de rosales. Después de los gatos, venía la correa de suspensión: un trozo de cuero grueso en el extremo de una soga. Una vez el perro hincaba los dientes en él, Stokes, tirando de la cuerda, levantaba al animal en el aire. Luego se agachaba junto a él, diciéndole:

—No te sueltes, no te sueltes; eso es, muchacho, así es de fuerte mi matador; resiste, eres de hierro, pequeño...

Con el tiempo, un buen perro podía permanecer allí prendido durante media hora y hasta cuarenta y cinco minutos. Ese ejercicio proporcionaba a las mandíbulas la

fuerza de una prensa hidráulica, y a los músculos frontales, el poder de una locomotora. Stokes sometía al perro a ese entrenamiento durante toda su vida de luchador, y nunca dejaba de ejercitarle en la rueda de andar (en este caso, una cinta en pendiente, de velocidad regulable, sobre la cual debía caminar el perro); los músculos se volvían de granito. Una cosa era tener un perro valiente con mandíbulas de hierro y otra muy distinta si el animal poseía, además, experiencia. El mejor entrenamiento para el combate era hacerle combatir. Por ello, Stokes y un par de amigos enfrentaban a sus animales más jóvenes en peleas controladas, poniendo especial cuidado en que no llegaran al punto de lastimarse de gravedad, pero sí en grado suficiente como para que se acostumbraran al dolor; asimismo les hacían pelear con perros algo más fieros, con el fin de obligarles a hacer un mayor esfuerzo. En una riña en serio, con derramamiento de sangre y dinero de por medio, se acostumbraba a enfrentar dos animales de las mismas características. Algunos aficionados preferían a las perras —eran más ágiles y peleaban con más malignidad—, pero Stokes sentía predilección por los machos, que tenían más agallas, eran más feroces y soportaban con mayor entereza las heridas. Se decía que un fulano de Chicago, un tal Podowski, poseía un ganador que contaba con diecisiete peleas en su haber —un perro llamado Gutbuster—, aunque Stokes no podía creerlo. Un perro necesitaba por lo menos tres meses para recobrase de una buena pelea —con frecuencia ese lapso se extendía hasta un año— y Stokes jamás había visto un veterano que hubiese participado en seis u ocho peleas que no pareciera y se moviese como si acabara de salir del laboratorio del doctor Frankenstein.

Digger pesaba veinte kilos justos, un excelente peso para un animal de pelea. Dentro de su categoría, pero criado como un perro doméstico, hubiera pesado de cuatro a cinco kilos más. Stokes contemplaba como Gene Murphy, el dueño de Red Dragon, y el árbitro lavaban a Digger con el agua de un balde, con el fin de eliminar cualquier elemento venenoso, tranquilizante o cáustico que pudieran haber aplicado sobre la piel del animal y que penetraría en la boca de su oponente. Red Dragón arrojó un peso de veinte kilos y doscientos gramos. Era un Staffordshire mosqueado. En una pelea previa le habían cercenado el cartílago de una oreja, que ahora llevaba caída sobre la cabeza. Stokes y el árbitro procedieron a lavarle con la misma agua que usaron para Digger.

Stokes se introdujo con Digger en el palenque. Murphy y Red Dragón entraron por el otro lado. Los perros se miraron fijamente, abalanzándose hacia adelante en silencio, con las orejas levantadas y el pelo erizado.

Murphy asintió con un movimiento de cabeza. Stokes hizo lo propio.

—¡Soltadles! —gritó el árbitro.

Digger y Red Dragon se precipitaron hacia el centro de la arena y se encontraron con un audible choque de los colmillos, al tratar de hincarlos cada uno en el hocico

del otro. Cerraron las mandíbulas y permanecieron con las patas rígidas, usando la fuerza del cuello y de las paletillas en su esfuerzo para derribarse el uno al otro. Se zamarrearón enérgicamente, como dos contendientes de lucha libre.

Stokes permanecía agachado, con una rodilla en tierra, al lado de Digger.

—Tira con fuerza —le decía—, tira con fuerza, muchacho. Derríbale de costado. Ya es tuyo. Así, así. Buen chico. Tuércele el pescuezo, muchacho. ¡Dale, dale!

Murphy, cerca de Red Dragon, también le daba coraje.

Los espectadores, hombro contra hombro, azuzaban a su favorito.

Los perros se arrastraban y zarandeaban el uno al otro, cambiando las patas de posición para conservar el equilibrio o para darse impulso en la lucha. La sangre brotaba alrededor de sus belfos. Red Dragon se agachó, con las patas delanteras extendidas casi paralelas al suelo, obligando a Digger a bajar la cabeza, y se valía de sus poderosos muslos para tratar de arrastrar a su contrincante con la barriga pegada al suelo.

Stokes y Murphy seguían a los animales en sus movimientos, incitándoles con sus gritos.

Digger trastabilló y cayó hacia delante. Red Dragon agitó la cabeza. Digger se liberó de pronto de la presa de su adversario y se precipitó sobre él para prenderse de una oreja. Red Dragon, por su parte, no pudo hincarle los colmillos y Digger le forzó a caer al suelo de costado. Red Dragon se agitó, trató de incorporarse, pero no consiguió liberarse de las mandíbulas que le atenazaban la oreja. Digger arrastró a su adversario alrededor del palenque.

Red Dragon intentó apernarle, arrancó una tira de piel, pero no logró hacer presa. Embistió de costado a Digger y, simultáneamente, movió la cabeza hacia el lado opuesto. La oreja se desgarró en su base y le quedó colgando, dejando un trozo de cartílago sanguinolento y blancuzco en el filo. Giró en redondo y atacó desde abajo, su posición preferida, mientras Digger se le abalanzaba por arriba de nuevo. Red Dragon se aferró con fuerza en el pecho de Digger, y éste se prendió del flanco de Red Dragon y le arrancó un pedazo de carne del muslo. Formando un círculo, los dos animales daban vueltas, buscando afianzarse en el suelo para voltear al contrincante.

Stokes y Murphy giraban a la par que los perros, agachados, musitándoles palabras en los oídos. El público vociferaba. La lucha se tornaba encarnizada.

Digger atarazó a Red Dragon por el muslo y de un tirón le hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Los colmillos de Red Dragon estaban hundidos en el pecho de su contrincante de modo que, al caer, le arrastró al suelo con él. Los dos animales permanecieron con el cuerpo retorcido, aferrados el uno al otro, sin proferir sonido alguno. Sus músculos estaban tensos; la sangre manaba alrededor de sus bocas. Durante varios minutos se mordieron mutuamente. La multitud se abalanzaba para ver el daño que se estaban infligiendo. Luego hubo un incesante agitar de patas,

rápidas contorsiones y un salvaje zarandeo de cabezas, y ambos perros se pusieron en pie, libres de la presa del otro, y se atenazaron de nuevo por las mandíbulas.

El público gritaba exultante.

Digger había hecho presa de la mandíbula superior y logrado clavar sus colmillos en el hocico de Red Dragon hasta el hueso. Éste hacía lo propio con la lengua y las quijadas de Digger. Con el pecho agitado, ambos giraban con pasos medidos.

El pecho de Digger presentaba una herida en carne viva del tamaño de una mano. La sangre se deslizaba hasta el fondo de su vientre. Red Dragón tenía el muslo cubierto de sangre y el animal cojeaba, aunque ligeramente, con aquella pata. Los perros se separaron de un salto, y Red Dragon, dando una rápida vuelta sobre sí mismo, le dio, con sus fuertes nalgas, un topetazo en la paletilla de Digger.

—¡Primera vuelta! —gritó el árbitro—. ¡Sujetad los perros!

Murphy y Stokes cogieron a sus respectivos animales con ambos brazos antes de que se trenzaran de nuevo en la lucha. La pausa servía para tomar un breve respiro, como cuando un boxeador espera que se levante el oponente o se aparta de él dándole un empujón. El árbitro trajo un balde con una sola esponja. Murphy y Stokes lavaron las heridas de sus animales y les limpiaron la saliva y la sangre de los belfos. Desaparecido el balde, los perros se atacaron de nuevo.

Digger hizo presa en el costado de Red Dragon y con las poderosas mandíbulas le quebró una costilla. Red Dragon, por su parte, se prendió de una de las patas delanteras de Digger. Se la fracturó por el menudillo. A Digger le quedó el pie colgando, debiendo apoyar la pata en el extremo de la caña. Volvieron a atenazarse por las mandíbulas, arrancando gritos y silbidos de la multitud: el hocico constituye el punto más débil, por lo que un animal que recibe una severa herida en ese lugar casi siempre se acobarda, y la mayoría pone buen cuidado en protegerse el morro. Cada uno se encarnizaba con el hocico del otro sin aflojar; luego Digger pudo aferrar el de Red Dragon entre los molares y se lo trituró. Red Dragon tuvo dificultad en zafarse. Cuando lo logró, tenía el hocico partido y convertido en una pulpa, y la sangre, al espirar, le salía a borbotones. Pero no se arredró. Arrancó un pedazo de carne del tamaño de un puño de la paletilla de Digger. Éste le cercenó un músculo del muslo, dejándole cojo, y le arrancó la cola. Hacía una hora que duraba la lucha. El público estaba enardecido. Los perros daban muestras de cansancio, jadeaban y resollaban penosamente. Red Dragon respiraba casi completamente por la boca, lo cual le resultaba difícil cuando mordía, viéndose obligado a soltar presa antes que Digger. El ritmo de la pelea iba decreciendo. Ambos contendientes se tornaron más cautos y circunspectos, pero su brutalidad no declinaba. Stokes y Murphy permanecían pegados a los animales, sudando, roncando de tanto gritar. Red Dragon empezó a aflojar. Se desencadenó una ola de nuevas apuestas; la gente de Digger ofrecía tres contra dos. Luego Red Dragon derribó a Digger y se puso a horcajadas

sobre él con los colmillos clavados en la crucera. Digger no podía hacer presa ni lograba soltarse. El mosqueado volvió a ser el favorito, y las apuestas se volcaron a su favor. Digger se arrastró hacia atrás a ras del suelo, a costa de una tira de carne. Así logró llevar a su atacante contra la pared, por la que se deslizó hasta que Red Dragon quedó parcialmente atrapado en un rincón. Digger se zamarreó con el fin de liberarse de los colmillos de Red Dragon, los cuales fueron surgiendo de los músculos y la carne hasta quedar prendidos sólo de la piel. Lentamente, empezó a arrancar el pellejo que cubría la paletilla de Digger, dejando al descubierto la carne viva y palpitantes capas grisáceas de tejido muscular. Digger entró en estado de *shock*. Permaneció aplastado contra el suelo con las patas extendidas hacia afuera y el cuerpo estremecido. Red Dragon le despellejó hasta la mitad del cráneo, y por fin el pedazo de cuero se desprendió. Red Dragon sacudió el enorme pellejo ensangrentado. Lo soltó y atacó de nuevo a Digger. Stokes azuzaba con gritos a su perro. Digger soltó un suspiro. Los colmillos de Red Dragon se clavaron en su cuerpo, tan profundamente que afectaron algún nervio. Digger sufrió un espasmo y, como si algo hubiese estallado en su interior, se levantó de un salto, lanzando a Red Dragón hacia atrás.

—¡Vamos, muchacho! ¡Destrózalo, destrózalo! —gritó Stokes.

Digger se lanzó contra el vientre de su adversario. Red Dragon se dobló sobre sí mismo y aferró a Digger por la parte del cuello que estaba en carne viva. Al separarse, quedaron frente a frente: un largo trozo de intestino asomaba del agujero que Red Dragon tenía en el abdomen, y una lonja de carne colgaba del cuello de Digger, dejando expuesto un tembloroso tendón medio cercenado. Se tarascaron mutuamente distintas partes de la cabeza. Uno de los ojos de Red Dragon quedó reventado. Digger mordió profundamente el gaxnate de Red Dragon y sus mandíbulas empezaron a triturar. Red Dragón cayó de costado con la ensangrentada lengua colgando. Levantó ligeramente la cabeza, mientras sus patas arañaban el suelo. Digger permanecía sobre él sin dejar de clavarle los colmillos una y otra vez. La sangre oscura manaba sin cesar del cuerpo convulsionado de Red Dragón.

El árbitro dijo:

—¡Señor Murphy!

Murphy contemplaba los perros sin decir palabra.

—¡Despedázalo! —Stokes azuzaba a Digger enardecido—. Buen chico, buen chico. ¡Acaba con él!

La sangre de Red Dragon empapaba la tierra a su alrededor. Tenía los ojos cerrados, y le temblaban las patas. Se estremeció y luego se quedó inmóvil. Digger seguía hincándole los colmillos. Al cabo de unos minutos, soltó a Red Dragon y se sentó para lamerse la pata fracturada. Volvió sobre la garganta de Red Dragon, pero se detuvo para lamerse de nuevo las propias heridas.

El árbitro ordenó:

—Sujete a su perro, señor Stokes.

Y se arrodilló al lado de Red Dragon, se humedeció la palma de la mano y la mantuvo un instante ante la boca y el hocico destrozado del perro para sentirle el aliento. Se ajustó un estetoscopio al oído y oprimió el diafragma en el pecho del animal. Después se puso en pie y anunció:

—El Red Dragon del señor Murphy está muerto. El ganador de esta pelea es Digger, del señor Stokes.

El público aplaudió. Un par de espectadores saltaron al palenque y palmearon a Stokes en la espalda. Éste exultaba: su sueño empezaba a ser realidad. Se arrodilló y tomó la cabeza de Digger entre sus manos, teniendo cuidado de no tocar la herida que estaba en carne viva. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le dio un beso al perro.

—¡Mi pequeño, mi amor!

Digger movía la cola y le lamía la cara. Stokes se levantó del suelo y se lo entregó a un amigo, que empezó a rociar las heridas del animal con peróxido de hidrógeno.

Stokes se acercó a Murphy y le estrechó la mano.

—Era un perro soberbio, Gene. ¡Qué coraje! Tuvo agallas hasta el último momento. Lamento que lo hayas perdido.

—Son cosas que pasan —repuso Murphy—. Tú sí que tienes un magnífico animal. ¿Crees que se salvará?

—No lo sé. Jamás vi un perro despellejado de esta manera. La pata tampoco me gusta nada. Lo llevaré a Worcester. Haremos cuanto podamos por él.

La muchedumbre se mostraba locuaz y satisfecha; sólo los que habían perdido fuertes sumas de dinero parecían abatidos. La pelea había sido desgarradora. Charlie Daws había utilizado un rollo entero de fotografías. Llevaba la cámara colgada del cuello y garabateaba unas notas en su bloc. Al pasar Stokes por su lado, levantó la vista.

—¡Felicitaciones! —le dijo—. Una hora y dieciséis minutos de tremenda acción. Le dedicaré el artículo de fondo.

Stokes recogió el fruto de las apuestas. Llevó a Digger hasta su camioneta y, con una manta vieja, le preparó un lecho en el piso de la cabina. Partió en dirección a Worcester, donde había un veterinario que atendía a los perros de pelea sin pasar el informe oficial.

—Sé valiente, viejo amigo —le dijo Stokes con ternura—. Yo me encargaré de que te cuiden bien.

El vendaje principal había desaparecido. La mejilla izquierda de Jeff estaba cubierta con una gasa desde la base del ojo hasta el comienzo del cuello, debajo de la mandíbula. Al mediodía, Bauer le había cambiado el apósito. Fue la primera vez que

veía la herida desde el día que el perro había agredido a su hijo, y se le revolvió el estómago. Una enorme cicatriz rojiza, atravesada por los horripilantes puntos negros de la sutura, formaba un amplio semicírculo. La infección había sido sofocada, pero la herida aún supuraba un viscoso líquido amarillento, y era necesario cambiar con frecuencia la gasa, aplicando previamente el unguento cicatrizante. Bauer tuvo que contener el impulso de estrechar a su hijo contra su pecho y ponerse a llorar sobre su cabecita.

—Se está curando rápidamente —dijo, tratando de adoptar un tono tranquilo.

—Ya no me duele tanto, sólo un poquito.

Jeff empezaba a recuperar el peso perdido y su color natural.

Ursula le había llevado a un cirujano plástico de Nueva York. Habría que hacerle cuatro o cinco operaciones en el curso de los próximos años, por lo cual a Bauer se le partía el corazón, pero el cirujano era optimista.

Ursula todavía confiaba en obtener la custodia exclusiva, y el abogado de Bauer estaba deliberando con ella, pero por lo menos el letrado de ésta había logrado convencerla de que no le convenía privar a Bauer del privilegio de visitar a sus hijos hasta que el caso estuviese en manos del juez.

Sin embargo, no cejó en poner de manifiesto su ira. Se marchaba de casa antes de la llegada de Bauer, y dejaba que Janie se ocupara de entregarle los chicos. Se negaba a hablar con él por teléfono, y Bauer se ponía furioso; todo ello no hacía más que crear desconfianza en sus hijos, quienes se mostraban retraídos. Él le había escrito en términos razonables, pero Ursula no se dignó contestarle.

Los chicos accedieron a pasar el sábado con él, pero ninguno de los dos estuvo dispuesto a quedarse a dormir en la cabaña, deseando regresar a su casa al fin del día. Bauer les llevó al lago Kilmer, donde alquilaron un bote y cañas de pescar. Tiraron los anzuelos cerca de la orilla, entre la maleza acuática, y cogieron una ristra de pececillos. A Jeff le encantaba aquello y, cuando sacaba algún pescado, se excitaba, contemplando con el rostro radiante cómo Bauer le sacaba el anzuelo y lo ensartaba en la ristra. Mientras Bauer introducía un gusano en el anzuelo, Jeff le dijo:

—Yo todavía no puedo hacerlo. Me pincharía los dedos con la punta. Pero dentro de dos años, cuando sea como Michael, ya podré cebar el anzuelo, ¿verdad que sí?

Jeff era animoso e indomable, un positivista inexorable. Estaba tan poco impresionado por su horrenda herida como podría haberlo estado si se hubiera rasguñado una rodilla. Bauer admiraba la entereza del chico, y se maravillaba de que fuese su hijo. Mientras pescaban, jugaban a construir frases que rimasen, e improvisaban diálogos para personajes imaginarios. Para Jeff las palabras eran como juguetes encantados, y su imaginación, un vasto campo de juegos.

Pero así como gozaba con Jeff, Bauer también se preocupaba por Mike. Éste permanecía tenso, sin sonreír nunca, y contestaba con frases breves, aunque corteses.

Bauer trataba de sacarle de su hermetismo, pero sin forzarle. Cuando se sentía presionado, Mike se encerraba en sí mismo y no había amenaza, soborno o muestra de afecto que fuese capaz de obligarle a derribar sus barricadas. Aunque le faltaba la habilidad necesaria, no dejaba que Bauer le cebara los anzuelos ni que ensartara sus presas en la ristra por él. Se clavó un anzuelo un par de veces, y le apareció una brillante perla de sangre en la yema del dedo.

Al atardecer, Mike sacó un pez rueda de tamaño considerable, el más grande de todos los que habían cogido durante el día. El chico se levantó de un salto y casi se cayó del bote.

—¡Mirad eso, mirad eso! ¡Apostaría a que es la rueda más grande del lago!

Tiró del sedal y desenganchó el pez del anzuelo con dedos nerviosos. Al tratar de ensartarlo en la ristra, le resbaló la mano y, asustado, apretó con tanta fuerza la presa, que de un coletazo, el pez saltó por la borda al agua. Mike empezó a sollozar. Bauer tomó el salabre y lo hundió donde el pez, aturdido, estaba empezando a nadar lentamente hacia las profundidades del lago. Logró atraparlo y lo subió de nuevo al bote.

—¡Lo pesqué! Y, en efecto, es el pez más grande del lago, sin ninguna duda. Aquí lo tienes. —Le alargó el salabre a Mike—. ¿Quieres que lo ensarte yo en la ristra?

Mike vaciló; luego asintió con un movimiento de cabeza.

Durante el siguiente cuarto de hora nadie habló en el bote. Mike observaba de soslayo a su padre. Cuando sus miradas se encontraban, Bauer le sonreía.

—Papá —dijo Mike—, ¿quieres escuchar el último chiste que me contó Billy?

Mike coleccionaba chistes, anotándolos meticulosamente en su cuaderno, que guardaba en un estante sobre la cabecera de su cama.

—Claro —respondió Bauer.

Mike le explicó el chiste. Bauer se lo celebró. Jeff también se puso a reír, si bien no lo había entendido.

Entonces Bauer le contó, a su vez, un chiste a Mike. A éste le gustó tanto, que le pidió a su padre que se lo repitiera para memorizarlo. Intercambiaron algunos más y después Mike empezó a contarle anécdotas de la escuela y de sus amigos. Cuando remaron hacia la orilla, Mike estaba radiante de felicidad. Bauer exhibió sus presas ante un par de pescadores que se encontraban en el embarcadero y les mostró el pez rueda gigante logrado por su hijo. El pescador más viejo declaró que era la pieza más grande que había visto, obtenida en aquel lago. Mike no cabía en sí de gozo.

Bauer puso el pez rueda sobre un periódico viejo y lo colocó en el baúl del coche. Merendarían en su cabaña y limpiarían el pescado y lo envolverían para que Ursula lo conservase en el congelador.

De pronto Mike se arrimó de espaldas al automóvil, pataleando furiosamente.

—¡No! ¡No! ¡No!

Un perro dálmata se le había acercado, olfateándole. El animal retrocedió y levantó la cabeza, sorprendido. Movi6 tímidamente la cola.

—¡Lárgate! —chillaba Mike.

Cogió un puñado de grava y lo lanzó contra el perro. Jeff buscó la mano de Bauer, pero, por lo demás, parecía tranquilo.

—¡Mike! —Bauer puso una mano sobre el hombro del chico, interponiéndose entre su hijo y el perro—. Tranquilízate, no te hará daño alguno.

Mike se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar.

A Jeff le temblaban los labios.

Un hombre, que llegó corriendo desde el embarcadero público, cogió al dálmata por el collar. El perro volvió prestamente la cabeza, como sorprendido, luego movió la cola y le lamió la mano a su dueño.

Bauer tenía a sus dos hijos abrazados por los hombros.

—Tuvieron una amarga experiencia con un perro que les agredió —dijo.

El hombre se mostró embarazado.

—Es muy manso, incapaz de lastimar a nadie. Lo lamento..., es sordo y, a veces, se escapa; ése es el problema con los dálmatas, la sordera, que proviene de no cruzarlos con otras razas... Realmente lo siento, yo...

—Bueno, ¡maldita sea! —exclamó Bauer, frustrado—. Debería vigilarle con más atención.

El hombre agachó la cabeza, se disculpó y se alejó, llevándose al perro.

—Ya se ha ido —dijo Bauer—. Era un perro cariñoso, que no tenía intención de hacerte daño.

Mike estaba temblando.

—Es sordo —agregó Jeff—. Eso quiere decir que no puede oír. No iba a morderte. Sólo quería jugar, Mike.

Eran cinco. El nuevo era una hembra de áspero pelaje, gris en su mayor parte, con manchas bermejizas. Tenía el mismo tamaño que la perra parda. Su cara poseía rasgos de bóxer, y una incipiente barbita. Era muy joven. Un matrimonio de Boston la había obtenido, mediante un aviso en la sección *Consígalo gratis* del «Freeman», para sus hijos. El cachorro pasó un verano maravilloso. Dormía fuera de la casa, puesto que la mujer no quería complicarse la vida enseñándole a comportarse como es debido en el hogar, y tenía libertad para vagar cuanto quisiera, aunque por lo general no se alejaba mucho ni permanecía largo tiempo lejos de la vivienda porque le daban de comer a la mañana y a la noche, y durante el día los chicos jugaban con ella, le disimulaban las travesuras y, a veces, por la noche la introducían a escondidas en su cuarto y dormía con ellos.

A fines del verano, la familia se marchó una tarde, tal como solían hacer de

cuando en cuando, y la perrita no se sintió desdichada por cuanto nunca tardaban en regresar más de unas pocas horas y, cuando regresaban, siempre le daban algo especialmente rico de comer; pero esta vez no regresaron, ni tampoco lo hicieron a la mañana siguiente, ni durante el segundo día, ni durante el tercero. La perra permaneció cerca de la casa de alquiler, incursionando en el bosque cercano a la caza de algo que comer; iba perdiendo peso, dormía en el porche y gañía sin cesar mientras arañaba la puerta de la cabaña. A medida que transcurrían los días vacíos, se sentía más sola y abatida, perdiendo gradualmente la noción de qué era lo que estaba esperando, hasta que al cabo de un par de semanas se alejó de la casa en dirección al bosque para no volver.

La familia, por supuesto, sabía que sólo la tendrían con ellos durante el verano. En Boston, el contrato de su apartamento contenía una cláusula que les prohibía tener perros en él, y de cualquier manera, tanto el mando como la esposa consideraban que era una crueldad obligar a un animal a vivir dentro de las limitaciones que le imponía un entorno urbano. Pero ambos amaban a los perros y pensaban que constituiría una experiencia positiva y saludable el hecho de que sus hijos convivieran con un perrito durante una temporada y asumieran la responsabilidad de alimentarlo y cuidarlo. Asimismo, cuando se terminó el verano, trataron de encontrarle un nuevo hogar. Sin embargo, las personas que ya poseían uno o varios perros no querían tener otro, y las demás, les manifestaron que preferían conseguir un cachorrito, que fuese listo y adorable, y no un animal casi adulto y criado sin la debida disciplina. Los miembros de la familia sabían que los perros que se entregaban a las perreras tenían una esperanza de vida de tres a cuatro días, y todos votaron en contra de depositar el animal en una de ellas. Concluyeron que cuando la perra comprendiese que ellos no regresarían, se marcharía de allí y, como sea que era una perrita hermosa, estaban seguros de que alguien la recogería. Si por algún motivo no lograba encontrar un nuevo hogar, aprendería a valerse por sí misma y, por lo menos, sería libre y viviría. Ellos eran gente sensible; no eran como esas personas duras de corazón que disfrutaban de un animalito y luego lo entregaban a la perrera para que lo eliminen.

Debido a su corta edad, la perra era torpe y estaba poco dotada para la caza. Se fue enflaqueciendo y permanentemente estaba hambrienta y se sentía desdichada. Algo le pasaba con los ojos. La visión no parecía afectada, pero un líquido irritante supuraba de ellos y se le formaban unas costras que debía arrancarse varias veces al día frotándolas con las patas. En el bosque encontró a otro perro, un perro que era mejor cazador, que siempre sabía dónde encontrar agua y buenos lugares para dormir. Evitaba a los seres humanos, transmitiéndole a la perra la furia y el poderoso temor que experimentaba cada vez que encontraba el rastro dejado por uno de ellos. Mientras anduvo sola, algunas personas le dieron de comer y, de cuando en cuando, jugaban con ella o la hacían objeto de demostraciones de afecto, pero las reacciones

del animal no tardaron en borrar el débil vínculo que la ataba a ellos.

Se aparearon a comienzos del invierno, y la perra tuvo tres cachorros poco después de una fuerte nevada. Devoró las bolsas en que nacieron envueltos, les limpió con la lengua y les ofreció el calor de su cuerpo en el reducido cubil. Comía lo que el macho regurgitaba ante ella, después de un día de cacería. Pero la nieve era muy espesa y había poca caza, y las plañideras criaturas chupaban las ubres que, la mayoría de las veces, estaban vacías, por lo que murieron antes de llegar a abrir los ojos. Ella también estuvo al borde de la muerte, y el macho cayó en un estado de extremo debilitamiento al tener que procurarse alimento para los dos, pero ambos lograron sobrevivir, y no pasaron muchos días antes de que ella saliera a *cazar* con él, y le siguió hacia la falda de la montaña, compartiendo su nerviosismo cada vez que percibían el olor de un ser humano.

Huyeron de un gallinero, con los belfos cubiertos de sangre, cuando oyeron un ruido proveniente del lugar donde habitaban los seres humanos y unos rápidos pasos que hacían crujir la nieve helada. Pero no lograron escapar con la suficiente rapidez y el macho fue derribado por un trueno antes de que pudieran refugiarse entre los árboles. El animal se arrastró hacia un lugar seguro, sin haber sido alcanzado por el segundo estruendo, pero no pudo moverse con presteza ni llegar muy lejos, y murió en el bosque, y ella se quedó junto a su cuerpo helado durante todo el día antes de abandonarle, con renuencia, para dirigirse de nuevo hacia la montaña.

A principios del verano encontró a la perrada. Cuando se adentró nerviosamente en el claro, los machos se lanzaron hacia ella, pero, una vez la hubieron olisqueado, la dejaron en paz. Uno de ellos, un animal moteado de pequeño tamaño, empezó a retozar con ella. Una perra parda le lanzó unos ladridos, desafiante. Ella le contestó, y las dos hembras se atacaron, mientras los machos daban vueltas, agitados, a su alrededor. La gris se sometió, y una vez establecido el orden, la parda la dejó tranquila, y el resto de la manada la aceptó sin dar muestras de hostilidad. Ella se sintió satisfecha, contenta. Aprendió en seguida sus costumbres y se adaptó a ellos perfectamente. Era más valiente que la perra parda y también más veloz. Ésta sufría accesos de celos de cuando en cuando y la obligaba a someterse a ella o la hacía víctima de brutales dentelladas, pero en general ella lograba que alguno de los machos la acompañara en sus vagabundeos, o le incitaba a espulgarse mutuamente o bien a acurrucarse a su lado para dormir, y la perra parda se tranquilizaba al poco rato y todo volvía a la normalidad.

Después de una semana de escasa cacería y de incursionar durante toda una mañana en un territorio bastante alejado de sus dominios, Orph les condujo a través de un bosque ralo, siguiendo un olor tan intenso de carne, que se les llenaba la boca de saliva y ésta les goteaba de la lengua, mientras crecía su ansiedad y se afirmaba su propósito, avanzando con la cabeza en alto y las orejas levantadas. Orph se detuvo

ante los alambres de una cerca. El cálido tufo de la carne saturó el olfato de los perros.

Unas abultadas formas negras se congregaban en medio del prado. Orph husmeó el aire, tratando de ponderar el olor a ser humano mezclado con el denso efluvio de la carne. Caminaba arriba y abajo a lo largo del cercado. La perrada esperaba, inmóvil y alerta, sin sacarle la vista de encima. Orph se detuvo y contempló los animales del prado. Escuchó y sólo logró percibir el rumor del viento sobre la hierba. El resto de la manada se apiñó junto a él. Orph recorrió con la vista toda la extensión del prado y sólo vio el movimiento de los animales.

Arrastrándose con el vientre pegado al suelo, se deslizó bajo la alambrada y penetró en el prado. Los otros cuatro perros le siguieron, se enderezaron sobre sus patas y empezaron a correr tras él. Orph se dirigía hacia las terneras, con la cabeza proyectada hacia delante y la cola flotando.

Una de las terneras levantó la cabeza y mugió alarmada. Giró en redondo y se alejó corriendo. El resto de la manada la siguió presa de pánico.

Dos de ellas se estrellaron contra el otro lado de la cerca y quebraron una estaca de cedro, rasguñándose el pellejo con las púas de los alambres. La manada se detuvo detrás de ellas y salió en estampida hacia otra dirección.

Los perros las seguían de cerca. El moteado se adelantó a Orph, alcanzó a la última ternera y empezó a lanzarle mordiscos a los corvejones. La ternera mugía aterrorizada, y la manada se hizo eco de sus mugidos. El moteado salió disparado por el aire y se aferró con las mandíbulas a la cola del animal, quedando colgado de ella, golpeándose contra sus flancos, cuando de pronto la enloquecida criatura se levantó sobre las patas delanteras y le lanzó una poderosa coz con las traseras.

Orph llegó a la altura del animal y saltó hacia su cuello. Sus colmillos no lograron hacer presa. Siguiendo la carrera, saltó de nuevo y sus quijadas se cerraron sobre el grueso cuello. La enorme ternera trastabilló y trató de sacudirse a Orph de encima. Éste fue zarandeado violentamente. El negro se abalanzó sobre la ternera por el otro lado. Le desgarró una tira de cuero de la paletilla, atacó otra vez y le hundió los colmillos en el morro. La ternera dobló el poderoso cuello y agitó la cabeza. El negro salió volando por los aires. Golpeó contra el suelo, rodó por él y de un salto se precipitó de nuevo contra la ternera. La perra parda le atenazaba las patas traseras, y la gris se adelantaba para embestirla por el vientre. El negro había conseguido colgarse otra vez, y su peso, sumado al de Orph, hizo caer a la ternera de rodillas. El moteado la atacó por el flanco, mientras la perra parda se unía a la gris, que se encarnizaba con el vientre. La ternera se tambaleaba sobre sus patas. Los ojos se le salían de las órbitas y mugía con la cabeza echada hacia atrás. Las terneras restantes se apretujaban a varios metros de distancia contra un ángulo de la alambrada y bregaban por encaramarse unas sobre las otras, armando gran alboroto. La víctima

logró afirmarse sobre sus patas y embistió a los perros, agitando la testa, presa de un intenso temblor. Su rizado pelambre negro estaba pegoteado de sangre. Sacaba espuma por la boca, que se tornaba rosada al mezclarse con la sangre que le manaba de la lengua cortada. Orph, prendido de su cuello, tironeaba para derribar al animal. El negro estaba aferrado al morro y trataba de arrastrar a la ternera hacia delante. La perra parda le rasgó la panza, y la ternera se desplomó pesadamente de costado. Orph se escabulló antes de ser aplastado por ella, luego le saltó de nuevo al cuello con ferocidad. Las dos perras la estaban destripando. Arrancaban sanguinolentos pedazos de carne y entrañas. El moteado se les unió. De la garganta de la ternera brotaba un chorro de sangre. Orph y el perro negro se juntaron con los que le estaban devorando las tripas. Hundieron los hocicos profundamente en el vientre abierto del animal y empezaron a engullir con voracidad. El negro y la perra gris se separaron atenazando el mismo trozo de carne ensangrentada, cada uno por una punta. Lo desgarraron por la mitad, lo engulleron y se abalanzaron de nuevo sobre la presa. Intensas convulsiones sacudían el cuerpo de la ternera, que perneaba débilmente.

Homer McPhee estaba aplicando un emplasto al absceso de una vaca en el campo de pastoreo principal, cuando escuchó el alboroto. Nunca había oído nada igual, pero no tuvo ninguna duda de que se trataba de un ruido fruto de un terror mortal. Subió corriendo por la ladera de la colina que separaba los dos campos de pastoreo. Las terneras debían de pesar entre ciento ochenta y doscientos kilos, y las había separado de las vacas la semana anterior para destetarlas.

Al llegar a la cima de la colina y mirar hacia abajo, se quedó paralizado contemplando a una de las terneras, que sangraba y trastabillaba bajo el ataque de una cuadrilla de perros. Permanecía inmóvil con la boca abierta. La ternera cayó al suelo. Los perros se arremolinaron a su alrededor.

Homer levantó los brazos en alto con los puños cerrados y empezó a gritar. Los perros arrancaban sanguinolentos pedazos de carne de la res y los devoraban casi sin masticar. Homer cogió del suelo una piedra del tamaño de un puño, arrancó otra de un puntapié, que recogió a su vez, y salió corriendo colma abajo, gritando:

—¡Os mataré, bastardos, os mataré!

En mitad del sendero yacía una larga y gruesa rama. Homer dejó caer una de las piedras y empuñó la rama. Llegó a la cerca, se dejó caer de bruces y rodó por debajo de los alambres.

Estaba a menos de doscientos metros del lugar de la carnicería. Empezó a correr de nuevo, enfurecido. Los perros le vieron llegar. Él se detuvo y lanzó la piedra. Con un golpe seco, cayó sobre el costado de la ternera muerta. Orph y el negro se inmovilizaron. La perra parda y el moteado se separaron de la res. La perra gris siguió comiendo.

—¡Malditos bastardos! —rugía Homer.

Se precipitó hacia los perros. Las hembras y el moteado se alejaron un par de metros. Orph y el negro retrocedieron lentamente un paso. Homer blandió el garrote y, descargándolo con fuerza, alcanzó al negro en un costado. Con las costillas fracturadas, el animal cayó aullando al suelo, Homer lanzó un violento y enloquecido grito de triunfo. Levantó nuevamente el palo.

Orph saltó hacia él y sus colmillos se clavaron en el antebrazo de Homer. El súbito y aplastante dolor hizo tambalear al muchacho. Profirió un chillido. La rama que empuñaba se le escapó de la mano. No le era posible liberarse de las mandíbulas que le atenazaban el brazo. El enorme perro pastor alemán afianzó las patas en el suelo y empezó a retroceder, emitiendo un gruñido ahogado, y arrastró al muchacho con él. Homer fue presa de una enorme angustia. Respiraba agitadamente, se le borró el color del rostro y un frío sudor le cubrió todo el cuerpo. Vio que el perro negro se levantaba, con los belfos fruncidos, mostrando los dientes. El animal, gruñendo roncamente, se abalanzó sobre él. Homer se puso a gritar. El negro le atenazó la rodilla y le derribó al suelo. La mente de Homer se sumió en el marasmo. Trató de encoger las piernas sobre su vientre y hundió la cabeza entre los hombros. Dio un puntapié al negro, y descargó un puñetazo contra el perro pastor con la mano que tenía libre. El negro le estaba desgarrando la pierna. El pastor alemán le soltó el brazo, y Homer vio las enormes fauces que se precipitaban hacia su rostro. Trató de cubrirse con ambas manos, y los colmillos le trituraron los huesos. Homer se desmayó.

Estuvo inconsciente sólo unos breves instantes, y cuando recuperó el sentido, abriendo desmesuradamente los ojos, mientras se le vaciaban la vejiga y los intestinos en los calzoncillos, el pastor alemán estaba a un par de pasos de distancia, mostrando los colmillos, profiriendo un ronco y profundo gruñido, y los otros perros continuaban despedazando la res muerta.

Homer cerró los ojos con fuerza y empezó a sollozar. Su cuerpo temblaba. El perro pastor lanzó un bufido. Cesó el ruido que hacían los otros al comer. Durante unos segundos todo quedó silencioso. Los párpados de Homer se abrieron lentamente, contra su voluntad. El pastor alemán se alejaba trotando hacia el cercado que bordeaba los árboles. Los demás perros le seguían en fila.

Los cinco desaparecieron en el bosque.

Homer permaneció inmóvil, angustiado de dolor, incapaz de pensar. Estaba llorando. Realizó el ingente esfuerzo de incorporarse. Sus manos estaban llenas de sangre y en carne viva. Agudas astillas de los blancos huesos asomaban entre la pulpa carnosa de la mano derecha. El dedo índice había desaparecido. Torpemente, intentó incorporarse. Las ensangrentadas piernas le temblaban con tanta violencia, que no logró sostenerse. Se arrastró en dirección a la casa, con la boca abierta, gimiendo y

con el cuerpo sacudido por intensos espasmos.

Spirit estuvo vagabundeando. Durante un tiempo se apareó con una perra collie, que pertenecía a una mujer cartero (durmió dos noches con la perra collie en el porche de la mujer, y ésta le dio de comer), y durante un tiempo anduvo solo. Se encontraba en la vertiente meridional de la Sproul's Mountain, a unas cuatro o cinco horas de la Casa del Árbol si seguía el camino que pasaba por la cumbre, y a unas siete u ocho horas si rodeaba la falda. Estaba cansado, de modo que tomó el camino más largo pero menos abrupto.

Mientras trotaba a lo largo de la carretera llena de baches sintió hambre, así que enfiló una polvorienta senda lateral, que conducía a una casita con un cobertizo de madera terciada sin pintar. Lógicamente, Spirit nunca hacía el esfuerzo de cazar cuando se le presentaban otras alternativas. Tenía suma habilidad con los cubos de basura. También sabía adoptar el aire de un ser desamparado, anhelante de caricias. Frente a la casa, un niño estaba jugando en un cajón de arena. Spirit se detuvo discretamente a unos quince metros y esperó a que advirtieran su presencia. Algunos seres humanos eran definitivamente hostiles. Le tiraban piedras cuando él se acercaba mendigando comida. Al primer movimiento de agresión, saldría disparado: si recibía una sonrisa o le llamaban, acudiría en seguida, se pondría panza arriba y agitaría la cola, para que le encontraran adorable, y, sin duda, algún bocado caería.

El niño levantó la vista, emitió una exclamación y, saltando fuera del corralito de arena, se metió corriendo en la casa.

Spirit se quedó perplejo al verlo, pero no perdió la esperanza.

Eileen Bernholz estaba puliendo la nueva pared de conglomerado de madera que John atornilló en el anexo la noche anterior. Una tabla más, luego los marcos de las ventanas, los mosaicos de vinilo en el suelo y quedaría terminado. La más grande de las habitaciones nuevas sería para el nene que nacería dentro de tres meses, y la más pequeña serviría de lavadero: por fin podría sacar la lavadora y el secador de la atiborrada cocina.

Mark entró corriendo:

—¡Mamá, afuera hay un perro!

Eileen dejó a un lado la cuchilla y se limpió las manos.

—¿Dónde, mi amor?

Mark tenía cuatro años y era una criatura sumamente excitable. Ella no quería que se angustiara.

Eileen y John le habían advertido que no se acercara a los perros vagabundos, después de enterarse de lo que le había ocurrido al joven McPhee en Marbleville, una

localidad cercana. Durante los dos días siguientes, el pequeño no quiso salir de la casa si no era en compañía de sus padres.

John era alguacil de la ciudad. Había visto animales muertos por perros vagabundos, y el invierno anterior él mismo había matado a tiros a dos que estaban descuartizando a un venado cojo. Le dio a Eileen claras e inequívocas instrucciones al respecto, y ella, que se había criado en las montañas, no era una mujer indecisa.

Entró en la cocina y miró por la ventana. El perro le era desconocido. No llevaba collar. Tenía el pelaje sucio y apelmazado, lleno de garrapatas. No era un animal doméstico.

—Mark, mi amor —dijo—. Ve a la sala de estar y enciende el televisor. Mamá va a salir un momento. En seguida volveré.

Los padres de Mark le dosificaban estrictamente el tiempo que podía destinar a ver televisión. La perspectiva le llenó de entusiasmo. Se dirigió a la sala como un cohete. El televisor empezó a funcionar, atronadoramente.

Eileen cogió una escopeta de dos cañones, abrió la recámara e introdujo dos cartuchos del número 4. Luego la cerró y sacó el seguro del arma.

Una mujer salió de la casa. Spirit la miró fijamente, esperando algún gesto que le indicara qué debía hacer. Ella le apuntó con algo. Spirit se quedó confundido y ansioso; no le había dicho nada, por lo que no podía interpretar el tono de su voz. La fijeza del ojo de la mujer le inquietó y dio un paso hacia delante.

Eileen oprimió el primer gatillo. ¡*Buuuum!* La culata se le hundió en el hombro. Treinta gramos de plomo hicieron saltar fragmentos de cráneo y de tejido cerebral de la cabeza de Spirit, dejando una aureola carmesí. El impacto le hizo saltar por los aires hacia atrás. El segundo disparo, ya inútil, levantó su cuerpo del suelo.

El «Freeman» y la WCVS arremetieron con toda virulencia. Harry Wilson atacó a los perros, crucificó a sus dueños y puso el grito en el cielo porque no se le hacía caso. Los medios de comunicación de las localidades vecinas reaccionaron de una manera sólo algo menos violenta. El «National Enquirer» anunció: PERROS ASESINOS: LA MÁS GRANDE AMENAZA EN ESTADOS UNIDOS, en un gran titular, y publicaba una fotografía que mostraba a McPhee cuando era sacado, ensangrentado y aturdido, de un patrullero de la policía del Estado y le colocaban en una camilla, y otra de la ternera mutilada. La AP y la UPI difundieron la noticia a través de sus servicios informativos. Covington se convirtió en el polo de atracción, y los perros y la gente que les defendía llevaron la peor parte. Una mujer de la Asociación de Perros de Raza

Pura fue el blanco de insultos y escupitajos, de parte del público que asistía a una reunión donde se debatía el tema. La policía capturó perros vagabundos y otros cuyos dueños no los tenían encerrados, excediéndose en la aplicación de más de un centenar de multas. Unas cuantas docenas de perros fueron exterminados en la humanitaria perrera —incluyendo una considerable cantidad cuyos propietarios los entregaron manifestando que no los querían tener más— y uno de los empleados recibió una soberana paliza que le proporcionaron dos hombres, convencidos de que sus perros estaban allí encerrados. El alcalde Thomas Josephson designó una comisión de emergencia para investigar y para formular recomendaciones.

El doctor Chaim Mendelberg dobló el ejemplar de la edición matutina del «New York Times». Apoyó el codo sobre su escritorio y dejó reposar ligeramente el mentón en la punta del dedo índice extendido. Tamborileó con la goma de borrar del extremo de un lápiz contra el artículo del diario, mientras se le formaban dos diminutas arrugas verticales en el centro de sus cejas. Llamó a su secretaria por el intercomunicador.

—Sí, doctor Mendelberg.

—Sheila, ¿sabe usted a qué distancia queda Covington?

—Pues a unos ciento cincuenta o doscientos kilómetros. ¿Quiere que lo averigüe con exactitud?

—No, no, eso es suficiente, gracias. Haga el favor de telefonar a Bill Hazlett y pásame la comunicación.

Ursula denunció la agresión de que había sido víctima Jeff, y citaron a Bauer a declarar. Éste llegó al edificio de la gobernación del condado a última hora de la tarde. Había cuatro personas esperando. El horario de atención al público había terminado y, cuando le tocó el turno a él, la mayoría de los despachos estaban vacíos.

La comisión estaba integrada por un sargento de la policía de Covington, una mujer, funcionario del ayuntamiento, un representante del Departamento de Conservación, Elizabeth Collier y Harry Wilson. También se hallaba presente, con carácter de observador, un hombre, llamado Bill Hazlett, perteneciente a una institución científica del sur del Estado, que experimentaba con perros. Wilson llevaba una chaqueta deportiva a cuadros sobre un suéter de cuello alto. Tomaba notas con una estilográfica plateada.

Bauer formuló su declaración en pocos minutos.

—Eso es todo —concluyó—. Mi hijo deberá ser sometido a varias operaciones de cirugía plástica, pero se está recuperando perfectamente.

El concejal Thomas, que presidía las actuaciones, parecía embarazado, como si inadvertidamente se hubiera puesto a hurgar en una cuestión privada y personal.

—Gracias, señor Bauer. Me alegro que el chico no recibiera heridas de mayor

gravedad.

Miró a los concurrentes para ver si alguien quería formular alguna pregunta. Sólo Harry Wilson lo hizo.

—¿No ha vuelto a ver el perro desde aquel día?

—No.

—¿Leyó la descripción del animal que conducía la perrada que acometió a McPhee?

—Sí, en efecto.

—¿Cree usted que puede ser el mismo?

—La descripción podría adaptarse a Orph.

—Pero ¿cree usted que *fue* él? —presionó Wilson.

—El informe podría referirse a cualquiera de los quince o veinte perros pastores que han pasado por mi consultorio —dijo Elizabeth Collier—, y por lo menos a otros treinta o cuarenta de la localidad. También quisiera señalar, formalmente, que las personas legas en la materia son propensas a calificar de pastor alemán cualquier perro cuya conformación recuerde remotamente la del ovejero, y hay que tener en cuenta que éste tiene la conformación canina clásica. Supongo que no querrán establecer una especie de *pogromo* con respecto a los perros.

—La observación es acertada —reconoció Thomas.

—Pero ¿usted qué cree? —insistió Wilson, dirigiéndose a Bauer—. El perro era suyo. ¿Alguna vez se mostró especialmente agresivo con los seres humanos? ¿Supone usted que es el mismo animal?

Bauer vaciló, deseando no tener que responder. Pero ahora incluso Thomas parecía interesado en su respuesta, como si la identificación, de alguna manera, representara un paso hacia la solución del problema.

—Orph pudo ser atropellado por un coche —respondió Bauer—. Alguien pudo llevárselo a su casa; quizás esté viviendo en el bosque, o bien, en efecto, era el conductor de la perrada. No veo qué sentido tiene ni siquiera formular conjeturas al respecto, ni sé qué podemos lograr con ello... No se trata del caso de un criminal en que, una vez conocido su nombre, se le va a buscar a su casa y se le detiene. Tanto si fue Orph como si fue Spot o Rover o cualquier otro perro criado en estado salvaje, el caso es que el animal aún sigue rondando por alguna parte y el hecho de saber su nombre no servirá de ayuda alguna para encontrarlo.

Elizabeth Collier asintió aprobadoramente. Thomas pareció decepcionado.

—Lamentablemente, supongo que eso es cierto.

—Sí —dijo Hazlett—, lo es. —Miró a los demás como disculpándose—. Sé que no tengo participación oficial en este caso, pero ¿podría agregar algo?

—Por supuesto —repuso Thomas.

—Es una posibilidad muy remota, pero si se pudiera identificar al animal, tal vez

resultaría más fácil prever sus actos y movimientos. ¿Tenía alguna característica particular su perro, señor Bauer, algún detalle, algo que pudiera facilitar su identificación?

Bauer movió la cabeza.

—Yo lo reconocería, pero se trata de mi perro. No creo que otra persona pudiera hacerlo. —Hizo una pausa—. Orph tenía una pequeña muesca en una oreja. En la derecha, cerca de la base, pero dudo que nadie pudiese percibirla a menos que le acariciara la cabeza. Aparte de eso, nada más.

Thomas levantó la sesión. Wilson guardó su bloc de notas en una cartera portadocumentos y la cerró. Se detuvo detrás de la silla donde estaba sentada Elizabeth y dejó reposar, casualmente, una mano sobre su hombro.

—¿Tienes algún compromiso? —le preguntó.

Ella volvió la cabeza, sonriendo.

—Ninguno en absoluto. Y no tengo intención de contraerlo.

Se sacó la mano de encima con un encogimiento de hombro, se puso en pie y se alejó de él.

La sede de la gobernación del condado era un edificio de tres pisos, de acero inoxidable y vidrio oscuro. Descendieron de la planta alta en un silencioso ascensor y firmaron, al salir, en el registro del guardia de seguridad, por ser una hora intempestiva. Una vez en la calle, se dispersaron, tomando cada cual su camino. Elizabeth tenía el auto aparcado en el mismo sector que Bauer.

Ella se aproximó a él:

—Manejó a Wilson muy bien —le dijo—. Me causó una gran satisfacción. Lamento lo que le pasó a su hijo con el perro.

—Gracias —repuso Bauer—. Al parecer usted tampoco tiene problemas en manejar a Wilson.

—Tengo experiencia. Es un asno.

Se frotó la nuca con la mano.

—¿Un día muy cargado de trabajo?

—Un día deprimente.

—¿Qué tal le caería, un trago?

Ella vaciló.

—Muy bien, me vendría de perlas.

Cruzaron el aparcamiento y entraron en el Jury Box, al otro lado de la calle. Había vigas artificiales, mesas revestidas de fórmica, que parecían de madera, y sillas tapizadas con un material plástico, que, al parecer, pretendía ser una imitación del cuero. Basura sintética; pero era un lugar limpio, tranquilo y acogedor.

Se sentaron a una mesa. Elizabeth se recogió los cabellos hacia atrás y se los ató con un pañuelo de seda. Llevaba una falda beige y un suéter, sobre el cual lucía una

delgada cadena de oro a modo de collar. Su tez poseía el matiz del marfil viejo; sus ojos eran de color castaño claro. Tenía unas manos finas y fuertes.

La camarera les sirvió las bebidas. Bauer se quedó contemplando su vaso un instante, tomó un sorbo y lo dejó de nuevo sobre la mesa.

—Creo —dijo— que es Orph quien conduce la manada.

—¿Por qué?

—Vivimos muy compenetrados. Llegué a conocerle..., bueno, probablemente no llegué a conocerle..., sino que establecí una especie de vínculo emocional con él. En realidad, no era posible conocerle, ésa es una de las cosas que comprendí luego. — Siguió hablándole de Orph, con una cierta tristeza en la voz—. Por lo tanto, más que nada es intuición. Sin embargo, estoy casi seguro de que se trata de Orph.

—Me imaginé que era eso lo que sentía. Trató de protegerle. —Reflexionó un instante—. Podría ser él.

—Lo es —afirmó Bauer con tono grave.

—Tal vez sí, tal vez no. Por el momento, nadie puede estar seguro de nada. No mentí cuando dije que hay tres o cuatro docenas de perros que se adaptan a la descripción.

—Es usted muy diplomática. Si se trata de Orph, entonces toda la responsabilidad es mía. Usted me advirtió desde el primer momento, cuando aún era un cachorro, que debía adiestrarlo. No lo hice y mire lo que ha sucedido.

—¡Oh, estoy indignada! —exclamó ella—. Esa manada no tiene culpa alguna, ni tampoco la tiene ningún otro perro en estado salvaje. Dadas las circunstancias, se comportan de manera natural. Los dueños generan un sentimiento de culpa... pero sólo los animales deben soportar el sufrimiento. A pesar de todo, mi indignación no se dirige contra usted. La responsabilidad es suya, por lo menos de la agresión a su hijo, pero no trate de echarle la culpa al perro y excusarse usted. Eso es lo que hubiera hecho cualquiera.

—A fuer de sincero, a mí también me gustaría hacerlo.

—¿Por qué? Todos somos responsables de nuestros propios actos. Cómo nos juzga la sociedad, no significa nada, salvo en términos del más puro pragmatismo. ¿De qué otra manera podríamos forjar nuestro ser si no fuera mediante la confrontación interior? No es fácil encontrar esa sinceridad en muchas personas, y es por eso que la mayoría de ellas no son siquiera merecedoras de que uno acceda a tomar un trago en su compañía.

—Es usted una persona magnífica.

—No, no lo soy —replicó—. Soy implacable, soy intolerante, soy egoísta y soy antipática. Mi esposo me llamaba vagina exangüe. Solía confundir los esfuerzos denodados con los bríos. Felizmente, no estuvimos casados el tiempo suficiente como para que nuestras relaciones se convirtieran en un infierno; sólo fueron

desagradables. Por otra parte, él fue el primero en empezar a insultarme. Al parecer, yo le provocaba. Pero siento demasiado respeto por mí misma como para vivir vil o ciegamente, o eludiendo el dolor por el solo hecho de que es dolor.

Bauer rió.

—¡Diablos, *es usted* realmente implacable!

Ella se enderezó, contrayendo las facciones, desafiante, la mirada perdida en el vacío, contemplando una fantasmal aparición que despreciaba y que había sido la causa de su dolor. Parpadeó, sorprendida al volver súbitamente a la realidad.

—No soy una persona magnífica —dijo—, pero creo que soy una persona decente. —Luego se rió de su propia seriedad—. Y no puedo resistir la tentación de apostar a los caballos y soy una adicta al cine... no me importa cuán mala sea la película; mientras aparezca en la pantalla algo que se mueva, me siento feliz... y me río sin poderme controlar cuando me hacen cosquillas. —Enmudeció—. Borre las últimas palabras, no se trata de una invitación.

—¿Quién es su corredor de apuestas?

—¿Quiere apostar?

—No. Sólo intentaba borrar la última frase. La invito a tomar otra copa, y como estoy hambriento, me gustaría encargarme de comer; sería magnífico si usted quisiera cenar conmigo, y esto no es una invitación, sino una declaración de deseos.

—Estupendo. Pida el menú.

Se contaron mutuamente algunas cosas sobre sí mismos: nada revelador o sumamente personal, pero lo suficientemente biográfico como para definirse a grandes rasgos el uno ante el otro.

En el aparcamiento, junto al automóvil de Elizabeth, él dijo:

—Fueron dos horas deliciosas. Celebro que las hayas pasado conmigo.

Ella le estrechó la mano, en un apretón que prometía una posible amistad.

—Fue muy agradable, Alex. Me has dado ánimo.

—Bueno... Buenas noches —dijo él.

—Buenas noches. Y gracias.

Bauer, mientras conducía hacia su casa, se sintió alternativamente feliz y deprimido.

Hacía una hora que brillaba el sol. La perrada, al amanecer, había dado muerte a tres mapaches cachorros y a su madre. Ésta había mordido a Orph en una paletilla, y al moteado, en una pata, pero ninguna de ambas heridas era grave. Al perro negro se le estaban soldando las costillas, lentamente, pero el dolor no era tan intenso y podía comer de nuevo. Tenían el estómago lleno, estaban descansados y se sentían juguetones. La perra gris corría pisándole las patas al moteado. La parda, cercano el momento de la parición, con el vientre cada vez más colgante, mordisqueaba

insistentemente a Orph. Éste accedió a danzar con ella. Se palmeaban con las patas el uno al otro.

Orph fue el primero en oírlo. Dejó de morder las barbas de la perra parda. Alzó la cabeza, enderezando las orejas. Su postura hizo que los otros se levantaran como movidos por un resorte. Escucharon con atención, olfatearon el aire y miraron en derredor. El zumbido se iba acercando.

Orph descubrió la dirección de donde provenía, pero no pudo captar olor alguno. Miró hacia arriba. Una mancha oscura se desplazaba recortada contra el cielo. Había visto otras formas parecidas en distintas ocasiones, pero siempre estaban muy alejadas y el ruido sonaba débil en sus oídos. Algo en aquélla le resultaba extraño, fuera de lo normal. Orph dio media vuelta y condujo a la manada hacia una arboleda espesa, y penetraron en la densa sombra, bajo las hojas.

El piloto George McHale seguía el contorno de la montaña, manteniendo una altitud constante de 120 metros, ladeó ligeramente el aparato hacia la derecha con el fin de proporcionar un campo de visión más amplio a Attilio.

Éste mantenía unos binoculares 8 x 32 pegados a los ojos.

—¿Ves algo? —inquirió McHale, gritando para hacerse oír sobre el rugido del motor.

—Nada, ni una condenada alimaña. —Attilio se frotó los ojos con los nudillos un instante y volvió a acercarse los binoculares—. Me estoy volviendo ciego —dijo—. Esto te hace volver loco. ¿Tenemos alguna aspirina?

—En el saco de pertrechos.

—Esperaré a que volvamos. ¡Dios Santo! Se podría esconder todo un ejército ahí abajo. No se puede ver nada a través de las copas de los árboles. Si estuviésemos en otoño, ya les habríamos encontrado.

—O en el Oeste. Una vez volé sobre las Rocosas. Es posible descubrir a un animal desde dos kilómetros de distancia.

McHale dirigió el aparato hasta la giba de la montaña, le hizo describir un amplio giro en rizo por encima de la ruta High Falls, e inició el regreso. Descolgó el micrófono y oprimió el botón. Attilio hurgaba en busca de las aspirinas.

—Uno-uno-foxtrot llamando a la base. Conteste —dijo McHale.

—Base a Uno-uno-foxtrot —repuso una voz por la radio—. Escucho. Cambio.

—Uno-uno-foxtrot a la base. Hemos sobrevolado Solomon's Point, Hanover, Little Cap Mountain y el sector Bravo-Two-Six. Estamos dando la vuelta sobre la ruta High Falls. Haremos un vuelo de reconocimiento por el sector Bravo-Two-Seven.

—¿Han descubierto algo?

—La línea de voluntarios en Hanover y a nuestra gente en Little Cap. Un par de

vaqueros armados de rifles que se dirigían hacia la zona occidental de Hanover... Sería conveniente que avisaran a nuestra gente para que tengan cuidado con los disparos. Pero eso fue todo. ¡Ah, sí! Vic me pide que le diga que vimos una buena bandada de pavos silvestres en Little Cap. Dice que usted es cazador de pavos. Cambio.

—Recibida la información. Los de la oficina del comisario mataron a un perro en Balsam Cap, hace media hora. Era un animal feral, pero no pertenecía a la perrada. Pensé que les gustaría saberlo. Dele las gracias a Vic por la información sobre los pavos. Cambio y cierro.

Attilio oteaba de nuevo con los binoculares.

—Te aseguro que me estoy volviendo ciego. De veras.

—Resiste hasta la noche. Entonces nos iremos a casa.

—Para entonces será demasiado tarde —replicó Attilio.

—Es nuestro —le dijo Hazlett a Mandelberg—. Estoy tan seguro como si lo hubiese parido.

Mandelberg contemplaba la espiral de humo que se elevaba de su cenicero.

—¿Estarías tan seguro ante un tribunal?

—Bueno, la cicatriz de la oreja no es algo tan fuera de lo común.

Mandelberg asintió.

—Pero estoy de acuerdo contigo: creo que hemos *encontrado* al cachorro que nos faltaba. —Se levantó de su asiento y se dirigió a la ventana. Un adiestrador sometía a un perro a una serie de ejercicios. Mandelberg se quedó observándole—. ¿Qué sucedería si anunciáramos públicamente que ese perro nos pertenece?

—Pedirían nuestras cabezas servidas en bandeja.

Mandelberg se volvió hacia Hazlett.

—Sí. Y si las cosas tomaran tan mal cariz, quizá deberíamos suspender nuestras investigaciones.

—¡Diablos! Es sólo un perro, no un monstruo de ciencia ficción.

—Cuéntale eso al público.

—Hay un millón de perros «domésticos» que, en circunstancias parecidas, reaccionarían exactamente igual.

—Ése es uno de mis argumentos. Leíste el informe, ¿verdad? Camada Alfa, King's Indian de Karla vom Hanckschloss.

—Sí.

—Es un animal fiero, inteligente e independiente. Pero ¿se puede suponer que es una rareza, una fiera salvaje, un ser fantástico?

—No.

—En realidad, es un ejemplar endemoniadamente bueno. Quizá podríamos decir

que es la clase de animal que solía ser diez mil años atrás..., ¡o cinco mil o mil años atrás, diablo!

—Y tal vez no.

—Tal vez no —concedió Mandelberg, secamente—. Pero persiste el hecho de que obtuvimos un perro. Un perro, nada más ni nada menos. —Su mirada se concentró en una mancha de la pared desnuda—. Sólo un perro. —Con toda meticulosidad abrió una cajetilla de cigarrillos, extrajo uno y lo encendió—. Por lo tanto, y en primer lugar, no tenemos responsabilidad moral alguna en el asunto. Ahora bien, ¿hay algo que nosotros podamos hacer por esa gente, o algo que podamos decirles, que les sirva de ayuda para encontrar al animal?

Hazlett denegó con un movimiento de cabeza.

—No. Se trata de una cuestión de hábito depredador, de instinto de caza. El departamento de conservación sabe más de ello que nosotros.

—Luego, y en segundo lugar, no podemos ofrecerles ningún tipo de colaboración. Y en tercer lugar, cuando encuentren al perro, si lo encuentran, no se podrá probar nada, ni para nuestro propio convencimiento, que indique que procede del C. P. C. Considerando todos estos factores, no veo que logremos más que un perjuicio grave, innecesario e inmerecido, para nuestro Centro si anunciamos que el perro nos pertenece. Por consiguiente, considero que el asunto debe quedar estrictamente entre nosotros.

—¿Qué sucederá si alguien más es atacado?

—Nadie lo será, a menos que acorralen al animal. Lo mismo ocurriría con cualquiera de esos millones de «perros domésticos» que hay por ahí. Espero que ello no suceda. Pero si llega a pasar, no cambia nada.

—Supongo que así es —dijo Hazlett—. ¿Sabes qué me da más pena? El perro mismo. Él no se lo buscó.

—Tal vez sea el que saque mejor partido de todo ello —acotó Mandelberg—, si logra conservar su libertad. El verdadero problema que siempre han tenido los perros lo constituyen los hombres.

Orph siguió buscando las sombras, introduciéndose por debajo de los arbustos, eludiendo los claros y los espacios abiertos. El resto de la perrada le seguía, tomando las mismas precauciones en silencio.

Permanecía pacientemente en el filo de la arboleda para observar un nuevo terreno durante media hora o una hora, si lo creía necesario, antes de arriesgarse a salir con los demás. Una presa era capaz de inmovilizarse y confundirse con el paisaje de tal manera, que un animal depredador podía pasar sin advertirla en absoluto, si el viento soplaba de dirección opuesta. En este aspecto, algunos depredadores humanos eran capaces de imitar a las presas. Orph lo había comprobado

el primer día que los seres humanos habían hecho su aparición en el bosque, acompañados de un tufo penetrante, bajo los olores de metal y aceite lubricante, mezclado con el efluvio del propósito de matar.

Él olfateó a uno —inmovilizándose de inmediato— que estaba lo suficientemente cerca como para verle u oírle; sin embargo, no lo lograba, por lo que se sentía profundamente perturbado. Se quedó absolutamente quieto —mientras transcurría el tiempo, mientras se le empezaban a entumecer los músculos— y escuchó, olfateó y miró, con toda la atención de que era capaz, y lo era de manera extraordinaria, hasta que descubrió al hombre. Éste se encontraba en lo alto de la colina, sentado junto al tronco de un enorme árbol, y llevaba unas ropas que se confundían con la vegetación. Entonces se había movido ligeramente para aflojar la tensión de la larga espera, un leve cambio de postura, pero ya fue suficiente. Satisfecho, Orph retrocedió hacia la espesura del bosque y condujo a la manada lejos de allí, dando un amplio rodeo. Durante los días siguientes, localizó y eludió, describiendo siempre un círculo, a dos seres humanos más, de las mismas características. No eran muchos los que se comportaban de aquella manera. Los otros, los que aparecían caminando con torpes pasos, que se llamaban los unos a los otros a gritos, precedidos por la acre fetidez del tabaco arrastrada por la brisa, que tosían y escupían, reuniéndose y encendiendo fogatas al caer la noche, y que hasta disparaban sus armas impulsados por el aburrimiento y la frustración, aquéllos eran fáciles de esquivar.

Orph condujo a su manada lejos de su alcance, a las montañas del norte, donde los seres humanos no abundaban y sólo aparecían muy de vez en cuando. Al cabo de poco tiempo, los hombres abandonaron el bosque, Orph exploró el terreno de nuevo, encontró que nada ni nadie perturbaba la paz del territorio, y la perrada regresó a él. Muy de tarde en tarde, lo invadían algunos hombres, pero la perrada no tenía dificultad en moverse a su alrededor, y además su permanencia era breve.

El día era caluroso. Ambos sudaban. Lo resbaladizo de su piel otorgaba una especie de exotismo a sus caricias. Luego Kathy se fue al cuarto de baño. Al regresar, traía una toalla que había empapado en el agua fría y escurrido después. Le frotó el cuerpo a Bauer con ella. Al principio le causó un escalofrío, pero luego la frescura resultó gratificante. Él hizo lo propio con el cuerpo de Kathy. Después se tendieron sobre la sábana, acariciados por la suave brisa que entraba por la ventana, despertando en ellos una placentera sensación.

Él le besó los pechos. Le tomó uno de ellos y se introdujo una buena porción dentro de la boca. Le parecía que si chupaba con fuerza suficiente, conseguiría absorberlo todo dentro de su boca y más profundamente, hacia el interior de su cuerpo, hasta que, con el tiempo, lograría contenerla por entero dentro de sí mismo, llenarse de ella. Kathy metió los dedos entre sus cabellos y le acarició la cabeza.

—¡Oh, cómo me gusta! —exclamó ella, libre de la compulsión del deseo, con perezoso placer.

Él le soltó el seno y se concentró en el otro.

Ella cerró los ojos y lanzó un suspiro.

Él dejó reposar la cabeza sobre sus pechos, mirándola.

—Tu cuerpo es muy importante para ti, ¿no es cierto? —dijo.

—¿No lo es para todo el mundo?

—No de la misma manera.

—Lo lamento por ellos.

—Tú te entregas con todas y cada una de sus células.

—Por supuesto. Si no tengo la suerte de morir joven, se agotará y se desintegrará algún día. Sería terrible no poder solazarse con los recuerdos, por lo menos.

—Me encanta el modo cómo lo utilizas, pero tengo mis dudas con respecto a la motivación.

—Ésa es una palabra asesina. Las razones son pasados y futuros. Eso convierte el «Ahora» en un imposible, y cualquier cosa capaz de hacer algo semejante es mala.

—¿Quieres decir que el mal es la imposibilidad de vivir el presente? —preguntó él con incredulidad.

—¿Y qué es si no? Tú, tú haces el amor como si te tuviesen que fusilar mañana mismo. Eso te pone en foco, lo cual es bueno, en cierta medida, pero debe de ser una penosa experiencia.

—No.

—No hay ningún motivo para estar desesperado, ¿sabes?

—Tú me conoces muy poco —replicó él, con cierto sarcasmo.

Ella se desperezó, con voluptuosidad.

—Por supuesto. Nadie puede conocerse a sí mismo, luego, ¿cómo puede alguien llegar a conocer a otra persona? Somos mariposas. Quiero decir que eso es lo que podemos llegar a ser. Pero casi nadie lo comprende así, y por eso todos siguen siendo orugas toda la vida.

—¿Qué hacen las mariposas?

—Vuelan bañadas por la luz del sol durante el verano. Pero no se trata tanto de lo que hacen como de lo que son. Las mariposas son unas criaturas muy bellas... que se contentan sólo con ser bellas. No tratan de comprender nada; están demasiado ocupadas *existiendo*. Todo instante es un placer, y cada instante es todo lo que siempre fue y todo lo que siempre será.

—Pero hay muchos *lepidópteros* que clavan a las mariposas en tableros de madera.

—Siempre existen personas que desean matar la belleza. Cuando uno las encuentra, se aleja de ellas volando, y si no puede... —Se encogió de hombros—.

Mañana la tierra puede caer en el sol, y de alguna manera todos quedaremos atrapados por algo, más tarde o más temprano, incluso los cazadores, y ésa es la jugarreta que les está preparada. Por lo tanto, no tiene sentido hacer algo que no te cause placer y no te haga sentir feliz.

—Eso no parece decirlo la misma persona que seguía a Melville con tanta determinación, durante el curso pasado.

—Aquellos eran otros momentos, amor, y yo estaba jugando a la estudiante. La mariposa juega siempre, cualquier cosa que sea aquello que desea. Ahora estamos en verano y yo juego a la Casa del Árbol.

—Kathy, tu alma es un copo de nieve cristalizado.

—Lo cual es muy bonito.

—Pero muy frágil.

Ella se encogió de hombros.

—Tú tienes la tuya llena de barras de plomo, y así no puedes volar muy lejos.

—Dile a Ícaro que tuvo una mala idea.

—Eso es un mito puritano. Viene a significar que un exceso de éxtasis puede matarnos. La gente le teme al placer.

—¿A qué le temes tú?

—A nada. Lo que tenga que suceder, que suceda. Mientras tanto, lo paso bien.

—Por muy mundanas que sean, existen ciertas obligaciones. A veces la frente tiene que sudar.

—El trabajo es sólo un proceso superficial, y el conocimiento es simplemente una herramienta con la cual se puede realizar más aprisa y con mayor eficacia. Ése es el problema de la gente: que no comprenden la finalidad del conocimiento. Suponen que es un fin en sí mismo y se pasan la vida acumulándolo y creen que así acceden a la sabiduría. Pero si en realidad existe algo que podamos llamar sabiduría, ello consiste ni más ni menos en *existir*, como dije antes. Para ser sabio, no se necesita poseer ni un ápice de conocimiento ni de inteligencia. La mariposa no tiene ni una cosa ni la otra, pero es sabia... porque es feliz, y en eso consiste ser sabio.

—Los filósofos se sentirán angustiados cuando lo sepan.

—Los filósofos no son sabios, piensan demasiado. Pensar es la muerte. Los pensamientos son abstracciones, y las abstracciones no son naturales. ¿Te imaginas a los animales matando a otros animales en aras de una religión o de una bandera? Sólo los seres humanos lo hacen. ¿Sabes una cosa? Ayer nosotros sacrificamos un carnero. Algunas personas dicen que la carne es mala, que al matar a un animal se corrompe el espíritu y que la carne intoxica el organismo y causa enfermedades. Sin embargo, no es la carne lo que corrompe, sino aquello en que se convierte la carne cuando no se mata al animal en la forma correcta. Nosotros sacamos el carnero del corral y nos sentamos todos en círculo, y lo acariciamos y le ofrecimos nuestro amor, y luego

Billy le habló durante largo rato. Le explicó que todas las criaturas vivientes tienen que comer y que, a la larga, todo sirve de alimento a todo lo demás, y que el conejo no es un ser maligno por el hecho de comerse una zanahoria, aun cuando la zanahoria deje de existir como tal, así como el antílope deja de serlo cuando es devorado por un león, porque la *esencia* de la zanahoria se agrega a la del conejo y la esencia del antílope se funde con la del león, y le explicó al carnero que se iba a unir a nosotros, y le habló de cómo le habíamos alimentado y cuidado, y que ahora él iba a hacer lo mismo para con nosotros, y todo se hizo con naturalidad y fue bueno, y con el tiempo nosotros también moriremos, por lo menos nuestro cuerpo morirá, pero nuestra esencia retornará al suelo y servirá de alimento a las plantas, y éstas, a su vez, nutrirán a otros carneros y a otros animales, y así, todo estuvo en comunión: carneros, mariposas y personas, y fue bueno. Nosotros ayudamos al carnero a comprender. Eso es todo lo que siempre hay que hacer. Entonces la carne se torna sana y no es perjudicial para nadie.

Bauer se incorporó y apoyó la cabeza en su mano. Contempló a Kathy.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—Estoy pensando en ti.

—No —repuso ella—. No estás pensando en mí. No haces más que ofuscar la verdad... ¿Ves? Yo también puedo servirme de esa jerga, cuando me lo propongo.

—¿Qué estoy ofuscando?

—Un hecho muy simple: que yo te encendí la sangre. Y tú no eres capaz de reconocerlo; has tenido que armar todo un armazón racional a su alrededor. Es estúpido esconder la cabeza bajo tierra. El placer es la única verdad.

—Ésa es una filosofía perniciosa.

Kathy levantó una pierna y apoyó el pie contra la muñeca de Bauer.

—¡Mieeerda!

Empujó, haciéndole caer el brazo que le aguantaba la cabeza.

Bauer quedó tendido, y Kathy saltó sobre él, le puso de espaldas sobre la cama y, hundiendo la cabeza entre sus muslos, se introdujo su miembro en la boca. Él sintió que se le empezaba a hinchar. Ella lo soltó, se lo cogió con la mano y, sonriendo con aire de triunfo, dijo:

—El placer, Alex. Tu cuerpo no miente.

Succionó de nuevo imperiosamente, provocando su completa erección y dureza.

Y sobrevino el placer, pero, en el fondo, Bauer se sintió defraudado y asustado.

Una vez Eddie Meisler tuvo una cabaña de veraneo en Loon Lake. El lago no era muy grande; tenía apenas tres kilómetros de largo por uno y medio de ancho. Había un par de colonias de vacaciones bastante rústicas donde alquilaban pequeños chalets, y ocho o nueve cabañas particulares como la de Meisler. Cuando la compró, los chicos tenían seis, cinco y tres años, respectivamente. Domesticaron algunas ardillas y acostumbraron a los mapaches a comer las sobras de la comida en el porche. Los chicos estaban encantados, y la esposa de Meisler se sintió feliz en aquel lugar. Al amanecer, Meisler pescaba en agradable y regenerativa soledad. Al mediodía jugaba con los chicos o se tendía en la hamaca a leer, efectuaba algunas reparaciones en la casa o salía a dar un paseo. Él y Dot se acostaban temprano, agradablemente cansados y, como a la noche la temperatura solía descender por debajo de los diez grados, se tapaban con un par de mantas livianas, y hacían el amor con frecuencia, lo cual resultaba profundamente satisfactorio en el lago. Meisler había tenido que ahorrar y trabajar muchas horas extraordinarias para comprar aquella cabaña, pero fue lo mejor que hiciera en su vida, tanto para su familia como para sí mismo, y jamás se arrepintió de ello.

Había transcurrido un largo tiempo, pero los recuerdos aún le proporcionaban un cálido placer. Año tras año, a medida que los chicos crecían, aparecían una o dos cabañas más, cerca del lago, y luego una nueva colonia con un enorme albergue rústico donde servían comidas y mantenían el bar abierto hasta las primeras horas de la madrugada, y se podía escuchar la música de los tocadiscos automáticos atronando sobre las aguas durante la noche, y más adelante, a fines de la década de 1950 y principios de la de 1960, el proceso inició la escalada, puesto que todo el mundo tenía dinero y tiempo para derrochar, y las tierras que bordeaban el lago fueron divididas en lotes de un acre y hasta de medio, y el zumbido de las sierras y los golpes de los martillos no cesaban de la primavera al otoño, y los motores de los botes de pesca se hicieron cada vez más potentes, y luego aparecieron las lanchas de motor y los esquiadores acuáticos, un par de hidroplanos y barcazas endoseladas que se balanceaban bajo los pies de los invitados a cócteles danzantes, hasta que, por fin, el lugar tomó un aspecto asqueroso, poblado por una ruidosa multitud, como un bar o un *bowling* de una populosa ciudad, y Meisler recibió un golpe mortal. Se le debilitó el corazón y se le agrió la sangre.

Los chicos ya eran todos adultos y tenían sus propios hijos. Estaban sumamente ocupados, y la cabaña era algo que pertenecía a su infancia, por lo que casi nunca iban al lago. Meisler la vendió: el motivo de tantas alegrías cuya degradación se había visto obligado a presenciar, incapaz de hacer nada para evitarla. Durante los dos años siguientes, pasó las vacaciones en casa, malhumorado, negándose a considerar

alternativa alguna: había tenido lo que quería y eso era imposible de reemplazar. Dot, mujer sensible y paciente, y esposa amante, le consoló con todo cariño, y al año siguiente, recuperado su antiguo espíritu, Meisler compró una casa rodante. Era resistente y podía andar por terrenos demasiado abruptos para la mayoría de los veraneantes, y debido a su movilidad, no se veía limitado a quedar anclado en un mismo sitio; cuando los merodeadores llegaban para comenzar su tarea destructiva, Meisler se trasladaba a cualquier otro lado.

Durante los primeros años de jubilación, él y Dot vivieron tanto tiempo en la casa rodante como en su propio hogar y disfrutaron enormemente. Meisler se volvió algo excéntrico. Despellejaba verbalmente a los acampadores que llenaban la región de basura, gente que corrompía los bosques y las corrientes de agua, y cuando llegaba a un lugar cubierto de detritus, se dedicaba a limpiarlo escrupulosamente, murmurando maldiciones e insultos. Llegó a convencerse de que los hombres eran los descendientes de los criminales y enfermos mentales de alguna raza extraterrestre que habían sido enviados a la Tierra, como si ésta fuera un asilo o un penal de la galaxia. Sentía poco amor y menos respeto aún por ellos. Se juró a sí mismo que no volvería a leer un diario ni a escuchar los boletines de noticias en todo lo que le restaba de vida.

Aquel verano recorrían Nueva Inglaterra. Eddie había subido la casa rodante por la falda de una montaña, siguiendo una antigua senda, ahora invadida por la vegetación, y se instaló en una herbosa meseta cercana a un arroyo de aguas cristalinas en el cual abundaba la trucha. Él las pescaba con una caña de bambú enderezada al fuego y con moscas artificiales que él mismo se preparaba. Era media tarde y Meisler se estaba en el interior de la casa rodante. Dot se tostaba al sol.

Los gritos de Dot le despertaron.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Meisler se frotó los ojos, saltó de la cama y se acercó a la puerta. Dot agitaba un palo ante una manada de perros que habían derribado los cubos de aluminio junto a la parte trasera de la casa rodante. Meisler enterraba los desperdicios vegetales y tiraba todo lo demás en aquellos cubos de basura, cuyas tapaderas cerraban a presión para evitar la visita de mapaches y zorrinos. Los perrazos habían hecho caer los cubos, y las tapaderas saltaron al chocar contra el suelo. Habían desparramado la basura y estaban royendo la carne de los huesos y lamiendo la grasa, sin dejar de lanzar miradas a Dot entre mordisco y mordisco. Uno de ellos, un perro pastor alemán de poderoso pecho, masticaba lentamente y observaba a Dot sin pestañear.

—¡Largo de aquí! ¡Vamos! —gritó Meisler, desde el umbral de la puerta.

Cuatro de los animales retrocedieron unos pasos. El perro pastor no se movió de su sitio y desvió su mirada hacia Meisler.

—¡Largo!

Dot alzó el garrote en alto y avanzó. El ovejero profirió un gruñido. Un perro

negro ladró amenazador.

—No te muevas, querida —le advirtió Meisler—. Esos dos no parecen nada mansos.

Dot bajó el bastón.

—No sé de dónde salieron. Me desperté cuando volcaron los cubos de basura.

—Quédate donde estás y no les amenaces.

Entró en la casa rodante y abrió el cajón situado debajo de la cama. En un rincón había una pistola de tiro al blanco Colt Woodsman. Junto a ella, un cargador con ocho balas. Introdujo el cargador en la pistola, quitó el seguro, tiró de la corredera hacia atrás y dejó que volviera a su lugar, llevando un cartucho hacia la recámara. A Meisler no le gustaban las armas, pero sabía usarlas, y siempre que salía de veraneo llevaba la automática calibre 22 consigo, con el fin de rematar algún animal enfermo o herido que pudiera encontrar, para ahuyentar a los coyotes cuando fuese necesario y como protección. Era un arma de poco calibre, pero utilizaba balas de punta hueca, y los ocho cartuchos constituían una considerable potencia de fuego.

Al ver la pistola, Dot le dijo:

—¡Oh, Eddie, no les *lastimes*!

—No temas.

Apuntó al aire, al tiempo que les gritaba a los perros, y apretó tres veces consecutivas el gatillo. Los perros dieron media vuelta y antes del tercer disparo ya habían desaparecido en el bosque.

Meisler y su esposa levantaron los cubos y recogieron la basura.

—¡Es indignante! —exclamó Meisler, tirando el hueso de una chuleta de cerdo dentro del cubo—. Ahora también debemos lidiar con los perros. A mí no me importa que quieran tener animales domésticos, pero si desean un perro, entonces tienen la responsabilidad de cuidarlo, ¿no te parece?

—Sí, querido —repuso Dot.

—Quiero decir que un perro no es algo con lo que uno pueda hacer el estúpido para divertirse un rato, para luego olvidarse de ello en cuanto aparece otra cosa más interesante, ¿no es cierto?

—Claro, querido.

—Correcto —dijo él—. A esa clase de gente no se le debería permitir poseer perros.

Bauer estaba confundido ante la cualidad de la conducta de Kathy en la intimidad. No había nada que ella no estuviera dispuesta a decir, nada que no quisiera hacer. En su interior no había compartimentos secretos. Le habló francamente de su vida, pero era evidente que los hechos pasados significaban muy poco para ella; a lo sumo, constituían un amable material anecdótico útil para llenar los silencios que se

tornaban tediosos. Por cortesía, pero sin mucho interés, le formuló algunas preguntas acerca de su vida. Él estuvo tentado, en grado sumo, a dejarse seducir por su forma de vivir el presente, con su vitalidad y lúcido enfoque. En verdad, resultaba atractiva, y Kathy tenía razón: la hora pasada estaba muerta; la futura, aún por nacer. Pero su antiguo sí mismo le escarnecía. Y, aunque aquel sí mismo le había hecho un pobre servicio, poseía sin embargo cierto poder, y no resultaba fácil prescindir de él. Pero cabía añadir que, si bien ella no se callaba nada, tampoco había manera de conmoverla. No tenía corazón, era un simple plano y, según sospechaba Bauer, nada le importaba realmente más que cualquier otra cosa. La suya era una intimidad indiferente, una candorosidad sin consecuencias. Ambos habían disfrutado juntos, pero siempre, en torno de la periferia, Bauer percibía un escalofrío carente de vida. Le inquietaba y, al mismo tiempo, ponía de relieve, la cualidad de su propio malestar.

Telefonó a Elizabeth Collier. Ella estaba ocupada, le dijo, y Bauer se sintió desilusionado, pero la joven puso fin a la breve conversación diciéndole:

—Llámame de nuevo. Me gustaría verte.

Él la llamó a la semana siguiente. Cenaron temprano y después recorrieron ochenta kilómetros en el auto hasta Hammertown, donde había un cine en el que exhibían películas de arte los miércoles y los jueves, y vieron un film alemán. Era intrascendente y absolutamente estilista, pero poseía el peso suficiente como para justificar el riesgo tremendo de su producción. Era una buena película.

Elizabeth vivía en una limpia casita blanca situada en la parte posterior de su consultorio y perrera, en los suburbios de Covington. Él la acompañó hasta la puerta. Le puso una mano sobre los cabellos, que eran muy sedosos, atrajo su cabeza hacia él y la besó ligeramente. Luego se separó para desearle buenas noches, porque si bien ella se había mostrado animada y parecía pasarlo bien, no le había dado a entender que fuera posible llegar a algo más que a una relación amigable y placentera; pero Bauer se detuvo con las palabras a flor de labios, posiblemente obedeciendo a la intuición, aunque lo más probable —pensó, en el breve lapso de su vacilación—, era que se sentía dominado por el deseo.

Ella hizo un mohín con la boca.

—¿Por qué no pasas a tomar una copa? —sugirió.

Una vez dentro, le sirvió un coñac y se excusó. Cuando reapareció, llevaba puesto un largo camisón de raso, cerrado en la cintura por un cordón trenzado: tenía un porte helénico y estaba bellísima.

Era una mujer alta. Poseía una gracia cimbreña. Sutilmente, pero con firmeza, mantuvo su cohabitación dentro de los cauces más formales y serenos. Bauer experimentó un dulce orgasmo. No supo si ella simuló el suyo o no. Elizabeth llevaba riendas, pero las mantenía firmemente sujetas con sus propias manos.

En el sopor que siguió, ella se arrebujó contra él y le dijo, con mucha cortesía, a pesar de la brusquedad de sus palabras:

—Dormitemos un rato, pero, por favor, mi casa me pertenece, y eso es muy importante para mí. No deseo que nadie se quede aquí toda la noche.

Más tarde, cuando Bauer se dirigía a su casa en el coche, bajo una corteza de luna y estrellas que centelleaban en configuraciones que él jamás había sido capaz de descifrar, se dijo que quizá no había sido Ursula quien no le quería, sino que había sido él quien no la quería a ella; que no era Kathy quien no poseía corazón, sino que era él quien estaba carente de dimensión; que no era Elizabeth quien se protegía con un duro caparazón, sino que era él quien se atrincheraba detrás de una barricada protectora. ¿O tal vez era un aberrante insecto gregario entre una raza de solipsistas? Si hubiera sido un adolescente, podría haber pensado que amaba a Elizabeth Collier.

Buddy Stokes sabía que rondaba por allí una manada de perros. Tal vez fuesen los que habían agredido al chico de McPhee; tal vez no. Pero eran cinco y se encontraban en estado salvaje.

Él estaba talando árboles en el extremo más angosto de Watson Hollow, que se internaba entre las laderas de Herman's Mountain y Claypipe. Un médico de Nueva York era el propietario de todo el valle, más de ciento cincuenta hectáreas. En las veinte hectáreas de la zona alta había un magnífico lote de arces. El médico había vendido los arces, en pie, a un fabricante de palos de béisbol y encargado a Stokes la tala y transporte. La primera mañana, Stokes recorrió el terreno, familiarizándose con la ubicación de los árboles y formulando un programa. Al mediodía se sentó en un tronco, abrió la caja de seis latas de cerveza y se comió los emparedados que llevaba en la mochila. A medida que las vaciaba, estrujaba las latas con una mano y las lanzaba hacia atrás por encima del hombro. Luego encendió un cigarro, y fumó sin pensar en nada. Stokes no pensaba mucho. Lo que pasaba por su mente era más bien una serie de imágenes, como diapositivas dispares proyectadas sobre una pantalla, casi desenfocadas. A veces las imágenes despertaban emociones en él —sobre todo las de carácter sexual—; otras veces, no. No sufría de insomnio y gozaba de sus sueños. Mientras fumaba, visualizaba a Digger. Le habían sacado los puntos, así como el yeso y los vendajes. El perro cojeaba ligeramente y tenía una cicatriz sin pelos desde la cruzera hasta la mitad del cráneo. Era más feo que un pecado, pero por Dios que había salido bien parado —valía todos y cada unos de los condenados centavos que le había tenido que pagar al veterinario— y estaba en condiciones de pelear de nuevo en Florida. Aquél era un perro con *dos* pares de huevos.

Stokes apagó el cigarro e inició la exploración de la vertiente de Claypipe mascando la colilla. Hacía dos o tres años que no subía a aquella montaña. Deseaba comprobar si había rastros de venados, ver si valdría la pena darse una vuelta por allí

en otoño. Encontró excrementos recientes, huellas bien marcadas, muchos sitios escarbados por los gamos.

Y también halló los restos de un cervatillo despedazado. Por la osamenta dedujo que llevaba siete u ocho días muerto; los ojos vidriosos y los pingajos de carne restantes estaban llenos de gusanos. Stokes se pasó media hora estudiando las huellas que había a su alrededor. El suelo había estado mojado cuando sucedió, y así se había mantenido durante un par de días más y, al endurecerse, las huellas quedaron perfectamente marcadas. Una manada de perros había perseguido a una gama y a su cervato. Éste se había rezagado. Los perros hicieron presa en él; las huellas de sus patas se superponían en derredor. La gama recorrió un centenar de metros más, luego retrocedió. Entabló pelea con ellos. Absurdamente. Tuvo la suerte de que los perros se habían encarnizado con el cervatillo y no le prestaron mucha atención, salvo para defenderse. La gama permaneció allí hasta que el cervato dejó de existir. Y probablemente ella también salió mal herida de la contienda. Luego huyó, y los perros se dedicaron a devorar al cervato. Después de los perros, lo hicieron los mapaches y los zorrinos. A continuación, los cuervos. Los gusanos y otras alimañas estaban acabando con los restos. La piel se pudriría en el suelo del bosque en uno o dos años.

Exploró la ladera de la montaña, recorriendo unos ochocientos metros hacia la cumbre. Descubrió algunos rastros, donde el terreno había estado lo suficientemente blando como para registrarlos. Aquí y allá encontraba excrementos. Llegó a un lugar, al socaire de un pedrejón, que se extendía a lo largo de un arroyuelo de un par de centímetros de profundidad, donde habían estado durmiente: la hierba estaba apelmazada, formando círculos.

No tenía objeto tratar de seguirles. Por cada trecho donde se conservaba el rastro, había hectáreas y kilómetros donde no había señal alguna. Tratándose de perros en estado salvaje, aun cuando las huellas hubiesen sido claras en toda la extensión, podría haberlas rastreado durante semanas o meses, rodeando, subiendo y bajando montañas, sin ver jamás la punta de un rabo. No había animal más listo en todo el bosque. Aquellos policías del Estado y los agentes del comisario, que habían salido en su búsqueda, estaban locos. El perro de los bosques sabía cuándo le estaban buscando y, a menos que sintiera un miedo mortal, era capaz de escabullirse ante las mismas narices del perseguidor, mientras éste iba de un lado a otro como un estúpido, preguntándose si no se habría equivocado de montaña.

A Stokes no le gustaban los animales domésticos, ni los mestizos ni los amaestrados. El perro era un animal de trabajo, como el hombre. Los perdigueros, los de guía, los de presa, los de pelea, éstos eran los perros que merecían su respeto. Al igual que el perro de bosque. Uno podía sentirse orgulloso si lograba apresar alguno. Stokes sólo cazaba animales por los cuales sintiera un gran respeto, del mismo modo

que no se peleaba con nadie que no fuera un corpulento camionero o un bravucón de taberna; si uno le propinaba una soberana paliza a un mequetrefe no podía palmearse la espalda a sí mismo, felicitándose por ello.

Buddy Stokes estaba dispuesto a atrapar un perro salvaje. Lo llevaría ante Harry Wilson y saldría fotografiado en los diarios. Luego conduciría a los imbéciles y les mostraría el lugar donde había realizado la hazaña, se quedaría sentado y contemplaría con sumo placer cómo se las apañaban para cazar a los restantes o bien cómo quedaban en ridículo al igual que la última vez.

Durante las dos mañanas siguientes, llegaba a la hondonada una hora antes del amanecer, se instalaba en el sitio elegido contemplando el despertar del bosque. Se mantenía en su puesto, acunando en sus brazos el fusil automático Browning 338, hasta el mediodía, momento en que abandonaba la vigilancia y procedía a cortar algunos árboles. A las cuatro y media, volvía a su puesto y permanecía en él hasta que la luz del día era tan tenue que no hubiera podido disparar certeramente. Las posibilidades eran muy remotas. No vio señal alguna, pero consideró que había valido la pena intentarlo.

Aquella noche se enjabonó meticulosamente y se quedó largo rato bajo el agua fría de la ducha. Hizo que su esposa le lavara dos veces seguidas las ropas en la lavadora automática, mientras él hervía los cepos en un par de sartenes de calcinar. Sacó los cepos con unas pinzas y, cuando estuvieron secos, se puso unos guantes de goma, y los metió en unas bolsas de plástico, que cerró retorciendo los extremos. Por la mañana se untó el cuerpo con sebo de venado. Apeataba, pero con ello encubriría su propio olor. Al llegar a Claypipe, se puso los guantes de nuevo, preparó los cepos y, después de sujetarlos con estacas, los cubrió con una ligera capa de tierra y hojas secas. Aseguró con alambres la carnada en cada uno de los cepos, que consistía principalmente en enormes pedazos de carne, pero a tres de ellos les ató una gallina viva.

En el curso de la semana siguiente, atrapó varios mapaches y zorrinos, y un tejón. Una ardilla que recorría el lugar en busca de alimentos saltó sobre uno de los cepos y los dientes le cercenaron el cuerpo por la mitad. Stokes no vio nada más.

Una mañana de la segunda semana, cuando caminaba por la hondonada cargado con su motosierra, se detuvo de pronto y enderezó la cabeza. La habitual baraúnda del bosque (y era realmente una baraúnda si uno sabía escucharla) se convirtió en un enorme silencio. Stokes escuchó con atención, y la ausencia de ruido se le hizo tan audible como el tronar de un motor diesel; los pelos de la nuca se le erizaron y, sonriendo, aceleró el paso, devorando terreno. «Buddy, viejo Buddy, el viejo Buddy ha logrado una presa».

Estaba en el tercer cepo, uno de los que había cebado con las gallinas vivas, colocado en el filo de una espesura de brezos y zarzales, umbrío a la luz mortecina

del amanecer; aún se veían algunas estrellas, y el firmamento era un sucio manto oscuro.

Stokes se detuvo y se le achicaron los ojos.

Había caído uno.

Era un perro gris, de unos veinte kilos.

Estaba atrapado por la pata posterior izquierda. Al acercarse Stokes, el animal había retrocedido hasta donde se lo permitía la cadena del cepo. Se quedó inmóvil, mirando fijamente a Stokes. Jadeaba, y la saliva goteaba de su lengua.

—¡Te jodí! —exclamó Stokes.

El perro tironeó de la cadena.

El fusil automático Browning había quedado en la camioneta, en la parte posterior de la cabina. Stokes llevaba un afilado cuchillo de monte enfundado a la altura de la cadera, pero recibiría un par de dentelladas antes de poder liquidar al animal con aquella arma.

Se arrodilló, cebó el motor de la sierra y tiró del cordón de arranque. El artefacto se puso en marcha inmediatamente: Buddy conservaba todas sus máquinas y herramientas en perfectas condiciones. Apretó el gatillo, aceleró el motor, y el rugido de la motosierra atronó el valle. La cadena dentada circulaba a toda velocidad sobre los filos del brazo de la sierra.

El perro arremetió contra el cepo.

Stokes avanzó. Aceleraba el motor de la sierra desacompasadamente, al tiempo que mostraba, en una amplia sonrisa, sus blancos y bien alineados dientes. El hueso de la pata del perro atravesaba la carne viva en el sitio donde la mordía el cepo. Al no poder huir, el animal se giró para enfrentarse con Stokes. Se le contrajeron los bellos, dejando al descubierto los colmillos. Stokes afirmó los pies en el suelo y apretó el gatillo. La sierra ululó con estridencia. Con movimientos coordinados, Stokes adelantó una pierna para mantenerse en equilibrio, se agachó y blandió la motosierra, describiendo un arco de izquierda a derecha. El perro le lanzó una dentellada. La lengua y la mandíbula inferior fueron cercenadas por la sierra, esparciendo sangre y dientes por el suelo. El animal cayó de costado hacia atrás. Se levantó de un salto para enfrentar a Stokes de nuevo. Tenía los ojos desorbitados. Stokes maniobró con la sierra. El perro se alejó bruscamente, y el tirón casi le desprendió la pata fracturada. Stokes le atacó. Los dientes de la sierra mordieron la parte posterior del cráneo del animal... y a Stokes le pareció que le estallaba la nuca. Fue derribado de bruces al suelo.

La perra gris fue la primera en encontrar la gallina. Ésta cloqueó, batió las alas y empezó a saltar en círculo. La perra se abalanzó hacia ella. Algo hizo erupción del suelo. Le aferró la pata, y el animal cayó lanzando aullidos. El perro moteado saltó

sobre la gallina y la mató. La perra se retorció clavando mordiscos a aquello que le sujetaba la pata. Orph se precipitó hacia ello y también lo mordió, pero sólo una vez: era algo sin vida. La perra gris gañía lastimeramente. La manada se congregó en torno de ella. Husmearon y escarbaron el suelo, hasta desenterrar la cadena. El negro y la parda lamieron solícitamente la sangre que manaba de la pata de la perra gris. Orph, con el ceño fruncido, trató de consolarla pasándole la lengua por la cara. El resto de la perrada daba vueltas a su alrededor con inquietud. De cuando en cuando, uno de ellos se tendía en el suelo junto a la perra, o se alejaba unos pasos, giraba la cabeza y ladraba, invitándola a seguirle; al ver que la perra tironeaba inútilmente de la cadena, hipando, regresaba a su lado. Luego se dejaron caer al suelo y se quedaron quietos, contemplándola, con la cabeza apoyada sobre las patas. La perra gañía. Los demás emitían sonidos de ansiedad apenas audibles. Orph se levantó y empezó a caminar de un lado para otro. Hubiera querido irse de allí. Podía sentir el peligro dentro de su pecho. Atarazó la cadena, y la repugnancia que le producía el sabor del metal se transformó en ira. La perra le dirigía suplicantes gañidos. El metal no cedía. Orph se tendió al lado de la perra y permaneció con actitud meditabunda. El negro merodeaba impaciente. El bosque a su alrededor se puso súbitamente en tensión.

Orph percibió el olor de un ser humano. No comprendía cómo, pero sabía que aquello era obra de un ser humano. Le alteró el hecho de haber sido sorprendido, y le invadió un súbito temor. Enderezó las orejas. Olfateó intensamente. El efluvio de ser humano llegaba preñado de amenaza.

La perra parda, el moteado y el negro siguieron a Orph con la panza pegada al suelo hasta los arbustos. Esperaron, alertas, con las orejas gachas. La perra gris tironeaba hacia la espesura. De pronto se inmovilizó. Sonaron unos pasos. La perra se volvió en aquella dirección.

Cuando resonó aquel ruido atronador, Orph lanzó un respingo. Los demás retrocedieron arrastrándose y se movieron agitados, deseando huir, esperando que Orph les condujera lejos de allí.

Orph se levantó bruscamente: el hombre estaba dando muerte a la perra.

Orph salió de la espesura y saltó por el aire. Sus colmillos se hundieron en el cogote y todo el peso de su cuerpo chocó contra la espalda del hombre.

Stokes cayó sobre la motosierra. Los dientes de la cadena le cortaron el muslo. Stokes lanzó un chillido y se apartó hacia un costado. El motor enmudeció. Stokes escuchó unos gruñidos rabiosos; sintió que le clavaban afiladas púas en la nuca. Logró ponerse de rodillas y pegó un codazo hacia atrás, luego otro, hundiendo la puntiaguda articulación en un cuerpo duro. Las púas le soltaron el cuello. Stokes dio un salto hacia delante y, poniéndose en pie, se volvió para enfrentar al atacante. Un enorme perro pastor se precipitaba de nuevo hacia él. Le lanzó un formidable

puntapié. El perro le atarazó la bota. La presión era enorme; pero el grueso cuero impidió que los colmillos penetraran hasta la carne. Saltando sobre una pierna, Stokes empuñó el cuchillo y lo desenfundó. El ovejero le cogió por la espinilla. Stokes aulló de dolor. Comenzó a dar cuchilladas ciegamente. Otro animal se le prendió de la cadera, y él cayó sobre el ovejero. La hoja del cuchillo no hendía más que el aire. Un perro negro le clavaba sus colmillos en la cadera hasta el hueso. Otro animal le asió por el antebrazo. «El cuchillo, ¡no sueltes el condenado cuchillo! ¡Oh, Dios Santo!». Un cuarto perro se encarnizaba con su costado.

—¡Aaaay!

Stokes, de una sacudida del brazo, logró despedir al moteado y se incorporó, mientras los colmillos de los otros se hundían en su carne.

—¡Malditos! —rugió.

Descargaba cuchilladas, golpeaba con el puño. Sus gritos resonaban por todo el valle.

El perro pastor le mordió el costado, y Stokes se desplomó transido de dolor. El animal le quebró una costilla e hincó de nuevo los colmillos. Todos los perros se le echaron encima. Stokes clavó el cuchillo en el cuello del negro. Éste, lanzando un gruñido, le atarazó el codo. Stokes profirió un alarido. Abrió la mano con un estremecimiento y perdió el cuchillo. El negro le soltó, se retorció, intentando extraerse a dentelladas el arma enterrada en su cuello, y luego volvió a atacar. Las rojas fauces del animal y sus colmillos llenaron el campo de visión de Stokes. Levantó los brazos, pero el negro hizo presa en él, y Stokes apretó los ojos aterrizado, mientras sus manos tiraban de los pelos y la piel del animal. Éste le desgarró la mejilla y le partió la nariz; se abalanzó de nuevo y le arrancó una tira de cuero cabelludo. El ovejero le trituró el bíceps del brazo izquierdo, que cayó inerte, y luego se encarnizó con su pecho. Mientras Stokes profería agudos chillidos, los dedos de su mano derecha tropezaron con el mango del cuchillo y lo extrajeron del cuello del negro. La perra parda le hincó los dientes en el sobaco, y el arma se desprendió de su mano. Stokes empezó a arañar el suelo, buscando el cuchillo, sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro, para tratar de esquivar al negro. Los órganos genitales le fueron arrancados de cuajo. Un vómito le atoró la garganta. Rodó sobre sí mismo, atrapando a uno de los perros bajo su cuerpo, el cual le clavó una dentellada en el vientre. Rodó de nuevo, enloquecido, tratando de incorporarse, y los perros fueron arrastrados por el impulso, desgarrando la carne. El moteado le cercenó una oreja. El negro le apresó la cara y le trituró la mandíbula. La parda le abrió el vientre. Stokes, arrastrándose por el suelo, se liberó del moteado y, enceguecido —su mente se había paralizado—, cogió la oreja del negro y de un tirón logró desprenderlo de su rostro. Apoyándose sobre el brazo derecho, se incorporó hasta quedar sentado. Orph se le echó a la garganta y se la rasgó. La sangre fluyó a chorro. Orph siguió mordiendo

hasta abrirle la laringe. Stokes se puso de rodillas, luego el torso se desplomó hacia delante hasta tocar el suelo con la frente, y permaneció con el cuerpo así arqueado, los pulmones convulsionados por la oleada de sangre, y empezó a toser, expeliéndola a borbotones por la boca, por la nariz y por la abertura de la garganta. Orph le clavó los dientes en la espalda. Stokes cayó de bruces sobre la tierra empapada de sangre. Sus músculos se tornaron flácidos. Orph, con los colmillos hundidos hasta las encías tironeó y lo levantó unos centímetros del suelo. Luego zamarreó aquel cuerpo pesado e inerte, para dejarle caer de nuevo y permanecer sin soltar su presa, profiriendo un ronco gruñido desde el fondo de su pecho. Stokes se estremeció. Orph le zarandó nuevamente. Stokes no se movió.

Orph se separó del cuerpo y se quedó unos instantes dispuesto a atacar de nuevo. No se produjo movimiento alguno. Orph dio una vuelta alrededor del cuerpo, olfateándolo. El moteado seguía prendido a una de las piernas, pero su interés iba decreciendo. Orph apretó el hocico contra el hombre, aspiró profundamente, con todas las células de su ser alertas para captar su hálito vital. La vida le había abandonado.

Orph se acercó a la perra gris y le lamió la cabeza partida, olisqueando. Se giró y se alejó; se dejó caer pesadamente al suelo. Un músculo le estremecía la piel de la paletilla. Tormentas de excitación aún estallaban y se agitaban en su interior. Estaba cubierto de sangre. Empezó a quitársela con largas lengüetadas. Notó el escozor que le producía una herida que le cruzaba el pecho. La lamió y la mordisqueó. No era muy dolorosa. Se lamió la sangre de las patas delanteras.

Los otros, después de olfatear en derredor de la perra gris, se alejaron de ella. La parda, con las ubres inflamadas, la panza enorme y pesada, que anunciaban lo avanzado de la gestación, se dobló sobre sí misma para lamerse una herida del muslo. El moteado lamía el tajo del cuello del negro, donde éste no alcanzaba con su lengua. El negro, complacido, limpiaba el cuerpo del moteado.

Una vez terminaron de asearse, miraron a Orph. Éste estaba fatigado y deseoso de descansar, así como también lo estaban ellos. Pero no podían quedarse allí, ni en ningún lugar de las cercanías, un solo instante más, según se lo indicaban con insistencia sus células, por cuyo motivo se levantó y olfateó el aire; luego empezó a trepar por la ladera de la montaña. La parda, el negro y el moteado le siguieron.

Bauer estaba sentado ante el televisor con un vaso de whisky en la mano. No sentía deseos de ver las secuencias siguientes; no quería que aquello fuese real. Se había enterado del hecho en la escuela a última hora de la tarde.

El reportaje estaba grabado en videocinta, lo que le otorgaba aquella curiosa cualidad de sobrerrealidad inherente al medio. Primero apareció una vista general de la casa de Stokes. El objetivo de foco regulable de la cámara se acercaba lentamente hasta que la puerta principal ocupaba toda la pantalla. La imagen, por cambio de plano, pasó a una instantánea en blanco y negro de un hombre sonriente, recio y de duras facciones. La fotografía fue reemplazada por la imagen de la viuda de Stokes, que estaba llorando.

Buddy Stokes, decía el locutor, había salido a trabajar el miércoles a la mañana y a la noche no regresó a su casa.

—A veces —explicó la señora Stokes, lentamente, mirando la cámara— se encontraba con los amigos y pasaba la noche por ahí, y a la mañana siguiente se iba directamente a trabajar. Sin embargo, el miércoles por la noche, cuando vi que no regresaba, telefoneé a algunos de sus amigos, pero ninguno le había visto. Permanecí despierta, esperándole, y luego por la mañana... —se mordió el labio—..., por la mañana, llamé a la oficina del comisario, y... ¡Oh! Yo estaba tan furiosa y pensar que durante todo el tiempo él estaba, él estaba...

Prorrumpió en sollozos.

—Esto es Watson Hollow —dijo el locutor con tono sombrío—, un pequeño valle entre dos abruptas montañas. Buddy Stokes talaba árboles en este lugar. Su camioneta aparece en el sitio donde la encontró el ayudante del comisario, Bill Sanders, esta mañana a las diez, con un rifle automático de grueso calibre aún sujeto a sus soportes... Stokes siguió esta senda, de unos quinientos metros, hasta el bosque de arces donde estaba trabajando. Pero no se detuvo aquí, sino que siguió subiendo por la ladera rocosa y, a través de estos arbustos, hasta más allá de los árboles que aquí vemos. Buddy Stokes había encontrado rastros de perros salvajes por los alrededores de estos bosques. Según lo manifestado por su esposa, la única persona a la cual se lo había comentado, Stokes no sabía si se trataba de la misma perrada que atacó y causó horribles heridas al joven Homer McPhee el mes pasado, por lo que no quiso dar la voz de alarma sin conocimiento de causa. Stokes dispuso una serie de cepos, como el que aquí se ve, y los examinaba todas las mañanas. Aquí, en este cerro encontró a un perro salvaje firmemente apresado por un cepo, y ese descubrimiento le costó la vida.

La cámara enfocó una lona que cubría un cadáver. Se veían las piernas de varios hombres que deambulaban a su alrededor; en el fondo, había un policía del Estado con una rodilla en tierra. Se oían voces ahogadas.

—El médico forense de Covington, James Castleman, y el agente del Departamento de Conservación, William Burgher, reconstruyeron el hecho, después de un cuidadoso examen del lugar. El perro atrapado no estaba solo. Había cuatro más: el número de la manada que atacó a McPhee. Al acercarse Stokes, los animales se escondieron. Cuando Stokes se dio cuenta de su presencia, y probablemente se vio amenazado por ellos, puso en marcha su motosierra, un arma poderosa pero difícil de manipular. La manada le atacó.

La cámara se desplazó con rapidez de un macizo de brezos y se detuvo bruscamente ante una sierra de cadena que yacía en el suelo.

—Stokes debió de abandonar la pesada sierra después de los primeros esgarces y recurrió a su cuchillo de monte.

Primer plano de un cuchillo ensangrentado sobre un pañuelo que alguien sostenía entre sus manos.

—Fue una lucha terrible, violenta.

La cámara recorrió los árboles circundantes, se proyectó hacia el cielo y enfocó, finalmente, la tierra revuelta y empapada de sangre.

—Una primitiva pelea entre un hombre solo y una feroz manada de bestias salvajes. Stokes logró matar a una de ellas. —La cámara se detuvo, durante un instante, sobre el cadáver enroscado de un perro gris—. También hirió a otros, aunque no sabemos a cuántos ni cuan graves fueron las heridas. Al fin, sin embargo, Stokes no pudo resistir el ataque de los cuatro, probablemente ningún hombre hubiera podido, y cayó muerto bajo sus colmillos, destrozado más allá de lo que la imaginación es capaz de concebir.

»Interrogamos al ayudante del comisario, Bill Sanders, que fue el primero en llegar al escenario de los hechos y quien descubrió el cuerpo de Buddy Stokes. Agente Sanders, en el curso de sus actuaciones, usted ha tenido ocasión de contemplar a la muerte en muchos de sus aspectos de carácter violento. ¿Cuál fue su reacción al hacer el descubrimiento esta mañana temprano?

Apareció el rostro, pálido y trasmudado, de un joven uniformado que mantenía la vista clavada en las puntas de sus pies. Movi6 la cabeza. Su voz apenas era audible.

—Me volví de espaldas. Porque ni siquiera parecía un hombre. Y me alejé y me senté hasta recobrar el ánimo, hasta que me obligué a mí mismo a mirar de nuevo. —Levantó lentamente la vista hacia la cámara—. Le despedazaron —dijo con voz desfavorida—. Le hicieron pedazos. Pedazos.

La cámara retrocedió para captar al reportero, de pie junto al agente, con el micrófono en la mano, un grabador magnetofónico portátil colgado del hombro, y siguió retrocediendo hasta abarcar el bulto cubierto con la lona, el perro muerto y un grupo de hombres vestidos de uniforme o de civil, que iban de un lado a otro, revisando y examinando el terreno.

—Y así —prosiguió el reportero—, los perros salvajes del condado de Queensbridge, con una agresión maligna a un joven desarmado en su haber, han dado muerte ahora a su primera víctima humana. Les habló Gerald Becker, que devuelve la transmisión al estudio.

Bauer dejó el vaso en la mesa. Se inclinó hacia delante y, con los codos sobre las rodillas, apoyó la cabeza en sus manos.

Otra voz dijo:

—La nota de Gerald Becker fue grabada esta mañana temprano. En relación con esta noticia, esta tarde hemos efectuado una serie de entrevistas, y contamos con un resumen de las operaciones que ya se han iniciado con el fin de encontrar y eliminar a los feroces perros que mataron a Buddy Stokes hace dos días, en las primeras horas del miércoles. Tenemos con nosotros a la doctora Elizabeth Collier, veterinaria de Covington y una autoridad en comportamiento canino.

Elizabeth apareció en la pantalla, con los labios tensos y los ojos entrecerrados.

—Doctora Collier —dijo el periodista—, casi podríamos afirmar que la misma perrada que atacó a Homer McPhee es la que ahora ha dado muerte a Buddy Stokes. ¿Cabe un comportamiento tan feroz dentro de las capacidades naturales del animal llamado generalmente el Mejor Amigo del Hombre?

—Si usted sugiere que los perros domésticos son fieras cebadas con piel de cordero, entonces la respuesta es un rotundo no. Deseo dar a estas palabras todo el énfasis posible. No hay motivos para crear alarma entre los dueños de perros y sus vecinos. Por otra parte, si usted quiere significar si es *posible* que los perros puedan matar sin estar rabiosos o enloquecidos, la respuesta es sí. Ello es evidente, ¿no cree usted? Pero la posibilidad es muy remota. Es más probable que una persona caiga fulminada por un rayo que no que sea herida de gravedad por un perro. El año pasado, veinticuatro mil personas fueron asesinadas por sus conciudadanos en este país... y dieciocho fueron muertas por perros. La mayoría de estas dieciocho personas fueron niños pequeños que recibieron una o dos dentelladas... que, si se hubiera tratado de adultos, habrían requerido tan sólo un par de puntos de sutura.

—Los perros salvajes ¿pueden cebarse con los seres humanos?

Elizabeth hizo un gesto de fastidio.

—Jamás. A la mayoría de los animales depredadores no les gusta el sabor de nuestra carne. Ciertos peces y reptiles pueden llegar a devorar seres humanos, y de cuando en cuando algún tigre se convierte en devorador de hombres, pero no somos presa apetitosa para los perros.

—Entonces, ¿por qué motivo cree usted que esta manada atacó a seres humanos?

—Lo más probable es que haya sido en defensa propia. Homer McPhee declaró que había tratado de alejarlos de la res que habían matado. Les atacó con piedras y con un palo. Sólo entonces le agredieron. Según han informado los medios de

comunicación, Buddy Stokes atrapó con un cebo a un miembro de la manada, pero nadie ha mencionado el hecho adicional de que, según lo demuestran las pruebas obtenidas, Stokes procedió a rematar el animal con una motosierra. Ello fue, con toda seguridad, el catalizador que desencadenó la violencia de la jauría. Al igual que la mayoría de los animales salvajes, los perros ferales no atacan al ser humano a menos que medie algún tipo de provocación..., lo cual significa que no se les debe acorralar, atacar, o amenazar a sus cachorros. De lo contrario, prefieren huir.

—Ellos podían haber huido en el caso del muchacho McPhee. ¿Por qué no lo hicieron?

—Porque defendían su presa, su alimento, que es vital para cualquier ser vivo. Además, y a este respecto, no puedo hacer más que formular una conjetura, no poseemos ninguna prueba concreta de que el perro Alfa de esta manada... —Calló durante un instante—. En las manadas de lobos o de perros —explicó—, siempre hay un animal Alfa. Es el miembro dominante de la manada, su líder. Probablemente el perro Alfa de esta jauría es un animal muy fiero y agresivo. Tal vez fue un animal doméstico en algún momento de su vida. Debe de ser muy cauteloso con los seres humanos y deseoso de evitar su encuentro en lo posible, pero les teme mucho menos que si fuese un animal nacido en estado salvaje, suponiendo que sienta temor alguno ante ellos.

—Entonces usted diría que esta manada es tremendamente peligrosa y capaz de atacar de nuevo.

—Esos animales no buscarán activamente el encuentro con seres humanos, pero, en efecto, son sin ninguna duda peligrosos en extremo.

—¿Por qué motivo cree usted que dejaron a McPhee con vida y, en cambio, mataron a Buddy Stokes?

—Incluso un animal que esté totalmente enloquecido dejará de atacar en cuanto su víctima deje de moverse, lo que suele ocurrir cuando ésta pierde el conocimiento por efectos del *shock*, como fue el caso de McPhee, o por la pérdida de sangre. Lamentablemente, Stokes era un hombre fuerte, que luchó denodadamente y recibió heridas de muerte antes de caer en estado de coma.

—Una última pregunta, doctora Collier. ¿Qué es lo mejor que puede hacer una persona que se enfrente con esta manada, o con cualquier perro hostil?

—En primer lugar, no correr. Ello despierta un poderoso instinto en los animales depredadores, que les incita a dar caza. En segundo lugar, no tratar de asustarles con gestos amenazadores o lanzándoles algún objeto, lo cual puede provocar la contrarreacción con la consiguiente agresión de su parte. En tercer lugar, evitar mirarles directamente a los ojos. Entre los animales de raza canina, la mirada fija encierra un desafío y sólo hay dos reacciones posibles: o bien uno de los animales se somete esquivando la mirada del otro, o bien luchan. Por último, la persona que sea

mordida, por muy intenso que sea el dolor, debe inmovilizarse y permanecer totalmente quieta. Si no se mueve, el perro soltará su presa. Quizá lance un mordisco más para ver qué sucede, pero no continuará atacando a una persona que permanezca inmóvil.

Luego apareció el coronel Edwin Mulcahey, de la policía del Estado. Permanecía muy rígido y se mostraba incómodo ante la cámara. Soltando un discurso preparado de antemano, manifestó que al amanecer partirían tres aviones de reconocimiento; fuerzas combinadas de la policía del Estado, de la oficina del comisario y del Departamento de Conservación saldrían a rastrear Herman's Claypipe y las montañas vecinas; se estaba formando un escuadrón integrado por guías cazadores profesionales, y dos parejas de sabuesos llegarían al día siguiente por la tarde. Se pedía a los ciudadanos que informaran sobre la presencia de perros desconocidos, pero Mulcahey anunció la prohibición a la población civil de adentrarse provistos de armas en los bosques. No quería que una horda armada anduviera suelta por los montes, por cuanto no haría más de invitar a la tragedia.

Un nervioso portavoz del Departamento de Conservación trató de justificar el fracaso de la primera cacería, poniendo como razón la dificultad de localizar a unos animales tan listos y cautelosos como son los perros ferales, pero prometió que los infatigables esfuerzos de su departamento no cesarían hasta que hubiera desaparecido la amenaza. Le siguió el gobernador con unas breves palabras tranquilizadoras y de condolencia. Prometió brindar pleno apoyo y aseguró que se daría una pronta resolución al problema. Harry Wilson atacó a varios funcionarios y exigió la aprobación de su proyecto de ley canina, no sólo por la municipalidad de Covington, sino también por el poder legislativo del Estado. El comentarista concluyó con una invitación a mantener la sintonía para presenciar un programa especial acerca del grave problema que constituían los perros salvajes en todo el país.

Bauer salió de la cabaña. Contempló la mole oscura de las montañas.

«Eres tú, Orph».

«Y yo te arrancaré de mi falso entorno».

«Te lo prometo».

Orph no encontraba un sitio donde se sintiera seguro; sólo experimentaba el apremio de alejarse de donde había tenido lugar la matanza. Les conducía a paso vivo, y lo mantenía poniendo a prueba su resistencia y la de ellos, hasta que su cuerpo se liberaba de su voluntad, y entonces se desplomaba, temblando, mientras los demás se dejaban caer a su alrededor. No les permitía descansar mucho rato, sólo el tiempo suficiente como para que desapareciera la aguda sensación de fatiga, y entonces les obligaba a levantarse y a proseguir la marcha. Los demás no se resistían ni rebelaban: él era el conductor, su cerebro y su voluntad. Alternativamente, trepaban y

descendían, pero siempre estaban en movimiento, y las montañas se sucedían bajo sus patas, que se les hinchaban y sangraban.

La perra parda estaba cada vez más nerviosa e inquieta. Hacía varias horas que no comía, a pesar de que habían dado muerte a algún pequeño animal y hubo comida. Empezó a rezagarse, y a veces se separaba de ellos errabunda. Orph la obligaba a reintegrarse a la manada, empujándola con el flanco y lanzándole algún mordisco. Sintió el extraño olor de su vagina, permanentemente húmeda. Ello le puso ansioso. Un sentimiento de profunda gravedad se apoderó de sus vísceras y, con ello, la inexplicable certeza de que no podrían ir mucho más lejos, que, de alguna manera, la perra se convertiría en el centro de todos ellos. Sencillamente, ya lo era, al igual que los latidos de su corazón. Pero él no se dejaba dominar por aquel sentimiento, con el fin de forzarla a caminar todas las horas que pudiera; luego, todos los minutos y, por fin, a media tarde, ya no logró hacerla avanzar más, y le inundó una oleada de aquel inquietante sentimiento, que le hizo ceder la supremacía a la perra.

Ésta se detuvo. Orph retrocedió hasta ella. La perra gruñó. Él le mordió el flanco. Ella le agredió a su vez. Orph se apartó rápidamente, con una perla de sangre en la oreja, donde ella le había hincado los dientes.

La perra permaneció inmóvil, jadeando, con la cabeza gacha. Comenzó a hipar. Luego se giró y descendió por la ladera de la montaña.

Orph la siguió. El negro y el moteado iban detrás de él. Los tres se mantenían a cierta distancia de la perra; ella gruñía salvajemente cada vez que se le acercaban demasiado.

A Orph no le gustaba aquella dirección. Pero seguir a la perra era lo que debía hacer.

Sus pasos cuesta abajo eran erráticos. Cambiaba con frecuencia de dirección. Volvía sobre sus pasos. Describía círculos. Introducía el hocico en las grietas de las rocas. Tratava de escarbar el suelo pedregoso.

Hacia el atardecer se detuvo, al pie de la falda de la montaña, y resiguió el curso de un arroyo, hipando desconsoladamente. Por fin, en la base de un alto escarpado rocoso, empezó a escarbar.

Orph se adelantó, pero se inmovilizó en cuanto ella se volvió, ladrándole. Aquél, pues, sería su territorio. Orph se tendió en el suelo, apoyó la cabeza sobre sus patas y se quedó observándola. Se sentía desdichado. Olfateaba y no percibía nada alarmante, pero tampoco nada que fuese tranquilizador. Le inquietaba un ligero efluvio de ser humano. Muy distante, pero presente sin embargo. Era un olor inerte, carente de agresividad o de amenaza, pero no le inspiraba confianza y deseaba huir de allí, alejarse de cualquier clase de tufo humano.

Pero no había nada que hacer. Sería lo que tuviese que ser.

La perra escarbó una madriguera casi el doble de grande que su propio tamaño y

se introdujo en ella. Se tumbó de costado, jadeando. Empezó a contraérsele el abdomen.

En la oscuridad, Orph se acercó sigilosamente a la cueva. Se instaló a una docena de pasos de la boca. Permaneció con las orejas levantadas, escuchando a la perra.

Al cabo de media hora de haber empezado las contracciones, despidió al primer cadillo. Del tamaño de un puño, tenía los ojillos firmemente cerrados, la cara achatada, las diminutas patitas pegadas al cuerpo, y estaba encerrado en una bolsa húmeda. La perra desgarró la bolsa y la apartó de aquella menuda forma que se agitaba. Cortó el cordón umbilical con sus dientes. Se comió la bolsa y acto seguido lamió cuidadosamente al cachorro desde la cabeza hasta la cola. Lo sacudió con el hocico durante unos momentos, y el perrito empezó a respirar. Se retorció torpe y penosamente hacia la calidez que despedía el cuerpo de su madre y hundió la cabeza en su vientre, emitiendo débiles y cortos gañidos hasta que tuvo una de las ubres en la boca. La perra apoyó la cabeza en el suelo para reposar. Respiraba fatigosamente.

No tardó en abrirse paso otro cachorro. La perra soltó un gañido cuando aquél emergió, jadeó cuando hubo salido y luego desgarró la bolsa, la devoró y limpió al cachorro.

Al amanecer había seis cachorritos apilados contra su vientre, y la exhausta pero satisfecha madre estaba dormida.

Orph, en cambio, no había dormido. Vigiló, alerta, la madriguera, durante toda la noche. Había acumulado la tensión provocada por todos y cada uno de los gañidos. No podía soportarlo más. Se acercó a escudriñar la cueva.

La perra le recibió con un gruñido.

Orph se alejó. Su sangre comprendió lo que él había olfateado. Aquello tenía sentido.

Unas horas después de la salida del sol, la perra emergió a la luz, se alivió y se fue al arroyo a beber. De la madriguera salían sordos gañidos. La perra vigilaba atentamente a Orph y a los otros perros mientras bebía. No tardó en estar de nuevo dentro de la cueva.

A última hora de la tarde, Orph, el negro y el moteado partieron de cacería.

Cuando regresaron ya había oscurecido. Orph había devorado la mayor parte de lo cazado. Se detuvo en la entrada de la madriguera y emitió unos gañidos. La perra salió. Lo olfateó y le lamió los belfos. Luego abrió completamente la boca. Orph regurgitó en ella. La perra comió y regresó junto a los cadillos.

A la tarde siguiente, fue el negro el que vació su estómago para ella.

La manada desapareció de las noticias nacionales durante varios días; poco tiempo después fue relegada a segundo término en los servicios noticiosos del Estado. En el condado de Queensbridge siguió siendo un tema fugaz, y en Covington, una

crisis. El diario y la estación de radio de Harry Wilson no cesaban de machacarlo diariamente. La población civil mató a tiros a dos perros vagabundos y mutiló a media docena a garrotazos. Los vecinos no se hablaban. Hubo puñetazos en los bares. Los niños tiraban piedras a los perros atados o encerrados tras las cercas. El consejo municipal aprobó provisionalmente una versión modificada del proyecto de ley canina de Wilson, y éste anunció su candidatura para el cuerpo legislativo del Estado.

Se arrestó a unos cuantos hombres armados en los bosques, a uno de ellos después de haber disparado al notar un movimiento entre los arbustos de una quebrada y herido a un ayudante del comisario en la pierna. No se encontraron ni rastro de los perros. El confiado optimismo del coronel Mulcahey se esfumó al formular declaraciones a la prensa. Prometió que la cacería continuaría hasta que se hubiera dado muerte a los animales, pero, gradualmente, los costosos hombres fueron retirados de las montañas. Los editoriales de Harry Wilson condenaban a todo el mundo, desde el gobernador hasta el American Kennel Club.

Bauer ya no tenía ninguna duda. La evidencia sólida era escasa —la descripción del perro por McPhee y un puñado de pelos recogidos en el lugar donde habían dado muerte a Stokes, que Elizabeth Collier identificó como de perro pastor alemán—, pero sus temores se afirmaron hasta convertirse en convicción, y ello le trajo apareado un angustiante sentimiento de culpa, un desaliento paralizador.

«Yo lo hice —pensaba—. Por culpa de mi debilidad, de mi falta de voluntad. Mis manos están sucias de la muerte de un hombre y del horror de mi propio hijo».

Sintió revulsión hacia sí mismo.

La carta de Santo DiGiovanni acabó de aplastarle.

Estaba escrita con lápiz. Los renglones formaban ondulaciones, fruto de la avanzada edad del autor.

Señor Bauer:

Hoy se cumplen exactamente cinco años que mi Anthony está en la cárcel. Mi corazón está desolado y yo he estado muerto durante todo este tiempo, pero mi cuerpo no ha querido ceder ni me ha permitido dormir el sueño eterno todavía. Espero que en el día de hoy habrá pensado en mi Anthony, porque sería terrible que un hombre condenara a otro hombre a pasar el resto de su vida encerrado en una prisión y ni siquiera se acordara de haber cometido un acto semejante.

Anthony obró mal. Y debe responder ante la ley y ante Dios por ello. Pero usted le conoció antes de que cometiera un asesinato. Usted sabía de las otras malas acciones que estaba cometiendo. Usted hubiera podido evitar que las cometiese o hubiera podido pedir a otros que lo evitasen. Pero usted no lo hizo. No hizo nada. Esperó hasta que Anthony se manchara las manos de sangre, y entonces se decidió a actuar.

Ahora usted está libre. Puede hacer el amor y beber vino y encontrar satisfacción en su trabajo; puede ir a donde le place y hacer lo que le viene en gana. Anthony, no. Anthony está encerrado en una reducida celda no más grande que su retrete, rodeado de barrotes de acero, y mi hijo permanecerá en su jaula hasta que se haga viejo y se le caigan los dientes y se mee en los calzoncillos y no pueda tenerse en pie y se muera.

No le odio. Yo sólo soy un viejo que espera la muerte y el día en que su alma pueda unirse con el alma de su hijo. Pero tampoco le perdono. Si alguien puede llegar a hacerlo, ese alguien es sólo usted, y usted es quien deberá encontrar la manera de hacerlo. No quisiera vivir con su corazón. Debe de dolerle horrores.

*No puedo desearle bien, pero tampoco le deseo mal alguno. Yo sólo espero morir y poner fin a mi dolor.
Adiós señor Bauer.*

Santo DiGiovanni

Bauer quedó convertido en algo intangible. En polvo arrastrado por el viento. Siempre cedió. Había bebido de la fuente de la equivocación y dejó sin alimento a su voluntad. La renunciación agostó su alma.

Yacía aturdido en su cabaña. Una barba grisácea le cubría las mejillas. Tomó un poco de agua, observando su mano mientras se acercaba el vaso a la boca, con suma lentitud, ejerciendo una fuerza inmensa, y vio las huellas de su paso —una seca corteza de pan mordida por sus dientes, una taza rota en el suelo—, pero no pudo recordarlas y apenas si logró comprenderlas.

¡Cuánto anhelaba sumirse en la nada!

No. Se obligó a sí mismo a meterse bajo la ducha.

Se obligó a sí mismo a afeitarse la cara, a lavarse la boca, a vestir su cuerpo con ropa limpia, a dominar lo externo y compeler su orden interno. Comió. Con moderación, pero a pesar de todo su estómago vomitó la comida. Esperó un rato y comió de nuevo y esta vez devolvió algo, pero la mayor parte de lo que ingirió permaneció en su organismo.

Kathy apareció por la cabaña. Iba acompañada de un alto muchacho de dorados cabellos cuyo nombre Bauer no logró retener. Ella le tocaba. Ambos reían. Sus dientes eran de un blanco brillante. Le hablaban, y él les oía, pero no podía responderles, y Kathy creía que sería divertido y maravilloso si los tres se desnudaban, se iban al dormitorio y se hacían el amor unos a otros, pero él no contestó, les miraba con el rostro impasible, y el muchacho frunció el ceño con ira creciente y Kathy acercó su rostro al de Bauer y penetró por las pequeñas aberturas de sus pupilas y dijo: «Eh, estás *viajando* o algo» y después de un largo instante de vacío se sulfuró pero en seguida recobró su risa porque las emociones abrasivas sólo podía experimentarlas como un estremecimiento, y se encogió tontamente de hombros, se levantó sobre las puntas de sus pies y le besó la mejilla y dijo sonriendo: «Bueno, nos largamos y te veré más tarde, ¿te parece bien?», y se marchó con el muchacho, y él oyó que éste decía: «Está acabado, el hombre. Totalmente acabado, Dios Santo».

Bauer cogió las llaves de su auto y salió. El día llegaba a su fin y encendió los faros. Se dirigió a casa de Elizabeth. Había luz en la sala de estar.

Ella abrió la puerta y dijo, asombrada:

—¡Hola, Alex!

—Te necesito —le dijo él.

La tomó en sus manos. Ella trató de echarse hacia atrás y dijo:

—¿Qué te propones?

Pero él era demasiado fuerte, la lastimaba, y ella se dio cuenta de que podría hacerle más daño, y eso eliminaba la posibilidad de escapar a la situación, y mientras él se dedicaba a sacarle la ropa, Elizabeth mantuvo una actitud resistente y renuente, pero no luchó como si de ello dependiera su vida, porque pensaba que, si lo hacía, correría ese riesgo. Bauer hablaba, pero de una manera incoherente. Para ella era un extraño, tanto en su comportamiento como por la forma en que parecía tratar su propio cuerpo, y no logró penetrarla a pesar de que ella no le puso impedimento alguno; fue impotente, y se separó de ella y levantó los puños y abrió la boca, como si fuera a gritar, como si fuera a lanzar un aullido o a proferir algún tremendo sonido, pero no lo hizo, y bajó los brazos y la miró con una expresión de intolerable dolor.

Elizabeth se levantó, cubriéndose con sus maltratadas ropas.

—Cometiste un error —dijo con calma—. No sé qué has destruido, pero algo destruiste.

Al cabo de varios minutos, él dijo:

—Lo siento.

—No quiero volver a verte jamás —musitó ella.

Bauer pareció no haberla escuchado.

—Encontraré a Orph —dijo.

—No puedes hacerlo.

Él asintió y se dirigió a la puerta.

—Lo siento —repitió, y esta vez lo dijo por ella.

Se fue. Ella se sentó en una silla y se estrechó a sí misma con los brazos.

Los cachorros abrieron los ojos el décimo día. La perra se había enflaquecido bajo las ávidas bocas de la lechigada, pero se mantenía fuerte y no estaba hambrienta, pues le traían la comida suficiente. Los cadillos crecieron de tamaño y ganaron peso. Se importunaban unos a otros y se tambaleaban al levantarse sobre sus patitas. Sus afilados dientes le ulceraban los pezones. Cuando salía a aliviarse y a beber agua del arroyo, la perra permanecía unos minutos al sol; luego empezó a quedarse cinco minutos, después diez, un cuarto de hora. Se tendía de costado, gozando del respiro. Se acercó para jugar con los machos. Si bien éstos olfateaban la boca de la madriguera y escudriñaban su interior, no intentaban entrar en ella, y la perra les devolvió la confianza y no volvió a mostrarse tan severa con ellos como lo había sido antes. El cachorro más grande ganó el dominio de sus patas. Exploró la madriguera, en intrépidas aventuras, palmo a palmo. La perra se tornó lo suficientemente tranquila como para ignorar temporalmente los gañidos y chillidos que los pequeñuelos dirigían a la boca de la cueva cuando al cabo de una incierta y desconcertante búsqueda de su calor y ayuda no la encontraban. Una tarde, ella se fue

despreocupadamente a hacer una correría con el perro moteado, regresando media hora más tarde, rebosante de regocijo. Los cadillos clamaban su infelicidad. Ella acudió a su lado, satisfecha, y se tumbó de costado. Los cachorros se agolparon, pasando unos por encima de otros, para prenderse de las ubres. Días más tarde, les sacó uno a uno colgados de su boca y los depositó al sol sobre la tierra cálida. Con evidente orgullo contempló cómo Orph y los otros olían, olfateaban y hacían rodar a los cachorros con el hocico. Los pequeñuelos, asustados, arrojaban chorros de orina. Trataron de regresar a la madriguera, pero ella les cerró el paso. El perro negro se alejó adentrándose en el bosque, enfurruñado. Orph deambuló de un lado para otro hasta dejarse caer al suelo para gozar de la certeza de que no deberían permanecer indefinidamente en aquel sitio, que les ofrecía refugio, agua y comida suficientes, pero donde llegaban de cuando en cuando vestigios de olor a ser humano, no abiertamente amenazador, pero que implicaba peligro por el solo hecho de que era humano. El perro moteado yacía junto a la perra y su lechigada. Alargó el pescuezo para lamer a los cachorros. El más grande de ellos dominó su terror el tiempo suficiente para soportar las lamidas durante un breve instante. Después se arrastró hasta donde estaba su madre e intentó escurrirse debajo de ella. La perra se apartó para dejarles pasar, los cachorros se precipitaron hasta el filo de la entrada de la madriguera y cayeron rodando hasta el fondo. Ella les siguió, exultante de felicidad.

Su inteligencia, si la hubiera consultado, le habría dicho que no tenía posibilidad alguna de encontrar a Orph. Pero se trataba de una cuestión de conocimiento, no de inteligencia: cualesquiera que fuesen los cursos de la existencia y del tiempo por los que él y Orph se deslizaban, ambos se dirigían hacia la confluencia. Lo sentía en todas y cada una de las fibras de su ser, lo sabía sin necesidad de formularse pregunta alguna. Se trataba de una cuestión de armonía. No era preciso creerlo; percibía la necesidad de ello.

Solicitó licencia en la escuela. A veces solía irse de campamento con Mike y Jeff, y poseía la mayor parte del equipo necesario. Adquirió las cosas que le faltaban, y una provisión de alimentos deshidratados. Lo que no tenía era un arma. Ben Nichols era un joven profesor de Historia, que vivía a poco menos de un kilómetro carretera arriba. Llevaba sus largos cabellos recogidos en la nuca y vestía pantalones y sandalias, pero era un montañés de alma. Bauer tenía suficiente amistad con él como para pedirle un arma prestada. Le contó para qué la quería.

—Tienes menos probabilidades de encontrarle que una aguja en un pajar —le dijo Nichols.

Bauer se encogió de hombros. Nichols no insistió, tal como suponía Bauer. Nichols no permitía que nadie le dijera lo que tenía que hacer con su vida; a cambio, él nunca discutía con nadie tratando de imponerle su opinión.

—¿Estás bien pertrechado? ¿Has acampado alguna vez?

—Lo suficiente.

—¿Qué tal manejas las armas?

—No soy un experto, pero de chico solía ir a cazar. En el ejército fui clasificado como «Tirador de primera».

Nichols le llevó a su estudio donde había un armero con puertas de vidrio. Nichols giró la llave, corrió uno de los paneles y extrajo un rifle con portafusil y mira telescópica. La culata brillaba y las partes metálicas estaban cubiertas con una película de grasa.

—A ver qué te parece éste.

Bauer descorrió el cerrojo para comprobar que el arma estuviese descargada.

—Eso está bien —comentó Nichols—. Ahora no me preocupa dejarlo en tus manos.

Bauer apoyó la culata contra su hombro y apuntó a un árbol a través de la ventana. Las lentes de la mira estaban cubiertas con protectores de cuero. Bauer bajó el rifle, luego lo encajó de nuevo en el hombro. Lo volvió a bajar, apuntó otra vez y ahora recorrió lentamente la pared del otro lado de la estancia.

—Se me adapta bien —dijo—. Y está bien equilibrado.

Leyó la inscripción estampada en el metal. Era un Winchester, calibre 270.

—No conozco los cartuchos —observó.

—Son de gran impacto. Ochocientos metros por segundo. Esas montañas constituyen un terreno ideal para carabina. Por lo general, no encontrarás un claro de más de cincuenta o sesenta metros, pero a veces sí..., en una loma, en una sierra, en un acantilado. —Sacó la protección de la mira—. El rifle tiene un alcance eficaz hasta quinientos metros, pero yo nunca he disparado desde tan lejos por estos alrededores. La mira está graduada para los doscientos metros. A cien, tienes un alza de unos tres centímetros y medio, y a trescientos, una caída de cinco. No los fabrican más precisos. No dispaes a nada que esté a más de trescientos metros. ¿Has disparado alguna vez con mira telescópica?

Bauer contestó que no, y Nichols le explicó cómo debía hacerlo.

Nichols dejó el rifle de lado y abrió un cajón del pie del armero. Había cuatro armas cortas. Cogió la más pequeña, y una funda de su medida.

—También necesitas llevar un arma en el cinto.

Bauer pareció vacilar.

—Cuando estés en el campamento no vas a andar siempre con el rifle en la mano. Y a corta distancia, como fue sorprendido ese tipo Stokes, el rifle no te sería de mucha utilidad: es demasiado lento y engorroso de manejar. Ésta es un arma ligera. Ni siquiera notarás que la llevas encima. Puede ser cargada con balas de calibre treinta y ocho Special; no son balas de cañón, pero resultan bastante eficaces. ¿Qué sabes tú de pistolas?

—No más que lo que aprendí con las de calibre cuarenta y cinco del ejército.

—No importa. La usarás a tres metros de distancia o menos, y puedo enseñarte en una hora.

Se dirigieron con el auto hasta la casa de un amigo de Bauer, que poseía un campo de tiro. Bauer disparó treinta cartuchos con el Winchester. Las cinco primeras balas se desperdigaron, pero no había perdido el pulso; cada una habría alcanzado a su presa en algún lugar del cuerpo. Hacia el final, puso tres casi en el mismo blanco, desde doscientos metros; agrupó tres en un área del diámetro de un dólar de plata, a un centímetro por encima del blanco, desde cien metros, y tres en un círculo de cinco centímetros, desde trescientos metros.

—Todos esos tiros eran mortales —comentó Nichols.

—Es un buen rifle.

Nichols le hizo practicar con el Colt hasta que su manejo fue considerablemente bueno.

Regresaron a casa de Nichols. Éste le convenció de que se llevara también su moto.

—Puedes subir a una montaña en una hora, cuando te llevaría cinco o seis

ascender a pie, y además no tendrás que cargar el equipo en la espalda. Alarmará a todo bicho viviente en un radio de un kilómetro y medio a la redonda, pero en seguida se tranquilizarán. Con ella podrás recorrer un territorio diez o veinte veces mayor. Quedarás reventado, pero luego también podrás descansar más tiempo.

La máquina tenía dos ruedas sin guardabarros, cuyos neumáticos de baja presión llevaban cubiertas de agarre capaces de salvar rocas y ramas caídas como el rodado de un tanque. Nichols dijo que podía trepar por el tronco de un árbol. Se lo demostró, deslizándose del asiento de la moto cuando ésta empezaba a caer y suavizando el golpe de la caída. El mayor problema residía en apretar con demasiada fuerza el acelerador al saltar un obstáculo. El impulso del motor arrancaba la moto de debajo del conductor. La clave era ir despacio y con el cuerpo suelto. Bauer no se sentía muy tranquilo, pero logró manejarla con suficiente habilidad como para no fracturarse una pierna.

El jueves por la noche ya lo tenía todo preparado, pero no pensaba partir hasta el lunes por la mañana; quería pasar el fin de semana con Jeff y Mike.

No se preguntaba qué haría cuando se enfrentara con Orph. Jamás hubo alternativa alguna, ni desde el instante de su propio nacimiento ni desde el del perro, ni siquiera desde el tiempo de los hirvientes océanos. Se sometió a lo inexorable; abrazó su responsabilidad.

Le esperaba una larga agonía. Pero se hundiría en ella, y emergería de ella. Ahora experimentaba una intensa calma. Sus movimientos eran ágiles y pausados. Se sentía cómodo en el silencio de la cabaña. Descansaba y escuchaba música, lo cual era un compromiso, suficientemente válido, consigo mismo y con todo lo que no era él. Escuchaba con atención y comprendía la música.

El viernes por la tarde telefoneó a Ursula para confirmar la hora en que pasaría a buscar a los chicos a la mañana siguiente. Todavía no estaba en casa. La semana anterior se habían encontrado en la sala del tribunal, y el juez le concedió el derecho de visita que él había solicitado. Ursula le dirigió una sola mirada venenosa preñada de odio, pero luego se sosegó. Al salir del palacio de justicia mantuvieron una conversación cortés durante unos minutos. Tampoco recibió respuesta después de cenar, ni un par de horas más tarde cuando llamó de nuevo. Se fue a la cama y durmió inquieto.

Se despertó temprano, se duchó, se vistió y se preparó unos huevos con embutidos. Se tomó una segunda taza de café fuera de la cabaña, contemplando las montañas bañadas por la luz del sol a través del humo de un cigarrillo. Subió al auto y se dirigió a la ciudad.

La puerta de entrada estaba cerrada con llave. Tocó el timbre de nuevo y esperó. Se acercó a la ventana de la sala de estar y miró al interior. Intentó descubrir qué era

exactamente lo que había de anormal. Entonces lo vio; pequeños detalles. La tabaquera de bronce no estaba sobre la mesita de café, ni la bailarina de marfil *art nouveau*, en la repisa de la chimenea; la pintura de las paredes era más clara donde habían estado colgados los cuadros. Dio la vuelta a la casa y tentó la puerta de la cocina. También estaba cerrada con llave. Cogió una piedra del jardín, rompió uno de los vidrios de la puerta, metió la mano por la abertura, hizo girar el pomo y entró.

La casa estaba sumida en un absoluto silencio. Subió al piso superior. En el cuarto de los niños faltaban la mayoría de los juguetes y de sus ropas. El acuario ya no estaba sobre la cómoda de Jeff. Los cuadernos de chistes de Michael habían desaparecido del estante colocado encima de su cama. El alhajero y los elementos de maquillaje de Ursula no estaban en su habitación. Su armario estaba casi vacío; los vestidos que quedaban nunca habían sido sus preferidos. En el cuarto de baño había un tubo de dentífrico destapado, se había reducido a una bola seca y resquebrajada. De regreso a la planta baja levantó el receptor del teléfono de pared de la cocina. No esperaba escuchar la señal para marcar y efectivamente no la escuchó.

Se dirigió a la casa vecina y golpeó con los nudillos en la puerta de Janie. Ella salió de la sala de estar. Al verle, se mordió el labio.

—Espera un segundo —gritó.

Desapareció, para regresar al cabo de un minuto acompañada de Bill, su esposo. Ambos tenían una expresión desolada. Ella le dejó entrar. Bill se quedó con la espalda apoyada en el refrigerador y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿A dónde se ha ido Ursula? —preguntó Bauer.

—No nos alteremos —dijo Bill.

—Yo no estoy alterado.

—No lo sé —contestó Janie, eludiendo su mirada.

—Pero ella debió de decirlo.

—No dijo nada. Ni una palabra.

—Se ha llevado los objetos personales, pero en la casa aún quedan cosas por valor de más de mil dólares. No es posible que las haya abandonado..., el dinero y las cosas son importantes para Ursula.

Janie miró a su marido con aire de desamparo. Éste se separó del refrigerador para situarse junto a su esposa.

—Nos dejó algún dinero para que nos encarguemos de poner en depósito sus pertenencias. El camión vendrá la semana entrante. Eso es todo lo que dijo. —Su voz adquirió un tono beligerante—. Nada más.

Bauer asintió.

—Cuando habléis con ella, decidle que eso es una insensatez. No hará más que lastimar a Jeff y a Michael. A mí no me importa lo que ella haga. No estoy enfadado con ella y no deseo separarla de los chicos. Sólo quiero verles. Decidle que me

telefonee.

—No lo hará —repuso Janie—. Ella...

—Ella nada —la atajó Bill—. Tan sólo nos pidió que nos ocupáramos de que sus cosas fueran al depósito. Eso es todo. No nos dejó mensaje alguno, y tampoco le transmitiremos ninguno.

Bauer se marchó. Regresó a la cabaña. Telefoneó a los padres de Ursula. Éstos se mostraron nerviosamente cordiales con él, pero no quisieron informarle de nada. El hermano de Ursula, con quien él nunca se había llevado demasiado bien, rehusó hablarle.

Permaneció sentado, pensando, durante un rato. Marcó el número de Información de la ciudad de Nueva York y consiguió el teléfono de la firma Seguridad e Investigaciones Gruman. La recepcionista le dijo que el señor Gruman no iba a la oficina los sábados. En cambio, se encontraban allí sus socios, los señores Charleston y Webster, con quienes tendría mucho gusto de ponerle en comunicación. Bauer le pidió que llamara a Wallace Gruman a su casa y le rogara que telefonease a Alex Bauer tan pronto como le fuera posible. Le dio el número de su teléfono a la joven y colgó.

Gruman llamó al cabo de cuarenta y cinco minutos. En una ocasión, Bauer había escrito una serie de artículos acerca de Gruman y su agencia. Los artículos despertaron interés y reportaron a la firma un número considerable de nuevas operaciones.

—Puede ser que se haya ido a California —comentó Bauer—. En una época vivió en San Francisco. Tiene un primo que reside allí a quien quiere mucho, algunos amigos y un exnovio.

—¿Es cruel con los chicos, puede constituir un peligro para ellos o algo así?

—No. Además, no creo que sea yo la única causa. Esta ciudad es demasiado pequeña para ella, y me parece que mantuvo una relación amorosa que se agrió. Probablemente quiera empezar a vivir de nuevo. Eso es magnífico, a mí no me importa que viva aquí o donde ella quiera, y estoy seguro de que dejará de odiarme en unos pocos meses, pero quiero saber dónde están mis hijos. Deseo hablar con ellos. Quiero establecer las fechas en que pueda verles... los días festivos de la escuela, si ella desea radicarse en California o donde quiera, y durante las vacaciones veraniegas. ¿Cuánto tiempo tardarán en localizarla?

—Eso depende. Como sea que es una persona normal..., una ciudadana ejemplar..., y tiene a los chicos con ella, no será difícil. Deberá pedir un teléfono, consignar su número de Seguridad Social en las solicitudes de empleo, obtener una nueva licencia de conductor, inscribir a los chicos en alguna escuela y todas esas cosas. A menos que uno ande escondiéndose, y eso sólo lo hacen los muchachos, los locos y los fugitivos, no se puede ocultar el paradero durante mucho tiempo en esta

sociedad. Con una o dos llamadas telefónicas y un poco de suerte, hemos encontrado a algunas personas en un par de horas. Diría una semana o diez días, en el peor de los casos.

Bauer le dio a Gruman el número de teléfono de Ben Nichols y le pidió que le dejara un mensaje si Gruman no podía comunicarse con él.

Colgó el aparato. No experimentaba más que una sólida firmeza de propósitos, una tranquila e inquebrantable certidumbre. Respetó la tranquilidad; parecía un ritual de iniciación.

Estaba preparado para partir en aquel mismo instante. Aún disponía de la mayor parte del día. Pero no lo hizo. Había fijado una fecha de comienzo, el lunes, y era preferible mantenerla, no alterar el ritmo de las cosas.

Se fue a caminar por los bosques, por las áreas que había recorrido en compañía de Orph. Estaba triste, pero protegido por la voluntad de no ceder ante el desánimo de no entrar en el santuario del ocio. Antes de acostarse, estuvo escuchando música.

Los cachorros tenían cinco semanas, y la perra los había destetado. Orph, el negro y el moteado les traían pequeñas presas y pedazos de las piezas más grandes que cazaban. Los cadillos se peleaban entre sí por la comida, arrastraban los huesos y trozos de carne hacia sus rincones privados y mostraban los dientes y gruñían cuando alguno de los otros intentaba acercarse demasiado. Comían con voracidad e iban engordando. Su pelaje era suave y velludo. Robustos y de osamenta grande, eran parecidos a Orph. Poseían su ancha cabeza y su cuello de toro, su poderoso pecho y sus fuertes paletillas. La mayoría tenía el hocico de la perra, que era más largo que el de Orph. Uno de ellos, el más grande, un macho, poseía una cabeza y unos miembros anteriores que eran una réplica en miniatura de los de su progenitor. Otro tenía una cola enroscada hacia arriba. El color pardo de la madre se había mezclado con el negro intenso y el tono amarronado de Orph, y uno de los cadillos era de un color negro humo con un ligero tinte rojizo.

Eran traviesos y agresivos, y se sentían felices de poder jugar fuera de la madriguera todo el tiempo que se lo permitía la madre. Perseguían las hojas arrastradas por el viento y les hincaban los dientes. Se ponían al acecho para cazar insectos. Peleaban unos con otros y se lanzaban simulados ladridos y agudos mordiscos. Atarazaban las colas de los perros grandes y les mordían las orejas. Atacaban a su madre o a cualquiera de los otros, ladrando ruidosamente, apenándoles juguetonamente. Importunaban a los machos hasta que alguno de ellos perdía la paciencia y tumbaba al agresor por el suelo, dirigiéndole un áspero gruñido o un sordo ronquido, que inmediatamente hacía que el cadillo se tendiera patas arriba y despidiera unas gotas de orina, un recurso infantil que garantizaba su seguridad.

Orph les adoraba. Le divertían y era feliz jugando con ellos. Dentro de una

semana, la perra los sacaría de la madriguera por última vez y comenzarían a vivir y a dormir al aire libre con el resto de la manada, y al cabo de una o dos semanas más ya tendrían edad de poder caminar lentamente y recorrer pequeñas distancias. Orph podría conducir la manada algo lejos de allí, del olor a ser humano que esporádicamente llegaba a través del bosque. Se mostraba más tolerante con el entusiasmo de los cadillos que el negro, el cual solía ladrarles amenazador y se marchaba enfurruñado cuando no podía soportarlos más, pero mucho menos que el moteado, que parecía casi tan orgulloso y apegado a ellos como la perra. El moteado raras veces les rechazaba o se apartaba de ellos. Los lamía, los limpiaba, aceptaba sus agresiones agitando la cola, se ponía patas arriba y dejaba que se le subieran encima, y no protestaba cuando le clavaban sus afilados colmillitos.

Cuando la perra los volvía a meter en la madriguera después de una hora de juegos, los pequeñuelos se apretaban, exhaustos, unos junto a otros y se dormían profundamente, y durante largo tiempo. La perra, entonces, quedaba en libertad para poder relajarse y correr. No se preocupaba en exceso. Si se despertaban, sabía que la llamarían, gañendo quejumbrosamente, si no les contestaba, pero sin atreverse a salir al mundo exterior sin su compañía. Pocos días antes, el más grande, el cadillo dominador que era idéntico a Orph, y que cada vez se tornaba más temerario y agresivo, había trepado por el túnel hasta la boca de la cueva y salido a la luz del sol, parpadeando e inmensamente satisfecho consigo mismo. Pero la perra le cogió por el pellejo del pescuezo y, levantándolo del suelo, lo zamarreó furiosamente, sin dejar de gruñir, hasta que el perrezno aulló aterrorizado. Luego lo metió de nuevo en la cueva y lo dejó acurrucado junto a sus hermanos. Desde entonces no había vuelto a provocar un cataclismo semejante.

Aquella mañana, los cadillos jugaron unos con otros enloquecidamente después de desayunarse y, derrengados, dejaron que la perra les llevara de nuevo a la madriguera sin protestar. No tardaron en quedarse dormidos. La perra comenzó a pasearse inquieta a lo largo del lindero del bosque junto a los machos, que se disponían a salir de cacería. Gañía. Echaba de menos la tensión de la espera al acecho, la viva emoción de la persecución, el frenético latir del corazón durante la matanza. Había estado confinada en la madriguera una temporada insoportablemente larga. Orph se sentía desdichado al verla tan afligida. Dio una vuelta alrededor del calvero, mirando la madriguera, el bosque, hociendo a la perra. El negro y el moteado esperaban. Orph se adentró en la arboleda con ellos.

La perra les vio alejarse. No pudo soportarlo más. Empezó a ladrar. Ellos se detuvieron y se volvieron. Ella ladró de nuevo. Orph le respondió. La perra corrió hacia ellos. Juntó la punta del hocico con cada uno en una nerviosa ronda. El moteado lanzó un ladrido y salió a la carrera. La perra le siguió como una bala. Corrieron describiendo un amplio círculo con el cuerpo pegado al suelo, arañando la tierra con

las uñas. Orph y el negro se unieron al juego. Corrían, saltaban por encima de los troncos y ramas caídas, se zambullían entre los arbustos. La perra exultaba. Su espíritu contagiaba a los demás. Cuando por fin se detuvieron, jadeaban, felices, con las largas lenguas colgantes.

Orph empezó a olfatear buscando algún rastro. Encontró algo que despertó su interés y desapareció entre un par de troncos caídos. Los otros machos le siguieron. La perra vaciló, ansiosa, luego se precipitó tras ellos: cazar, correr, ser libre..., hasta que los lazos gemelos del tiempo y la distancia que la ataban a la madriguera la obligasen a regresar junto a su camada.

Bauer se debatía entre las retorcidas sábanas, empapado en sudor y con escalofríos, bregando por recuperar la conciencia, oyendo su propia voz que gritaba:

—Yo no hice nada. ¡Dios mío, no hice nada!

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Sollozaba.

Se incorporó envuelto por la temprana calma del domingo, con los brazos ceñidos alrededor del cuerpo, experimentando la asombrosa y aniquiladora agonía de un niño azotado sin razón alguna que él pueda comprender.

El sueño se había desvanecido, dejando tan sólo el angustiante residuo de la emoción.

Cerró los ojos, tratando de vaciarse de todo sentimiento.

Se levantó, se dirigió al cuarto de baño y se mojó la cara con agua fría; se secó el sudor que le bañaba el torso.

La carta de Santo DiGiovanni estaba encima de la cómoda. La desdobló y la releyó.

«Traté de averiguar qué era lo acertado, y no lo logré, viejo».

«Traté de explicarme, Ursula, pero no supe cómo hacerlo».

«Orph, no fui capaz de *verte*; sólo vi lo que quería de ti».

Súbitamente, rasgó la carta de DiGiovanni en diminutos fragmentos y los desparramó por el suelo.

«Pero yo no maté a aquellos pobres bastardos negros».

Pasó el brazo por la superficie de la cómoda arrastrando la billetera, las monedas y la lámpara, que se estrelló contra el piso y quedó hecha añicos.

«¡Y tú, perra! ¡Yo no huí de ti cuando me necesitabas! ¡Yo no *te* condené por mis propias frustraciones!».

Se precipitó hacia la ventana, a través de la cual se vislumbraba la giba de una montaña.

«Y tú..., yo no te devolví *tu* amor arrancándole media cara a tu hijo».

Apretó con fuerza los puños. Le temblaron los antebrazos. Descargó un puñetazo contra la pared. «¡Bastardos!... ¡Bastardos!... ¡Bastardos!».

preñado de rabia y de dolor.

Apoyó la cabeza contra el muro y descansó. Se vistió. Se preparó el desayuno. Se sentó en la sala de estar, sorbiendo una taza de café. Su equipo de campamento estaba preparado junto a la pared. Lo contempló absorto.

«¿Iré?», pensó.

Se preguntó si no había estado representando un falso drama para sí mismo.

«¿Debo ir?».

Durante un instante, le invadió la sensación de tener a Orph a su lado; su presencia era casi tangible. Se sintió arrastrado por ella, experimentó la atracción de lo inevitable.

Trató de sacudírsela de encima.

La presencia se atenuó, pero no desapareció completamente, sino que persistió como un suave murmullo en su conciencia.

Sonrió. «Ése es mi buen muchacho. Sí. Tú eras fiel a ti mismo; no fuiste desleal para con ningún hombre. Ah, Orph».

El viento agitó una rama, que golpeó contra el techo de la casa.

«Tú nunca tuviste intención de lastimar a nadie. ¿Debo ir a buscarte, Orph, o desearte larga vida, tu vida, tu destino, con los de tu especie?».

El viento tomó fuerza, descendiendo de las montañas del norte, y arreció sin que nada le obstruyera el paso por el canal del valle, y golpeó la cabaña como con un puñetazo, haciendo vibrar y trepidar las ventanas.

Omitieron la meditación del amanecer y se sentaron directamente a la mesa para tomar el desayuno; luego la mayoría se apiñaron en el furgón y se dirigieron hacia Wintergreen. El departamento de arte dramático preparaba el montaje de un auto medieval en el predio de la escuela. Ed y Billy habían colaborado en la construcción de los palcos; Josie había cosido gallardetes y confeccionado trajes. Billy deambularía por las gradas vestido con el cilicio de un ascético monje, adalid de una secta herética. Pancho tocaría la flauta ataviado de músico ambulante. La representación había merecido generosa atención de parte de los diarios y la radio — incluso estaba proyectado realizar un torneo con lanzas de cartón piedra— y todo hacía suponer que la concurrencia de público sería grande. Prometía ser muy divertido.

Sólo Harriet y su hijo Hero, a quienes les desagradaban las aglomeraciones y el bullicio, se quedaron en casa junto con Ed y Josie. Ésta sufría retortijones menstruales y jaqueca. Ed prefería trabajar un rato en el jardín y luego tomar el sol.

Harriet puso unos emparedados, una manzana y unos trozos de azúcar cande en una bolsa y a media mañana se fue con Hero de excursión por el bosque. Anduvieron sin rumbo fijo, Hero escuchando con interés mientras Harriet le enseñaba los

nombres de plantas y flores y le contaba historias de los indios que vivieron en aquellos parajes muchos años atrás, y cómo amaban la tierra y vivían en paz con ella. Distraídamente, empezaron a seguir el curso de un arroyo, subiendo por el suave declive de la falda de la montaña a lo largo de las márgenes, donde el andar resultaba más fácil. Hero tiraba piedras al agua y pequeñas ramitas que flotaban arrastradas por la corriente se asomaban sobre las charcas profundas, y Hero pudo sorprender a una trucha, que parecía suspendida en el agua por el leve movimiento de sus aletas, antes de que el pez les viera y huyese como un dardo.

El cachorro más grande se despertó bostezando. No hacía mucho rato que dormía, pero no estaba cansado. Se quedó quieto unos minutos; después intentó despertar a los otros cadillos. Éstos gruñeron y se giraron. Sólo consiguió sacar de su letargo a uno, una hembra, la cual se mostró enojada y le mordió la pata, y después se arrastró hasta el otro lado de los demás perreznos y no tardó en dormirse de nuevo.

El grande anduvo olfateando por la madriguera durante un rato, pero ya se conocía todos los rincones y nada tenía atractivo alguno para él. Se tendió en el suelo y se puso a roer un hueso viejo. No le quedaba mucha sustancia, y, además, él no tenía hambre; tampoco encontraba placer en hincarle los tiernos dientes para fortalecer las encías, por lo que finalmente lo dejó. Su aburrimiento no hacía sino aumentar. Hizo un nuevo intento con los otros cadillos, pero ninguno se despertó. Trepó hasta la mitad del túnel de salida y empezó a llamar a su madre. No obtuvo respuesta. Engendró un intenso sentimiento de autocompasión, que se transformó en seguida en indignación. Se acercó un poco más a la boca de la madriguera. Y entonces se excitó. Podía ver el exterior, una inmensa cantidad de cosas interesantes, y le sobrevino un anhelo lujurioso de salir fuera. Tembló al recordar el terrible castigo que había merecido su primer intento de actuar con independencia. Llegó al filo de la entrada y aulló hasta alcanzar una nota que le causó un estremecimiento en todo el cuerpo. Asomó la cabeza, dispuesto a esconderla instantáneamente si su madre se precipitaba hacia él, e hipó inquisitivamente.

Afuera no había nadie.

Durante varios minutos estuvo llamando a los perros grandes. No hubo respuesta. Una hoja se movió arrastrada por la brisa. Él saltó, absorto, y le hincó los dientes hasta hacerla añicos. Entonces el viento le acarició el lomo y se quedó paralizado. Estaba en el exterior. Permaneció inmóvil unos instantes, la sangre circulando rauda por sus venas, respirando agitadamente. Poco a poco, sus temores se esfumaron. Su madre no estaba allí para castigarle, nada era anormal o amenazador. Se sintió satisfecho de sí mismo.

Exploró el calvero. Se tendió al sol y se estiró como hacían los perros grandes. Se levantó, se acercó al lindero del bosque y hundió el hocico entre las matas. Un

saltamontes brincó con un zumbido de sus alas. El cachorro lanzó un gañido y retrocedió. Pasado el susto, se sintió embarazado. Se sentó y se dedicó a asearse. Encontró una rama, se abalanzó sobre ella y la mordió; luego la cogió entre los dientes y empezó a correr por el claro. Estaba delirante de contento. Por el solo hecho de que era feliz, y se sentía embargado de una valentía infinita, se detuvo en el centro del calvero, se llenó de aire los pulmones y emitió un profundo y prolongado ¡Uuuuufff!, como los que había oído exhalar a Orph y al perro negro. El sonido se convirtió en una breve y débil imitación; pero a él le pareció la confiada proclamación del rey de los bosques, y hasta se quedó impresionado por ello.

Una mariposa amarilla se acercó revoloteando y se detuvo en el tallo de una planta delante de él. Su descaro fue como un desafío. El cachorro saltó hacia ella. La mariposa emprendió el vuelo de nuevo y se alejó a ras del suelo. El cadillo la persiguió, lanzándole ruidosas dentelladas. La mariposa seguía danzando imperturbable. Él le dio caza, enceguecido..., cayó con la cabeza sobre sus patas delanteras en el vacío. Aterrizó, asustado pero ileso, en un charco de unos dedos de agua fría. Se levantó y empezó a ladrar llamando a su madre. Nerviosamente, se sacudió aquello que se le adhería a los pelos; levantó las patas tratando de escapar de aquella extraña, desagradable y helada humedad.

Había caído, desde una altura de unos sesenta centímetros, en una cuenca formada por pequeños peñascos apiñados firmemente en la margen del arroyo. Si hubiese sido primavera, en la época del deshielo, o en la temporada de las fuertes lluvias, la cuenca habría estado llena de aguas arremolinadas, y el cachorro se hubiera ahogado. La roca del costado que lindaba con la corriente era más baja que las circundantes y estaba mojada. El arroyo lamía su superficie y de cuando en cuando una ola se estrellaba suavemente contra ella y se vertía en la cuenca. El cachorro intentó trepar, pero no encontraba asidero en los lisos peñascos. Saltaba y arañaba las rocas al caer. Fatigado, cejó en sus esfuerzos. Empezó a gañir con todas sus fuerzas, aterrorizado.

—Mamá..., ¿qué ha sido eso?

—¿Qué, cariño?

Hero se llevó un dedo a los labios.

—¡Chist! Escucha.

Débilmente, dominado por el rumor del arroyo, Harriet oyó un gemido.

—¿Has oído, mamá? ¿Has oído?

—¡Ajá! Cállate un segundo, mi amor. A ver si podemos descubrir de dónde proviene.

No venía de muy lejos: de la margen del arroyo, posiblemente.

—Es un animal —dijo Hero, escuchando atentamente—. ¿Está herido?

—No lo sé, mi amor. Vayamos a ver.

Harriet le cogió de la mano.

Vieron un cachorro atrapado en el fondo de unos peñascos.

Hero fue presa de una gran excitación.

—¿Qué está haciendo ahí?

—No lo sé.

Harriet miró a su alrededor. No vio a nadie ni señal alguna que indicara la presencia de algún campamento. Gritó: «¡Eh!». Nadie contestó. El cadillo se acurrucó contra uno de los muros de su trampa, temblando y mirándoles asustado. Harriet se agachó y se sentó sobre sus talones.

—¡Hola, amiguito! ¿Cómo llegaste hasta ahí, eh?

El cachorro lanzó un gemido.

Hero se agachó junto a su madre.

—Está asustado.

—Claro. Es sólo un cachorrito. No te haremos ningún daño, dulzura. Vamos, vamos, cálmate. No te va a ocurrir nada malo.

—¿Podemos llevarlo a casa, mamá? ¿Podemos? Di que nos lo podemos quedar, ¡por favor!

Hero había llorado y llorado, a medida que transcurrían los días, y cada vez se hacía más evidente que Spirit no regresaría nunca más a la Casa del Árbol. Añoraba al perro terriblemente.

—¿Nos lo podemos *quedar*, mamá?

—Tal vez.

La semana anterior habían pensado llevar a Hero a Covington y dejarle escoger un cachorro en la Sociedad Protectora de Animales.

—Si su dueño pone un aviso en el diario, tendremos que devolverlo. Quiero decir que quizás hay algún niño que lo quiere mucho y tal vez ese cachorrito quiere tanto a ese niño como Spirit te quería a ti.

Hero cerró los ojos para contener las lágrimas.

—Pero si eso llega a suceder, iremos a la ciudad el mismo día y conseguiremos un nuevo cachorro, ¿te parece bien? Pero confidencialmente te diré que no creo que pertenezca a nadie que le quiera. Si así fuese, hubieran sido más cuidadosos con él.

Hero se sintió feliz.

Harriet le habló con tono tranquilizador y alargó los brazos para cogerle. El cachorro mostró los dientes al ver acercarse sus manos. Lanzó un gruñido y, cuando ella lo tocó, la mordió.

—¡Huy!

Harriet retiró las manos. Unas gotitas de sangre brillaron en sus dedos. Se los llevó a la boca y los chupó.

—Eres muy fiero, ¿eh? —dijo sin ira.

—¿Por qué lo hizo?

—Está muy asustado. Para él, somos unos gigantes temibles.

Hero se inclinó sobre la cuenca:

—No te asustes, perrito. Yo te quiero. No te va a pasar nada. Somos tus amigos.

Harriet hizo un nuevo intento, y recibió un nuevo mordisco. Se echó a reír.

—Eres todo un tigre.

Se desabrochó la camisa de algodón y se la sacó; sus senos quedaron, temblorosos, al desnudo.

—Mamá hará una bolsa con su camisa —le dijo a Hero—. No creo que podamos llevarlo de otra manera, y probablemente se sentirá más tranquilo y se calmará cuando esté metido en ella.

Puso al cachorro dentro de la camisa a costa de un par de pequeñas dentelladas. La llevó con mucho cuidado, tratando de no balancearla demasiado. Al cabo de un rato, el cachorro dejó de bregar por salir y se quedó quieto. Hero le hablaba con voz acariciadora.

Ed consiguió una soga, y Josie trajo unos trozos de carne y un bol lleno de leche de cabra. El cadillo se debatió frenéticamente y laceró las manos de Ed antes de que éste lograra pasarle la cuerda alrededor del cuello. El otro extremo lo ató a un grueso tronco del jardín.

El cachorro se enloqueció. Aferró la soga con los dientes. Se retorció y tironeó, se enredó las patas con la cuerda y cayó al suelo. Hero empezó a llorar.

Ed se sentó y se cruzó de piernas.

—Hero, ve con tu madre. Josie, siéntate aquí.

Unieron todos las manos formando un semicírculo en torno del enfurecido cadillo. Con voz grave, Ed entonó:

—¡Ohhhhhmmmmmmmmmmmmmmmmmm!

Los demás le hicieron coro.

—¡Ohhhhhmmmmmmmmmm...! ¡Ohhhhhmmmmmmmmmm!

El perrezno bregaba violentamente por liberarse hasta quedar exhausto; vomitó, se desplomó y quedó tendido con los ojos vidriosos, jadeando penosamente. Ellos prosiguieron con el cántico. El cachorro recobró fuerzas y luchó de nuevo con la soga. Luego comenzó a aquietarse, y muy pronto caminó hasta donde se lo permitió la cuerda, se tendió en el suelo y permaneció mirándolos.

—Continuemos —dijo Ed.

—¡Ohhhhhmmmmmmmmmmmmmmmmmm!

Josie puso la leche y la carne al alcance del cachorro, después se sentó de nuevo y unió otra vez sus manos con las de los demás.

El perrezno olfateó la carne. Sin apartar la vista de ellos, empezó a tomar la leche con repetidas lametadas. Aferró un pedazo de carne con los dientes y se escondió detrás del tronco, espiando por uno de sus extremos, mientras masticaba y engullía el sabroso alimento.

Ed dejó de entonar el cántico.

—No habrá ningún problema. A fin de semana, estará durmiendo en tu cama junto a ti, Hero, y nos seguirá a todos dondequiera que vayamos y no podremos dar un paso sin que nos lo encontremos entre las piernas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Hero.

Ed pensó durante un momento.

—Loki.

Todos comprendieron, Hero incluido, que el cachorro iba a permanecer en la comunidad.

—¿Qué significa? —inquirió Josie.

—Es el nombre de un antiguo dios teutónico embaucador. Uno de sus hijos era lobo.

—Te amo, Loki —dijo Hero con voz suave—. ¿Quieres ser mi perrito?

El gozo de la perra menguaba a medida que transcurría el tiempo. No se habían alejado mucho, ni siquiera hacía demasiado tiempo que habían partido, pero a pesar de todo se estaba poniendo cada vez más nerviosa y comenzó a acortar el paso, mirando hacia atrás por encima del lomo. Estaba a punto de volverse para regresar corriendo sobre sus pasos, cuando Orph sintió un intenso efluvio. La manada empezó a trotar y la perra fue arrastrada por ellos. Siguieron el rastro con el hocico pegado al suelo durante unos cuatrocientos metros, hasta la madriguera de una zarigüeya. Abrieron la madriguera escarbando con las patas, mataron a la zarigüeya y su cría y comieron hasta hartarse. No les llevó mucho tiempo. Acto seguido emprendieron el camino de regreso. Trotando, la perra llevaba un pedazo de la zarigüeya para sus cadillos. El moteado cargaba con los despojos de uno de los pequeñuelos.

El negro fue el primero en percibir el olor a ser humano, cuando aún estaban a considerable distancia del calvero; moderó el paso y se le erizaron los pelos del lomo. La perrada se detuvo, y todos levantaron los hocicos olfateando la brisa. Orph lanzó un gruñido.

La perra emitió un gañido preñado de espanto, dejó caer la carne y salió a la carrera. La manada la siguió corriendo.

Salieron al claro como una tromba. Los cachorros llamaban a la madre con agudos chillidos. El olor humano se mezclaba intensamente con el terror de los cadillos. La perra se precipitó en la cueva. Apareció de nuevo presa de una terrible agitación. Orph y el negro estaban husmeando al lado del arroyo. La perra corrió

hacia ellos y pegó la nariz al suelo. El olor a ser humano era denso. Saltó a la cuenca, olfateando, y percibió la fragancia de su cadillo y su terror. Dejó escapar un gemido y saltó fuera de la cuenca. Empezó a correr por el calvero, ladrando. Se dirigió, rauda, hacia la madriguera, se metió en ella hasta la mitad del cuerpo, gruñendo enfurecidamente ante sus cachorros, que retrocedieron temblando de terror; no se atreverían a salir hasta que ella regresara.

La perra salió de la cuenca, olfateó hasta encontrar el rastro y se volvió para alejarse corriente abajo. Orph, el negro y el moteado no se apartaban de su lado.

Josie entrecerró los ojos.

—Mirad —dijo, señalando con el dedo.

Ed y Harriet volvieron la cabeza. Hero estaba tendido boca abajo contemplando el cachorro, embelesado.

—¿Qué? —inquirió Ed.

—Allá, cerca del alerce grande.

Era algo más de mediodía y el sol caía a plomo en el jardín, pero en el lindero del bosque había una densa sombra. Algo se movió junto al alerce.

Un perro color pardo salió de las sombras.

—Nunca había visto ese perro —dijo Josie.

Una segunda forma se destacó sobre el fondo umbrío y se puso al lado de la primera. Era un perro pastor alemán, grande y robusto.

Ed se puso lentamente en pie.

A la izquierda del pardo, apareció un animal moteado. Unos segundos después, un enorme perro negro salió de la espesura y se situó junto a los demás.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Ed—. ¡Oh, Dios mío!

Josie se levantó. Harriet estrechó a Hero entre sus brazos y se puso en pie.

En la casa había un rifle 30-36 y una caja de balas. Ed empezó a retroceder muy despacio.

—No digáis nada, *no os mováis* —dijo en voz baja, pero compulsiva—. Ahora..., muy lentamente, empezad a caminar hacia la casa. Hagáis lo que hagáis, permaneced tranquilas y no os asustéis.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Hero, alarmado—. ¿Quiénes son esos perros?

—Calla, amor mío, no digas nada. —Harriet le apretó la cabeza contra su hombro—. No sucede nada, mamá te cuidará, pero no te muevas, cariño.

—¿Ed? —dijo Josie, con la voz quebrada.

—¡Cállate! —siseó él.

La perra parda lanzó un ladrido. El cachorro le respondió y corrió hacia ella. El tirón de la sogá con que estaba atado le hizo caer de espaldas al suelo. Se levantó de un salto, chillando.

La perra parda aulló y se precipitó hacia adelante. Los otros perros salieron disparados tras ella.

—No os mováis —gritó Ed—. ¡Quietas! Aunque os muerdan... ¡NO OS MOVÁIS!

El cachorro describía un arco en el extremo de la soga, rozando los pies de Harriet.

Hero volvió la cabeza. Vio a los perros que corrían hacia ellos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Trató de encaramarse más en el torso de su madre.

Ella le estrechó con más fuerza, con el fin de inmovilizar sus sacudidas.

La perra parda le hincó profundamente los colmillos en el muslo. Ella echó la cabeza hacia atrás y profirió un grito, pero no se movió. Con las piernas separadas, aferrada a Hero, no se movió. Los otros perros, apostados a su alrededor, gruñían y mostraban los dientes. La perra no soltaba la presa.

Harriet levantó la cara al cielo, los ojos fuertemente cerrados.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Por favor..., por favor...!

—No te muevas —le ordenó Ed desesperadamente—. No cedas, tú puedes resistirlo, pequeña. Te soltaré... ¡No cedas!

Pasaron varios minutos, durante los cuales el único ruido que se oía era el sordo gruñido amenazador de los perros.

—¡No puedo *resistirlo!* —gritó Harriet.

—¡Harriet! ¡Quieta!

Hero chilló. Empezó a debatirse locamente contra los brazos de su madre, y Harriet se giró, arrastrando a la perra con ella, y trató de echar a correr.

La manada atacó. Harriet y Hero cayeron debajo de ellos en una confusión de cuerpos, gritos y gruñidos.

Josie huyó. El moteado salió tras ella. Le arrancó un pedazo de nalga.

Ed dio un salto y empezó a correr hacia la casa.

Josie se estrelló contra las ramas bajas de un cedro. Se asió a las ramas que habían detenido su carrera; las ramitas se quebraban y los agudos muñones se le clavaban en la carne. Levantó los brazos sobre su cabeza para alcanzar las ramas más altas, se agarró fuertemente y bregó con todas sus fuerzas por trepar a ellas. El moteado le atarazó la pierna en el instante que se elevaba del suelo. Josie lanzó un chillido. El perro quedó colgado de la pierna durante un instante; luego se soltó. Sin dejar de chillar, Josie siguió trepando cada vez más alto.

El perro negro alcanzó a Ed a diez metros de la casa. Saltó en el aire y se le prendió del hombro. El impacto derribó a Ed y le hizo dar una voltereta. El negro perdió presa y se le abalanzó de nuevo, rugiendo. Ed se cubrió la cabeza con las manos y apretó los brazos contra sus costados; hundió el mentón en el pecho y encogió las rodillas.

El negro le mordió la cadera, y luego trató de atarazarle la cintura. Ed cerró firmemente los ojos. Rechinaba los dientes. El dolor se reflejaba en su rostro; unas finísimas rayas rojas surcaron sus oscuros párpados. El negro le trituraba el brazo. Quieto. Quieto. Quieto. ¡Oh..., Dios Santo!, ¡no podré resistirlo! ¡Oh...! ¡Oh, que alguien me ayude! ¡Por el amor de Dios, ayudadme! ¡AYUDADME!

Los colmillos soltaron presa. Sintió el aliento húmedo del animal, oyó su ronco jadeo.

Ohhhmmm.

Sonidos guturales. Los gritos cesaron.

Ohhhmmm.

Ohhhmmm.

Alguien sollozaba.

Ohhhmmm.

—Ed.

Era la voz temblorosa de Josie.

—Ed. Se... —Su voz se ahogó—. Se han ido.

Él estaba aturdido.

—¡Ed, contéstame! ¡Por favor!

Lentamente, con el cuerpo estremecido, fue estirando los encogidos miembros. Josie estaba descendiendo del árbol. Llevaba la ropa hecha jirones y estaba ensangrentada.

Ed trató de incorporarse. Se desplomó.

Josie se había arrodillado junto a Harriet y Hero. Tenía los puños sobre la boca y se los mordía con desesperación. Se puso en pie y se acercó a Ed, trastabillando.

—Hero está muerto —dijo con voz hueca—. Harriet aún vive, pero ha perdido el conocimiento. Está totalmente...

Movió violentamente la cabeza.

—Trae vendas —dijo Ed, roncamente—. Sábanas, camisas, cualquier cosa.

Josie se arrodilló a su lado.

—Yo estoy bien —dijo él—. Corre.

Ella le dejó. Ed se arrastró hacia donde yacían Harriet y Hero. Éste estaba mutilado. Tenía la parte superior del cráneo triturada. La sangre había manado por sus orejas y ojos. Su rostro se había contraído en una mueca de horror. Harriet estaba tendida de espaldas. Uno de sus pechos había sido arrancado de cuajo. Las otras heridas dejaban ver los huesos y tendones. Tenía los ojos cerrados y su respiración producía un sonido ronco. El suelo a su alrededor estaba empapado de sangre, y de su carne aún seguía manando más.

Ed vomitó. Se desplomó. Sollozó.

—Ed, tengo las vendas... ¿Ed...? Ed, basta. ¡Debemos ayudar a Harriet, Ed!

Le levantó la cabeza. Le dio una bofetada. Él la miró parpadeando. Su rostro estaba trasmudado y sumamente pálido. Josie llevaba un brazado de vendajes. Con la otra mano sostenía el rifle.

—Vamos —dijo—. Tenemos que rasgar estas telas y evitar que Harriet siga sangrando.

Josie mantuvo el rifle al alcance de su mano mientras se afanaban, y levantaba la cabeza con frecuencia para echar una ojeada hacia el lindero del bosque.

Vendaron a Harriet lo mejor que pudieron; luego Josie preparó compresas y vendas para Ed. Éste estaba sentado sin decir palabra al lado de Harriet. Josie le puso el rifle en las manos.

—Está cargado —le dijo—. Vigila si vuelven..., ¿me oyes?

—Sí —murmuró él.

Josie fue a la casa y le trajo una jarra de agua.

—Kathy se dejó las llaves del coche —dijo—. Voy a buscar ayuda.

—¿Y si te atacan antes de llegar al coche?

Ella sostenía con firmeza un cuchillo de monte en la mano.

—No lo harán —repuso—. Se han ido.

Se inclinó y le dio un beso en la frente.

Ed empezó a llorar.

—¡Maldita sea, deja de llorar de una vez por todas! Tienes que proteger a Harriet.

Él se pasó el brazo por los ojos y luego por debajo de la nariz. Asintió firmemente.

—Ya se me pasará —dijo.

Josie partió.

Ed aferró el cañón del rifle con la mano izquierda. Corrió el seguro e introdujo el dedo de la mano derecha en la guarda y lo apoyó suavemente en el gatillo. Fijó la mirada en el bosque.

Sonó el teléfono. Bauer atendió.

—¿Estás escuchando la radio? —le preguntó Ben Nichols.

—No. ¿Por qué?

—Tus perros atacaron de nuevo. En esa comunidad que hay en Sproul's Mountain.

—¡Oh, no!

Bauer cerró los ojos.

—Mataron a un niño —explicó Nichols pausadamente—. Y su madre falleció camino del hospital.

El peso de aquellas nuevas muertes cayó sobre Bauer. Trató de sobreponerse.

—¿Cuándo?

—Hace un par de horas. Están llamando a la policía de todo el Estado. Movilizan unidades de la Guardia Nacional.

—Ben, ¿puedes cargar la moto en tu camioneta y llevarme allí, ahora mismo?

—No creo que debieras ir en estos momentos, Alex.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí.

—Llegaré dentro de veinte minutos.

Bauer entró en el dormitorio y se puso unos Levi's y una camisa de lana. Se calzó las botas de escalador. Sus pertrechos estaban alineados a lo largo de la pared de la sala de estar. Extrajo los elementos superfluos, puso comida para un par de días en la mochila, unos calzoncillos y un par de calcetines, la brújula, el encendedor, un impermeable y un anorak. Se puso un cuchillo de monte en el cinto. Llevó la mochila y el saco de dormir al auto.

Por el camino, escuchó la radio. Estaban a punto de salir los aviones de reconocimiento. La policía del Estado, los ayudantes del comisario, jefes de policía de las localidades vecinas y funcionarios del Departamento de Conservación estaban estableciendo un cerco en torno de la falda de la montaña. Actuando a petición del coronel Mulcahey de la policía del Estado, el gobernador había ordenado la movilización de cinco compañías de la Guardia Nacional. Los guardias se presentaban a los cuarteles a los que habían sido asignados y se esperaba que los camiones que transportaban las primeras unidades llegaran a última hora de la tarde. Un equipo de expertos tiradores de la policía del Estado, acompañado de un rastreador, estaba apostado en el lugar de ataque, pero todos los esfuerzos tendían a cerrar el cerco en la base de la montaña con el fin de que los perros no pudiesen escapar. El coronel Mulcahey había formulado una categórica declaración: «Esta vez vamos a atraparlos». Si bien no se tenían pruebas concluyentes, el interrogatorio de

las dos víctimas supervivientes indicaba que uno de los miembros de la manada había tenido cría. Si ello era cierto, manifestó un portavoz del Departamento de Conservación, entonces no había dudas de que los animales aún se encontraban en la montaña. Si no lo era, y los perros habían huido del área antes de haber sido cercada, entonces era fácil de imaginar lo que sucedería: la manada tenía miles de hectáreas de terreno boscoso donde refugiarse y, a menos que se incendiara la mitad del Estado hasta que sólo quedasen las rocas peladas, encontrarles sería más una cuestión de suerte improbable que otra cosa. La policía prohibió la intervención de la población civil. Las personas no autorizadas serían arrestadas, sus armas, confiscadas, y además se les aplicarían elevadas multas.

Nichols estaba esperándole en el patio. Había cargado la moto en la caja de la camioneta. Una parte de la culata del Winchester asomaba por la parte superior de la funda de cuero sujeta al cuadro de la moto.

Bauer trasladó su equipo del coche a la camioneta.

—Gracias, Ben. Te lo agradezco mucho.

—Alex, esto es una locura. Si los perros están en la montaña, no podrán escapar, y serán atrapados tanto si tú estás allí como si no. Esa gente sabe lo que hace. Tú, no. Ellos lo encontrarán. No tienes responsabilidad alguna en todo esto.

—Sí que la tengo. Debo encontrarlos yo primero. Yo soy quien debe encontrar a Orph. Yo y nadie más.

«Le amo. Le *amo*. La culpa no es de él. No puedo consentir que sea despedazado por la turba. Merece algo mejor. No puedo permitir que lo abatan y maten como si fuese una alimaña».

—Estás loco —le dijo Nichols.

Bauer no replicó.

—Mañana por la mañana mandarán un pequeño ejército. Corres el peligro de que te metan una bala en el culo.

—Tengo intención de llegar allí arriba, y me gustaría aprovechar la luz del día. ¿Podemos partir en seguida?

—¿Y si me niego? No pienso ayudarte a que te comportes como un imbécil y a que te expongas a que te maten.

—Entonces me iré a la ciudad en el coche, me compraré un rifle, volveré aquí y subiré a esa montaña a pie.

—De acuerdo. —Nichols abrió la portezuela de la camioneta—. Sube.

Salieron del desvío que conducía a la casa de Nichols.

—Hay una lata con ocho litros de agua en la moto y otra con cinco litros de gasolina. El depósito está lleno. Con eso puedes hacer noventa o cien kilómetros.

Bauer asintió:

—En la guantera está el revólver. Hay una caja de balas, y otra para el

Winchester.

Bauer se desabrochó el cinturón, introdujo la punta en la hembrilla de la pistolera y seguidamente volvió a abrocharlo.

—Toma —dijo Nichols tirándole un mapa topográfico de gran escala, sin apartar la vista de la carretera—. Busca el sitio que creas más conveniente y dime por dónde debo ir.

Las líneas de cota aparecían más espaciadas sobre la ladera sudoriental, donde el ángulo de ascensión era más gradual. También estaban indicados los barrancos, lo que podría ser una ayuda.

Los patrulleros de la policía pasaban raudos por la ruta, con las sirenas ululando y las luces rojas del techo lanzando destellos intermitentes.

Nichols abandonó la autopista, adentrándose en un camino rural; al cabo de cinco minutos, tomó un nuevo desvío. El camino estaba lleno de baches y densamente poblado de árboles y maleza a ambos lados. Encontraron un patrullero detenido al borde del camino. Un policía del Estado permanecía en pie junto a él, escrutando la carretera en ambas direcciones. Ignoró la camioneta. A los cien metros había apostado otro policía, y ciento cincuenta metros más adelante, pasaron por el costado de otro patrullero y un tercer hombre.

Nichols levantó el mentón hacia la monstruosa giba arbolada que se alzaba a su derecha.

—Sproul's Mountain.

Circundaban la montaña, dejando atrás autos de la policía estacionados a intervalos regulares y hombres con uniformes variados, armados de rifles o escopetas, que caminaban lentamente arriba y abajo, vigilando el camino y el lindero de los matorrales, que se extendía a su lado. Los hombres y los vehículos estaban apostados a considerable distancia, pero poco terreno escapaba a las miradas escrutadoras, tanto en una como en otra dirección, de por lo menos un hombre.

Bauer estudió el mapa:

—En la próxima intersección, a la izquierda; deben de faltar unos ochocientos metros. Luego debemos recorrer un kilómetro y medio, según parece aquí.

—Desiste, Alex.

—No.

Mientras se acercaban al punto desde donde Bauer pretendía iniciar la ascensión, Nichols dijo:

—Me detendré en la brecha más amplia que encuentre entre los policías. Tendremos que actuar de prisa o te echarán el guante. Cuando frene, salta, suelta la tapa de atrás y súbete a la caja. Junto a la moto hay un tablón. Alcánzamelos en seguida. Yo me encargaré de apoyarlo en la caja; tú ocúpate de bajar la moto por él. Cárgate la mochila en la espalda, después ya tendrás tiempo de atarla a la moto. Yo la

pondré en marcha, luego te subes a ella y en marcha. Sólo dispondrás de uno o dos minutos.

—Correcto.

Bauer dobló el mapa y lo deslizó bajo la camisa; se metió una caja de balas en cada bolsillo.

Encontraron dos patrulleros más y un par de policías. Luego llegaron a un sector donde los hombres estaban más alejados uno del otro.

—¿Listo?

—Listo.

Nichols se salió del camino, apretó el pedal del freno y tiró del de mano.

Bauer ya tenía un pie en el suelo. Nichols le siguió en un instante. Nichols recibió la moto al pie del tablón, se puso a horcajadas sobre ella y giró la llave de contacto.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Alto ahí!

Un policía situado a unos doscientos metros empezó a caminar hacia ellos.

Nichols dio un taconazo al pedal de arranque. El motor se puso en marcha. El policía ahora corría. Nichols aceleró la máquina, cuyo tronar ahogó los gritos del guardián del orden. Bauer palmeó a Nichols en la espalda y saltó sobre la moto.

—¡Gracias!

Arrancó, poniendo especial cuidado en no golpearse contra el sillín.

El policía se detuvo junto a Nichols.

—¡Maldita sea! ¡Alto!

Bauer se alejaba lentamente. El rostro del policía se contrajo de ira. Alzó el rifle.

—¿Piensa disparar contra un hombre por montar en moto? —le dijo Nichols.

El policía le miró y luego salió a la carrera tras Bauer. Desistió del intento a los cien metros y volvió a donde estaba Nichols.

—Muy bien, mamita. Muéstrame tu licencia.

—¿Para qué?

—Tu compañero puede haberse escapado, pero tú no, y estarás bajo arresto durante seis días a contar desde el domingo. ¡Los papeles!

Floyd Tyndall era el rastreador. Era un hombre de setenta años, de hombros caídos e incipiente joroba, y casi ciego del ojo derecho. Cargaba un Marlin 32 Special, su arma favorita para cazar venados, con la que había logrado los dos ciervos que merecieron ser clasificados en segundo y tercer lugar por su tamaño entre los trofeos de caza del Estado. Era un tirador diestro, y no había logrado habituarse a disparar con el arma en el hombro izquierdo, cuando empezó a perder la vista de su ojo derecho, unos diez años atrás. De modo que se había hecho fabricar estrafalarios artefactos para sus armas largas, con brazos curvos que los sujetaban a la derecha del punto de mira del cañón del rifle, y miras telescópicas montadas a varios centímetros

de distancia a la izquierda de la culata. Aún seguía apoyando los rifles en su hombro derecho, pero apuntaba con el ojo izquierdo, y tenía tan buena puntería como antes.

Había tardado una hora en seguir el rastro de los primeros cuatrocientos metros, acompañado de los tres tiradores certeros, y éstos se estaban impacientando cada vez más.

El oficial Laughlin dijo:

—¡Demonios!, antes de que consigamos llegar siquiera al primer cerro, ya habrán cruzado al otro Estado. Siguen el curso del arroyo; ¿por qué no avanzamos más aprisa en esa dirección?

—Éste es el camino que han seguido hasta aquí —repuso Tyndall—. Pero eso no quiere decir que sea ésa la dirección que llevan.

—Es el camino más fácil y el más lógico.

—Para ti; pero tú no eres un perro. Supongo.

Al cabo de media hora aún continuaban bordeando el arroyo, y los compañeros de Laughlin le dieron la razón a él.

—Seguid vosotros, muchachos —dijo Tyndall—. Yo debo quedarme aquí porque hace rato que no veo señal alguna, y vuestra cháchara no me ayuda en nada.

Los guardias observaron el suelo. Se encontraban en un terreno rocoso y no se veía rastro alguno. Avergonzados, cerraron el pico y siguieron a Tyndall como escolares castigados, mientras éste se metía en el agua y vadeaba el arroyo hasta la otra orilla; luego regresó y empezó a dar vueltas describiendo amplios círculos, arrastrando los pies y refunfuñando en voz baja. Al cabo de un rato, se detuvo y cogió algo que estaba prendido en una ortiga.

Se lo mostró a los policías.

—No es pelo de venado, ni de zorro, ni de ningún otro animal que habite normalmente en los bosques. A primera vista, diría que pertenece al pelambre del vientre de un perro.

Frotando el pulgar y el índice, fue dejando caer el vellón de pelos grisáceos.

Minutos más tarde había encontrado el rastro de nuevo, que se alejaba en ángulo recto del arroyo.

A la caída de la tarde, llegaron a un calvero. En la arboleda circundante había excrementos de perro, huellas de sus patas por todas partes, huesos roídos y círculos de hierba aplastada en los lugares donde se habían acostado.

—Veis este arroyo —explicó Tyndall—; es un afluente del que seguían antes. El tercero o el cuarto, creo. Si hubiéramos continuado adelante, nos encontraríamos en algún sitio donde ni Dios sabría cómo llegamos hasta allí y estaríamos pensando que no hay ningún perro por estos andurriales y diciendo que lo mejor que podríamos hacer sería regresar antes de que anocheciera.

—Sí..., bueno... —A Laughlin le dolía que el viejo le hiciera sentirse como un

estúpido—. Bueno, hemos descubierto su escondrijo, pero yo no veo ningún perro por ninguna parte, y no tardará en anochecer.

Tyndall giraba la cabeza, escrutando la espesura del bosque y los riscos más elevados.

—No sé mucho de perros y no conozco sus hábitos, pero estoy seguro de que están por estos alrededores. En este momento nos están vigilando.

Instintivamente, los guardias alzaron sus armas. Miraron en derredor.

—¿Cómo lo sabe?

—Todos los indicios demuestran que han estado viviendo aquí una temporada. Ahora bien: un animal de las características que se suponen en un perro salvaje no permanecería en un lugar tan cercano a otro habitado por gente a menos que se viese forzado a ello. Por lo tanto, debemos creer que lo que aquellos muchachos dijeron con respecto al cachorro significa que hay una perra en la manada y que *tuvo cría*, muy cerca de donde nos encontramos ahora, y la perrada se ha quedado aquí esperando que los cadillos fuesen lo suficientemente grandes como para poder caminar. Y eso significa que, como sea que los perritos son demasiado pequeños, la manada se ha visto obligada a permanecer con ellos; al menos, la perra. Así que cabe suponer, además, que hace rato que nos olfatearon y nos oyeron acercarnos, y ahora están escondidos en algún lugar del bosque, tal vez detrás de aquellos matorrales, y nos están observando para ver qué vamos a hacer.

—¿Cómo les descubriremos?

—De ninguna manera. Ellos vendrán hacia nosotros. Ahora, separaos y apostaos detrás de esas rocas. Mantened los ojos bien abiertos.

Los policías ocuparon sus posiciones. Tyndall empezó a recorrer el claro. Ponía especial atención en examinar el terreno en torno de los tocones y las piedras medio enterradas.

¡Crr-ac! Un rifle escupió una lengua de fuego. *¡Crr-ac!*

—¡Allí, allí! ¡Un perro amarronado, cerca de aquel pino retorcido!

El policía apuntaba con el rifle.

—¡Estaba ahí mismo! Lo he visto.

—¿Le has dado?

—No lo sé. Por Dios Santo, vamos, Tyndall.

—¡Cálmate! —Tyndall recorría el lindero del bosque con la vista—. No le hubieras visto si él no hubiese querido que le vieses. Se dejará ver de nuevo dentro de un instante. Pero no en el mismo sitio, y sólo durante un segundo. Es difícil que puedas darle.

—Pero ¿de qué diablos está hablando?

Tyndall se estaba divirtiendo. No sentía simpatía por aquellos expertos tiradores, como les llamaban. Quizá, con el rifle apoyado en una barricada de sacos de arena,

eran capaces de liquidar a un criminal a través de una ventana desde una distancia de quinientos metros; pero no valían un comino para aquella tarea.

—Apuesto veinte contra uno a que era la perra. Y no hace más que tomarte el pelo. Lo que ella quiere es alejarte de los cachorros. Logrará que salgas en su busca, mostrándote la punta del rabo de cuando en cuando, con el fin de mantenerte entusiasmado, y luego, cuando te haya llevado a tres o cuatro kilómetros de aquí, desaparecerá y tú te quedarás solo con el rifle en la mano y un palmo de narices. No te muevas de tu sitio. Ya volverá a aparecer.

A los diez minutos, la perra lo hizo. Salió corriendo de detrás de un arbusto, cruzando un claro, hacia una espesa arboleda, a unos sesenta metros cuesta arriba. Laughlin disparó tres veces seguidas. Uno de los otros policías metió un par de balas en el tronco de un pino joven.

—Bueno, así no haremos nada —dijo Tyndall—. Muchachos, no sois tiradores certeros. Que uno de vosotros me preste su linterna.

Se abrió paso entre los arbustos hasta el pie de un escarpado rocoso.

—Antes vi que había una madriguera por aquí. No quería hacer esto, pero está visto que algo tenemos que hacer para que os sea más fácil afinar la puntería.

Se arrodilló. Sus articulaciones crujieron.

—Muchachos, vigilad que no se me venga nada encima —les advirtió.

Se agachó, encendió la linterna y metió la cabeza dentro de la madriguera. En el fondo había cuatro cachorros acurrucados. Tenían las orejas pegadas al cráneo a causa del miedo; sus ojos eran unos diminutos discos brillantes a la luz de la linterna. Se trepaban unos encima de los otros, gruñendo y mostrando los dientes.

—No temáis —les dijo Tyndall, escurriéndose hacia el interior y alargando un brazo—. Nadie os va a hacer daño. Tranquilizaos.

Cogió a uno de los cadillos por las patas delanteras. El cachorro tironeó, ladrando, y le clavó una dentellada. Arrastrando al perrezno hacia fuera, Tyndall exclamó:

—¡Huy! Suelta. Vamos, basta ya.

Pero, en verdad, no le importaba; no le hablaba con enfado.

Agarró al cachorro por la piel del pescuezo, para que no pudiera morderle. El perrezno comenzó a gañir. Los cachorros le hicieron coro desde la cueva. Tyndall se precipitó hacia el centro del calvero.

—Poneos a mi alrededor —dijo— y abrid los ojos como no lo hicisteis en toda vuestra vida. No sé qué pasará, pero estoy tan seguro de que algo ocurrirá, como estoy convencido de que existe el infierno.

No deseaba hacerlo, pero empezó a pellizcar al cachorro y a sacudirle. Éste armó un escándalo. Los ojos de Tyndall perforaban la espesura. Se le cortó el aliento.

En la Casa del Árbol, la perra había cortado la sogá con los dientes. Cogió al

cachorro con la boca y se fue trotando hacia el bosque. Cuando llegó a la madriguera, los otros cadillos estaban hipando. Se apiñaron en torno a ella. La perra les tranquilizó, lamiéndoles, hasta que se callaron. Luego se llevó al más grande, a Loki, el que había sido robado, al exterior de la madriguera. Los demás trataron de seguirla. Ella les impidió que lo hicieran. Loki se había recobrado casi por completo; había heredado el carácter de su progenitor.

Orph se paseaba por el calvero presa de una enorme agitación. No podían permanecer allí. Eso lo comprendían todos. Una madriguera, en cuanto era descubierta, dejaba de ser un lugar seguro y conveniente para los cachorros. Se convertía en una trampa. A Orph los pelos se le erizaban de cuando en cuando al impulso de la marea de su aprensión. Gruñía en dirección al bosque. Trataba de captar algún efluvio amenazador olfateando profundamente. El negro y el moteado giraban inquietos a su alrededor.

La perra subió por la vertiente con Loki en la boca. Orph se puso a su lado, rozándola con su cuerpo. El negro y el moteado les siguieron.

Continuaron la ascendente marcha durante casi una hora. Loki se sentía desgraciado al ser llevado de aquella manera. Le resultaba incómodo y hería su dignidad. Trató de liberarse. La perra gruñó y apretó los dientes sólo lo suficiente como para que se quedara quieto. Jamás lo había hecho antes. El cachorro se asustó y lo tomó en serio. Se quedó preocupado y sumiso, cuando por fin su madre lo dejó en el suelo y empezó a cavar una pequeña madriguera en la tierra esponjosa, en medio de una maraña de troncos y ramas de árboles muertos y podridos.

Orph se mantenía alerta mientras la perra terminaba de cavar la madriguera y empujaba al cachorro con el hocico para que se metiera en ella. Castigó al perrezno con el fin de que no se moviera de allí. Volvieron todos sobre sus pasos, y la perra cogió a otro cadillo.

Al llegar a la tierra baja, cuando hacían el tercer viaje de vuelta, se toparon con un muro de olor humano, preñado de sed de sangre. Se detuvieron abruptamente, llenándose los pulmones de aquel olor. La perra lanzó un gañido. Les acometió un poderoso y compulsivo deseo de huir, pero eso no era posible.

Orph les condujo hacia adelante, hacia el centro del terrible torbellino de aquel efluvio, luchando contra el impulso de huir.

Se aproximaron con dolorosa lentitud, asentando las patas con cuidadosa delicadeza, arrastrándose con el vientre pegado al suelo, en los últimos metros, hasta que pudieron contemplar, ocultos por unos matorrales, el calvero a través de las hojas.

Los hombres y sus rifles estaban allí, cerca de la madriguera.

La perra lloriqueó.

Esperaron, con las lenguas colgantes, de las cuales caían al suelo gruesas gotas de

espesa saliva, y los músculos acalambrados.

Apenas podían resistir aquella espera.

La perra dejó escapar un gáñido. Se deslizó hacia el claro. Orph se puso en pie con el cuerpo tenso. El negro y el moteado se levantaron como movidos por un resorte. Contemplaron cómo la perra se acercaba al claro. Permaneció un largo rato tras un arbusto, jadeando penosamente. Luego saltó, se quedó un instante expuesta a la vista de los hombres, y se ocultó de nuevo.

¡Crr-ac! ¡Crr-ac!

Orph se estremeció al oír los disparos.

Observó a la perra que estaba a la espera. Olfateaba y escuchaba con atención para captar el menor ruido que le indicara que salían en su persecución. Pero los hombres permanecían en el claro. Dio un rodeo, se dejó ver de nuevo, y de nuevo le dispararon. Una vez más esperó que los hombres salieran tras ella.

Se tendió en el suelo y se quedó vigilando, sumida en la angustia. Se estremeció. Uno de los hombres se acercaba a la madriguera. Se puso en pie de un salto. Se le erizaron los pelos. Se le envaró la cola.

Los cachorros empezaron a ladrar. La perra dio unos pasos hacia delante. Los hombres tenían en su poder a uno de los cachorros. Éste lanzaba desesperados gáñidos.

La perra contrajo los belfos, dejando los colmillos al descubierto, y salió rauda de entre la maleza en dirección al calvero.

—¡Allí!

Laughlin se encajó la culata del rifle en el hombro: *¡Crr-ac!*

Tyndall dejó al cachorro en el suelo y alzó su rifle. La perra corría vertiente abajo. Los otros policías apuntaban con sus armas.

¡Crr-ac! ¡Crr-ac! ¡Ca-pou! ¡Crr-ac! ¡Ca-pou! ¡Crr-ac!

Las balas levantaban nubes de tierra alrededor de la perra. Ésta se dirigía directamente hacia ellos.

Una bala le rozó un costado.

Una bala hizo impacto en su pecho y la lanzó hacia atrás. Trastabilló y acometió de nuevo.

¡Ca-pou! ¡Ca-pou! ¡Crr-ac!

Le estalló la paletilla, y la perra giró en redondo sobre sí misma.

¡Ca-pou! ¡Ca-pou!

Recibió un proyectil en el muslo. Una bala le atravesó el cuerpo y le arrancó una astilla de costilla al salir por el otro lado.

¡Crr-ac! ¡Crr-ac!

Luchó por incorporarse y embistió de nuevo.

Cayó al suelo golpeada por las balas.

Los disparos retumbaban en el bosque, y las cápsulas servidas tintineaban al chocar contra las piedras.

Las balas se enterraban en su cuerpo, mordían la tierra y rebotaban, con un tañido, contra las rocas.

La perra se retorció. Se ahogaba con su propia sangre. Hincaba los colmillos en el suelo.

¡Ca-pou! ¡Ca-pou!

Uno de los guardias dejó caer el rifle descargado, empuñó el revólver de reglamento y siguió disparando con él.

Los músculos de la perra se pusieron tensos; alzó el lomo, separando el vientre del suelo; las patas traseras se curvaron hacia dentro, y sus colmillos se hundieron en la tierra; luego se desplomó de costado y ya no volvió a moverse.

Sonaron varios disparos más. El fuego cesó. Las últimas detonaciones resonaron en las montañas, y sus ecos se fueron disipando lentamente.

Tyndall subió por la vertiente y se quedó contemplando con la cabeza gacha el cuerpo mutilado de la perra. Los policías se apiñaron en torno a él. Estaban excitados y nerviosos.

—Sois realmente buenos, muchachos —les dijo Tyndall.

—¡Demonios! ¡Vaya si hemos acabado con ella!

—Será mejor que vigiléis —dijo Tyndall—. Todavía quedan tres más por ahí escondidos y pueden caer sobre vuestras espaldas en cualquier momento.

Los policías se pusieron tensos.

Tyndall se agachó penosamente hasta ponerse en cuclillas. Alargó una mano venosa, cubierta de manchas hepáticas y la dejó reposar sobre la cabeza del animal. Luego le dio unas palmadas afectuosas.

Los policías estaban recargando sus armas. Tyndall no tenía necesidad de hacerlo. Él no había disparado.

Se escuchó un prolongado y estremecedor aullido, que parecía venir de muy lejos.

Los guardias se sobresaltaron. Dos de ellos dispararon al vacío.

Momentos más tarde, se oyó un débil chasquido de una rama al quebrarse.

—Se han ido —dijo Tyndall.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque los animales comprenden. No es que lo piensen, y ni siquiera sabrían expresarlo con palabras aun cuando supieran hablar, pero, de cualquier manera, ellos comprenden. No ven razón alguna para quedarse aquí, ahora.

—Pero ¿y los cachorros?

—Eran de la perra. Y ahora no pueden hacer nada por ellos. Nada —concluyó con tono desafiador—. ¿Entiendes?

Regresaron al calvero. Laughlin arrastraba a la perra por la cola. Uno de los policías sacó la linterna y el revólver y se arrastró hacia el interior de la madriguera, hasta que sólo fueron visibles sus nalgas y sus piernas. Las detonaciones sonaron ahogadas, apagadas. Cuando el agente extrajo el primer cadáver, menudo y destrozado, Tyndall se giró y se internó en el bosque.

—¡Eh! —gritó Laughlin—. ¿A dónde va?

Tyndall no respondió. Las ramas se cerraron tras él.

—Oscurecerá en seguida —siguió gritando Laughlin—. Necesitamos que nos ayude a salir de aquí.

Tyndall no se tomó la molestia de contestar.

La pesada moto exigía fuerza para ser dominada. Chocó contra un tronco caído al tratar de pasarle, por encima, y la máquina quedó clavada. Bauer tuvo que tirar con todas sus fuerzas para sacarla. Mantener el equilibrio requería poner los músculos en tensión. A veces, la cuesta era demasiado empinada, y Bauer tenía que caminar llevando la moto del manillar, con el motor en marcha corta, y la máquina casi le arrastraba, mientras bregaba para evitar que se le cayera encima. Los matorrales eran más grandes y la maleza más tupida de lo que parecían a primera vista, y él tenía que detenerse y retroceder por donde había venido. Las irregularidades del terreno le sacudían la base de la columna, con súbitos y dolorosos tirones a los músculos de la espalda y de los hombros; empezaron a dolerle los riñones. Los barrancos se estrechaban formando hendiduras demasiado abruptas y era necesario buscar un nuevo camino. Al toparse con un despeñadero debió dar un largo rodeo. Hoyos llenos de hojarasca constituían una trampa donde se hundía súbitamente la rueda delantera. Una vez salió despedido por encima del manillar y aterrizó duramente, quedándose sin aire en los pulmones. Un montón de piedras hizo patinar la cubierta y lanzó la moto hacia un costado; la pierna de Bauer quedó atrapada debajo de ella. No se fracturó ningún hueso, pero le quedó el muslo muy magullado y la pierna se le envaró durante la hora siguiente, y sentía dolor al moverla. Alcanzó la cumbre cuando el sol reposaba en la cima de una montaña hacia poniente. Bauer estaba cubierto de sudor, malhumorado y fatigado.

Las sombras parecían lamer el suelo. El sol desapareció. Disponía de una hora de luz crepuscular antes de que cayera la noche. Privado del calor del sol, y habiendo dejado de quemar energías, el sudor comenzó a enfriársele sobre la piel. Se cambió la empapada camisa por una seca. Extrajo el Winchester de la funda, comprobó que tuviera el seguro puesto y apoyó el cañón del rifle en la horqueta de la rama de un árbol. Con un brusco movimiento de la mano sacó el revólver para verificar que la recámara del martillo estuviera vacía. Moviéndose apresuradamente en la oscuridad creciente, cortó ramas de pino para formar un lecho donde colocar el saco de dormir

y juntó leña seca.

Cuando el fuego se consumió hasta quedar las brasas vivas, se preparó la cena; luego puso agua a hervir para el café.

La luna menguante era apenas visible. Nubes viajeras oscurecían el astro y las estrellas. La negrura de la noche era densa. Bauer avivó el fuego, creando un pequeño receptáculo de luz en el cual se refugió del negro vacío que le rodeaba, que yacía sobre la tierra y las montañas hasta donde alcanzaba la vista, más profundo que el firmamento, un suave manto hendido con incierta temeridad por las luces de una casa o una cabaña aislada, en los angostos valles que se extendían cual los radios de una rueda a sus pies.

Trató de pensar, pero el examen específico parecía hueco y la reflexión profunda no era posible en la soledad, en la noche, en las espaldas de semejante coloso. La filosofía de la montaña era la masa, su pétrea existencia. Todo lo demás era frágil y efímero.

En algún lugar, Orph estaba en la montaña con él. Lo sabía. Sentía la presencia del animal. Una mente racional lo hubiera llamado una quimérica ideación de su deseo. Pero la montaña reducía la racionalidad al insensato extravío de un líquen esporofito. Orph estaba con él. Se estaban acercando el uno al otro.

Era hora de dormir.

Orph dormitaba a intervalos, con las orejas erectas, que se movían hacia el lugar donde se producía un crujido, el murmullo de la brisa entre las hojas, el roce de una alimaña contra las piedras, y sus ventanas nasales aleteaban sin cesar. Abría los ojos con frecuencia y se levantaba a menudo para buscar la carne de la amenaza que se mantenía al acecho en la noche. El negro y el moteado alzaban la cabeza para observarle.

Orph se encontraba en una meseta desde la cual la montaña se extendía barrancosa hasta el valle. A lo lejos, muy abajo, veía una delgada cinta circular, que desaparecía, en uno y otro extremo, tras los rebordes de la montaña. De cuando en cuando, diminutos puntos luminosos muy brillantes se movían lentamente a lo largo de la cinta. Una o dos veces, oyó el lejano eco de un sonido, que era una bocina, y el murmullo ahogado, indistinto, de algo parecido a una voz humana, que era un megáfono. Del valle se elevaba una súbita corriente de aire que arrastraba, casi tan tangible como una nube, un intenso olor a ser humano, preñado del fuego de la brutalidad, de la caza despiadada y sanguinaria. No era algo contra lo cual se pudiese luchar; era algo de lo cual se debía huir.

El coronel Mulcahey llevaba la corbata desanudada, las mangas de la camisa arrolladas hasta los codos. Tenía las mejillas cubiertas por una crecida barba, que le causaba picazón. Sus ojos estaban enrojecidos. Había tomado demasiado café y le

ardía el estómago. Pero lo había logrado: el enorme mapa clavado con chinchetas en la pared del remolque de comunicaciones, su oficina de mando, había quedado sembrado de banderitas en todos los puntos señalados por él. Los dispares e inicialmente desorganizados elementos habían sido amalgamados en una sola fuerza coordinada; la intercomunicación se efectuaba sin inconvenientes y con rapidez; el servicio móvil de intendencia había proporcionado café y desayuno frío a todas las unidades; se habían distribuido las municiones, y los jefes de pelotón estaban apostados, provistos de transmisores-receptores portátiles. Él había superado la fase de somnolencia, y ahora estaba más despejado. Hacía una hora que había amanecido.

Un policía abrió la puerta.

—Llegan los helicópteros, coronel.

Mulcahey salió, parpadeando al contacto con el aire fresco. No se había dado cuenta de cómo se había llenado de humo el remolque durante la noche. Ordenó que lo ventilaran.

Tres helicópteros flotaban hacia ellos a través del profundo desfiladero que se abría entre dos montañas del sector sur. El ruido de sus rotores se hizo audible —*nacatanacatanacata*—; luego atronó sus oídos, y los helicópteros planearon sobre las copas de los árboles del otro lado de la carretera, proyectando las ramas hacia el suelo, levantando nubes de polvo y remolinos de punzantes granos de arena. Los hombres que rodeaban el remolque se cubrieron la cara con las manos y se volvieron de espaldas.

Mulcahey entró en el remolque y les habló a los pilotos por radio. Se acercó a la ventana y observó cómo uno de los helicópteros se elevaba de costado y desaparecía tras la montaña. Otro pasó directamente por encima de su cabeza y se situó a unos trescientos metros sobre la vertiente que se elevaba frente a la línea formada por la policía y la Guardia Nacional.

El operador de radio esperaba en su asiento.

—Muy bien —dijo Mulcahey—, imparta la orden de salida.

—Comunicado a todas las unidades. Luz verde. Repito. Comunicado a todas las unidades. Luz verde.

En torno de la falda de la montaña, al igual que un lazo corredizo estrechándose alrededor de la base de un cono, las fuerzas de Mulcahey avanzaron e iniciaron el ascenso.

El efluvio se estrellaba contra ellos en oleadas cada vez más intensas. El perro negro y el moteado se estremecieron, observando cómo Orph se movía inquieto de un extremo a otro de la meseta.

Por fin, giró en redondo, incapaz de resistir por más tiempo los mensajes de alarma de sus células, y los otros dos perros se le acercaron, agitando la cola.

Orph saltó por encima de los dispersos troncos caídos y metió la cabeza por la pequeña boca de la madriguera. Dirigió unos ladridos a los cachorros. Éstos se acurrucaron en el fondo de la cueva, hipando.

Acto seguido, se adentró en el bosque en compañía del negro y del moteado.

Corrían con la cabeza alta y las colas al viento, describiendo un círculo con el fin de ganar la vertiente opuesta, donde se levantaba la poderosa mole de la montaña entre ellos y los hombres, desde donde podrían huir hacia el fondo del valle y hacia la cumbre de otras montañas, hasta que el aire fuese limpio, libre de la amenaza de los hombres y la muerte.

Sin embargo, el olor, que ahora era casi tangible, permanecía pegado a ellos, impulsándoles hacia los puntos más elevados, y se canalizaba a través de su camino, y no lograban trascenderlo; estaba siempre allí, frente a ellos, y Orph, de mala gana, cedió y se volvió hacia la cumbre, dispuesto a encontrar y atravesar la espesura hasta la cima y descender por el otro lado.

Varias veces, en el curso de la mañana, se les aproximó algo estridente por los aires, y Orph procuraba ponerse a cubierto, y los tres animales se acurrucaban mirando hacia el cielo, aunque no podían ver nada, y esperaban hasta que aquella barahúnda se disipaba en la nada, y entonces comenzaban a correr de nuevo.

A mediodía, las fuerzas de Mulcahey se encontraban a mitad de camino de la cumbre. El cerco se contraía, tornándose más denso. Mulcahey no tardó en ordenar el retiro de algunas unidades, a intervalos alternados, con el fin de no perder eficacia debido a la densidad.

Solucionar los problemas logísticos sobre la marcha le había puesto a prueba, y finalmente empezaban a agotarse sus reservas de energías, pero él sabía que lograría mantenerse con la mente clara y firme en su puesto hasta la puesta del sol, momento en que el cerco se habría cerrado. No había recibido ninguna información de que alguien les hubiese visto, y no podía evitar que se apoderase de él una cierta inquietud, pero su convicción y confianza se mantenían firmes.

A primera hora de la tarde, accedió a recibir a los periodistas, accedió en aras de su propia moral.

El sol empezaba a declinar. Bauer no llevaba reloj. Supuso que debían de ser las tres y media o las cuatro.

De pie en una elevada estribación rocosa y observando a través de la mira telescópica con la lente en su punto máximo de aumento, podía ver diminutas figuras que se abrían camino lentamente hacia la cima. Calculó que alcanzarían la cumbre al cabo de un par de horas.

Se alejó del resalte y se sentó al pie de los diez metros de rocas peladas, que constituían la cresta de la montaña. El terreno a su alrededor era pedregoso, y las pocas matas que crecían en él eran de tallos duros, espinosos y secos. Formando un semicírculo, a una distancia de cien metros o tal vez menos, se alzaba el lindero del bosque: árboles retorcidos, raquíuticos, que tenían un aspecto ominoso e infundían pavor por la frenética intensidad de su lucha por la supervivencia.

Bauer permanecía sentado con el rifle cruzado sobre las piernas.

Su cuerpo estaba inmóvil, pero en su interior, Bauer se sentía convulsionado y con náuseas bajo la caótica turbulencia que lanzaba a Orph de un lado a otro de la montaña, arrastrándole cada vez más cerca de él.

El torbellino de ruido se abatió sobre ellos cuando estaban trepando por una loma escarpada. Orph salvó los últimos metros y corrió a ponerse a cubierto, con el negro a su lado. El perro moteado resbaló y cayó hasta la mitad de la lomada. Topó contra una roca y de nuevo se precipitó hacia la cumbre.

—¡Contacto! ¡Contacto! —gritó el operador de radio.

Mulcahey movió una llave que conectaba un altavoz general.

«... en la cima, corriendo ahora hacia...».

—Habla Mulcahey —le interrumpió el coronel—. Identifíquese.

«... un macizo de... Habla Abel Bird, coronel».

—Deme sus coordenadas.

El piloto lo hizo. Mulcahey le preguntó:

—¿Dónde se encuentra ahora?

«Estamos sobrevolando un macizo de arbustos, que quizá tendrá unos mil metros cuadrados; se metió ahí, y ahora lo hemos perdido de vista».

Mulcahey calló durante un instante y luego dijo:

—Diríjase hacia la cima. Vuele lo más bajo que pueda. Manténgase ahí. Dé algunas vueltas si es necesario. Intente hacerle salir con vuelos rasantes y líquidle cuando aparezca. Si no sale, mantenga su posición hasta que lleguen las fuerzas de tierra, y dispere unos cuantos cartuchos.

El piloto dirigió el aparato de dos plazas, abierto a los costados, hacia los arbustos. El policía sentado a su lado, sujeto con el cinturón de seguridad, estaba armado con un rifle, calibre 12, antidisturbios. La corriente de aire que proyectaba hacia el suelo agitaba la espesura en derredor.

Agachados en la negra sombra de un resalte rocoso, Orph y el negro observaban el helicóptero que azotaba las matas a su alrededor y levantaba remolinos de polvo y hojas. Orph enderezó las orejas y frunció el entrecejo. Arrufaba los belfos, mostrando

los colmillos. El negro se pegaba al suelo, con las orejas gachas y los ojos extraviados.

El perro moteado temblaba bajo las ramas. Al llegar a lo alto de la loma, no logró descubrir a Orph ni al negro, y huyó presa del pánico provocado por la máquina que se abatía sobre él, hasta refugiarse en un macizo de arbustos, bajo los cuales se acurrucó. Encima de él, un rugido ensordecedor le hería los tímpanos y le estremecía los órganos del vientre. Las ramas fustigaban el aire sobre él. Una lluvia de ramitas y pequeños guijarros le azotaba con fuerza. El mundo se derrumbaba a su alrededor. No podía soportarlo más. Se levantó de un salto, se zambulló entre la maleza y salió al claro.

—¡Ahí va! —gritó el policía armado—. ¡Son las once!

El moteado corría a través de un campo de altas hierbas y flores silvestres. El piloto osciló en el aire, giró dando una vuelta cerrada y salió tras él, ganando distancia rápidamente. El tirador se asomaba por la puerta lateral con el rifle apoyado en el hombro.

La sombra y el ruido atronador de la máquina cayeron sobre el perro. No podía escapar. Se volvió y lanzó un gruñido a la enorme cosa que se precipitaba hacia él.

El piloto aminoró la marcha y mantuvo el helicóptero inclinado de costado para facilitarle la tarea al tirador.

El perro se levantó en el aire, lanzando dentelladas.

¡Buommmmm!

La descarga hizo impacto en sus cuartos traseros y le derribó. Las palas del rotor del helicóptero aplastaban la hierba en un ancho círculo en torno del animal. El perro se retorció y se mordió la herida. Agitó la cabeza hacia el helicóptero, trató de levantarse y cerró las fauces en el vacío.

¡Buommmmm!

La segunda descarga le aplastó contra el suelo y casi le decapitó.

El piloto palmeó al tirador en la espalda. Inmovilizando la máquina a unos diez metros del suelo, comunicó por radio la muerte del perro.

Mulcahey les felicitó.

—¿Se han dejado ver los otros dos?

—Respuesta negativa. Estaba solo.

—¿Pueden aterrizar?

El piloto estudió el terreno.

—Respuesta afirmativa.

—Entonces descienda y recoja el cadáver del animal. Tráigalo a la oficina de mando. Les proporcionaremos a los periodistas algo que fotografiar.

El piloto posó el helicóptero sobre la planicie. El tirador se liberó del cinturón de seguridad y saltó al suelo, se agachó bajo las palas del rotor e inconscientemente se

cubrió la cabeza con un brazo, echó el perro en la carlinga y se abrochó el cinturón, apoyando un pie sobre el cuerpo del animal. El aparato se elevó y se alejó volando a ras de la cima de la montaña.

Orph y el negro huyeron.

Orph estaba enloquecido. Deseaba volverse y precipitarse en aquel efluvio humano que le envolvía a oleadas, en los gritos ahogados, y atacar, hincar los colmillos en la carne y destrozar. Pero el instinto primigenio de su sangre le mantenía en jaque y le obligaba a ascender, a alejarse del vasto depredador multicéfalo cuya ansia destructora saturaba su olfato de un acre olor.

Circundaron la montaña hasta la mitad una vez más, parándose a descansar, resollando ruidosamente, sólo unos minutos cada vez, para emprender de nuevo la forzada marcha. A esa altura, la montaña se estrechaba gradualmente, y el espacio era cada vez más reducido.

Un helicóptero apareció en la distancia, cuando el negro se había desplomado de costado, con los ojos vidriosos, y se aproximaba hacia ellos. Orph se dirigió hacia una arboleda. El negro lanzó un gruñido y bregó por incorporarse. El helicóptero se acercaba demasiado rápidamente como para que él tuviese tiempo de llegar al bosque. Viró en redondo y se introdujo en una quebrada poblada de arbustos y se acurrucó bajo un tronco caído. El helicóptero pasó de largo. El perro negro se tendió de costado, profiriendo un gañido.

Permaneció acostado largo rato, dejando que los latidos de su corazón se hicieran más acompasados, que se le aclarara la visión. Los músculos empezaban a ponerse rígidos. Estaba desesperadamente sediento. Gruñó y se arrastró hasta salir de la quebrada. No vio a Orph, ni logró descubrir su rastro.

Siguió caminando hasta que encontró agua. Era sólo una charca de tierra húmeda, pero cavó el suelo barroso y luego bebió el agua que afloraba en el hueco. Oyó voces, el crujido de las matas. Salió corriendo de la charca, con la mente en blanco y el cuerpo funcionando sin su guía.

Un guardia parpadeó y exclamó:

—¡Diablos!

Levantó el rifle. A unos ochenta metros, calculó, avanzando en línea transversal. Enorme y negro. Sólo le había visto pasar como un relámpago. Tal vez era un oso, pero él no lo creía. Ahora detrás de las hojas, pero de pronto no vio nada. Hizo oscilar el cañón del rifle, acompasándolo a lo que se suponía era la velocidad del animal.

Un claro. ¡El perro! Pero no tuvo tiempo de disparar.

Echó una rápida mirada hacia donde se dirigía el animal. Debería pasar a través de un espacio abierto, a unos diez metros de distancia. El guardia dirigió el rifle hacia allí, apuntó y esperó. Apareció el perro. El guardia le siguió por la mira del arma y

apretó el gatillo.

El perro fue derribado. El guardia hizo fuego de nuevo y falló. El animal se había levantado y corría de mala manera; luego desapareció.

—¡Perro! —gritó el guardia—. ¡Le di! ¡Por aquí! ¡Daos prisa!

Varios guardias convergieron desde distintos puntos, acompañados del ruido de ramas quebradas.

—Por allí, en aquel claro.

Los guardias se dividieron en tres grupos. Uno de ellos avanzó en línea recta; los otros dos subieron por los flancos.

Encontraron huellas de sangre y las siguieron. Salvando rocas y troncos caídos penetraron bajo un arco formado por dos enormes peñascos y avanzaron más allá del charco de sangre donde el animal se había desplomado, sin poder levantarse durante algunos momentos. Las huellas morían en el espeso follaje de un laurel. Los guardias se distribuyeron a su alrededor y se apostaron con las armas preparadas. Tres de ellos agitaron las ramas del laurel.

El bosque estaba en silencio, salvo por los crujidos y los rumores que surgían del arbusto.

Luego el perro negro salió corriendo, trastabillando, arrastrando un largo pedazo de intestino azulado. Seis guardias abrieron fuego. Sus M-16 expulsaban las cápsulas servidas, que saltaban por los aires.

El perro negro se desplomó. La granizada de balas astillaba huesos y le trituraba las quijadas; desgarraba órganos y arrancaba soplos de polvo y gotas de sangre de su carne; rasgó la piel a tiras durante medio minuto después de muerto. Los guardias se apiñaron a su alrededor.

Las sombras se alargaban; la luz del sol tenía un intenso tono dorado con tintes anaranjados.

Se había producido una sorda descarga cerrada unos quince minutos antes. El ronquido de los helicópteros que rondaban por allí se hacía cada vez más fuerte, y hacia su derecha Bauer podía oír de cuando en cuando las voces indistintas de hombres que se hablaban a gritos unos a otros, el crepitar de las perturbaciones atmosféricas en un aparato radiorreceptor. Sus manos sudaban ligeramente al contacto del rifle.

Se levantó y se dirigió desde la cresta rocosa hasta el centro de la planicie. Se detuvo. Mentalmente, llamó a Orph.

Orph cedió ante la presión; gruñendo, se volvió y empezó a ascender en línea recta. Sus uñas se hundían en la tierra y arañaban las superficies rocosas.

Enceguecido, fue presa de una rabia feroz. Caminaba, gruñendo roncamente y chirriando los dientes, con los pulmones hinchidos y los músculos en tensión, los belfos cubiertos de espuma.

Avanzaba raudo entre los retorcidos troncos de los árboles, agitando su maciza cabeza.

Un gruñido dejó a Bauer helado. Giró la cabeza.

Orph se precipitaba hacia él, con las quijadas batientes.

Las manos de Bauer se cerraron sobre el rifle, pero no lo levantó.

—¡Orph! —gritó—. ¡No! ¡Al suelo!

Un sonido percutió en lo más profundo del cerebro de Orph. El ritmo de su paso se hizo más moderado.

—¡Al suelo! —gritó Bauer—. ¡ORPH..., AL SUELO!

Una cápsula herméticamente sellada estalló en el cerebro de Orph. La memoria hizo erupción y se precipitó como un raudal de agua a través de los agrietados muros de una presa, y un aullido se expandió silenciosamente en su interior, hasta llenarle completamente, y sus movimientos se tornaron espasmódicos, y agachó la cabeza y se detuvo abruptamente, y lanzó el aullido hacia el firmamento vacío. Empezó a gañir.

¡Él! ¡Él!

El recuerdo se volvió cálido, y le invadió un éxtasis amoroso, un rapto de placer; fue presa de un lazo de densa textura; experimentaba adoración, un espasmo de embeleso.

A veinte metros, el perro, con la cabeza colgando, se estremecía violentamente.

—Buen chico —dijo Bauer, con lágrimas en los ojos—. Buen chico, ése es mi *buen* perro. ¡Oh, dulce criatura!

Orph hipó.

Bauer dejó el rifle en el suelo y se apartó de él.

—Ven —dijo en voz baja—. Ven, Orph. Buen muchacho.

El perro dio unos pasos, vacilando.

—Ven —repitió Bauer.

Orph se agachó, con la cola entre las piernas. Se acercó, arrastrándose, gañendo.

Bauer se puso en cuclillas. Extendió las manos.

—Ése es mi buen chico. Ven, Orph, ven. Así, mi buen cachorro. Mi pequeño. Buen muchacho.

El perro se arrastró con el vientre pegado al suelo. Mantenía gacha la cabeza y le dirigía tímidas miradas. Lamió, tentativamente, los dedos de Bauer. Su cola se movió, con indecisión.

Bauer le tomó afectuosamente la cabeza entre sus manos y le palmeó el peludo cuello. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Has vuelto al hogar. Eres mi buen chico, mi buen amigo. Todo está en orden ahora, mi buen muchacho. Todo está bien, has vuelto a mí.

Contuvo un sollozo. El perro gañía ansiosamente y lamía las lágrimas de las mejillas de Bauer. Emitió un sonido entrecortado.

Bauer abrazó fuertemente al animal, acariciándole y palmeándole la cabeza. Orph le lamía la oreja y el pelo. Su cola golpeaba el suelo.

Bauer cerró los ojos con fuerza.

—¡Oh, Dios mío! —musitó, apretujándolo.

Dejó escapar un tembloroso suspiro. Orph le mordisqueó la barbilla, hipando.

—Sí, te amo. Te amo, Orph. Tú eres mi buen perro. Eres un extraño cachorro. Un cachorro grandote. Buen chico. Un bebé precioso.

El perro se tumbó sobre su lomo y se abrió de patas. Bauer le frotó el ancho y poderoso pecho. Orph gruñía y se retorecía, eufórico, gozoso.

—Buen chico, buen chico —repetía Bauer, sin dejar de masajear al animal.

La cola de Orph batía el suelo frenéticamente. Tenía la boca abierta y la lengua colgante, mientras los belfos se le estremecían de placer.

Bauer oyó gritar a un hombre.

Orph, arrobado por la presencia de él, estaba absorto.

Bauer se separó del animal. Orph se incorporó y se sentó a su lado, apretujándose contra Bauer y lamiéndole la cara.

Otra voz lejana. Orph le lamía la boca a Bauer. Éste dejó descansar una mano sobre la ancha cabeza del perro y le acarició.

—¿Qué ha sido? ¿Qué pasa? —exclamó, dirigiendo la mirada, parpadeando, hacia el lindero del bosque.

El perro giró la cabeza. Enderezó las orejas y frunció el ceño. Un ronco gruñido resonó en su pecho.

—Buen muchacho —dijo Bauer.

Extrajo el revólver de la funda y colocó la boca del cañón a un par de centímetros de la base del cráneo de Orph.

—Ése es mi buen chico, *mi buen chico* —murmuró en un sollozo.

Disparó.

Orph cayó hacia delante. Quedó con las patas delanteras dobladas hacia atrás, bajo el pecho y el vientre. Su quijada descansaba sobre el suelo. Una diminuta astilla del hueso sobresalía del agujero de salida de la bala. Tenía los ojos abiertos. Estaba completamente inmóvil.

Bauer bajó el arma. Apoyó la mano entre las paletillas del animal y le palmeó suavemente.

—Eres mi buen perro —murmuró—, mi buen perro.
Hundió la barbilla en el pecho y se puso a llorar.

Estaba vacío y silencioso cuando el primer guardia salió de entre los árboles con un rifle apoyado en el brazo. Otros le siguieron en seguida, un escuadrón de una docena de hombres jóvenes, a las órdenes de un cabo enjuto, de bigote y largas patillas. Se acercaban a Bauer que permanecía sentado junto a Orph, sin saber qué hacer. Formaron un círculo a su alrededor. El cabo se aclaró la garganta.

—¿Quién es usted? ¿Qué ha sucedido aquí?

Bauer se enderezó y se puso en pie.

—Era mi perro —contestó, mirando a Orph.

El cabo hizo una mueca.

—¿Su perro?

Bauer no contestó.

—¿Lo mató usted?

Bauer asintió.

El cabo informó de lo ocurrido por medio del transmisor-receptor portátil a un oficial, apostado más abajo, el cual retransmitió el mensaje al puesto de mando. Bauer tenía la mirada clavada en el perro.

El cabo recibió instrucciones.

—Potter —ordenó—. Carga ese perro en tus espaldas. Nos iremos turnando durante el camino de regreso.

—No —dijo Bauer.

—¿Qué?

—No. El perro se quedará aquí. Quiero que se quede aquí.

—Eso no es posible —repuso el cabo—. Carga el perro, Potter.

El revólver pendía de la mano de Bauer. Éste amartilló el arma, la levantó y apuntó al pecho del cabo.

Varios guardias alzaron sus rifles.

—Bajen esas armas —ordenó el cabo, sin apartar la mirada de los ojos de Bauer—. Vamos, señor Bauer —dijo con voz tranquila—. No nos cause problemas. Estoy seguro de que no es ésa su intención.

—Voy a enterrar a mi perro en este lugar.

El revólver no temblaba en su mano.

—¿Puedo hablar por radio?

Bauer no dijo nada.

El cabo manipuló el aparato con cuidado.

—¡Eh! Tengo un problema —dijo, mirando fijamente a Bauer—. Este tipo, Bauer, me está apuntando al pecho con un revólver cargado. No quiere que bajemos el perro;

dice que va a enterrarlo aquí. Deme instrucciones, por favor.

La voz que respondió temblaba ligeramente.

—¿Habla en serio?

—Sí, supongo que sí.

—¿Cree que sería capaz de disparar?

—No quisiera apostar en ningún sentido.

—¿Tiene alguna probabilidad de desarmarle?

—Ninguna, antes de que dispare.

—Corte. Llamaré al puesto de mando.

Al cabo de un breve silencio, la voz sonó de nuevo.

—Pregúntele si entregará el arma y se dejará arrestar pacíficamente, si se le permite que entierre al animal.

El cabo arqueó una ceja, mirando interrogativamente a Bauer.

—Sí —repuso éste.

—Lo hará.

—Muy bien. Que sea como él quiere. ¿Puede aterrizar un helicóptero ahí arriba?

El cabo estudió el terreno.

—No lo creo.

—¿Podrán descender a la luz de las linternas en la oscuridad?

—Sin ningún problema.

—Entonces, emprendan la marcha en cuanto el perro esté enterrado. Avíseme cuando partan.

—Correcto. Cambio y cierro.

Sin bajar el revólver, Bauer dijo:

—Llévese a sus hombres hasta la arboleda. Me uniré a ustedes cuando termine.

—¿Me da usted su palabra?

—Sí.

—Bien. Trate de hacerlo tan rápidamente como pueda, ¿eh? Gene, déjale tu pala al señor Bauer.

Los guardias se retiraron.

Bauer enfundó el revólver y cavó una fosa. El suelo pedregoso no le permitió hacer un hoyo muy profundo. Bauer arrastró a Orph, lo puso con el vientre en el fondo, le cruzó las patas delanteras y colocó la cabeza reposando sobre ellas. Le cerró los ojos. Apoyó una mano en su enorme cabeza y le dio una palmada, una sola palmada.

Amontonó varias piedras sobre la tumba con el fin de evitar que algún animal lo desenterrara.

Se dirigió hacia los árboles, donde estaban esperando los guardias.

Cuando llegaron a la falda de la montaña, era bien entrada la noche. Bauer fue conducido al cuartel de policía del Estado, en las afueras de Covington, donde le interrogaron; después le llevaron al juzgado donde le formularon los cargos y le ordenaron comparecer ante el tribunal al cabo de dos días. Fue dejado en libertad provisional bajo palabra. Un policía le acompañó hasta su casa.

Amanecía. Bauer se bañó, se afeitó y se puso una camisa limpia. Subió a su automóvil y regresó a Covington.

En casa de Elizabeth las luces estaban encendidas, a pesar de lo temprano de la hora. Bauer había pensado esperar en el auto.

Ella le abrió la puerta vistiendo pantalones y un suéter, maquillada y con el pelo cepillado.

Bauer dijo:

—Encontré a Orph.

—Lo sé. Lo escuché en el boletín de noticias de anoche. Pensé que quizá vendrías. —Hizo una pausa, escrutando el rostro de Bauer—. Esperaba que lo hicieras.

—¿Puedo pasar? —inquirió él.

Ella se hizo a un lado y le abrió más la puerta.

—Prepararé el desayuno —dijo—. Hay café recién hecho.

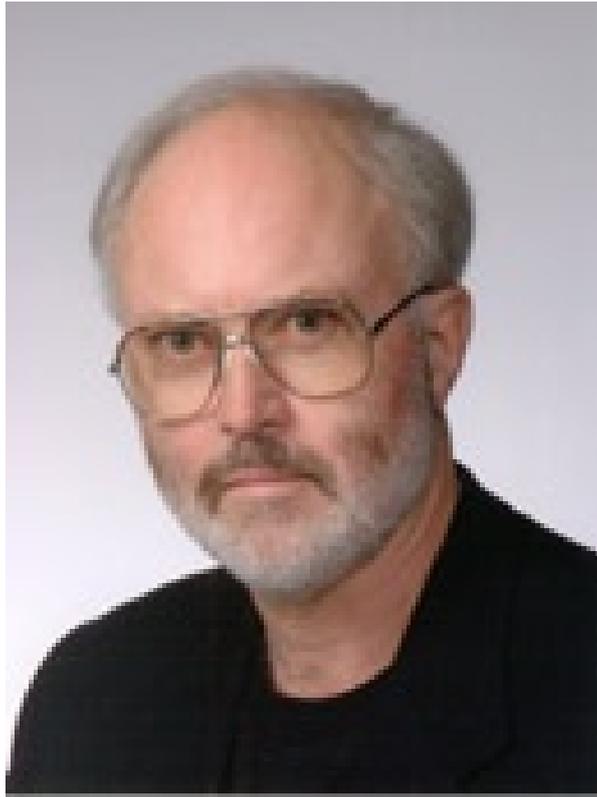
Loki y la perrita cachorro permanecieron en la madriguera hasta que se vieron impulsados a salir por una sed y un hambre tan acuciantes que el terror al castigo no fue un obstáculo para ello.

Ladraron y gañeron a la brillante luz del sol, mientras el bosque rumoreaba en torno de ellos; pero nadie respondió ni acudió a su llamada. Nadie.

Loki encontró agua al caer la tarde. Trató de coger una rana. No lo logró; la perrita dio la vuelta y la hizo retroceder hacia donde estaba Loki, y entonces éste se abalanzó sobre ella y la atrapó entre sus patas, le hincó los dientes, le arrancó una pata y un pedazo de tejido blanco y lo engulló. Le cercenó la cabeza, mientras la perrita la atarazaba por la mitad; tironeando cada cual por su lado, la partieron en dos y la devoraron.

Aquella noche durmieron enroscados uno junto al otro sobre un lecho de hojas en la grieta de unas rocas. Loki tuvo el sueño ligero. Al menor ruido abría los ojos, levantaba la cabeza y lanzaba un gruñido.

Al salir el sol, abandonaron la grieta, se sentaron y llamaron de nuevo, y al cabo de un rato, cuando no les llegó respuesta alguna, partieron en busca de algo para comer.



ROBERT CALDER (Moose Jaw 3 de abril de 1941), se crió en Saskatoon y es un galardonado autor y erudito en literatura británica moderna en la Universidad de Saskatchewan, donde completó sus estudios de inglés. En 1970, después de obtener un doctorado en la Universidad de Leeds en Inglaterra, regresó a la Universidad de Saskatchewan para convertirse en profesor de inglés y especialista en ficción británica del siglo xx. También es considerado una autoridad mundial en W. Somerset Maugham, del que es autor de dos libros: *W. Somerset Maugham y la búsqueda de la libertad* (1972), y *Willie: La vida de W. Somerset Maugham* (1989).

Notas

[1] Huérfano, en inglés. <<